

PATRICIA BONET

*Me da
miedo
quererte*

ME DA MIEDO QUERERTE

-Patricia Bonet-

© Patricia Bonet

1ª edición, diciembre de 2019

ISBN: 9781671536081

Imagen de cubierta: Lorena Pacheco

Diseño de cubierta: Imagina Designs

Corrección: Mar Carrión

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los lugares que aparecen en esta novela son reales, pero cualquier situación vivida por los personajes es ficticia y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

A mi madre.

Por enseñarme el concepto de familia. Por enseñarme que las personas a las que más tenía que querer, eran mis hermanas. Por ser mi modelo a seguir y enseñarme a ser una buena madre. Por estar a mi lado siempre, ayudándome, guiándome y aconsejándome.

Si mis hijos me quieren la mitad de lo que yo te quiero a ti, me doy por satisfecha.

«Más allá de la puerta,
hay paz, estoy seguro,
y sé que no habrá más
lágrimas en el cielo».

Eric Clapton – *Tears in heaven*

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[∞ Epílogo ∞](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

«La vida está hecha de instantes, de momentos, y estos pueden cambiar tan rápido que, a veces, no te das ni cuenta de que lo han hecho».

Eva

«Es solo un minuto. Es solo una mirada. Y todo cambia».

Pedro

«Te dicen que el tiempo pasa. Te dicen que el tiempo todo lo cura. Te dicen que sonrías, que vivas. Pero tú solo quieres mandarlo todo a la mierda, cerrar los ojos y despertar de este mal sueño que es la vida».

Marcos

«_____»

Paula

Capítulo 1

Paula

¿Deporte favorito? Sacar de quicio a mis hermanos. Bueno, a mi hermano Marcos y a su amigo Pedro, porque a Javi es imposible. No creo que haya en el mundo un chico más calmado que él.

El padre de Pedro y Eva nos ha preparado en el jardín varios juegos. Primero hemos jugado a la diana y ha ganado Javi. La verdad es que tiene muy buena puntería. Segundo, hemos jugado a ponerle la cola al burro. Le he dado tal empujón a Marcos que va a tener la marca esa en la ceja derecha durante el resto de su vida. Pero se lo ha buscado por intentar hacer trampa. Para tramposa, yo. Si es que parece que no aprende. Por último, hemos jugado a lanzar la rana. Nuestros padres nos fabricaron una diana con varios agujeros y cada uno de ellos con una puntuación. Nuestro objetivo es lanzar el disco en esos huecos y conseguir los máximos puntos posibles. Yo he conseguido cuatrocientos setenta y cinco. Pedro cuatrocientos y Marcos cuatrocientos veinte. Javi no ha querido participar, y de la puntuación de Eva... mejor no hablamos.

Marcos tiene el ceño tan fruncido que se va a volver unicejo. No soporta perder. Es el niño más competitivo del mundo —por detrás de mí, pero eso no lo pienso decir en voz alta—. Así que, claro, él está enfadado y yo no puedo parar de reírme. Cuanto más se enfada él, más me río yo. De la rabia, incluso me ha lanzado una de sus chanclas, pero la he podido esquivar sin problemas.

Javi intenta poner paz, como siempre, pero en vista de que es algo bastante complicado, ya que yo no pienso callarme porque el señorito tenga mal perder, ha optado por tirarse de cabeza a la piscina e ignorarnos. Por cosas como esta mi madre dice que es el más inteligente de los cinco. No se le puede discutir.

—¿No te da vergüenza que te haya ganado una niña de once años?

—Quiero volver a jugar. —Marcos me habla con los brazos cruzados a la altura del pecho y sin quitarme los ojos de encima, ignorando la pregunta que le acabo de hacer.

Sé que intenta darme miedo con esa postura de chulo, pero lo que debería saber es que con trece años lo que da es risa. Estoy a punto de decírselo cuando una mano me coge del brazo. Me giro para encontrarme con mi amiga Eva, que me está mirando con esos ojos de corderito que me pone cuando me meto con Marcos. Últimamente, no hace otra cosa que defenderlo, siempre, y a mí ya me está cansando. Se supone que las amigas somos nosotras, ¿no?

Aunque me entran ganas de tirarlo a la piscina y hacer que trague un poco de agua por pesado, me apiado de él y con la mirada le digo a mi amiga que está bien, que lo dejaré en paz.

—Está bien, cara culo. Jugamos a otra cosa.

—Eres idiota —replica ofendido, aunque ya está dando vueltas a mi alrededor buscando a qué podemos jugar.

—Yo la verdad es que ya estoy un poco cansada. —Eva mira la piscina, donde está Javi tumbado en la colchoneta, igual que si mirara un pastel de chocolate cubierto de más chocolate.

La obsesión que tiene esta chica con el agua no es sana. Es lo que siempre dice su madre.

—Yo creo que también. Podéis hacer el desempate vosotros.

Pedro no espera ni a que le contestemos. Coge carrerilla y se lanza al centro de la piscina, desestabilizando a mi hermano mayor y haciendo que caiga al agua. Javier saca la cabeza, busca alrededor qué ha sido lo que lo ha tirado y, cuando ve a Pedro, nada hacia él hasta alcanzarlo y comienzan con una guerra de aguadillas.

Marcos, mientras tanto, me mira con la revancha dibujada en su rostro. Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos, cansada.

—Pero es que no es divertido si tengo que jugar sola con esto —digo señalándolo, haciendo que termine por mirarme con cara de odio—. Pasaré lo de siempre: volveré a ganar, él se pondrá a llorar, me pedirá una nueva venganza y esto no terminará nunca.

Aún no he terminado mi frase cuando ya estoy corriendo por el jardín, gritando, como si me estuviese persiguiendo un asesino en serie y no mi hermano de trece años. Yo seré buena con la puntería, pero corriendo nadie gana a Marcos. Me alcanza en apenas dos zancadas y me arrastra hasta el borde de la piscina mientras yo pataleo y chilló llamando a mi madre, que no me hace ningún caso.

En cuanto llegamos me lanza sin contemplaciones y con la sonrisa dibujada en su rostro. Mi amiga mira la escena partiéndose de risa.

Marcos, antes de zambullirse detrás de mí, va corriendo hacia donde está Eva, sorprendiéndola y tirándola también al agua.

Nos pasamos el resto de la tarde los cinco juntos realizando competiciones de salto, jugando al voleibol y haciéndonos aguadillas los unos a los otros. Por la noche, cuando ya estoy metida en la cama sin arropar porque el calor es insoportable, cierro los ojos y solo puedo verlos a ellos, a esos cuatro que forman parte de mi vida entera. Sonrío por tenerlos en ella.

A todos y cada uno de ellos.

Mi madre siempre dice que a las personas que más tengo que querer en este mundo es a mis hermanos. Cuando lo dice yo pongo los ojos en blanco y finjo una arcada.

Pero tengo un secreto que no se lo he contado nunca a nadie, ni siquiera a Eva que es mi mejor amiga: Marcos y Javi son mis personas favoritas en el mundo.

Aunque eso es algo que nunca, jamás, pienso decir en voz alta.

Capítulo 2

Paula

—A ver, enséñamelo otra vez. —Tiro de la mano de Eva ignorando sus suspiros y me acerco el anillo a la cara para poder examinarlo más de cerca. Es tan bonito y brilla tanto que duele—. No tenía ni idea de que eras todo un romántico, hermanito.

Marcos sonrío y asiente con la cabeza mientras intenta disimular que se está inflando como un pez globo por momentos. Se gira hacia Eva y la mira embelesado, tal y como lleva haciendo estos trescientos sesenta y seis días. Voy a fingir una arcada, pero alguien se me adelanta.

Pedro los mira a ambos, pone los ojos en blanco y se mete los dedos en la boca, haciendo como que va a vomitar sobre mi nueva alfombra. Estoy a punto de decirle que si lo hace se lo traga, pues esa alfombra vale más que todo el comedor, pero la cara de indignación de mi hermano llama mi atención y no puedo evitar romper a reír a carcajadas, al igual que Pedro.

—Eres gilipollas y en tu casa aún no lo saben. —Sus palabras solo consiguen hacernos reír con más fuerza. Marcos nos saca el dedo corazón. Eva se levanta del sofá y se sienta sobre su regazo.

—Qué va, cariño. Lo sabemos desde hace tiempo, pero se nos da muy bien fingir.

Eva acaricia su mejilla con dulzura y él ronronea como un gato. La que finge ahora una arcada soy yo.

—Esto es como ver uno de los documentales de la dos. Método de apareamiento entre dos gatos en celo.

—Si os lo vais a montar, aquí no. Respeto mucho mi nuevo sofá como para mancillarlo con vuestros fluidos.

Los recién prometidos nos miran un instante como si nos estuvieran perdonando la vida.

—Oh, venga ya. Hasta vosotros mismos debéis reconocer que sois asquerosamente empalagosos.

—Ni caso. Lo que les pasa es que están celosos. Pero de su envidia nace nuestro amor —me contesta Marcos, mientras coge a Eva por las mejillas y frota suavemente su nariz contra la de ella.

—Oh, mierda. Me van a estropear el sofá, ¿verdad?

Los tres pasan de mis lamentos. Eva le rodea el cuello a Marcos, entierra la nariz en él y escucha embelesada cómo Marcos le susurra algo al oído. No tengo ni idea de qué será, pero las mejillas de mi amiga se tiñen de un color rojo intenso y se muerde el labio inferior mientras suelta unas risitas, como si de una adolescente en plena edad del pavo se tratara.

Antes de que tenga que pincharme insulina por una subida de azúcar, dejo a los tortolitos haciendo manitas y me voy a la cocina a por una cerveza. O dos.

Estoy con la cabeza metida dentro de la nevera a punto de gritarle a Pedro si quiere una cuando una cabeza se cuelga justo a mi lado, dándome un empujón y tirándome casi al suelo.

—¡Serás animal!

—Para animales los que tienes en el salón. Yo he venido a por una de estas para poder seguir soportando lo de ahí fuera.

Aunque lo dice serio sé que en el fondo está muy feliz por su hermana y su mejor amigo.

Cuando me han llamado esta mañana y me han dicho que venían hacia mi casa con el desayuno y con Pedro porque tenían que hablar con nosotros, lo que he pensado es que estaba embarazada porque la opción del matrimonio, sencillamente, no la barajaba. Es decir, estamos hablando de Marcos. Él jamás ha creído en esas cosas. Ya de pequeños, cuando nos pillaba a Eva y a mí jugando a maridos y mujeres con las muñecas y le preguntábamos si quería jugar con nosotras, le salía un sarpullido en el cuello.

Pero está claro que las prioridades cambian con el tiempo. O, tal vez, sea la persona que tenemos al lado la que nos hace cambiar. La cuestión es que Marcos le dijo a Eva que le daría todo lo que ella quisiera, y está claro que está cumpliendo su palabra al pie de la letra.

Pedro saca un par de cervezas, las abre con un golpe seco en el borde de la encimera, me pasa una y se bebe casi la mitad de la otra de un trago, haciendo que la nuez le suba y le baje de una forma casi erótica. Si se la hubiese echado por encima o se hubiese quitado la camiseta me habría recordado al del anuncio de Coca-Cola de hace mil años.

Al terminar, tira la cabeza hacia atrás, cierra los ojos, se relame los labios muy lentamente y suelta un jadeo.

—¿Acabas de tener un orgasmo en mi cocina bebiendo cerveza?

Me mira con los ojos abiertos de par y par y comienza a toser, poniéndose colorado por momentos y atragantándose con su propia saliva. Me acerco hasta él y le golpeo la espalda, suave al principio, un poquito más fuerte al final. No lo puedo evitar.

—¡Serás bruta! Cómo pica.

Se aparta y se frota la espalda como puede mientras me asesina con la mirada.

—Está claro que hay cosas que no cambian, y sigues siendo el mismo llorica de siempre.

—Y está claro que tú sigues siendo un animal que se ha escapado del zoo.

—Mi mimi mimimi.

—Paso de ti cuando te pones en este plan.

—Mamá, Paula me está haciendo llorar. ¡Buah!

—Eres idiota.

Se ríe y me tira a la cara el trapo de cocina que encuentra a su lado, dándome de pleno.

—¡Zas, en toda la boca! —Levanta los brazos, grita y da vueltas alrededor de mí haciendo su particular baile de la victoria, aunque alguien debería decirle que parece un pato mareado. Recojo el trapo del suelo y se lo lanzo, pero lo atrapa en el aire—. Sigues siendo igual de mala. Por eso siempre te quedabas la última cuando hacíamos los grupos para jugar al baloncesto.

Eso ha dolido porque es algo que siempre me ha jodido y él lo sabe. Le doy un cachete en el brazo, él finge que le ha dolido. Voy a replicar sobre lo que me ha dicho, pero unas carcajadas procedentes del salón nos interrumpen. Ambos giramos la cabeza en esa dirección y no podemos evitar que una sonrisa asome a nuestros labios, haciendo que nos olvidemos por completo de nuestra trifulca.

Pedro anda hacia atrás hasta quedar apoyado en la encimera con los pies cruzados hacia delante. Coge la cerveza que había dejado ahí encima hace un momento y se la termina, cerrando los ojos y soltando otro gemido al terminar.

—Vale, estoy empezando a pillar rollos raros. ¿No sabes beber sin gemir? ¿Estás teniendo orgasmos en mi cocina?

Me mira por encima del botellín entrecerrando los ojos y ladeando la cabeza hasta adoptar una sonrisa de medio lado. Esa que usa en los bares cuando quiere ligar.

—Ay, nena. Ya te gustaría a ti saber cuál es mi cara cuando tengo un orgasmo.

—Mmm, ¿huele eso a proposición, señor Sánchez? —Lo miro de reojo y aleteo las pestañas, coqueteando, tal y como hemos hecho millones de veces, solo que esta vez decido ir un poquito más allá y me acerco a él todo lo que puedo, acariciando su pecho con la palma de la mano.

—¿Quieres que lo sea?

—No sé. Tal vez... Todo es cuestión de negociar las condiciones.

Me muerdo el labio inferior, lo suelto y me paso la lengua por él, sacando solo la punta, muy despacio, mientras lo sigo tocando de arriba abajo. Pedro sigue atento a cada uno de mis movimientos sin perder detalle. Incluso me atrevo a dejarle un beso en un lateral del cuello. Cuando noto bajo la palma de la mano que el corazón comienza a latirle un poquito más rápido de lo normal, me separo de él y vuelvo a mi posición inicial, apoyándome en el marco de la puerta y sonriendo de oreja a oreja.

—Me estoy empezando a asustar. Es una broma, ¿verdad?

Quiero mantenerme seria, esperar un poco a contestarle y hacer que lo siga pasando mal, pero no puedo. Su cara podría decirse que está rozando el pánico y tiene los hombros en tensión.

Me doblo por la mitad cogiéndome de la tripa y rompo a reír. Antes de que pueda decir nada me acerco a él y le palmeo la cara de forma suave.

—Pedro, Pedro..., siempre has sido demasiado ingenuo.

Me doy la vuelta y salgo de la cocina camino al comedor partiéndome de risa. No tarda ni dos segundos en seguirme.

—¡No me lo he creído!

—Lo que tú digas.

—Te estaba siguiendo el rollo.

—Claro que sí, guapi.

Me dejo caer en el sofá al lado de la pareja feliz. Están tan abrazados que no se sabe dónde empiezan las piernas de uno y terminan las del otro ¿Es necesario? Por favor, con el calor que está haciendo y estos dos parecen siameses. Mi amigo se deja caer en el sillón que hay enfrente, le da a la palanca del reposapiés, se estira y queda recostado mientras me fulmina con la mirada y yo le lanzo un beso al aire.

—¿Qué pasa? —pregunta Eva, mirándonos a los dos.

—Nada, este, que es un ingenuo y creía que quería que me enseñara su juguete.

—¿Qué? —pregunta Marcos, mientras Pedro pone los ojos en blanco y resopla como los toros.

—Que me he insinuado de coña, por supuesto, y este se creía que era de verdad. Se ha puesto tan nervioso que le he visto hasta el párpado temblar.

—¿Qué te has fumado? ¡Te estaba siguiendo el juego todo el rato!

—Si eso te hace sentir mejor... —Me encojo de hombros y centro la atención en mis uñas que, por cierto, necesitan una manicura con urgencia. El verde de hace unas semanas ha ido desapareciendo y ahora parece que me las haya pintado una niña de tres años.

Por el rabillo del ojo veo que mi amigo abre la boca para replicar, pero se lo piensa mejor y la cierra. Lo que hace es levantarse e ir a la cocina mientras niega con la cabeza y maldice entre murmullos. Cuando veo que ha desaparecido giro la cabeza en esa dirección y rompo a reír, seguida a los pocos segundos por mi amiga.

—Un día te va a odiar.

—Bah. Qué va. No puede. ¿Tú te imaginas su vida sin mí?

—Te encanta sacarlo de quicio. —Marcos se une a la conversación y aunque sé que intenta no reírse por lealtad a su amigo, no es difícil distinguir el pequeño hoyuelo que se le forma en la mejilla.

—Es que es tan fácil. Es el blanco perfecto.

—¡¡Te estoy escuchando!! —grita el susodicho desde la cocina.

Si echo la vista atrás me doy cuenta de que siempre ha sido así. No es que nos riamos de él, es que de lo bueno que es a veces es tonto. Es ingenuo y no existe maldad alguna en él por lo que, sin quererlo, se acaba convirtiendo siempre en el blanco de las bromas. Eso sí, solo de las nuestras.

Al rato aparece por la puerta con un bol de papas y otro de aceitunas. Frunzo el ceño mirándolo, porque no tenía ni idea de que tenía eso en la despensa. Espero a que las deje en la mesita del centro para atacar. Tengo hambre y las aceitunas son mi debilidad. Todo el mundo lo sabe. Pedro acerca los boles a Marcos y a Eva y cogen un puñado de cada. Cuando me toca a mí alargo el brazo pero no llego a coger una mierda, porque se da media vuelta y vuelve al sillón donde estaba antes sentado.

—¡Eh! Dame una —protesto. Se sienta, se encoge de hombros, coge una aceituna y, mirándome, se la mete en la boca y gime de placer.

—Si quieres algo te levantas. Aunque siento decirte que este —dice levantando el bol—, era el último paquete.

—Esta es mi casa. Esa es mi comida.

—Vale.

—Dame una.

—No quiero.

Esta vez se mete tres de golpe en la boca y gime más alto.

—Que me des.

—Que vayas a comprarte.

Vuelve a meterse otras tres en la boca mientras me mira sonriendo y enseñándome todos los dientes. Me levanto y voy directa a él. Levanta el bol por encima de su cabeza, pero si cree que eso va a detenerme es que no me conoce en absoluto. Lo rodeo por un lado, pero él mueve el bol hacia el otro sin dejar de reír. Podemos estar así un rato, por lo que, pillándolo por sorpresa, me lanzo encima con tanto ímpetu que al estar reclinado hacia atrás pierde el equilibrio y con nuestro peso el sillón vence hacia un lado, haciendo que casi volquemos. Pedro es más rápido y consigue estabilizarnos mientras me grita todas las palabras malsonantes que se sabe.

Una vez enderezados del todo, me levanto con el bol de aceitunas intacto en la mano. El de papas está desperdigado por el suelo y por mi pelo. Me quito una, la miro, me la como y me vuelvo al sofá, sentándome en plan indio. Miro a Pedro con la victoria reflejada en la cara mientras me como las aceitunas.

Tres pares de ojos me miran fijamente. Uno de los chicos tiene la boca abierta, la otra se ríe sin control y el último tiene ganas de saltar sobre mi yugular.

—Bueno, contadme otra vez esa pedida de mano. ¿Se arrodilló? ¿Lloró? Dime que sí. Me encanta ver a un hombre llorar.

Capítulo 3

Paula

Odio los lunes. Para mí son el peor día de la semana. Creo que me producen hasta un poquito de depresión, porque no paro de pensar en lo bien que me lo he pasado el fin de semana y me entran ganas de llorar.

Cuando ha sonado esta mañana la alarma del móvil a las seis y media me ha faltado entre nada y muy poco para lanzarlo a la otra punta de la habitación. Menos mal que he conseguido reaccionar a tiempo y me he acordado de los casi mil euros que pagué por él hace menos de un mes.

La tripa me ruge como si llevara un dinosaurio ahí dentro y decido que es hora de tomarme un descanso e ir a ponerme hasta el culo de donuts, *croissants* y bocadillos que la jefa ha traído esta mañana por su cuarenta cumpleaños.

Miro alrededor y compruebo que no hay ni un alma, a pesar de que todavía quedan un par de horas para cerrar y de que, aunque ya estamos en septiembre y la gente ha vuelto de sus vacaciones de verano, todavía no se han puesto lo suficientemente enfermos como para tener que acudir al médico. Esto está desierto. A excepción de Esther, una de mis compañeras en la recepción, Irene, la jefa, tres médicos más y una servidora, no hay nadie en la clínica.

La tripa me suena de nuevo recordándome todos los carbohidratos que están esperando por mí en la sala de descanso. Me levanto después de cerrar la ventana de Amazon del ordenador con mi lista de deseos y me dirijo hacia el pasillo.

—Voy a por comida, ¿quieres algo? —le pregunto a Esther. Pero esta no me escucha, tiene la vista fija en su teléfono móvil. Me acerco por detrás sin disimulo alguno para comprobar qué es lo que la tiene tan embobada, y pongo los ojos en blanco al ver la aplicación de Tinder abierta y la foto de un negro de espaldas ocupando toda la pantalla y enseñando sus posaderas.

Voy a decirle algo cuando Irene pasa casi corriendo por delante de nosotras, sobresaltando a Esther y haciendo que el móvil se le escurra de las manos y caiga al suelo con un gran estruendo.

—Espero que no estuvieses mirando otra vez esa aplicación para ligar. Ya sabemos lo que ocurrió la última vez.

El tono que emplea es serio y con una pizca de cabreo. La cara de mi compañera parece un dibujo animado. Ha pasado del blanco natural a un rojo tomate y, por último, a un verde vómito. No intenta abrir la boca para replicar. Lo que hace es inclinar la cabeza y mirarse las manos.

Me pinzo el labio inferior para no reírme. Sé que es cruel, sobre todo si tu jefa está riñendo a una compañera, pero es que no puedo evitar acordarme de la fila de «pretendientes» que desfilaron por aquí hace unos meses porque a Esther no se le ocurrió otra cosa que publicar en su perfil su dirección de trabajo junto con el comentario: «búscate, búscame». ¡Y vaya si la buscaron! Esto parecía de todo menos una clínica sanitaria.

—Me marchó ya. —Rebusca en su enorme bolso de Carolina Herrera versión triple x hasta que da con unas llaves y me las lanza —. Ya no vuelvo. Cierra todo y ven mañana a primera hora para abrir.

—¡Señora, sí, señora! —grito haciendo el saludo militar, algo que no le hace ninguna gracia.

—Por cierto, esas llaves son de repuesto. Quédatelas.

Se da media vuelta, abre la puerta y la cierra a su espalda dando un portazo, sin ni siquiera despedirse.

—Yo creo que no es más simpática y sonrío más por si al estirársele la piel le salen arrugas.

Soy la única que se ríe de su propia gracia, pues Esther aún se está mirando las manos como si en ellas encontrase la respuesta a la juventud eterna, y pasa olímpicamente de mí.

Pongo los ojos en blanco, me aseguro de llevar el móvil encima para no aburrirme mientras me como las sobras, y salgo disparada sin tropezarme con nadie y sin distraerme más tiempo del necesario.

Si cuando yo digo que los lunes son el mal es por algo, y es que la gente está como *apollardada*.

Me como tres mitades de bocadillos, un donuts glaseado y un par de *croissants*. Todo eso en una hora, con calma y sin prisas, que las cosas hay que masticarlas más de cincuenta veces para hacer bien la digestión. No sé si será realmente así o si quien me lo dijo se

lo inventó, pero, por si acaso, yo hoy le hago caso no vaya a ser que después me dé dolor de barriga.

Juego al *Candy Crush* un rato y chateo con Eva, que se ha ido dos semanas de crucero con mi hermano, y a mí me entran ganas de escupirle a la pantalla a ver si les llega algo de mi envidia.

Regreso a mi puesto de trabajo y finjo que trabajo los tres cuartos de hora que me quedan de jornada laboral. Atiendo unas cuantas llamadas dando citas nuevas y reprogramando otras. Limpio los cajones y ordeno el archivador. Paso un paño húmedo sobre la pantalla del ordenador y después me tiro diez minutos secando las gotas que se han quedado adheridas y me la están estropeando. Ignoro a Esther, que se ha vuelto a poner con su aplicación de citas y, si ya hace poco, ahora hace menos. Babeo por el doctor López, nuestro traumatólogo, cuando se despide de mí guiñándome un ojo con su mochila de deporte bajo el brazo. Justo antes de que salga por la puerta me acuerdo de hacerle una foto a su culo para enviársela a Eva.

Cuando ya han dado las ocho y no queda nadie más que yo en este sitio, me levanto con toda la calma del mundo para ir a bajar la persiana que da a la calle; yo saldré por la pequeña puerta lateral conectada al edificio contiguo. Compruebo que están todas las luces apagadas así como los ordenadores, y que no hay nadie escondido tras las puertas.

Una vez le doy el visto bueno a todo corro por el pasillo directa al despacho de Irene. Sé que está mal y que no debería estar aquí, pero es que tiene un aseo digno del mejor hotel de cinco estrellas. Me dejó usarlo una vez que se me había caído café sobre la camisa y el aseo del resto de los mortales lo estaban arreglando, y creo que desde entonces tengo sueños eróticos con este sitio.

En una de las esquinas hay una bañera de esas con patas, como las de las películas, y en la repisa hay jabones y líquidos aromáticos por doquier. Estoy segura de que cuando anuncia que está muy ocupada y que no la molestemos a no ser que llame su madre porque le ha dado un infarto y necesita urgentemente asistencia médica, en realidad, no está trabajando, sino que está dentro de este altar de los Dioses rociándose de todas las sales y

aceites que tiene en la repisa mientras se ríe de nosotros, que estamos ahí fuera viviendo como unos simples humanos.

—Esta se baña en leche en esa bañera, como Cleopatra —me dijo una vez Eva de broma, cuando le describí el cuarto de baño. Ella lo dijo riéndose, como si fuese un disparate. Yo creo que es verdad.

Paso los dedos por el borde y suspiro de frustración porque hasta yo sé que todo tiene un límite, y darme uno de esos baños sería pasarse, pero por cerrar los ojos unos segundos e imaginar que lo estoy haciendo no hago daño a nadie, ¿no?

Después de un tiempo prudencial acariciándola, me acerco hasta el lavabo y reviso uno por uno todos los frascos que hay en la estantería.

Reviso, porque decir cotillear es muy feo.

Destapo una crema de manos de Victoria's Secret que huele fenomenal. Miro alrededor, como asegurándome de que no hay cámaras ni duendes espiando, y me echo un poco. Luego paso al aceite de manzana que he visto al fondo. Me aplico un poco detrás de las orejas y en las muñecas. Me pongo de puntillas, intentando alcanzar un bote de color rosa que llama mi atención, cuando un portazo me sobresalta y casi me hace tirar el botecito del aceite al suelo.

Me quedo quieta, sin pestañear, como cuando jugaba a las estatuas en el patio del colegio. Ese juego que consistía en que cuando paraba la música tenías que estarte quieta. Nunca se me dio bien, porque o me entraba la risa o me picaba siempre algo y tenía la necesidad de rascarme.

Pero ahora no me río, aunque sí que me pica todo el cuerpo de los nervios que estoy pasando, porque después del portazo se han escuchado claramente unas voces y unas risitas.

—Joder, joder, joder... —repito como un mantra cuando me doy cuenta de que las voces son cada vez más nítidas, y es porque vienen hacia aquí.

—Te enseñaría la clínica, pero creo que es mejor centrarnos ahora en lo otro.

Se escucha un grito y me tapo la boca corriendo cuando me doy cuenta de que ha salido de mí.

Me suda todo. El corazón me va tan rápido que estoy convencida de que me va a dar un infarto, y soy demasiado joven para morir. Aún me quedan muchas cosas por hacer y dejaría un vacío enorme en la vida de muchas personas. Marcos y Eva no sabrían preparar una boda sin mí, a Pedro pequeño aún tengo que enseñarle muchas palabrotas y muchas «trastadas» que hacerle a su padre, a Javier tengo que encontrarle pareja, que al pobre todo le sale rana, y a Pedro... A Pedro tengo que enseñarle tantas cosas de la vida que no sé cómo sobrevive cuando no me tiene cerca.

—Quítate los pantalones.

La orden llega tan alta y clara que, por un momento, me tensó porque creo que me la están dando a mí. Pero no, viene del despacho.

Ladeo un poco la cabeza hacia la puerta y veo claramente a Irene con el cuerpo inclinado hacia delante sobre su escritorio, la falda blanca que llevaba ahora está arremangada en su cintura, y a un hombre rubio con traje de chaqueta apoyado en su espalda y dándome la espalda a mí.

Aparto corriendo la vista y me agacho, cerrando los ojos y tapándome la boca con las manos, como si así pudiese pasar desapercibida.

—¡Ahí! ¡Ahí! No pares, por favor... No pares.

Los gritos de mi jefa van *in crescendo*, al mismo ritmo que los latidos de mi corazón. Si antes me iban rápido, ahora parecen uno de esos muñecos a los que les das cuerda y salen corriendo.

—Dime qué te gusta y lo hago. —La voz de él es ronca y grave. Me siento las mejillas arder y cómo se me eriza hasta el pelo de la coronilla—. ¿Esto? ¿Te gusta que te toque aquí?

Por los jadeos con los que le contesta está claro que sí.

No sé qué hacer. Rezo a todos los Dioses en los que creo y en los que no para que se haga un boquete en el suelo, me trague y me escupa muy lejos de aquí. De repente, reparo en que la luz del baño está encendida y en que no se han dado ni cuenta. Pero eso durará poco. En cuanto terminen lo que están haciendo.

Busco una salida o en un escondite, pero no encuentro ni lo uno ni lo otro. Este baño será una pasada, pero no tiene ni una puñetera ventana. Me sudan las palmas de las manos y las restriego sobre el

vaquero. Al final, en vista de que no hay ni un armarito en el que poder meterme dentro, opto por esconderme bajo el lavabo, taparme con la toalla que cuelga del toallero, flexionar las rodillas hasta hacerme un ovillo y esperar a que el sexo que se está produciendo en la habitación de al lado termine. Entonces me pillaré mi jefa, me despedirá y me veré mañana en la cola del paro.

—Irene, joder. Me voy a correr, córrete conmigo.

Me tapo la boca con la mano para acallar el gemido que lucha por salir de mi garganta. Lo que faltaba, que también me pusiese cachonda. Contengo el aliento. Ni siquiera respiro. Lo que sí hago es agudizar el oído.

Ella grita.

Él grita.

Yo me pongo colorada, lo noto. Me queman hasta las orejas.

Ella pide más.

Él dice que ya no aguanta y que se va.

La que se va soy yo, pero a morir.

Un golpe. Algo se ha caído al suelo, pero parece que no les importa demasiado.

Ella grita sí, sí, sí tantas veces seguidas que me tienta a echar un vistazo. Pero me lo pienso mejor y decido quedarme quietecita.

«Mimetizarme con el ambiente», me recuerdo. No puedo pasar por alto mi objetivo principal.

Un grito por parte de ella.

Tres golpes más.

Un grito por parte de él.

Silencio.

Los gritos, jadeos y golpes han cesado. Ahora hay un silencio tan grande que si se cayese al suelo una de las gotas de sudor que están resbalando por mi espalda se escucharía.

—Estos tacones me están matando. —Tras lo que me parecen horas, la voz de Irene suena de nuevo—. ¿Me ayudas con la falda? Se me ha quedado bastante arrugada. Debería ir al baño a asearme un poco. Por cierto, ¿estaba la luz encendida cuando hemos llegado? Yo juraría que lo había apagado todo antes de irme.

Levanto la cabeza tan rápido que me golpeo contra la pared. Un dolor me atraviesa la columna vertebral y me pone los pelos de

punta. Me muerdo el labio inferior intentando contener el llanto que pide a gritos que lo deje salir. Escucho los tacones de mi jefa acercándose y veo una sombra cada vez más cerca de la puerta del baño.

Se acabó. Hasta aquí. Me va a matar con uno de sus tacones. Me lo va a clavar en el ojo y nadie podrá culparla. Me culparán a mí por cotilla, por robar jabones y cremas y por excitarme mientras escuchaba sexo ajeno. Aunque de eso último nadie podría culparme, la verdad.

Veó mi vida pasar ante mis ojos y me doy cuenta de que he sido feliz, aunque aún me quedan cosas por hacer como tirarme en paracaídas, viajar a Cuba, aunque me dé un poco de respeto hacerlo, conducir una moto o ir a jugar al minigolf. ¿Cómo nunca he ido a jugar al minigolf?

—¿Te importa si entro yo primero?

Aunque me van a pillar igual y el bochorno va a ser el mismo, una sonrisa cruza mi cara de oreja a oreja en cuanto escucho la petición del hombre en cuestión.

Irene no contesta, aunque debe de haber asentido, porque veo la sombra de antes desaparecer y, en su lugar, aparecer una más grande y ancha. Unos zapatos negros de vestir cruzan el umbral y la puerta se cierra en cuanto estos entran en el baño.

Me pego tanto a la pared que estoy convencida de que somos un mismo ser. Me tapo la nariz y cierro la boca con fuerza, pero no cierro los ojos. No puedo evitar seguirlo con la mirada.

Pasa de largo el lavabo y va directo hasta el váter mientras va murmurando algo que no logro descifrar, aunque, por el tono, intuyo que es algo que no le gusta mucho. Está de espaldas a mí, así que ahora puedo verlo mejor. En lo primero que me fijo es en su culo. ¿A quién quiero engañar? Es en lo primero que me fijo en un hombre. Y porque está de espaldas. Si estuviera de frente me fijaría en cómo calza.

Escucho el sonido de la cremallera bajando. Veó cómo alarga un brazo hasta apoyarlo en la pared de enfrente y en cómo agacha la cabeza justo antes de oír el chorro caer.

Es la primera vez que veo a un hombre meando. Nunca he tenido una pareja lo suficientemente estable con la que tener la

confianza de mear o cagar juntos. Aunque es algo tan íntimo que no creo ni que sea sano. Todos cagamos, ¿no? ¿Qué necesidad hay de que tu pareja te esté contemplando mientras lo haces? Pues ninguna.

Me fijo en su cabello y veo que es rubio, o más bien castaño, y que lo tiene un poquito largo para mi gusto. A mí me gustan los hombres rapados. Es de hombros anchos y tiene buena espalda, seguro que a causa del gimnasio.

Termina, coge papel y se limpia —lo que le suma unos cuantos puntos—, tira de la cadena y baja la tapa. Vuelvo a rezar porque, al parecer he conseguido hacerme invisible y que no me vea.

Pero no tengo tanta suerte.

En cuanto se gira y sus ojos impactan con los míos sé que se va a producir una muerte dentro de este cuarto de baño.

Lo que no tengo claro es si será la suya, o la mía.

Capítulo 4

Alejandro

—¡Me cago en la puta!

Mientras grito me llevo una mano al corazón, que late descontrolado dentro del pecho. No puedo evitar dar un paso atrás de la impresión, con tan mala suerte que pierdo el equilibrio y caigo al suelo, tropezándome con el váter por el camino y golpeándome en un costado a la altura de las costillas.

Un dolor agudo me atraviesa entero, haciendo que se me corte la respiración durante unos segundos. Cierro los ojos y me muerdo el interior de la mejilla con fuerza para no gritar, mientras intento convencerme de que estoy alucinando y de que no acabo de ver a una tía escondida debajo del lavabo. Lo que me pasa es que todavía no he conseguido recuperar horas de sueño en toda la semana y me sigue afectando el *jet lag*.

Pero no. Cuando los abro maldigo para mis adentros; la chica no solo es real, si no que me está mirando de una manera un poco intensa y con algo que parece rabia, dando la sensación de que el que sobra en este cuarto de baño soy yo.

—Oye, ¿estás bien? —preguntan desde la habitación de al lado, mientras golpean la puerta con lo que parece la palma de la mano.

La chica no habla, ni siquiera se gira a mirar la puerta. Si no fuese porque la he visto pegar un pequeño brinco cuando me he dado cuenta de su presencia, pensaría que es una estatua. Ni siquiera pestañea. Se limita a mirarme fijamente con los ojos entrecerrados, evaluándome.

—¿Alejandro? —insiste Irene.

—Estoy bien. —Consigo articular por fin, aunque, en realidad, estoy todo lo contrario a bien. El costado me duele horrores y el corazón sigue laténdome a toda velocidad. Estoy convencido de que podría darme un ataque en cualquier momento.

—¿Seguro? Me ha parecido oír un ruido muy fuerte y a ti gritando. ¿Seguro que estás bien?

—Perfectamente.

—¿Y el ruido?

—Me he caído.

—¿Caerte?

—Sí. He tropezado, me he resbalado y me he caído. —He intentado poner una mejor excusa, pero no se me ocurría nada que decirle más que la verdad.

—¿Quiero saber qué estabas haciendo?

—No.

—Mira, me estás poniendo muy nerviosa. No tengo ni idea de qué haces ahí dentro ni qué ha sido ese ruido, así que voy a entrar y todos tan contentos.

Miro a la intrusa y noto cómo el pánico se adueña de su cuerpo; tensa los hombros, se abraza más las rodillas y niega con la cabeza, dando por fin alguna muestra de que es real y no un adorno decorativo. Además, esos ojos marrones que antes me miraban con rabia ahora lo hacen con algo parecido al pánico.

No debería importarme. Es decir, por su culpa me va a salir un moratón en una costilla, si no es que me la he fracturado porque me duele cada vez que me muevo o respiro. Dos cosas vitales en la vida si quiero seguir viviendo.

El pomo gira, la puerta se abre apenas y entonces reacciono:

—¡No entres! ¡No estoy presentable!

Me levanto más rápido de lo que creía posible y me abalanzo sobre la puerta, cerrándola de golpe.

—Pero ¿qué haces?

—Te he dicho que no estaba presentable.

—Alejandro, acabamos de follar en mi despacho. Eres consciente, ¿verdad?

Claro que soy consciente de eso, de lo que no soy consciente es de por qué no he abierto la puerta y la he dejado pasar para que viera a la chica que, intuyo, es una trabajadora suya, mientras yo me marchaba a mi casa y me olvidaba de este día tan raro que estoy teniendo.

Escucho a Irene refunfuñar cosas sin sentido y, al rato, sus pasos se alejan cada vez más y más. Apoyo una mano en el marco de la puerta mientras con la otra me cojo el costado que me sigue doliendo, aunque parece que cada vez un poco menos.

—¿Te duele mucho?

Su pregunta me sobresalta. Me giro y veo que la chica ya ha salido de debajo del lavabo y que está de pie frente a mí. La repaso porque, qué cojones, por su culpa estoy en esta situación tan rara. Lleva un mono vaquero con una camiseta blanca debajo y unas Convers rojas. Me llama la atención su pelo, negro como la noche, y más corto que el mío. No le queda mal, pues tiene una cara tan fina que le recoge todo el contorno y la hace parecer una muñeca de porcelana, además de por el tono tan blanco de piel que tiene.

Se pinza el labio inferior mientras se balancea de un lado a otro como si fuese una niña pequeña esperando el castigo en el despacho del director.

Ahora que ya ha pasado el shock inicial debería darme ternura su pose y su forma de mirarme. Pero todo lo contrario. Lo que me produce es una mala hostia de campeonato.

—¿Qué cojones hacías ahí metida?

—¿Perdona?

—¿Encima de cotilla eres sorda? ¿Qué cojones hacías escondida aquí dentro y, para colmo, metida debajo de ese lavabo? —señalo el mueble en cuestión y ella lo mira dubitativa, como si no supiese de lo que le estoy hablando—. ¿Has entrado a robar?

—¿Cómo? —pregunta en un tono más elevado de lo que debería. Se da cuenta, por lo que se acerca más a mí y me susurra que trabaja ahí.

—¿Entonces entre tus tareas está esconderte en el despacho de tu jefa mientras la clínica está cerrada?

—Mira, guapo, no me estaba escondiendo. Simplemente, me he quedado a cerrarla como Irene me ha ordenado, todo sea dicho de paso, y he entrado aquí a... a por una colonia. —Va a la repisa y coge uno de los frascos que en ella descansan. No veo bien lo que es, pero juraría que es crema, no colonia.

—Entonces, no te importará que abra la puerta, la llame y tengamos una conversación los tres más que interesante.

Por cómo abre la boca y por la forma que tiene de mirarme, está claro que mi idea no le gusta nada. Me aparto de la puerta y voy hacia el lavabo mientras me levanto la camisa para verme el costado.

—De puta madre —murmuro malhumorado porque, efectivamente, tengo un rodal que está adquiriendo un tono más bien morado. Me palpo un poco por encima sin apretar demasiado y, aunque me duele al hacerlo, no creo que me haya roto nada.

—¿Te duele?

—No, me hace cosquillas.

—No hace falta ponerse tan borde. Solo intentaba ser amable.

—¿Quieres ser amable? Pues cierra el pico.

Pongo los ojos en blanco, aunque ella no puede verme porque la tengo a mi espalda. Espero una réplica, pero, por sorprendente que parezca, no se escucha ninguna. Busco entre los estantes algo que pueda untarme, como una pomada para los golpes, pero aquí solo hay mierdas varias de aceites y potingues que no me sirven para nada.

—Deberías mojar un paño en agua fría y ponértelo sobre la herida, porque aquí es lo único que vas a encontrar.

La ignoro y sigo rebuscando. La escucho suspirar a mi espalda y, a los pocos segundos, noto cómo coloca una toalla de color marrón frente a mi cara. La cojo sin mirarla.

—De nada.

—No, si ahora tendré que darte las gracias por darme una hostia.

—Yo no te he dado nada. Tú solo te has caído y te has golpeado. Ha sido acción, reacción.

Coloco el paño bajo el grifo de agua fría y, ahora sí, la miro por encima del hombro. Está de pie, con los brazos cruzados a la altura del pecho. Aunque adquiere una actitud defensiva, por la forma en la que mueve el pie y mira de forma disimulada hacia la puerta, sé que está de todo menos tranquila.

—No me toques las narices, que ya he tenido un día bastante movido como para que encima venga ahora alguien como tú para terminar de rematarlo.

—Mira, para empezar, no tengo ni idea de qué has querido decir con eso de: «alguien como tú», pero tengo nombre y apellidos; y, para continuar, si has tenido un día de mierda no es culpa mía. Sinceramente, si el polvo que acabas de echar no ha sido

satisfactorio no debería ser conmigo con quien lo pagues, sino con Irene.

Cierro el grifo, escurro bien el paño para que no gotee y, mientras me lo coloco sobre la piel, volteo para tenerla de frente y poder mirarla a los ojos.

—Así que ya hemos descubierto el quid de la cuestión. Lo que te gusta es escuchar a otros mientras se lo montan. ¿Es eso? ¿O también te gusta verlos? Vaya, vaya, esto se pone cada vez más interesante.

Su cara empieza a adquirir todos los colores del arcoíris. No puedo evitar reírme, aunque al moverme un pequeño pinchazo me atraviesa el costado. Veo cómo cierra los puños a los lados y, cuando después de lo que me parece una eternidad veo que replica, escuchamos a Irene acercándose de nuevo.

Mira hacia un lado y hacia otro, a todas luces buscando una salida.

—Como no te metas en la bañera y reces, lo tienes jodido.

Me fulmina con la mirada, pero, tras unos segundos, se dirige hasta allí y se mete dentro.

—¿Estás de coña?

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—Siempre puedes salir ahí y admitir que eres una cotilla y una viciosa a la que le gusta escuchar a través de la puerta cómo dos personas mantienen relaciones sexuales.

Se muere por contestarme y yo porque lo haga, pero no le da tiempo. Irene está cada vez más cerca. Justo después de enseñarme el dedo corazón se coloca de lado con las piernas encogidas y la cabeza metida entre ellas.

—¿En serio?

∞

Paula

En mi vida he pasado tanta vergüenza y tanto bochorno como el que estoy pasando ahora mismo. Si alguno de estos me viera de esta guisa se estarían descojonando de mí durante semanas. ¿Lo peor?

Que no podría reprocharles nada. Si yo lo viese desde fuera haría lo mismo.

La voz de Irene llamando al tal Alejandro llega cada vez más clara. No sé a quién pretendo engañar. No soy tan pequeña como para que no se me vea en cuanto meta un pie aquí dentro y, desde luego, no tengo una capa de invisibilidad a mano con la que poder taparme.

Levanto la cabeza lo justo para ver al tío mirándome con una ceja arqueada y la diversión dibujada en su rostro. Lo ignoro y vuelvo a mi posición.

No tengo ni idea de por qué no me ha delatado ya, si se nota que lo está deseando. Una parte de mí muy pequeña lo está esperando. Así podría salir ya de aquí e irme a mi casa tranquilamente a lamerme las heridas. Pero el orgullo siempre ha sido mi mejor arma, y antes me hago la muerta que dejar que mi jefa —o, en cuestión de segundos, mi exjefa—, me descubra aquí metida.

Si hay que morir que sea luchando. O escondiéndose, como es mi caso.

La puerta se abre. Cojo aire y cierro los ojos con fuerza, esperando el momento de los gritos y reproches. La puerta se cierra sin que nada de eso pase y yo flipo en colores.

Cuando abro los ojos y levanto la cabeza sorprendida, descubro que en este baño solo estoy yo.

—¿Qué narices...?

Me levanto sin hacer ruido y voy hasta la puerta. Se escuchan voces, desde luego, las de Irene y su semental, aunque hablan tan bajito que no entiendo nada de lo que dicen.

¿Le estará diciendo que estoy aquí? ¿La estará preparando para que sus gritos sean más moderados?

No sigo haciéndome más preguntas porque, de pronto, hay un silencio tan grande que consigue ponerme los pelos de punta. Apoyo la oreja en la puerta, pero esta se abre de repente dándome un susto de muerte. El tal Alejandro asoma la cabeza, estira el brazo hasta cogerme de la muñeca y me saca del que, hasta ahora, ha sido mi refugio.

—¿Qué estás haciendo?

—¿La verdad? No tengo ni la menor idea. Pero tienes que irte. Ya.

Miro alrededor, pero está solo en el despacho.

—¿Dónde está Irene?

—Ha ido a buscar una cosa. ¿Te marchas?

—¿Me estás ayudando? —pregunto, con cautela. Da toda la impresión de que me está salvando el culo, pero no sé todavía si puedo fiarme de él.

Parece leerme el pensamiento, porque me mira alzando una ceja.

—¿En serio?

—Es que no lo entiendo. ¿Por qué lo haces?

—¿Acaso importa? Te he dicho antes que no lo sé, pero tampoco tengo tiempo ahora para esto. Solo sé que no puedes salir por la puerta principal porque Irene está allí buscando unos papeles.

Dejo las dudas y preguntas a un lado y me centro en lo importante, que es salir de aquí. Y parece que el tal Alejandro está dispuesto a ayudarme.

—De acuerdo. ¿Por dónde salgo?

—¿A mí qué me dices? Bastante he hecho ya por no delatarte. El resto es cosa tuya.

—Pero es que no hay otra salida.

—No es mi problema.

—¿Puedo salir por la puerta que da al patio de al lado? Está cerca de la entrada. ¿Dónde exactamente está Irene? Porque dependiendo de si está más pegada a los escritorios o...

—Te he dicho que no es mi problema. —Me corta con un tono tan borde que, en cualquier otra circunstancia, me ofendería. Ahora la adrenalina va tan rápido por mi cuerpo que lo ignoro.

—Ya ha vuelto el tío borde. —No puedo evitar murmurar, aunque parece que no lo suficientemente bajito.

Me suelta la muñeca, la cual no me había dado cuenta de que me seguía sujetando, y se cruza de brazos a la altura del pecho. Aunque lleva traje chaqueta no puedo evitar darme cuenta de lo que bien que esta le sienta y de cómo se le marca todo.

—Mira, guapa. Si quieres la llamo y le digo que venga, por mí que no sea.

—¿Qué pasa, te gustan los tríos?

—¿Y a ti?

Noto cómo el calor se va adueñando de todo mi cuerpo. Él también lo ve, por supuesto. De ahí esa sonrisa ladeada que le borraría de un guantazo.

Ordeno a mi cerebro que pase de él y me centro en lo importante: en mí y en salir de aquí sin que mi jefa me pille y, por supuesto, me despida.

Dejo de mirarlo y pienso en todas las opciones posibles que hay para escapar de esta maldita clínica. No sé qué papel estará buscando Irene, pero dudo que sea el mapa de un tesoro, por lo que en menos de un minuto seguro que vuelve.

Cierro los ojos y pienso.

Las dos entradas están descartadas, así que solo se me ocurre una opción; una ventana. Solo queda por saber por cuál de todas es mejor saltar. Menos mal que estamos en un bajo porque, si me tocase saltar desde más altura, seguro que me rompería una pierna o, ya puestos, la cabeza. Ya hemos quedado en que soy demasiado joven para morir. Sin contar con que todavía tengo cosas pendientes que hacer por aquí, y sé que se me echaría demasiado en falta.

—Joder, ¿eres tan lenta siempre para todo? No sé ni por qué me molesto en ayudarte, de verdad te lo digo. —Lo escucho resoplar a mi espalda. Estoy por decirle que parece un toro, pero, entonces, una bombilla se enciende en mi cabeza.

—¡El baño! —Me giro a mirarlo con la sonrisa reflejada en el rostro.

—¿Quieres volver a entrar en el baño?

—¡No! No estoy tan loca, ¿sabes? —Arquea una ceja, pero no le hago ni caso. Estoy feliz porque acabo de encontrar una solución y no voy a dejar que me la estropee—. No estoy hablando del que acabo de salir, claro está. Me refiero al baño de la *plebe*. Es decir, el que utiliza una servidora y el resto del personal de la clínica. Tiene una ventana por la que creo que quepo seguro —reflexiono, intentando recordar cómo es—. No está lejos de aquí y, lo más importante, no tengo que cruzar el vestíbulo para llegar.

Doy un pequeño salto mientras aplaudo por mi brillante plan. Incluso me lanzo a mover las caderas al ritmo del *Swish Swish*.

—¿Pero qué narices estás haciendo ahora? ¿Quieres pirarte de una puñetera vez?

Tiene razón. Debo marcharme de aquí a la de... ya. No dejo que su mal humor me afecte. Por fin me largo, Irene nunca se enterará de que la he escuchado fornicar y, lo más importante, no voy a tener que irme a la cola del paro.

En un último impulso —porque, por lo visto, yo soy mucho de impulsos— me lanzo a su cuello y lo abrazo, dándole las gracias por todo. Él no corresponde a mi abrazo, pero es normal, lo he pillado desprevenido y no se lo tengo en cuenta.

Me suelto y le digo adiós moviendo la mano de un lado a otro en el aire, mientras echo a correr silenciosamente hacia la puerta. Cuando llego a mi destino, voy al cubículo donde está la ventana, la abro sin hacer ruido, me aseguro de que no hay nadie en las inmediaciones que pueda verme y pensar que soy una ladrona — porque, vamos, ya sería lo último que podría pasarme hoy—, y me aúpo hasta sacar la cabeza. Después, poco a poco y raspándome por el camino, saco el resto del cuerpo.

Me siento como Jim Carrey en la escena esa de *Ace Ventura* que sale por el culo de un elefante. ¿O era de un rinoceronte?

Cuando, por fin, caigo de cabeza en la calle estoy a punto de besar el suelo, pero aborto la misión al darme cuenta de que, el hecho de que alguien me vea y piense que soy una ladrona no es lo peor que me puede pasar hoy. Me lo he dejado todo en mi mesa; bolso, llaves de casa, dinero y móvil.

A estas alturas la dignidad es lo que menos cuenta, ¿verdad?

Capítulo 5

Paula

Aporreo la puerta hasta dejarme los nudillos hechos papilla. Me duelen tanto que ya ni me los siento.

—¡¡Que ya va!! —gritan desde dentro con muy poquita paciencia, todo hay que decirlo. Pongo los ojos en blanco y valoro la posibilidad de quitarme las zapatillas y lanzarle una en cuanto abra, pero hasta pensar en hacer eso me duele. Aparto la idea a un lado y dejo caer el cuerpo hacia delante hasta quedar apoyado en la madera.

Es en ese momento cuando la puerta se abre y me venzo hacia delante. Pedro es rápido y me coge antes de que mis dientes queden esparcidos por el parqué de su casa.

—¿Paula? ¿Eres tú?

—No. Soy una versión bastante desmejorada de mí misma.

Ni siquiera levanto la cabeza para mirarlo, estoy demasiado cansada.

Mi amigo carga conmigo porque, hay que ser sinceros, estoy colaborando más bien poquito. Como puede cierra la puerta con el pie.

—Pesas un huevo, colega.

—Eso es por culpa del dulce que me he comido hoy. Esos que dicen: «Un poquito a la boca, un poquito al culo», no tienen ni idea. A mí todo se me va al culo, lo tengo comprobado.

—Podrías colaborar, ¿sabes? Me estoy dejando la espalda cargando contigo.

—Pues vaya mierda de entrenador estás tú hecho.

No me replica, es lo mejor. Podemos comenzar una conversación para la que ninguno está preparado. Yo, porque me duele hasta la lengua. Él, porque sabe que siempre termina perdiendo, se frustra, y ya no hay quien lo aguante.

Decido apiadarme un poquito de él y hago fuerza cogiéndome a su cuello mientras él me sostiene por la cintura y me lleva hasta el comedor. Concretamente, hasta el sofá, donde me suelta y me deja

caer con un suave *ploff*. Quedo bocarriba con los pies colgando. Lo miro de reojo, después miro mis pies y luego otra vez a él.

Resopla y pone los ojos en blanco, pero se agacha y me quita las Convers para después levantar mis piernas y ponerlas también en el sofá, sobre un cojín.

Suspiro de pura felicidad.

—Esto es la gloria.

Un ruido procedente del pasillo atrae mi atención. Intento levantar la cabeza para ver qué es, pero imposible. Así que la echo un pelín hacia atrás, lo justo para distinguir una pequeña figura al fondo del pasillo. Achico un poco los ojos porque de lejos no veo una mierda, cuando reconozco la melena. Me giro a mirar a Pedro con una sonrisa en la cara y me lo encuentro mirándose los dedos de los pies y...

—¡¡Estás colorado!! —grito, muerta de la risa, con lo que solo consigo que se ponga más rojo todavía, algo que parecía imposible.

Por la mirada que me está echando sé que sería capaz de tirarme del sofá como siga riéndome, así que corto por lo sano. O lo intento. Porque en cuando Daniela hace acto de presencia en el comedor la risa vuelve y esta vez sí que no la puedo controlar.

—Hola, Paula.

—¡¡Hola!!

Se miran de reojo y se sonrojan los dos. A la vez. ¡Son tan monos! Abro la boca para expresarlo en voz alta pero una mano en mis labios me lo impide.

—Cierra el pico. —Como no puedo hablar, levanto el dedo pulgar de la mano derecha.

Pedro me mira dubitativo, seguro que preguntándose si fiarse de mí o no. Saco la lengua y la paso por su palma.

—¡Serás guarra! —La aparta y se la restriega por el vaquero. Me fijo en Daniela y sé que está intentando no reírse.

—Pedro es tan mono cuando se enfada... —le digo a la chica ignorando a mi amigo—. Dan ganas de achucharlo. Yo lo haría, pero es que no me puedo mover. Hazlo tú, que seguro que le gusta más.

Algo aterriza en mi cara. Cuando cae al suelo veo que es un cojín.

—No me pegues, tío. Estoy inválida.

—Aún no me has dicho por qué tengo el honor de tenerte en mi casa un lunes a las once de la noche.

—¿Ya son las once?

—¿Qué hora creías que era?

—No lo sé. No llevo bolso, ¿no lo ves?

—Pues mira, no, no lo he visto. Estaba demasiado ocupado cargando contigo.

—De verdad, macho, cómo te pones cuando te cortan el polvo.

Pedro me fulmina con la mirada, Daniela se sonroja hasta la raíz del pelo y yo me parto de risa.

—Largo. —Mi amigo se agacha para cogerme por los brazos y levantarme, pero lo miro haciendo pucheritos.

—¡Ya paro, lo juro!

Se lo piensa solo dos segundos porque él es así de bueno, y me suelta. Le sonrío con la boca, los ojos y con toda mi alma.

—Yo mejor me voy, ¿vale?

Miro a la pobre Daniela y entonces me remuerde un poquito la conciencia. Solo un poquito. Pero es que no tenía adonde ir. Mis padres se han ido a Madrid a ver a la familia de mi madre. Mi hermano Javi está en plan mochilero por el mundo. Ha dejado el bar en manos de un amigo y se ha pirado. Solo. Aún no entiendo qué beneficios encuentra en ello, pero él está más feliz que una perdiz. Según cuenta lo hace para encontrarse a sí mismo. Es que el chaval se pone muy profundo cuando quiere. Y Eva y Marcos están dándole al fornicio sin parar en un crucero. Así que, solo me quedaba Pedro.

Cuando le doy la explicación pone los ojos en blanco y suspira.

—Qué suerte la mía.

—No te pega nada el sarcasmo, Pedrito.

—¿Podrías, por favor, no llamarme así?

—¿Pedro? Es tu nombre.

—El diminutivo.

—¿Qué? No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Paso. Me rindo. Me agotas hasta las ideas.

Alza los brazos en señal de derrota y se da media vuelta, dándome la espalda e ignorando mis gritos llamándolo. Se acerca

hasta Daniela y la coge de la mano, tirando de ella suavemente hasta sacarla fuera.

—¡Dani! —La llamo, antes de que se vaya—. Dile a Junior que no se le ocurra ver la última de Marvel con nadie que no sea yo. Tenemos una cita y no la puede romper.

Aunque hace ya unos meses que la película salió y ya está hasta de alquiler en algunas plataformas digitales, hay un cine en el centro que dentro de poco va a hacer como una especie de maratón y los dos hemos quedado para ver la última. Él es un friki del mundo Marvel y DC y yo soy una friki de él.

—Se llama Pedro. —Ignoro a mi amigo y me fijo en su chica, que no puede ocultar que el asunto le hace gracia, y es que no me gusta llamar al niño Pedro porque así es como se llama su padre. Llamarle Pedrito me pareció cruel e insensible, así que opté por Junior. A él le gusta. De hecho, le gusta a todo el mundo menos a su progenitor, que lleva su nombre con tanto orgullo que se lo debería hacer mirar. Eso solo hace que cada vez me guste más llamarlo así y no por su verdadero nombre.

—Tranquila. Lleva la fecha tatuada a fuego en la frente.

—Ese es mi chico.

—¿Me estás ignorando? Se llama Pedro. ¿Tanto te cuesta?

—Bueno, chicos. Yo voy a seguir aquí en posición horizontal, que me duelen hasta huesos que no sé ni si existen.

—Me está ignorando.

—Anda, ven. Dale un respiro. —Escucho cómo le susurra Daniela a Pedro mientras lo saca de la habitación. Si es que desde el primer día esta chica me cayó bien.

—¿Yo? Si siempre que estoy con ella más de dos minutos seguidos después tengo que ir a terapia para que me traten.

Este chico es un *dramas*. Seguro que se presenta a la audición de cualquier película dramática y le dan el papel principal.

Decido ser buena, descansar, relajarme y, sobre todo, aislarme un poco de los murmullos de esos dos, dándoles la intimidad que, está claro, les he jodido. Esto que he presenciado esta noche se merece una charla de las largas y profundas. Desde hace un año, cuando estos dos se reencontraron, toda la familia hemos estado esperando un acercamiento más detallado por ambas partes.

Sabemos que desde hace unos cuatro meses han empezado a dar pasitos, pero lentos. Muy lentos.

Sobre todo, Pedro. Pero ¿quién puede culparlo? Enterarte así, de repente, de que tienes un hijo de cinco años debe de ser un shock. Daniela no se lo ocultó queriendo pues, si ni siquiera sabía el apellido de mi amigo, ¿cómo narices podía ponerse en contacto con él? Para ella no fue fácil criar a un niño sola, solo con la ayuda de su padre. Y tampoco debió de ser fácil contestar a las preguntas de su hijo cuando empezó a querer saber por qué sus amigos tenían un padre y él solo una madre y un abuelo. Y lo más difícil, hacerle entender que su padre no es que no lo quisiera, es que no sabía dónde estaba.

Pero hace un año, cuando esas tres personas se reencontraron en la piscina de casa de Gonzalo sin buscarlo, sin quererlo, sin proponerlo, sin tenerlo previsto... supieron sin necesidad de decirlo en voz alta que todo había cambiado.

Un golpe en el pie me sobresalta, haciendo que abra los ojos de golpe y vuelva al presente. Pedro lleva el pelo mojado y se ha cambiado de ropa. Por eso, y por lo pastosa que tengo la boca, entiendo que me he quedado dormida.

Me levanta los pies con cuidado, se sienta y después los coloca sobre su regazo.

—¿Vas ya a contarme por qué estás tumbada aquí y no en tu casa?

—No tengo llaves, me las he dejado en el trabajo junto con el bolso, el móvil y el dinero, por lo que no me quedaba más opción que venir hasta aquí.

—¿Andando?

—No, en burro.

—Paula, si pudieses irías en coche a comprar el pan por las mañanas, y tienes la panadería a la vuelta de la esquina. ¿Me estás diciendo que has venido andando desde tu trabajo hasta aquí que está a más de una hora?

—Sí. Poniendo un pie detrás de otro. Y está a una hora y cuarto, para ser exactos.

Me mira alzando una ceja, expectante, esperando a que continúe con el relato. O, más bien, a que empiece de una vez por

todas.

Le cuento mi odisea, desde que decidí disfrutar un poco de la clínica cerrada hasta mi escapada en plan ladrona profesional por la ventana del cuarto de baño. Aunque, claro, cualquier ladrona con un mínimo de experiencia no se habría raspado por el camino, ni se habría caído de cabeza. Y lo más importante, no se lo habría dejado todo en el lugar del delito.

Mi amigo se descojona de mí, algo que estaba más que claro que pasaría. Desde el principio del relato hasta el final. Tardo más de una hora en terminar de contarlo todo porque, claro, entre que el idiota se ríe sin parar y que yo tengo más hambre que el perro de un ciego, tenemos que hacer miles de paraditas.

Me toca describir al borde que me ha salvado, dándome cuenta cuando me lo pregunta de que no tengo ni idea de quién es. Además, si me paro a pensarlo, hasta hace tres días Irene tenía novio y se llamaba Domingo. Y digo tres días porque el viernes pasó a recogerla y Esther, Adriana y yo babeamos un poco. O un mucho.

Joder, es que la chica se los sabe elegir.

Me cura las heridas de las rodillas mientras grito porque nunca he soportado el alcohol. Ni este, ni el de beber. Aunque, si tengo que elegir alguno, me quedo con el segundo. Me hace repetirle unas cinco veces cómo conseguí salir por la ventana. Le cuento mi similitud con la película de *Ace Ventura* y no se le ocurre otra cosa que ir a por el ordenador, buscar la escena y, sin saber cómo lo hace, cambiar mi cara por la de Jim Carrey. No puedo evitar reírme con él sin parar.

Cuando me doy cuenta de que ya llevamos demasiado tiempo hablando de mí y de mi mierda de noche, intento preguntarle por Daniela. Preguntarle si lo que he presenciado esta noche es el inicio de algo o si tenemos que seguir esperando todos un año más a que se decidan a dejar de hacer el canguelo y den el paso definitivo.

No me contesta. Lo que sí hace es revolverme el pelo y guiñarme un ojo, sonriendo como un idiota, lo que responde de sobra a mi pregunta. Esto se merece una reunión de chicas urgente.

Abre las ventanas para que corra el aire y me deja una sábana con la que taparme porque aquí por la noche hace fresquito. Insiste

una vez más en que me marche al cuarto de su hijo a dormir porque, aunque el sofá es cómodo, mañana me va a doler hasta el alma.

Pero es que el alma ya me duele ahora y no consigo moverme.

Se acerca hasta mí, me arropa y me da un beso en la frente. Cierro los ojos y sonrío, ya casi dormida.

—Pedro —susurro, justo antes de que se marche.

—¿Sí?

—Aunque seas un grano en el culo la mayor parte del tiempo, te quiero un huevo más un millón.

No llego a escuchar si dice algo más, porque yo ya estoy soñando con un tío borde con un culo de escándalo.

Capítulo 6

Alejandro

Llevo toda la semana dándole vueltas a dos cosas; la primera, que no tendría que haberme liado con Irene. Mezclar trabajo con placer es la peor de las opciones. Parece que no aprendí nada de mi experiencia con Sandra.

Cuando quedamos a comer el objetivo estaba claro: hablar del nuevo trabajo. Ya habíamos discutido los términos en los últimos meses y estaba todo bastante claro, solo quedaba firmar el contrato. Ir a su despacho y montárnoslo en su mesa no era el plan original.

Pero uno es débil, idiota e insensato, e Irene es demasiado sensual como para decirle que no.

La segunda, y que me tiene más intrigado: ¿quién cojones era la tía del baño? He ido un par de veces por la clínica esta semana y no la he visto. Me han presentado al resto de médicos que pasarán a ser mis compañeros, y ella no estaba entre ellos. Incluso estuve una tarde pasando consulta porque la doctora Ibáñez tuvo una urgencia médica en el hospital y no querían cancelar todas sus citas.

Ella no apareció.

Las dos conclusiones a las que he llegado son: o me lo inventé y todo fue producto de mi imaginación, o ayudé a escapar a una ladrona. Mi teoría inicial.

La segunda opción suena descabellada porque yo sería mejor ladrón que ella, de eso no hay duda, pero pensar en la primera me hace quedar como un perturbado.

Un teléfono se oye en algún rincón de la casa. Al principio no caigo en qué puede ser, pues es la primera vez que suena, pero entonces me doy cuenta de que es mi teléfono fijo. Hace tanto tiempo que no tengo uno de estos que si me dicen que se han extinguido por completo como los dinosaurios, me lo creo.

Solo hay una persona que tiene mi número, así que en cuanto llego a la cocina y descuelgo ya lo hago sabiendo a quién me voy a encontrar al otro lado.

—Hola, mamá.

—Una semana, Alejandro. Llevo una semana esperando a que me llames.

Por lo que veo, los saludos están sobrevalorados. Colocándome el teléfono en la oreja para que no se me caiga comienzo a desembalar cajas.

—Estamos a sábado y hablamos el lunes pasado. Técnicamente, han pasado cinco días.

—¿Te estás poniendo gracioso conmigo?

—Jamás se me ocurriría.

La escucho resoplar al otro lado y no puedo evitar sonreír. Probablemente, esté torciendo la boca hacia la derecha y sujetándose el puente de la nariz, dos cosas que siempre hace cuando la pongo nerviosa o se enfada conmigo.

—No te enfurruñes —la corto antes de que pueda seguir quejándose—, te prometo que te llamaré más.

—No necesito que me llames, Alejandro. No soy de esas madres histéricas que necesitan saber de sus hijos cada veinticuatro horas. Pero dos o tres veces por semana no estaría mal. Saber cómo te va en la clínica esa nueva, si te adaptas a la ciudad..., cosas así. No creo que sea mucho pedir.

Para tenerla contenta —y porque sé que en el fondo tiene razón—, le cuento cómo me han ido estas dos semanas en Valencia. Obviando la parte del lunes por la noche en la clínica, claro. Me gusta la relación que tenemos, pero contarle que me acosté con la que será mi jefa apenas dos horas después de conocernos oficialmente no creo que entre en la lista de «buenas acciones» que, según mi madre, debo llevar a cabo.

Encuentro la caja con los discos de vinilo y comienzo a sacarlos uno a uno y a dejarlos con cuidado en la estantería, mientras escucho a mi madre hablándome sobre cosas del trabajo o de sus amigas. Las tripas comienzan a rugirme en algún momento de la conversación, y es que me muero por un café. Pero no puedo moverme. Es un teléfono de esos antiguos que van colgados a la pared y tienen un cable rizado que se estira y te permite cierta movilidad, pero no como para ir de una estancia a otra. Lo vi en una tienda de antigüedades y no me pude resistir.

Además, es mi único medio de comunicación con la sociedad sin contar el ordenador, aunque solo lo utilizo para trabajar.

El móvil que tenía lo partí en varios trozos con el pie la última vez que lo tuve en las manos.

Después de guardar el millón y medio de discos que tengo y desempaquetar un par de cajas más, le cuelgo a mi señora madre. Aunque la quiero muchísimo, a veces me agota mentalmente. Tanto, que renuncio a ver la última temporada de *Stranger things* en Netflix. Solo me quedan fuerzas para arrastrarme hasta mi habitación y meterme en la cama con el firme propósito de no salir de ella hasta el lunes.

Esta semana que entra empieza mi nueva vida, por decirlo de alguna manera, y necesito tener la mente despejada y las ideas claras.

Capítulo 7

Paula

Otra vez lunes. Habíamos quedado en que es el peor día de la semana, ¿no? No entiendo cómo no se suprimen directamente del calendario.

Cada comienzo de semana es igual. Parece que haya entrado en un bucle infinito, aunque debo reconocer que esta es diferente. He podido cogermé unas horas por la mañana de asuntos propios para poder ir a un fisioterapeuta y quitarme los nudos que se me han formado en la espalda de toda la tensión que he pasado en los últimos días.

Empezó el martes cuando llegué al trabajo y me encontré con Irene de cara, con ese vestido blanco y el moño estirado en lo alto de la cabeza, perfectamente maquillada. Comenzó a hablarme de no sé qué persona nueva que iba a venir a la clínica a trabajar, que tenía que llamar a la asesoría y enviarle los papeles firmados o algo así. Yo solo podía escucharla jadeando, gimiendo y gritando: «sí, sí» y «más, más».

Me puse tan roja que hasta dejó de hablar y se preocupó por mi estado de salud; se acercó y me tocó la frente para ver si tenía fiebre. Ella, que tiene la misma sensibilidad que un puercoespín.

Me pareció la excusa perfecta para fingir un resfriado y dejar que fuese Esther la que se encargase de todo. Diría que no me siento orgullosa, pero estaría mintiendo. Primero debía dejar de imaginarme así a mi jefa si quería seguir mirándola a la cara, y después debía dejar de obsesionarme con la puerta cada vez que esta se abría. Solo de pensar en que podía ser el tío del lunes que venía con cargo de conciencia a contarle a Irene lo que vio, es decir, a mí encerrada en esta clínica escuchando a escondidas, me entraban los siete males. Normal que se me formara tal nudo en los hombros que no podía ni andar recta.

De tanta tensión y tanta hostia me he pasado todo el fin de semana en la cama tumbada viendo la televisión. Solo se pasó Pedro con su hijo el jueves por la tarde a verme, pero, en vista de

que no dejaba de reírse de mí y de que todo me dolía tanto que no pude jugar con el niño ni al parchís, se marcharon y no volvieron.

El único que me animó un poco fue Javi, como siempre. Después de semanas sin vernos hicimos una pequeña conferencia por Skype; él desde alguna isla de Bangkok —Koh Samed, creo que me dijo que se llamaba. Me lo repitió tantas veces que al final me dio por imposible—, y yo desde la cabecera de mi cama.

Qué vida más triste la mía.

Pero ahora estoy aquí, tumbada en la camilla boca abajo, desnuda, a excepción de las braguitas, esperando a que Ana obre su magia. Esta mujer debería asegurar sus manos porque son oro puro.

Cuando termino me permite darme una pequeña ducha en su cuarto de baño, pues llevo Aloe Vera hasta en el *chichi*, y eso que ahí no me ha tocado. Me coloco el vestido de flores blancas y rojas que me compré el otro día de rebajas y me encamino hacia la clínica con la creencia de que esta va a ser una buena semana.

Qué *joputa* es el Karma y cómo le gusta reírse en mi cara.

Nada más entrar estoy tentada a dar media vuelta y salir corriendo, antes de que alguien me vea.

La gente ha vuelto en masa de las vacaciones y ha decidido acudir a la clínica toda a la vez. Hay más gente en las distintas salas de espera que en la puerta de El Corte Inglés el primer día de rebajas.

—¿Regalamos algo? —le pregunto a mis compañeras Esther y Adriana, justo al llegar a mi mesa. Esta última acaba de llegar de sus vacaciones y se le nota en la cara.

No hablan.

Esther, directamente, me ignora, pero porque ella es así de simpática. Adriana, que es más maja que las pesetas, me mira fijamente y resopla, haciendo que el flequillo se le mueva, y continúa atendiendo la larga fila de clientes que tiene delante.

Me quito corriendo el bolso, lo guardo en el armario y cojo la bata blanca mientras ya voy atendiendo a una madre que viene con su hija de apenas dos meses y medio porque no duerme nada y está desesperada. Quiero decirle que estamos a tope y que poco puede hacer la doctora en este caso en concreto, pero la mujer me mira

con esos ojos verdes tan llenos de tristeza, desesperación y cansancio mientras lleva a la pequeña, que se llama Alejandra, en la mochila portabebés y hace sentadillas hablando conmigo, y me da tanta lástima que la pongo delante de todas las madres que hay esperando. Si se enteran lo más seguro es que vengan en masa a cortarme la cabeza porque las mujeres, eso de la paciencia, lo llevamos justito, pero es que esta pobre madre se nota que se merece una cura de sueño. Me sonrío mientras coge el papel que le doy y se va a la sala quince a esperar a que la llamen.

Paso al siguiente paciente y así estoy las siguientes dos horas y media. Adriana ha intentado contarme algo tres veces y ha sido imposible y, como yo no soy cotilla, estoy que me subo por las paredes. Entre eso y que necesito ir al servicio con urgencia, creo que estoy a punto de explotar.

Cuando voy a imprimir un papel y este no sale, creo que me voy a echar a llorar. Aparto la silla y me coloco a cuatro patas bajo la mesa, a ver si consigo conectar los cables del ordenador con los de la impresora. Se nota que a la tecnología también le afectan los lunes.

—¿Sabes? Tenemos nuevo doctor y está que te mueres. —La voz de Adriana me llega algo lejana.

—¿Me hablas a mí?

—No, a mi madre.

—¿Es que no ves que estoy aquí metida y no escucho nada? Encima, si susurras, pues ya tenemos el trabajo hecho.

—Es que no puedo chillar.

Consigo enlazarlo todo y, a los pocos segundos, el ruido de la impresora conectándose llega hasta mis oídos.

—¡Ja! —grito, golpeándome la cabeza con la mesa—. Hostia puta, que daño me he hecho.

Salgo gateando, haciéndome daño en las rodillas y clavándome un lápiz que no tengo ni idea de qué hace ahí. Levanto la cabeza y veo a mi amiga Adriana con las mejillas encendidas y mirando alternativamente a mí y al frente.

—Joder. Qué daño me he hecho. Bueno. ¿Qué me decías de un nuevo no sé qué? —Me levanto, sacudiéndome las manos y las rodillas.

—No creo que ese sea el lenguaje más apropiado para un sitio como este. Espero que no sea la manera que tienes de dirigirte a nuestros pacientes.

Esta vez, la voz de Irene me llega alta y clara. Justo antes de levantar la cabeza y enfrentarme con su mirada rezo para que el suelo se abra bajo mis pies y me engulla entera. Pero sigue sin haber suerte.

Un carraspeo procedente de mi jefa interrumpe mi rezo. No me queda más remedio que mirarla.

Y es, en este momento exacto, cuando quiero morirme.

Está cruzada de brazos lanzándome dardos envenenados con los ojos. Hoy lleva tacones y de los altos, porque somos casi de la misma altura y, aun así, tengo que alzar un poco la vista para verla bien. Pero no es su pose de jefa enfadada lo que llama mi atención. De hecho, prácticamente ni la miro. Estoy demasiado petrificada mirando a la persona que tiene justo al lado.

El tipo del baño me está mirando directamente a mí, con el ceño un poco fruncido y la sorpresa también reflejada en su rostro. El mismo tipo que me ayudó a escapar después de haber escuchado cómo se tiraba a mi jefa en la habitación de al lado. Esa misma persona que tiene ahora a su vera y que, por cierto, me está hablando, aunque no tengo ni idea de sobre qué. No entiendo ni una de las palabras que salen de su boca, y ella, por supuesto, es ajena por completo a la vergüenza que estoy pasando en estos momentos y que encima es por su culpa.

Por la manera que tiene de mover las manos intuyo que me está echando la bronca, así que es mejor prestarle algo de atención. Aparto la mirada del semental y me centro en ella porque, si sigo mirándolo y continúo poniéndome roja, al final todos los de esta sala van a sospechar que algo me pasa, y es lo que menos necesito.

—¿De acuerdo? —pregunta Irene.

—¿Eh?

Mierda. Justo cuando me proponía escucharla, es cuando ha terminado con su discurso.

—Paula. ¿De acuerdo?

—Sí, claro. No te preocupes —contesto, esperando que esa sea la respuesta correcta. También sonrío, por si acaso.

—Estupendo. Pues empezamos con las presentaciones, que los demás ya lo conocieron oficialmente esta mañana pero tú no estabas. —Coge al chico por el brazo y lo acerca un poco más a ella mientras le sonrío. No he visto a Irene sonreír en su puñetera vida, ni cuando le hacemos un regalo entre todos por Navidad.

Los jadeos y gemidos que me han estado persiguiendo durante todos estos días y que había conseguido olvidar vuelven en tropel, consiguiendo que esté más avergonzada de lo que he estado en mi vida, y eso que yo no me avergüenzo de nada.

Quiero taparme los oídos con las manos para silenciarlos, pero estoy tan paralizada que ya dudo de que pueda volver a mover alguna extremidad de nuevo.

—Doctor Beltrán, te presento a la última de nuestras chicas que te quedaba por conocer, Paula Baró. Paula, este es el doctor Beltrán, nuestro nuevo pediatra.

—Encantado, Señorita Baró. —La forma en la que pronuncia mi apellido, como si la letra o se le quedara pegada al paladar, hace que los pelos se me pongan de punta. Estira la mano sobre el mostrador hacia mí y ahí la deja, esperando que la acepte.

Pero yo solo puedo mirarla como una idiota.

Un carraspeo llama mi atención. Cuando miro a Irene me señala esa misma mano con una pequeña inclinación de la cabeza y el ceño fruncido.

—Ho... Hola. —Reacciono, estrechándola y dándome cuenta de que mientras la suya está excesivamente caliente la mía parece un témpano de hielo.

Si lo nota, no dice nada. Se limita a apretármela con fuerza y determinación, sin apartar en ningún momento su mirada de la mía.

Jadeos. Gemidos.

«¿Esto? ¿Te gusta que te toque aquí?».

¿Dónde está ese pozo negro al que van a parar todos los calcetines cuando los lavas? Porque ahora mismo me vendría genial encontrarlo para meterme dentro y no salir en la vida.

Así que aquí se escondía la pequeña escapista.

Después de unos segundos, y porque ha intervenido Irene, reacciona y me estrecha la mano. Al hacerlo compruebo que la tiene congelada, en contraste absoluto con la mía. Cuando la he visto me he preguntado si me reconocía. Pero solo hay que ver cómo me mira para saber que sí, que sabe perfectamente quién soy.

—Bueno, hechas todas las presentaciones aquí hay demasiada gente molestando y sin hacer nada. Todo el mundo de vuelta a su trabajo.

Le echo un último vistazo antes de que Irene me agarre del brazo y me arrastre hasta su despacho, ese que he estado intentando evitar desde que he puesto un pie aquí esta mañana.

Ninguno de los dos ha sacado el tema del sexo desde ese día y se lo agradezco, pero que no lo hayamos hablado no significa que no debamos hacerlo, sobre todo para dejar claro que no puede volver a pasar, que tener sexo en el trabajo está mal y que, por supuesto, yo ni busco ni quiero pareja y, mucho menos, complicaciones.

«Pues haber mantenido la polla dentro de los pantalones en vez de haberla sacado a pasear», esas habrían sido las palabras exactas de Víctor si se lo hubiese contado.

Noto un pequeño pinchado en el pecho al pensar en él. ¿Cuándo dejará de doler?

Entramos en el despacho y con un movimiento de la mano me invita a sentarme en la silla frente a su escritorio. Mientras lo hago las imágenes de aquel día me asaltan, sobre todo, las de esa chica en el baño.

—¿Alejandro? ¿Alejandro?

Me vuelvo hacia Irene, que me sonrío.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—De acuerdo. —Se inclina hacia delante apoyando las manos cruzadas sobre el escritorio—. Por aquí ya está todo listo. Si no pasa nada mañana empiezas a trabajar aquí de forma oficial. Sabes utilizar el programa del ordenador, ¿verdad?

—Sí. Todo es cuestión de práctica. No es muy distinto al que usaba antes.

—Muy bien. Va sincronizado en tiempo real con el de las chicas de la entrada. Si hay algún problema lo hablas con cualquiera de ellas.

Es mi momento de preguntar por la escapista. Solo por tener un poquito más de información.

—¿A quién debería preguntar?

—A cualquiera de las tres. Menos a Esther. Esa siempre está con el móvil y parece vivir en otro planeta. Una lástima que sea de la familia, porque la chica es una inepta total.

No sé cuál de las otras dos chicas era Esther, soy muy malo para los nombres. Además, no es ella quien me interesa.

—¿Sobre las otras dos?

—Cualquiera está bien. Adriana y Paula llevan ya tiempo con nosotros y se manejan mejor que muchos de los médicos que hay por aquí.

Sonrío y asiento. No se me ocurre qué otra cosa preguntar sobre Paula para que me hable de ella sin parecer sospechoso, así que doy una palmada y me levanto de la silla dispuesto a volver a mi despacho y esperar hasta después de comer a que lleguen los pacientes de la tarde. Me despido y me levanto para marcharme, pero justo antes de salir por la puerta, con el pomo ya en la mano, me lo pienso mejor y vuelvo sobre mis pasos. Es ahora o nunca. Irene no se da cuenta. Está mirando unos papeles que tiene sobre la mesa, así que carraspeo para llamar su atención. Cuando me mira, no puedo evitar pensar que es una mujer muy atractiva.

Toso y carraspeo para ver si así baja el pequeño nudo del tamaño de una nuez que se me ha quedado atascado en la garganta.

—Verás, Irene. Hay una cosa que quería comentarte.

—Claro, tú dirás.

Separa la silla del escritorio, echa el cuerpo hacia atrás y se cruza de brazos, mirándome de forma muy intensa.

Joder, nunca me había impuesto tanto una mujer. Por cómo me mira sospecho que sabe de lo que le voy a hablar. Por su sonrisa intuyo que estaba esperando justamente esto, que fuese yo quién

sacara el tema. Carraspeo otra vez, pues el nudo no desaparece, y me aflojo la corbata que de repente me oprime la garganta.

—Tenemos que hablar de lo que ocurrió entre nosotros el otro día.

Espero, espero y espero a que diga algo. Pero no. Solo me mira.

Cojo aire y lo suelto de carrerilla; rápido, sin dolor. Como cuando te quitas una tiritita.

—Creo que no debería volver a pasar.

Si ella sabía o no lo que le iba a decir lo ignoro, porque no ha cambiado un ápice la expresión de su cara.

—Por creer, ¿es que estás seguro de que no va a volver a pasar o es que crees que no es ético?

—En realidad, un poco de ambas cosas.

—Pues es una pena —dice, mientras se levanta y se acerca a mí a paso lento, meneando las caderas, segura de sí misma, sin borrar la sonrisa y con cierto brillo en los ojos. Cuando bordea la mesa y se coloca delante lo suficientemente cerca para rozarme el lóbulo de la oreja con sus labios, me susurra—. Lo pasamos realmente bien y a mí no me importaría repetir, pero respeto tu decisión.

Se separa tras dejar un beso detrás de la oreja y otro en la comisura de la boca.

—Si cambias de opinión, mi puerta está siempre abierta.

Me guiña un ojo y vuelve a su silla, dando por finalizada la conversación y centrándose de nuevo en los papeles. Cuando salgo lo hago cerrando con un suave *clic* y más confuso que cuando he entrado, pero es que la culpa es solo mía por pensar con lo que tengo entre las piernas en vez de con lo que sujetan mis hombros.

Doy media vuelta dispuesto a olvidar este tema y a hacer como que lo del lunes nunca pasó y la insinuación de hace treinta segundos tampoco, cuando, sin ni siquiera dar dos pasos, me doy de bruces contra un pequeño muro.

—¡Joder!, qué daño. —Alguien se queja mientras miles de papeles salen desperdigados en todas direcciones.

Agacho la mirada y me encuentro con ella, con Paula, de cuclillas recogiendo carpetas y folios que hay esparcidos por el

suelo. Sé que es ella porque es la única en toda la clínica con ese corte de pelo y ese color. Un corte a lo chico que a muchas mujeres no les favorece pero que a ella le siente fenomenal, algo de lo que ya me di cuenta en nuestro encuentro fortuito y he corroborado hace un momento.

—Perdona, de verdad. Estaba distraído y no te he visto.

—Tranquilo, yo tampoco miraba por dónde pisaba, no se preocupe. —Me agacho para intentar ayudarla, pero cada vez que intento coger un papel me lo quita de las manos—. Puede seguir con lo que estuviera haciendo. Ya termino yo de recoger todo esto.

Me da la espalda mientras se inclina más todavía, hasta casi quedar tumbada en el suelo, para comprobar que no hay nada debajo de un pequeño mueble que hay en el pasillo. Aunque no puedo observarle bien la cara veo cómo se lleva una mano a la mejilla y la acaricia con suavidad. Se ha dado contra mi hombro. A lo mejor se ha hecho más daño del que yo creía.

—¿Te he hecho daño?

—No, no. Ha sido más el susto, que no me lo esperaba. —Niega con la cabeza y recoge la última carpeta de todas, todo eso sin mirarme a la cara ni una vez.

Va a levantarse pero la paro sujetándola por el brazo. Mi gesto la sorprende por la forma en la que se me queda mirando cuando se gira y nos quedamos frente a frente. Es entonces cuando reparo en la pequeña rojez que tiene en el pómulos izquierdo. Movidio por un impulso alargó el brazo hasta rozar el moratón con el pulgar, despacio, suave, como si así pudiese borrarlo. Compruebo que sigue teniendo la piel fría en contraste con el tiempo tan caluroso que estamos teniendo.

Echa el cuerpo hacia atrás haciendo que mi mano deje de tocarla y caiga inerte al suelo. Aprovecha para ponerse en pie con los papeles en la mano. La imito unos segundos después.

—¿Está libre la doctora Sánchez? —pregunta mientras señala con la cabeza la puerta que tengo a mi espalda. Asiento y me echo a un lado para dejarla pasar—. Gracias.

Va a abrir la puerta, pero justo antes de hacerlo se gira y me mira seria.

—Yo... Bueno... —carraspea un poco para aclararse la voz—, solo quería darle las gracias por no decir nada.

Aunque no especifica sobre qué me está dando las gracias exactamente, ambos lo sabemos. Un pequeño rubor tiñe sus mejillas. Se pinza el labio inferior dándole un aspecto inocente y dulce. Un aspecto que no tiene nada que ver con la peleona que demostró ser el otro día.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

Sonríe, asiente y hace girar el pomo de la puerta del despacho, donde desaparece después de cerrar la puerta con un suave clic. Justo cuando voy a echar a andar para volver al trabajo la puerta se abre a mi espalda. Me giro justo a tiempo de ver a Paula salir y entornar la puerta a su espalda. En la otra mano sigue llevando todos los papeles. La voz de Irene me llega amortiguada, supongo que porque estará hablando por teléfono.

—Perdone, doctor. Se me olvidaba comentarle algo. —En dos zancadas se acerca hasta ponerse a escasos centímetros de mí—. El cuarto de baño está por ahí —dice, señalando el pasillo a mi espalda—. Segunda puerta a la derecha. Creo que debería ir a limpiarse. Tiene un poco de carmín rojo en el labio.

Capítulo 8

Paula

Llego a casa agotada física y mentalmente, además de pegajosa, y eso que el hombrecillo del tiempo había dicho que hoy ya empezaría a refrescar. Que venga a mi casa que yo le explico lo que eso significa, porque ese día no debió de acudir a clase.

Solo tengo ganas de meterme bajo el chorro de agua fría —o más bien templada, que a mí el frío, frío, como que no me va mucho—, y después descongelar alguna de las sobras que me traigo de casa de mi madre. Benditas madres y benditos *tuppers*. No sé qué sería de los hijos sin ambas combinaciones. Y eso que a mí se me dan muchas cosas mal, pero cocinar no es una de ellas. Aunque, claro, donde esté la comida de una madre que se quiten todas las demás. Y las de las abuelas. Solo con pensar en las croquetas de mi abuela Amelia se me cae la baba.

Me olvido de tanta comida y me centro en ir al dormitorio para poder descalzarme. Guardo las deportivas en el armario y me desnudo ahí mismo, dejando la ropa echa un gurrño en el suelo para meterla luego en la lavadora. Cojo ropa limpia, un pantalón corto y una camiseta de tirantes con el logo de Hogwarts en el pecho, y el altavoz para poder conectarlo con el móvil y escuchar música, y me voy dando saltitos hasta el baño. Adoro ir desnuda por la casa, por eso odio el invierno, por el frío y por no poder ir como mi madre me trajo al mundo.

Selecciono la lista de *Spotify* de éxitos de los ochenta y dejo que Radio Futura con su *Veneno en la piel* inunde la estancia. Si Pedro o Marcos me vieran escuchando este tiempo de música fingirían una arcada y me dirían que tengo un gusto musical pésimo. Que sí, que Craig David, Tupac y compañía están muy bien y que cantar en inglés te hace quedar como más elegante, pero donde esté la música española que se quite la demás. ¡Pues no hemos gozado nosotros de grandes éxitos! Como Los del Río y su *Macarena*. ¡Anda que no he bailado yo esa canción millones de veces y todavía lo hago! O el año pasado con Álvaro Soler y su cintura:

«Porque mi cintura necesita tu ayuda, no lo tengo en las venas y no la puedo controlar. Creo que mi cintura choca con mi cultura, tropiezo con la arena, ya no me puedo controlar. Y bajando, bajando, olvidando, olvidando, que estoy bailando, bailando y así hasta el amanecer...».

Canto a pleno pulmón mientras meneo las caderas, aunque no sea esa la canción que está sonando.

Dime tú cómo cojones se baila una canción del Tupac ese, si parece que escupe cada vez que canta. Bueno, cantaba, que el pobre se murió. ¡Qué lástima cuando se muere alguien tan joven, de verdad!

Me concentro en la ducha, en el chorro de agua tibia y en enjabonarme a conciencia con ese nuevo gel de leche y miel del Mercadona que huele tan bien que hasta me daría un mordisquito a mí misma. Después de secarme me pongo todos los potingues que conozco para tener una piel cuidada y suave, como la del culito de un bebé. Porque una ya llega a una edad en la que tiene que empezar a cuidarse, que las cosas empiezan a caer y ya no suben. El pelo lo dejo secar al aire, y es que esa es una de las mayores ventajas de llevar el pelo tan corto.

La música cesa y es sustituida por el tono de llamada del móvil. Pongo el manos libres cuando veo que es Eva la que me llama.

—¿Qué pasa, so putilla? ¿Me llamas para reírte de mí por estar en un crucero y yo en casa muerta de asco? Dile a mi hermano que lo odio. A mí nunca me ha llevado de viaje, y nuestra madre siempre dijo que a las dos personas que más tenía que querer en este mundo eran a Javi y a mí. Tú no entrabas en la ecuación. A Javi lo puede dejar haya donde esté, que el cabrón ya se está pegando el viaje de su vida. Pero yo estoy aquí sola, triste y azul, como el gato de Roberto Carlos.

Lo suelto todo de carrerilla, sin respirar y sin decir ni hola. Las carcajadas desde el otro lado no se hacen esperar.

—¿Ya has vuelto a ponerte el repertorio de los éxitos de los setenta?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando hablas sin respirar y sin poner comas o puntos es porque le has estado dando a la bebida o a la lista de reproducciones del *Spotify*. Quiero pensar que, de las dos opciones, es la segunda.

—Pasamos demasiado tiempo juntas. Esto no es sano. Y no eran de los setenta. Estaba escuchando los mejores éxitos de los ochenta, que fue una mejor época.

Guardo cada cosa en su sitio mientras mi amiga me relata su viaje de ensueño con mi hermano. Finjo arcadas unas dos o tres veces mientras me habla de todo lo que están viendo y disfrutando, describiéndome al detalle las Antillas o las Islas Vírgenes. Cojo el móvil y las busco en Google, solo para hacerme más mala sangre y más envidia viendo las playas y los paisajes que ahora están disfrutando dos de las personas más importantes de mi vida.

Quito el manos libres, me sujeto el móvil entre el hombro y la cabeza y termino de recoger mi habitación y de amontonar toda la ropa a lavar, dejando la casa limpia y reluciente. Seguro que si me ve mi madre me come a besos.

—Bueno, y tú, ¿qué? ¿Algo nuevo que contar?

La imagen del doctor Beltrán, alto, rubio y guapo de cojones, me asalta.

—¿Te acuerdas de que te conté que había pillado a Irene follando con uno en el despacho y que no había pasado más vergüenza en toda mi vida?

—Sí.

—Pues bien. Ese uno se llama Alejandro Beltrán y es doctor. Pediatra, para ser más exactos, y ha empezado hoy a trabajar en la clínica. Mola mi vida, ¿eh?

Como suponía, las carcajadas de mi amiga vuelven y esta vez mucho más altas y claras. Pongo los ojos en blanco y la ignoro mientras escucho cómo intenta contárselo a mi hermano. Digo intenta, porque la muy hija de su madre está hasta hipando de la risa.

—Tú no te cortes. Cuando quieras, aquí sigo. —Paso de la comida congelada de mi madre, pues prefiero algo ligero y rápido de hacer, y me preparo un sándwich de jamón y queso frío.

—¿Qué has hecho cuando lo has visto? —me pregunta, cuando ya estoy sentada en el sofá con el plato sobre las rodillas.

—¿Pues qué crees que he hecho? ¡Tartamudear! Yo, que no he tartamudeado en mi vida. Ni cuando el profesor ese que teníamos en inglés... ¿Cómo se llamaba?

—¿Matías?

—No. El otro. El que me pilló levantándome la falda porque llevaba una chuleta cosida al bajo. ¿Cómo se llamaba?

—¿Juanjo?

—¡Sí, ese! Ni cuando Juanjo me pilló copiando y me sacó al pasillo del instituto a sacarme los colores, tartamudeé. Y con este tío... ¡No paro de hacerlo! Pero es que hasta me sudan las manos, te lo juro. A mí, ¿te lo puedes creer? ¡Yo! Que no tengo vergüenza ni la conozco. Cuando me ha dado la mano para estrechármela te juro que he notado un calambre en los dedos.

—¿No has pensado que tal vez sea porque te gusta?

—¿Qué me va a gustar si lo he visto dos veces en mi vida? Yo creo que es porque nuestro primer encuentro fue como fue y eso tiene que poner nervioso a cualquiera.

—A cualquiera, sí. A ti, no. Si el día que nos pusimos la película porno esa te descojonabas igual que si estuvieras viendo *Resacón en Las Vegas*.

—¡No tiene nada que ver! Con unas cuantas cervecitas de más me río hasta de mi madre. Además, ¡que no es lo mismo!

—Sigo pensando que es porque ese tío te gusta. Por la descripción tan detallada que nos hiciste está claro que está bueno.

—Si eso está más que claro. El tío está muy bueno, pero ni que fuese el único con el que me he cruzado en mi vida. Bah. ¿Sabes qué? Que paso. Me ha bajado el periodo y estoy más sensible de lo normal y me ha pillado en un día flojo.

—A lo mejor es porque por fin alguien ha conseguido poner nerviosa a la gran Paula Baró—. Esto lo dice mi hermano, que por lo visto tiene pegada la oreja al auricular, porque si hay una cosa que nos caracterice a los hermanos Baró es que somos unos cotillas sin remedio.

—¿Qué dices? A mí solo me pone nerviosa Pedro Sánchez. Y no me refiero a nuestro amigo, que también, si no al que intenta

gobernar el país. Ay, de verdad, cada vez que leo Pedro Sánchez o veo al hombrecillo en la televisión me descojono. Mira que es casualidad que se llamen igual.

A Pedro —el nuestro, no el *presi*—, no le hace tanta gracia como a nosotros, pero porque es un sieso y no aguanta las burlas. Eso sí, las que son para él, porque las que son para los demás el tío se ríe que da gusto.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer?

—¿Yo? ¿Ahora? Pues buscarme una película en Netflix. ¿Y vosotros? Por favor, no me digas que fornicar como conejos, que si pienso en Marcos haciendo eso me da todo el bajón. Aunque seguro que es de los que solo saben hacer la postura del misionero. Qué lástima, de verdad.

—Pues follo que da gusto, guapa. Díselo, cariño.

—Claro que sí, *machomen*. Bizca que dejas a la niña.

—Tú eres idiota.

—Mi mimi mimimi.

—A ti lo que te pasa es que estás celosa de que los demás follamos y tú no.

—Ahora no me vayas de semental. De todas formas, ¿a ti quién te ha dicho que yo no hago eso también, eh? Listo, que eres un listo.

—Tener sexo con tu vibrador no cuenta.

—Pues mira, menos disgustos que me llevo. Y no es con mi vibrador, es con mi succionador de clítoris, que eso es una puta maravilla. Con él siempre llevo, no como otras, que han tenido que aprender a fingirlo... Verdad, ¿Eva?

—¡Devuélveme el teléfono! —grita mi cuñada cuando escucha a su prometido comenzar a llamarme de todo menos bonita. Los oigo hablar en susurros, a él refunfuñando y a ella intentando aguantarse la risa. Yo no me la aguanto, pero sí tengo la decencia de apartar el teléfono para que el otro no la escuche. Al final, se oyen pasos alejándose y una puerta cerrarse—. Es que ni estando a miles de kilómetros de distancia sois capaces de comportaros.

—¿Qué quieres que haga? Es de mecha corta. Siempre ha sido el más debilucho de los tres.

Las dos sabemos que de debilucho no tiene nada. Si te da una hostia te tiene dando vueltas hasta la Navidad del dos mil veinte. Y

también sé que es capaz de aguantar a pulso a mi amiga contra una pared. Pero prefiero no pensar en esto último.

—Bueno, vamos a lo que nos interesa. ¿Qué vas a hacer?

—Ya lo he dicho. Ver una peli en Netflix. De esas absurdas que nos gustan tanto, como la de *A todos los chicos de los que me enamoré*.

—No, idiota. Con el doctor buenorro.

—¡Ah! ¿Qué quieres que haga? Pues nada. Saludarlo muy educadamente cuando lo vea, ponerme roja como un tomate, maldecir a mi jefa por estar follándose a este tío y, después, seguir con lo mío.

—¿Crees que es algo serio? ¿No estaba con otro tío?

—Ni lo sé ni me importa —miento un poquito, pero muy poco—. Solo sé que los vi pasándose en grande en el despacho hace una semana y que hoy, al darme de bruces contra él mientras salía del despacho de Irene y yo entraba, le he visto carmín rojo en la comisura de la boca. Dudo mucho que fuese porque estaban jugando al parchís ahí dentro.

Recuerdo su olor, una mezcla a menta y a Hugo Boss, así como su cuerpo duro contra el que me he dado tal torta que he tenido que ponerme un poco de hielo en el pómulo, y no puedo evitar insultar mentalmente a Irene por tener semejante hombre para ella y yo no tener ninguno. Y por estar tan bueno.

—De todas formas, creo que voy a ignorarlo. Mi cupo de hacer el ridículo ya está cubierto con ese hombre.

—No se lo ha contado a Irene, ¿verdad?

—¿Lo de mi pillada en el baño?

—Sí.

—No, no lo ha hecho. No me preguntes por qué.

—¿Porque es buena persona y un tío majo?

—Probablemente.

Nos reímos y, de nuevo, le agradezco mentalmente al doctor buenorro que no le contase nada, porque la idea de verme en la calle sin trabajo no es que me apasione del todo. Y porque, si de verdad están liados, que es lo que parece, sé que su deber hubiera sido decírselo. Pero no lo ha hecho. Incluso ha fingido que no sabía de lo que le hablaba cuando lo he insinuado esta mañana.

Mierda. Si es que encima de ser guapo y oler de muerte es buena persona.

Hablamos un poco más, muy poco, pues va a flipar mi amiga cuando le llegue la factura del teléfono, y colgamos. Ella para poder ponerse el bikini, buscar a mi hermano, y quitarle el mosqueo a base de polvos —ella ha dicho mimos, pero porque Eva es demasiado dulce para llamar a las cosas por su nombre—. Yo, para ver a Lara Jean escribiendo cartas de amor a sus pretendientes.

La realidad es que no estoy casi pendiente de la película, porque solo puedo pensar en que las palabras que ha dicho mi hermano son ciertas; todos los de mi alrededor tienen a alguien por la noche con el que compartir palomitas y película. Marcos y Eva, Pedro y Daniela, incluso el nuevo doctor y la jefa Cruella de Vill, mientras que yo solo tengo a mi mando a distancia y una bolsa grande de *cheetos* que llevan demasiado tiempo abiertos y están rancios. No es que me preocupe, pero sí me ha hecho no estar pendiente de la película y ha conseguido que me cueste hasta conciliar el sueño.

Capítulo 9

Paula

El martes pasa sin pena ni gloria. Llego puntual al trabajo. Incluso hago una parada en el horno de la esquina y compro un poco de bollería para Adriana y para mí porque, si voy a comer basura de esa que luego se queda en tu culo para toda la vida, mejor hacerlo acompañada que no sola. Así la culpabilidad pesa menos.

En cuanto a los pacientes, hoy no ha habido incidentes y todo ha ido sobre ruedas. Bueno, a excepción del pobre hombre que se ha ido de bruces contra el suelo después de hacerse una analítica de sangre. Si es que los hombres es ver un poco de rojo y se desmayan. Si no, que se lo digan a Javier, que en más de una ocasión hemos tenido que sujetarlo entre dos cuando ha venido a hacerse alguna analítica.

El área más concurrida, pediatría. No porque haya habido algún problema con algún paciente, gracias a Dios, sino porque se han retrasado tanto las consultas que hemos terminado dos horas después de lo previsto. Eso sí, las madres estaban en la sala de espera con cara de mala hostia, pero cuando salían lo hacían con un brillo en los ojos especial y con una sonrisa de oreja a oreja. Seguro que alguna hasta con las bragas desintegradas. No se las puede culpar. El nuevo doctor está demasiado bueno. Ha llegado con un pantalón vaquero negro y un polo verde a juego con sus zapatillas Vans. El pelo despeinado, cada uno a su aire, y oliendo a esa mezcla de menta y Hugo Boss que me llamó la atención el día anterior.

Si a eso le sumamos que tiene una sonrisa capaz de derretir el Polo Norte no es de extrañar que las madres intenten estar el máximo tiempo posible dentro de esa consulta con él y que, en cuanto salen, pidan una nueva revisión para sus hijos, aunque estos solo tuviesen unos pocos de mocos.

Yo, por mi parte, he cumplido con mi palabra. Lo he saludado al llegar y he babeado un poco cuando ha pasado por delante de mí porque, bueno, sigo siendo humana, mujer y no estoy ciega.

También he conseguido no tropezar, caerme, tartamudear o estamparme contra algo delante de él.

Me voy a la cama muy orgullosa de mí misma.

El miércoles, sin embargo, no tengo tanta suerte. Como me ha traído Pedro en coche, pues le pillaba de camino hacia uno de sus nuevos lugares de trabajo y este chico es un histérico de la puntualidad, he llegado demasiado pronto. Ni siquiera me ha dado tiempo a desayunar en condiciones. Anoche me quedé leyendo en la cama hasta casi las tres de la mañana. Después de la excitación que me embargaba no me podía dormir. Así que estoy un poco zombi. Enciendo el ordenador y mientras arranca me voy a la sala de descanso a inyectarme café en vena si hace falta. Cuando empujo la puerta para entrar me doy cuenta de que no soy la única madrugadora. Tampoco soy la única que piensa que un café bien cargado por las mañanas es la mejor medicina. Un espectacular cuerpo de metro noventa está inclinado hacia delante, con la cabeza casi metida dentro de la nevera y ese culo en el que me fijé hace una semana apuntándome de frente.

Puedo dar media vuelta y salir pitando, fingir que no he estado aquí, pero entre que me he quedado un poco embobada y que el susodicho se ha girado a mirar quién es el intruso, no puedo. Se incorpora mientras me regala una de esas sonrisas del manual del auténtico *mojabragas*. Lleva el pelo igual de despeinado que ayer, aunque hoy lleva una camisa negra y un pantalón de pinza color beige, dejando constancia de que da igual el tipo de ropa que lleve puesta porque está guapo a rabiar de todas maneras. ¿Cómo será verlo desnudo?

—Eres Paula, ¿verdad? —Por la forma en la que hace la pregunta sé que se acuerda perfectamente de mi nombre.

—Sí. Y usted es el doctor Beltrán, ¿verdad? —pregunto, usando su mismo tono y su misma coletilla. Él se ríe bajito mientras se aproxima a mí con el brazo extendido.

—Preferiría que me llamasen Alejandro. El doctor Beltrán era mi padre y yo aún no tengo ni los treinta y cinco.

Le estrecho la mano. Esta vez lo hago tranquila y sin que me sude. Entre eso y que he conseguido decir una frase entera sin

ponerme en evidencia delante de este hombre, estoy tan contenta que me felicito mentalmente y me doy palmaditas en la espalda.

Ya que no puedo dar media vuelta porque quedaría raro y feo decido entrar y acercarme hasta la cafetera para prepararme el café que he venido buscando. Al llegar hasta ella me centro con todas mis fuerzas en elegir la cápsula de café correcta y en no pasarme con la cantidad, ignorando, por supuesto, el olor que inunda esta habitación y que no tiene que ver con lo que me voy a beber.

Apago el botón de la cafetera y me acerco a la nevera para sacar la leche. Cuando la abro encuentro de todo menos el líquido blanco que estoy buscando. Me inclino para buscar mejor por si estuviera detrás de alguna cosa, pero no la veo.

—Si lo que buscas es la leche, yo lo he removido todo y no he dado con ella. —Su voz, susurrada a mi espalda y sin esperarla, hace que dé un respingo, golpeándome en la coronilla.

—Me cago en toda mi estampa —protesto. Salgo despacio, masajeándome la zona afectada. Cuando me levanto del todo y me giro me encuentro a Alejandro mirándome con preocupación.

—¿Estás bien? —Alarga la mano con la intención de acariciarme la cabeza, pero yo doy un paso al lado, molesta. Hago presión en el golpe para evitar que me salga un chichón.

—¿Te has propuesto joderme la existencia?

—¿Perdona?

—El lunes me estampas contra tu hombro duro como una roca, y hoy me das tal susto que me golpeo la cabeza. Solo necesito saber si esto se va a convertir en una especie de rutina para venir con un chaleco antibalas ahora que trabajas aquí, no vaya a ser que la próxima vez te dé por tirarme por las escaleras.

—No tengo ni idea de qué tienen que ver unas escaleras y un chaleco antibalas, pero está bien. Además, que yo sepa, aquí no hay escaleras, pero claro, como soy nuevo, a lo mejor no conozco del todo la clínica.

—¿Estás siendo sarcástico? ¿O es que, simplemente, te crees gracioso? —lo corto, de mal humor. Se limita a mirarme fijamente con sus penetrantes ojos marrones mientras yo lo fulmino con mis rayos láser porque, joder, me he hecho daño—. Lo digo porque yo soy de chistes y aquí no he oído ninguno.

—¿Se puede saber por qué, de repente, has pasado a convertirte en un Rottweiler?

—¿Se puede saber la fijación tuya por hacer que me pegue contra algo? —contraataco, sin contestar a su pregunta.

Le doy la espalda, abro el congelador de un tirón y rebusco entre las cosas que hay para ver si encuentro hielo. Porque un paquete de guisantes o de judías lo veo bastante difícil. Cuando lo encuentro cojo la bandeja y la golpeo con fuerza contra el mármol de la encimera, haciendo saltar los hielos.

—Haciendo el bruto como lo estás haciendo, si te sacas un ojo, ¿también es culpa mía?

Paso de contestar a su pregunta. En realidad, sé que él no me ha golpeado contra nada, he sido yo solita por sobresaltarme. Pero la cuestión es que no se puede ir tan sigiloso por la vida, joder. No se puede acechar a la gente por la espalda.

Cojo los hielos con la mano. Al hacerlo caigo en la cuenta de que no llevo un trapo encima, por lo que me estoy congelando, pero hago de tripas corazón y me mantengo firme, sin dar muestras de que se me están empezando a dormir los dedos del frío que tengo.

Lo escucho bufar a mi espalda, justo antes de ponerse a mi lado y comenzar a abrir cajones y rebuscar en ellos. Cuando da con lo que fuera que estuviese buscando cierra el cajón y viene hasta mí. Lleva un paño en las manos. Me quita los hielos, los mete dentro, hace una especie de nudo y se acerca con cuidado al sitio donde me he dado el golpe. Suelto un pequeño gritito cuando el frío hace contacto con mi piel, pero me recompongo rápido. Aunque por la risita que suelta, me ha oído.

No hace amago de retirar la mano para que sea yo quien sujete el trapo, ni tampoco yo hago amago de quitárselo. Lo que hago es quedarme ahí de pie con la cabeza alta, mirándolo a la cara y permitiéndome estudiarlo ahora que lo tengo tan cerca, dándome cuenta de que sí, de que es tan guapo como me ha parecido todas las veces que lo he visto. A primera vista puede parecer que tenga los ojos marrones, pero mirándolos tan de cerca te das cuenta de que tienen una tonalidad más clara, más amarilla, como de color miel. La nariz está ligeramente torcida a la derecha y tiene los labios, tanto el inferior como el superior, hinchados, no como yo, que el

superior es tan fino que a veces tengo que buscarlo para poder pintármelo.

—¿Estás mejor? —me pregunta tras unos segundos, tan cerca de mi cara que, como tengo los labios ligeramente abiertos, estoy segura de que me he tragado su aliento que huele a menta.

Carraspeo y doy un paso atrás, rompiendo el contacto visual. Agarro el paño con una mano haciendo que él lo suelte, y me muevo hasta quedar sentada en una de las sillas que hay en la sala, lo más lejos posible de su persona. Sigo sin saber el motivo, pero este hombre me pone muy nerviosa. Yo, que no me pongo nerviosa nunca a no ser que sea algo muy muy gordo, y creo que ni por esas. Si el día en el que entré en el cuarto de mis padres con catorce o quince años, de madrugada, para decirle a mi madre que no me encontraba muy bien y me los encontré en pleno acto carnal —con mi madre a cuatro patas en el centro de la cama y a mi padre detrás, cabalgando cuál yegua—, se me quitó el dolor de golpe a consecuencia del ataque de risa que me entró. Estaban más avergonzados mis hermanos cuando los desperté corriendo para contarles lo que había visto que yo.

Pero este hombre tiene algo que me pone cardíaca perdida.

Ayer me fui a la cama orgullosa de mis progresos, y hace cinco minutos quería darme palmaditas en la espalda... Pongo los ojos en blanco, interiormente. ¿Soy patética? Respiro hondo y me aclaro la garganta, cogiendo fuerzas para hablar y que la voz no me salga ronca.

—Estoy bien, de verdad. Creo he sido más el susto que otra cosa. No me lo esperaba.

—Siento haberte asustado. Solo quería decirte que yo llevaba un rato buscando la leche y que no la he encontrado. —Señala con la cabeza una taza de café que descansa junto a la mía en la encimera.

—No pasa nada, pero no puedes acechar así a la gente, ¿sabes? Es de muy mala educación. Las asustas y eso puede provocar sucesos muy desagradables.

—Tampoco creo que esté bien escuchar conversaciones ajenas escondida en un baño, ¿cierto? Eso también puede acarrear consecuencias. Si no, pregúntaselo a mi costado.

Se levanta un poco la camisa, lo justo para ver un pequeño moratón en el lugar que, efectivamente, se golpeó la semana pasada. También consigue que babee un poco, porque... ¿Eso son tabletas de chocolate? Yo creía que eran un mito, que los hombres no tenían de esas cosas, y eso que yo he estado con hombres que hacen todo tipo de ejercicios y con muy buen cuerpo, pero... me cago en la puta. ¿De verdad eso son tabletas de chocolate? Se baja la camisa, ocultándolas. Estoy a puntito de suplicarle que se la vuelva a subir solo para comprobarlo, pero me callo por mi bien, que ya es hora de dejar de hacer el ridículo.

Lo que sí hago es mirarlo seria, recordando la pulla que me acaba de soltar.

—Perdona, pero ayer, cuando saqué el tema y te di las gracias, me dijiste que no tenías ni idea de lo que te estaba hablando, así que ahora no me vengas a recriminarme nada. Es un golpe muy bajo.

—Tienes razón. Perdona. —Levanta los brazos con las palmas hacia arriba, en señal de perdón—. ¿Qué te parece si empezamos de nuevo? Nuestros encuentros están siendo un poco accidentados por ambas partes —recalca, sonriendo. Yo bufo y pongo los ojos en blanco—. Puesto que vamos a trabajar juntos creo que deberíamos dejar de lado los accidentes.

—¿Estás queriendo decir que mirarás por donde andas y no irás asustando a la gente?

—Sí. Básicamente. ¿Y tú?

—Me parece justo. Y, de paso, mi cuerpo lo agradecerá.

Ahora, quien pone los ojos en blanco es él, pero no dice nada. Me quito el paño de la cabeza, que me está dando frío, y me levanto para dejarlo sobre la pila de la cocina.

—¿Me dejas que le eche un vistazo?

—Te he dicho que estoy bien. Además, no me ha salido ni un chichón. —Palpo para comprobarlo.

—Lo sé. Pero si me dejas echarle un ojo me quedo más tranquilo. Soy médico. Lo llevo en el ADN.

La verdad es que no sé si es muy buena idea que este hombre me toque. Pero ¿cuándo he hecho yo caso a la razón? Asiento y me acerco a la silla que ha retirado para que me siente enfrente de él.

Me trago el gemido que lucha por salir de mi garganta justo cuando sus manos comienzan a masajear mi cuero cabelludo.

Hay tres cosas que me vuelven loca:

1. Las lenguas de chuchería. Las rosas ácidas, las originales.
2. Las películas románticas. Esas en las que el chico se queda con la chica. Si no acaban así, ni son románticas ni son nada. Están bien, pero son otro género. Si encima llevan drama, de ese de necesitar montones de papel para sonarte los mocos, la cosa mejora.

3. Y los masajes. En cualquier parte del cuerpo. No hago ascos a nada. Soy de esas personas que acuden a la peluquería con cualquier pretexto cuando lo que de verdad quiero es que me toquen un poco el pelo. Debo controlarme muy mucho para que no se me caiga la baba. No queda bien ver el hilillo ahí colgando.

Cierro los ojos con fuerza, tensando el cuerpo y procurando no demostrar en ningún momento lo mucho que me gusta lo que me está haciendo. Cuando toca la zona afectada lo hace con mucho cuidado, rozando casi a penas, solo con la yema de los dedos.

—Está todo bien. Solo hay un pequeño bultito, pero no es nada. En un par de días se irá. —Cuando se aparta y deja de tocarme estoy a un tris de echarme a llorar.

—Te lo dije.

—Lo sé, pero ¿ves? Ahora soy más feliz.

Sonríe de oreja a oreja mientras lo dice y yo no puedo más que reírme con él. La puerta de la sala se abre y por ella entra la doctora Ramírez, la ginecóloga. Es una señora a punto de jubilarse, pero no la veo yo muy por la labor. Además de encantarle su trabajo, tiene tantas clientas que dudo que la dejen marchar. Es de esas mujeres que transmiten tanta paz y tranquilidad que dejas tu cuerpo en sus manos con los ojos cerrados. Literalmente.

—¿Qué pasa, Baró? ¿Ligando con el nuevo? No me extraña, hija. Si yo tuviera unos cuantos años menos y no estuviese enamorada de mi marido, claro está, también le echaría los trastos. Aprovecha tú que puedes.

A tomar por culo la calma y la paz interior. Vuelvo a estar roja como un tomate, que me lo noto. Acabo de pasar de querer a odiar a una de las personas que más respeto me transmitían. No miro al

aludido, aunque escucho sus risas y cómo le contesta a la doctora con toda la confianza del mundo. Como si se conocieran de toda la vida y no de hace un par de días.

La puerta vuelve a abrirse y ahora es el turno de Irene de entrar en escena. Lo hace como siempre: de punta en blanco. Lleva unos zapatos de tacón que podrían considerarse arma de destrucción masiva, y un vestido azul ajustado que le marca hasta el alma. Le queda como un guante. No puedo evitar mirar disimuladamente a Alejandro para ver cómo es su reacción al verla. Parece que es normal. Sonríe y asiente con la cabeza cuando esta le pregunta si se está adaptando bien, y le da las gracias cuando le explica dónde se guarda la leche. No duda en darle un apretón en el brazo cuando pasa por su lado.

Creo que ya he tenido bastante de todo.

—Yo me voy a trabajar. Si queréis algo ya sabéis dónde encontrarme. —No espero respuesta. Salgo de la habitación a toda prisa. Llego a mi silla y me dejo caer en ella. Miro la hora y compruebo que faltan apenas dos minutos para abrir y que, con tanta tontería, ni siquiera me he tomado mi café.

Capítulo 10

Alejandro

—Entonces, ¿lo has hecho?

—Te dije que lo haría, ¿no? Pues ya está.

—Pero no te has enfadado porque le haya dado tu teléfono, ¿no? —pregunta por tercera vez en menos de un minuto.

—Te lo he dicho las dos veces anteriores y te lo digo ahora. No, no lo he hecho.

—Es que, claro, te has vuelto tan celoso de tu intimidad que una ya no sabe...

—Mamá. —La corto. Tengo que arreglarme si quiero estar listo a la hora acordada. Además, si la dejo, podemos entrar en un bucle infinito del que no saldremos en la vida—. Te entiendo y te quiero. Por eso, he llamado a Carlos y he quedado esta noche con él y sus amigos.

—De acuerdo. Entonces... supongo que gracias.

—No tienes que dármelas. Lo hago porque sé que me vendrá bien relacionarme con personas adultas.

—Ambos sabemos que lo haces porque eres demasiado bueno y nunca has sabido decirle que no a la pesada de tu madre.

No puedo evitar reírme porque, bueno, siempre dicen que nadie te conoce mejor que tu propia madre.

—Hablamos en unos días, ¿de acuerdo? Ahora tengo que arreglarme.

—Vale, cariño. Diviértete. Te quiero. No lo olvides nunca.

Esto último lo dice con la voz un poco rota, aunque intentaba sonar serena. Cuento hasta diez despacio, cogiendo aire y expulsándolo lentamente por la nariz. Cogiendo toda la fuerza que pueda para hacer esa pregunta que no me he atrevido a hacer desde que me marché de Madrid sin mirar atrás pero que, ahora, no sé muy bien por qué tengo que hacerla.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—Solo quería saber... ¿Está bien?

No digo su nombre. No me atrevo a hacerlo todavía en voz alta. Tampoco es que haga falta. Ambos sabemos sobre quién estoy preguntando.

—Sí. Estuvo aquí hace dos días y..., sí, está bien.

«Está bien», en singular.

Ella se muere por decirme algo más.

Yo me muero por cortar esta conversación cuanto antes.

—De acuerdo, mamá. Pues ahora sí que cuelgo, ¿vale? Un beso.

—Un beso, hijo. Cuídate.

Cuelgo el teléfono con un nudo en la garganta y apretando el auricular con fuerza. Voy hasta la nevera, me relleno un vaso de agua fría y me lo bebo de un trago.

Sabía que preguntar era un error, aunque fuese una mísera pregunta de dos palabras. No pensar en ello me cuesta demasiado, así que hablarlo me cuesta el doble y más con ella.

Me frotó la cara desesperado, me paso la mano por el pelo, revolviéndolo, con ganas de chillar. Pero no lo hago. Lo que sí hago es dar media vuelta e irme directo a la ducha. Miro la hora en el reloj que tengo en la cocina y veo que quedan escasos veinte minutos para que mi primo Carlos pase a por mí. La idea no es que me apasione en exceso, la verdad, pero mi madre está preocupada por mi socialización y yo no quiero darle más disgustos a la mujer. Así que he claudicado, he llamado al único pariente de menos de sesenta años que tengo aquí en Valencia y he quedado con él y sus amigos para salir a cenar y, después, a vivir la noche valenciana. Mi primo, biológicamente, tiene tres años menos que yo. Mentalmente, muchos de mis pacientes son más maduros que él. Pero ese es otro tema que no viene a cuento. Lo que sí sé es que reírme, por lo menos, me voy a reír un rato.

Mi plan perfecto para el sábado por la noche sería pizza y serie en el sofá de mi casa. Pero prefiero esto a tener la misma conversación con mi madre la próxima vez que me llame.

Cuando salgo del baño recién duchado y con una toalla alrededor del cuerpo recibo una llamada de mi primo avisándome de que llegará media hora tarde, si no es que son cuarenta minutos. Hay cosas que nunca cambian como la impuntualidad de algunos,

algo que me pone de los nervios. De todas formas, hay algo que no entiendo y es que, si ya lo sé, ¿por qué cojones me sigue cabreando? Quedo con él en la parada de metro de Xátiva. Odio esperar sentado en el sofá inútilmente cuando sé que en nada voy a tener que salir. Me conozco y sé que me pondré la televisión, me entrará modorra y después no me conseguirá levantar nadie, ni siquiera mi madre y su voz de preocupación.

Me visto con un pantalón vaquero azul oscuro, un polo blanco, las Converse negras y, por si acaso, pues ya estamos a mediados de octubre y empieza a refrescar por las noches, me cojo la cazadora de cuero. Antes de salir de casa me miro el espejo y me fijo en que no me he afeitado.

—Tampoco tengo pensado retozarme hoy con nadie.

Al salir a la calle enfilo recto, caminando. Son unos cuarenta minutos andando. Para mí eso no es nada. Estoy acostumbrado a distancias más largas en Madrid. Además, me vendrá bien para despejarme e intentar no pensar demasiado en la última parte de la conversación con mi madre. Prefiero hacer balance de mis primeras tres semanas de trabajo; no puedo estar más que satisfecho con el resultado. Siempre he estado acostumbrado a consultas de un par de días y a trabajar casi a turnos completos en el hospital, pero necesitaba un cambio en todos los aspectos de mi vida, por lo que dejar aparcado un poco lo que es el centro hospitalario y concentrarme solo en las pequeñas consultas me está viniendo mejor de lo que hubiese pensado en un principio. De los pacientes no me quejo. Hay de todo como en todos los sitios, desde los que traen a sus hijos por un simple resfriado y se creen que se están muriendo hasta los que aguantan hasta el final porque se creen que no es nada, y cuando le haces una radiografía al pie porque llevan sin poder apoyarlo en el suelo dos días, te das cuenta de que tienen un esguince.

La relación con los compañeros es muy buena, incluso con Irene, con la que no he tenido ningún tipo de roce ni asunto más allá de lo laboral.

No me imaginaba la clínica tan grande y con tanto personal cuando la vi el primer día o, más bien, el segundo, porque está claro que del primero mejor corremos un estúpido velo. Hay por lo menos

cincuenta personas ahí dentro entre médicos, enfermeros, auxiliares, administrativos y un largo etcétera. No me acuerdo del nombre de casi nadie porque mi memoria es mala de cojones respecto a ese tema, pero sí me acuerdo de sus caras. Trabajo todos los días, por la mañana y por la tarde, y he coincidido con todos ellos. La que mejor me cae es la doctora Ramírez, una de las ginecólogas. Esa mujer no sabe lo que es el filtro ni tampoco tener pelos en la lengua. Ella lo achaca a su edad. Yo, más bien, a su sinvergonzonería. Pero a ella no parece molestarle que se lo diga y a mí menos todavía.

Al acordarme de la doctora no puedo evitar recordar a esa chica morena de ojos marrones que cruza por mi mente al cabo del día más veces de las que deberían ser normales, básicamente, porque me hice la firme promesa de no mezclar trabajo con placer —por tercera vez—, y de centrarme en lo único que debería ser importante para mí hoy en día, mi trabajo. Pero es una chica que tiene algo, aún no sé el qué, que me fascina y me llama mucho la atención. Tal vez se deba a la forma tan peculiar y anormal en la que nos conocidos. No tengo ni idea. Lo único que sé es que no puedo evitar buscarla por las mañanas en la recepción cuando entro, o sentir un pequeño pellizco en el vientre cuando consigo tomarme un descanso y coincidimos en la sala de reuniones.

Aunque es educada y saluda siempre con una sonrisa, me he dado cuenta de que su comportamiento conmigo no es igual al que tiene con los demás. Con ellos, sobre todo con Adriana, otra de las recepcionistas, es dicharachera, sarcástica y muy bromista. Se ríe a carcajadas por cualquier tontería, ya la he pillado en más de una ocasión gastando bromas. Cuenta unos chistes tan malos que es imposible no reírte. Con los pacientes es dulce, cariñosa y sensible, sobre todo con los más pequeños. La he visto traer juguetes a la clínica que seguro son pagados de su bolsillo. La he visto preocuparse en tener siempre la televisión encendida con alguna película o serie que les guste e, incluso, un par de veces en las que hemos tenido más gente de lo normal por las urgencias y las visitas se han alargado, la he visto entretenerlos en la sala de espera contándoles algún cuento. La mayoría de las veces con ropa de calle porque su turno de trabajo ya ha terminado, lo que me ha llevado a preguntarme si hay alguien especial esperándola en casa.

Conmigo no es antipática, ni seca. Mucho menos desagradable, a pesar de que nuestros inicios fueron, en todos los sentidos, bastante accidentados. Pero sí es cierto que se limita a saludarme y, ahora que lo pienso, las pocas veces en las que hemos mantenido una conversación ha sido porque había más gente a nuestro alrededor.

Pensando en todo eso llego hasta la boca del metro que está plagada de gente joven con sus bolsas del McDonald's en la mano. Comen, beben y fuman sin parar. Miro la hora en el reloj de muñeca y me doy cuenta de que aún falta bastante para que lleguen los demás. Echo un vistazo alrededor para ver si hay algún comercio en el que poder entrar, pero está todo cerrado, incluida la librería de la esquina. La única opción que me queda es entrar al establecimiento de comida rápida y pedirme una Coca-Cola para matar el tiempo.

Si lo de fuera ya me parecía una jauría de pájaros lo de dentro es insoportable. Gritos, gritos y más gritos es lo único que se escucha. Sin contar con el trasiego de gente que hay subiendo y bajando las escaleras. La cola es enorme y me dan ganas de pegarme un tiro pensando en que tengo que hacer todo eso por un simple refresco.

Estoy a punto de dar media vuelta y salir corriendo cuando algo al principio de la cola llama mi atención. Siento como si alguien estuviese estirando de la manga de mi chaqueta, llamándome. Achino los ojos intentando averiguar qué es, cuando una cabeza sobresale por encima de las demás. Y eso que estamos hablando de una cabeza no muy alta.

Paula.

Está al principio de la cola. Me muevo ligeramente hacia la izquierda para verla mejor. Lleva una diadema en la cabeza o como se llame, una de esas cosas que se atan con un lazo arriba del todo, un pantalón vaquero, unas zapatillas azules y una camiseta blanca de tirantes. Pero lo que más me llama la atención es lo que tiene justo al lado. Está sosteniendo la mano de un niño con el que se ríe a carcajadas. Ya he dicho antes que la he visto reír mucho en la oficina con los demás, pero nunca así. Aunque no puedo verle bien la cara al pequeño me da la sensación de que no debe de tener más de siete u ocho años. Van igual vestidos, excepto por el lazo de la

cabeza de ella y de que él lleva una capa de superhéroe al cuello.
¿Es la de Thor?

Se acercan hasta la caja y comienzan a pedir. Por supuesto, no puedo escuchar el qué, pero sí puedo fijarme en que el chico no para de anotar cosas, al igual de que no para de alzar la cabeza para mirar a Paula. Pero ella no lo mira a él ni una sola vez. Está demasiado pendiente del pequeño, revolviéndole el pelo o riéndose de todo lo que este le cuenta. Cuando ya lo tiene todo, con las dos bolsas en una mano y el pequeño en la otra se gira y se dirige a la salida. Actúo sin pensarlo. Me muevo hasta quedar frente a ella, bloqueándole el paso.

—Disculpa, ¿podrías...?

La pregunta muere en su boca justo cuando alza la cabeza. Sus ojos impactan con los míos y me reconoce.

Es la primera vez que la veo fuera de las cuatro paredes que son la clínica. Tiene la cara lavada y nada de maquillaje, ni siquiera lleva pintados los labios, y creo que es la primera vez que la veo así. No me disgusta. Al contrario. Se la ve natural y me doy cuenta de que es el maquillaje que mejor le queda.

—¿Doctor Beltrán? —Frunzo el ceño. En realidad, no me gusta mucho que me llamen así. No cuando no hay necesidad de ello.

—Por favor, llámame Alejandro. Doctor Beltrán era mi padre y se me hace muy raro que me llamen así. Más todavía si estoy fuera del trabajo.

—Alejandro —dice sonriendo—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Mira alrededor, creo que buscando a ver si me acompaña alguien. Cuando ve que no, que estoy solo, la que ahora frunce el ceño es ella—. No es un sitio que te pegue mucho, la verdad.

—¿No? ¿Qué es lo que me pega?

—Un sitio de cinco tenedores. De esos en los que el maître te coloca la servilleta en el regazo y te gastas el sueldo de un mes en una botella de vino.

Rompo a reír a carcajadas sin poder evitarlo.

—¿Debería preocuparme el concepto de estirado que tienes de mí?

—¡No! —grita, horrorizada—. ¡No quería decir eso!

—Tranquila, no pasa nada.

—No, de verdad. No quería hacer entender que eres un estirado, solo que no te pega mucho venir a comer a un sitio como este.

Tiene las mejillas sonrosadas y junto con el pelo corto y el perfil de la cara tan definido que tiene, le profieren un aspecto más aniñado y más dulce.

—He venido a por una Coca-Cola. Pero después de ver esa cola he decidido que prefiero morir de sed —aclaro.

Un pequeño movimiento de su brazo izquierdo llama mi atención. Bajo la vista para encontrarme con el pequeño que va todo el rato cogido de su mano. Como había predicho debe de tener siete años y cuando sonrío veo que le faltan unos cuantos dientes. Tiene un pequeño corte en una de las cejas. Es de hace unos días a tenor del color.

Me agacho un poco para poder quedar mejor a su altura.

—Hola. ¿Qué tal?

Me observa atentamente. Como inspeccionándome. Cuando creo que por fin va a contestarme levanta la cabeza y mira a Paula.

—Tía, ¿puedo saludarlo? —Antes de que esta pueda responderle vuelve a centrar su atención en mí y, susurrando, me aclara—. Es que me tienen dicho que no hable con desconocidos.

—Y tienen toda la razón del mundo.

Un par de chicos pasan por el lado de Paula golpeándola en un hombro y haciendo que las bolsas que lleva en la mano se tambaleen.

—Seréis animales —refunfuña, pero los dos chicos no le hacen ni caso.

—Deja que te ayude con eso. —Las cojo y me las coloco bajo el brazo—. ¿Dónde vais a cenar? Porque parece que por aquí está todo bastante lleno.

Echo un vistazo alrededor.

—Las pocas mesas que hay en la planta baja están ocupadas. Puedo echar un vistazo arriba.

—Déjalo. Esto está siempre lleno de gente. Nosotros preferimos sentarnos en las escaleras del metro, en la parte baja. No es que allí no haya nadie, pero no tenemos que hablar gritándonos para escucharnos.

—Perfecto. Os acompaño.

Me muevo hacia un lado quitándome de su camino para dejarles pasar. Justo cuando pasan por mi lado juraría que escucho a Paula decir que soy un tío raro, pero con todo el follón de gente que hay al igual me lo estoy inventando. De todas formas, debería darle la razón en una cosa: este sitio no va para nada conmigo. Tampoco va conmigo estar sentado en las escaleras del metro comiendo patatas fritas rancias mientras un niño de siete años me está dando una paliza jugando a adivinar superhéroes.

Y, sin embargo, no recuerdo cuándo fue la última vez que me reí a carcajadas, tal y como estoy haciendo ahora mismo.

∞

Paula

—Vale, me toca. —Junior se toca la barbilla con el dedo índice, como pensando en cuál será su siguiente descripción, como si no la llevase preparada desde que empezamos el juego—. Es una mujer que cuando no lleva la ropa de superhéroe se llama Ororo Iqadi Munroe.

—Oro... ¿qué?

No puedo evitar romper a reír a carcajadas cuando Alejandro mira al niño con los ojos abiertos como platos, horrorizado, y es que nos está dando un repaso de superhéroes que vergüenza nos tendría que dar. A él más que a mí, todo sea dicho de paso, porque cuando ha empezado este juego se las ha dado de haber visto todas las de Marvel y ser un fanático. La realidad es que ha acertado cuatro, si es que llega. Y llevamos unos veinticinco.

Se gira hacia mí y me fulmina con la mirada, con esos ojos amarillos que me recuerdan a los de un gato. Joder, en mi vida había visto unos ojos tan bonitos y que pudiesen pasar del marrón al color ambarino con tanta facilidad. Además, con esa barba que tiene de varios días y el pelo despeinado, le dan un aspecto totalmente distinto al que me tiene acostumbrada. Aunque no es la primera vez que lo veo en vaqueros, sí es la primera vez que lo veo tan poco

formal, tan de calle. Si a eso le sumamos la chupa que lleva el colega es capaz de provocarte un cortocircuito si te descuidas.

Trago saliva cuando me doy cuenta de que lo estoy mirando demasiado y de que me ha pillado. Pero porque él también me está mirando a mí, solo que no de la misma manera. Él lo hace esperando a que lo ayude, pero la verdad es que no tengo ni idea de cuál es la respuesta.

Busco a Junior, que tiene los ojos en blanco y mira hacia arriba, como asqueado de la vida. Es igual de teatrero que su padre.

—Qué, ¿ya la ha adivinado?

—¡¿Qué dices?! —exclama el niño—. Es igual de patata que tú, tía.

—¡Oye! —Me quejo ofendida para regocijo del otro, que ahora es él quien ríe a carcajadas—. Perdona, pero yo no me las he dado de sabionda. No como otros.

—Eh, eh, alto ahí. Nadie me había advertido antes de jugar de que este niño se sabía el nombre real de todos los superhéroes del mundo. Así no vale.

—¿Cómo que no vale? Admite que eres un... ¿Cómo se dice, cielo?

—*Nooooooooooob* —contesta Junior exasperado, alargando la o todo lo que puede. Ay, que poquita paciencia tiene este niño. Ni que me lo hubiese dicho unas seis veces ya esta noche.

—Un eso. Fin del juego.

—Yo no admito nada. Si me dices los poderes o me das alguna pista más, pues lo adivino. A esta gente no se la conoce por su nombre de pila, se la conoce por su nombre ficticio que es el que mola.

—Vaya, vaya... ¿Tenemos aquí a un supercompetitivo?

No contesta. Alarga el brazo y me coge la Coca-Cola dándole un gran trago, sin pedir permiso. No le doy importancia porque solo puedo acompañar a Junior en sus carcajadas, y es que creo que he dado en clavo; este tío odia perder.

Me pasa el refresco de nuevo y ahora soy yo la que bebe. Mientras absorbo me doy cuenta de que hasta hace escasos segundos eran sus labios los que estaban rodeando esta pajita. Me obligo a no pensar en ello porque entonces me pondría roja como un

tomate y parece que, por fin, he conseguido controlarme delante de este hombre. No es cuestión de empezar de nuevo.

Lo observo con una sonrisa en los labios discutir con Junior mientras le pide alguna pista más. Pero el niño también es competitivo además de cabezón, y no está muy por la labor.

Viéndolo reír y revolverle el pelo al niño, me doy cuenta de que está muy lejos de ser la persona que yo creía que era. No es que pensase que era una persona borde y antipática, pero si alguien más recto y serio. Demasiado formal para el tipo de persona que soy yo. Pero en estos minutos que hemos estado juntos me he dado cuenta de que cuando no es el doctor Beltrán, sino que es simplemente Alejandro, se convierte en alguien muy divertido. Un chico al que le gustan demasiado las patatas fritas, aunque no quiera admitirlo, que ve películas de ciencia ficción y fantasía y que, como yo, está enganchado a casi todas las series que Netflix puede ofrecer.

Miro la hora en el móvil que guardo dentro del bolso, y pego un salto cuando me doy cuenta de que apenas quedan quince minutos para las diez de la noche.

—¡Mierda!

Con mi salto, además de llevarme conmigo las pocas patatas que quedaban, he conseguido terminar con las risas de raíz y hacer que Alejandro se levante igual de rápido que yo.

—¿Qué ocurre? —La preocupación es patente en su voz. Me agarra del brazo mientras comienza a analizarme desde todos los ángulos posibles—. Yo no veo nada. ¿Estás bien?

—No te preocupes. Está fenomenal. Mi tía es muy exagerada para todo. Seguramente ha pegado ese grito porque se acaba de dar cuenta de que llegamos tarde al cine. Para variar. ¿A qué sí? — me pregunta sonriendo de oreja a oreja. Ni siquiera se espera a que le conteste. Se levanta con toda la parsimonia del mundo mientras mete en una de las bolsas las cajas vacías para tirarlas luego a la basura. Yo estoy tentada a tirarlo a él, pero luego me doy cuenta de que tendría que volver luego para recogerlo y eso sería hacer doble faena.

—¿Os vais ahora al cine?

La voz de Alejandro hace que me vuelva hacia él. Está de pie a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos y con una sonrisa que hace que me olvide del diablillo que tengo al lado y solo me centre en conseguir que no me flojeen las rodillas.

¿Cómo puede ser tan guapo?

Desde el primer momento que lo vi estampado contra el váter me lo pareció, pero es que hoy tiene un brillo especial que me hace estar embobada. Más de lo normal, quiero decir.

—Sí. Hemos venido a ver la última de Marvel. Por eso llevo esto. —Da media vuelta para que podamos verle bien la capa de Thor.

—¿No la habían quitado ya de cártel?

—Sí, pero han preparado una pequeña maratón y nosotros hemos venido a ver la última, que es la única que nos falta.

—¿No es un poco tarde? Es decir, que he leído que dura casi tres horas. ¿No te dormirás?

—Yo no. Ella, no lo sé. —Me señala mientras pone los ojos en blanco—. Espero que, por lo menos, dure hasta los tráileres del principio.

—¡Oye! No te pases ni un pelo, chaval.

Junior se encoge de hombros y tiene la decencia de no decir nada más. Sube las escaleras al trote con la basura en la mano y la tira en la papelera que hay arriba del todo. Me agacho para coger la otra bolsa que queda, cuando una mano más larga y masculina se me adelanta y la recoge antes.

—Gracias. —Alejandro niega con la cabeza restándole importancia. Comienza a subir las escaleras despacio, conmigo al lado. Las estamos subiendo tan lentos que parece que llevemos un peso atado al pie que nos impide ir más rápidos.

—Sin filtros, ¿eh? —pregunta, señalando con la cabeza a Junior que se ha puesto de rodillas en el suelo y juega con sus dedos a peleas. Siempre me ha asombrado la capacidad de imaginación de este niño, así como la facilidad que tiene para jugar a cualquier cosa y, además, él solo.

—Es igualito que su padre. Dice lo que se le pasa en cada momento por la cabeza, sin pesar. La diferencia es que a él te lo

comes a besos si dice algo inapropiado. Su padre, sin embargo, ya puede correr que no hay suficiente Valencia donde esconderse.

—Entonces, en eso se parece a mi hermano.

—No sabía que tuvieras uno. ¿Es más mayor o pequeño que tú?

Me doy cuenta de que no sé nada de él. Ni de dónde es o por qué ha empezado a trabajar en la clínica. Tampoco sé por qué, a diferencia del resto de la plantilla, solo trabaja ahí y no lo hace en ningún otro lugar, algo que me llevo preguntando desde el mismo momento en el que me enteré, porque no es algo que sea muy común. Menos todavía cuando sé que le han ofrecido trabajar en un par de hospitales y él ha declinado la oferta. Dos veces.

No me contesta. Lo busco y me lo encuentro mirando al frente, como ausente. Distante. Tiene un gesto serio y los hombros en tensión. Sin pensarlo mucho alargó la mano hasta tocar su antebrazo. Mi contacto lo sobresalta, haciéndolo regresar de donde estuviese. Se vuelve hacia mí y sonrío, eliminando cualquier signo serio de hace un momento.

—¿Cómo es que vais a una sesión tan tarde?

Ambos somos conscientes de que no ha contestado a mi pregunta. La vena cotilla que corre por mis venas se muere por preguntarle, indagar, seguir investigando, pero mi yo maduro —ese que sale a relucir en escasas ocasiones—, se da cuenta de que es mejor no hacerlo. Todos tenemos nuestros secretos, nuestras cosas que callar y que ocultar, y más a una persona que, seamos sinceros, apenas conoces. Así que hago a un lado mis preguntas y me centro en nuestra conversación.

—Queríamos haber venido justo después de comer, pero una cosa llevo a la otra y, bueno, se nos hizo tarde y no nos ha quedado más remedio que venir a esta.

—Se ha quedado dormida en el sofá y no había quien pudiese despertarla. Además, sus ronquidos no me dejaban ver la televisión. Me he tenido que ir a su habitación para poder seguir viéndola.

La vocecita de Junior, de nuevo, suena solo para dejarme en evidencia. Alza la vista para mirarme como si no hubiera roto un plato en su vida, mientras yo lo fulmino con la mirada y Alejandro no puede evitar reírse.

—Yo no ronco. Respiro fuerte.

—Vale. Pues respiraba tan fuerte que me he tenido que ir a su habitación para poder seguir viendo la televisión.

Si Alejandro antes se estaba riendo, ahora se está descojonando, mientras que yo vuelvo a pedir a quien sea que me esté mirando ahora mismo que haga el favor de abrir un agujero bajo mis pies por el que pueda desaparecer. Junior nos mira a los dos sin saber muy bien qué está pasando. Extiendo la mano para ayudarlo a levantarse y le sacudo la suciedad de las rodillas.

—Cielo, a veces no hay que decirlo todo, ¿recuerdas? Hay cierta información que no es necesaria compartir con el resto o que es mejor no decirla.

—Pero ¿por qué? Él ha hecho una pregunta y yo solo la estoy contestando. Papá dice que nunca me guarde nada para mí. Además de que nunca mienta, que no me vaya con desconocidos, que no coma mucha comida basura si no quiero que luego me duela la barriga... En resumen, todo lo que estoy haciendo contigo.

Abro la boca y la cierro porque me doy cuenta de que, en realidad, es absurdo que siga intentando discutir con un niño de siete años sobre cosas que, en realidad, son verdad. Eso sí, una verdad que me deja en evidencia, pero contra la que no puedo hacer nada.

—Bueno, será mejor que salga corriendo de aquí antes de que pueda decir algo más que me haga no querer volver a la clínica en mi vida porque me he muerto de la vergüenza, así que, andando.

—Ha sido un placer jugar contigo, Alejandro.

—El placer ha sido mío, señorito Pedro.

—Pedro es mi padre. A mí me gusta más Junior —dice, mientras le estrecha la mano como si fuera todo un hombrecito.

—Por cierto. ¿Vas a irte sin decirme quién es esa superhéroe?

—Claro. ¡Hasta la próxima! —Se despide riendo ante la cara de desconcierto del doctor. Ahora soy yo la que se ríe mientras le digo adiós con la mano y echo a correr calle abajo para llegar al cine y no encontrarnos con los tráileres empezados, como siempre. Nos abastecemos de provisiones: chucherías, un bol grande de palomitas y un vaso de Coca-Cola extragrande. Probablemente, al salir de aquí tengamos que pasarnos por urgencias del empacho de

comida basura que nos estamos pegando esta noche, pero no importa. Al contrario que sus padres, yo estoy para malcriar, para hacérselo pasar mal a Pedro y a Daniela y para consentirle al niño todo lo que quiera y más. Así es la vida.

De todas formas, no creo que nada pueda afectarme hoy. Desde que hemos dejado a Alejandro en la puerta del metro mirándonos y riendo mientras nos alejábamos corriendo, solo puedo pensar en él y en que ha resultado ser toda una sorpresa. De las buenas.

Y en que hacía muchísimo tiempo que no me lo pasaba tan bien y que no me reía con una persona del sexo opuesto como lo he hecho esta noche.

Capítulo 11

Paula

Cuando llego al trabajo el lunes lo hago más nerviosa de lo que he estado en mi vida. Ni siquiera cuando tuve que hacer la selectividad estaba así. Mucho menos ante la perspectiva de ver a un hombre. Es algo que no va conmigo. Ni con mi carácter. Pero así es como me encuentro hoy. Me sudan tanto las manos que ya no sé las veces que me las he tenido que restregar en la ropa.

Ayer, después del subidón del sábado y de haber conseguido bajar todo el azúcar que mi cuerpo había ingerido, me vino todo el bajón. Comencé a ponerme nerviosa ante la perspectiva de encontrarnos en la oficina al día siguiente, algo que, como ya he comentado, nunca me había pasado con nadie.

Me he ido en mitad de la noche y a hurtadillas de más de una casa sin dar explicaciones y sin dejar el número de teléfono, por si se les ocurría llamar. Incluso hice orgullosa el paseo de la vergüenza el último cumpleaños de mi hermano Marcos, cuando nos fuimos todos juntos a una cabaña a pasar el fin de semana y por la mañana me pilló saliendo de la habitación de Andrea, su nuevo compañero de trabajo, el fotógrafo. Llevaba los pelos revueltos, el maquillaje corrido y con las bragas en una mano y los zapatos en la otra. Andrea era ese compañero con el que me había pedido, por favor, que no me relacionara íntimamente, ya que si lo hacía estaría confraternizando con alguien demasiado cercano a él y eso podría conllevar un conflicto de intereses.

—Tú te trajinas todos los días del derecho y del revés a mi mejor amiga y yo no me quejo ni un poquito. —Esas fueron las palabras exactas que salieron de mi boca cuando me lo encontré en mitad del pasillo con la mandíbula tocando el suelo. Ahí se zanjó el tema porque, joder, más conflicto de interés que ese, no hay.

Para no pensar en el doctor, en que faltaban menos de veinticuatro horas para verlo, y en que la comida obligatoria de los domingos con mi familia se había cancelado, decidí empezar el día mordéndome las uñas para después limarlas y darles algo de color. Parecían morcillones y, trabajando de cara al público, algo así no se

podía consentir. Después limpié el polvo un poquito por encima, sin esmerarme tampoco mucho. No era plan de quedarme enganchada de la espalda o alguna tontería similar. Tampoco pensaba recibir a nadie en mi casa en los próximos días. No hacía falta una limpieza a fondo. Por último, y en vista de que su risa seguía resonando en mi cabeza igual que podía hacerlo cualquier canción pegadiza que no consigues dejar de tararear, decidí hacer el cambio de ropa. El otoño ya se empezaba a notar y no era plan de ir en tirantes.

Nada. No hubo suerte. Su aspecto seguía viniendo a mí una y otra vez. Su manera de jugar y hablar con Junior. Hasta su forma de absorber de la pajita; que no nos equivoquemos, era igual que la de cualquier ser humano, pero yo no podía dejar de pensar en esos labios y en las ganas que tenía de tocarlos. Aunque fuese con la punta del dedo índice. Aunque fuese solo un roce. Solo para saber si eran tan gorditos como parecían.

Así que el lunes, cuando llego a la oficina y me siento tras mi mesa y enciendo el ordenador, siento cómo me tiemblan las manos y que estoy a punto de escupir el corazón por la boca. No paro de preguntarme si me saludará con un simple «hola» y un asentimiento de cabeza como lleva haciendo todos los días, o si, por el contrario, hará algún movimiento especial que me dé una pista de que no soy la única con esta sensación extraña en el pecho.

Me acerco hasta la radio y la sintonizo. Normalmente, ponemos algún cd con música ambiente para que la gente no escuche únicamente sus pensamientos mientras espera, pero esta mañana necesito algo diferente, no las típicas baladas que me sé de memoria y que llegan a aburrir hasta la extenuación. Necesito canciones con letras que me sé y pueda ir tarareando mientras tecleo en el ordenador, atiendo llamadas y echo un vistazo a la puerta cada treinta segundos —están contados—, esperando que se abra y «alguien» entre por la ella.

—Me estás poniendo un poco nerviosa. ¿Puedes parar?

No me doy cuenta de que Adriana se dirige a mí hasta que me da un pisotón, haciendo que deje de tamborilear el pie contra el suelo como si tuviera un tic.

—¡Eh! —me quejo, pues justo hoy me he puesto unas manoleínas y me ha pisado el peine—. ¿Por qué me maltratas

físicamente?

—Porque tú lo llevas haciendo mentalmente más de quince minutos.

—Exageradita que es la niña. Solo estoy siguiendo el ritmo de la música.

—Exageradita, los cojones. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—No paras de dar con el pie en el suelo, te estás mordiendo el interior de la mejilla y, sobre todo, no has dejado de mirar la puerta cada cinco segundos. —Son cada treinta, que los he contado, pero no la voy a contradecir—. ¿Esperas a alguien?

—¿Yo? ¿A quién narices voy a esperar?

—Pues no lo sé. Por eso lo pregunto.

Adriana y yo somos amigas. No como con Eva o con Daniela, pero sí la considero un poco más que a cualquier compañera de por aquí. Y ya llevamos juntas el tiempo suficiente como para detectar que a la otra le pasa algo.

Estoy a punto de contestarle cuando la puerta se abre y un escalofrío me recorre entera. Es como si mi cuerpo lo reconociera incluso antes de poder verlo. Este se tensa, mi corazón comienza a latir un poquito más deprisa de lo normal y mi respiración se vuelve irregular. Me obligo a controlarme y a respirar hondo. Cuando lo consigo alzo la vista al frente con la mejor de mis sonrisas para, efectivamente, darme de bruces contra el espécimen humano que me lleva por la calle de la taquicardia.

Lleva, como siempre, el maletín en la mano y la sonrisa en la cara. No hay ni rastro de la barba que lucía hace dos días. No le quedaba nada mal, pero ahora se puede ver su rostro sin ningún tipo de problemas. Como el sábado, lleva vaqueros, aunque encima lleva una camisa y una chaqueta que nada tiene que ver con la de cuero porque esta es más formal. Aun así, está impresionante.

Se para a hablar con el doctor Marín, nuestro endocrino, y a saludar a un par de niños que se han acercado a él con un dibujo en la mano cada uno. Se pone de cuclillas para quedar a la altura de estos y los mira serio, atento, sin prestar atención a nada ni a nadie más que a ellos, como si lo que le están contando fuera lo más importante del mundo. Los niños le hablan y lo miran fascinados,

sobre todo la niña, que no puede evitar ruborizarse cuando Alejandro le acaricia la cabeza y la besa en la frente justo antes de ponerse en pie. Quiero ir hasta la pequeña y decirle que la entiendo, que no está sola, y que si yo fuera ella no me lavaría esa frente en la vida.

Un carraspeo me sobresalta sacándome de mi letargo. Al girarme me encuentro a Adriana apoyada en la palma de la mano mirándome sonriente.

—¿Qué?

—¿Te traigo un cubo?

—No sé de qué me hablas —contesto, un poquito más borde de lo normal.

—No te enfades que yo te entiendo. Es tan guapo..., y atento..., y simpático... ¿Y su mirada? Hasta bebiendo café es sexi, el mamón. ¿Y cómo les habla a los niños? Si es que lo tiene todo.

—Chúpame un pie.

Mi frase provoca una risa. Una risa que, por supuesto, no es la de Adriana. Unos ojos marrones me miran divertidos desde detrás del mostrador.

—Hola, doctor Beltrán.

—¿Qué tal, señorita Baró? ¿Todo bien?

Su voz diciendo mi apellido resuena en mi pecho y me provoca un estremecimiento desde la cabeza a los pies.

—Estupendamente.

—Genial. ¿Muchos pacientes para hoy?

—Ya tiene su lista actualizada en el programa. No ha habido cancelaciones ni ningún imprevisto.

—No me extraña —murmura Adriana a mi lado solo para que yo lo escuche. Por el brillo divertido en los ojos del doctor sé que no he sido la única.

—Si no hay nada más me voy a la consulta. Cualquier cosa ya sabe dónde puede encontrarme.

Justo antes de dar media vuelta para desaparecer tras la consulta número quince me guiña un ojo. ¡Me guiña un ojo! Es la primera vez que lo hace desde que nos conocemos. Estoy a punto de darle mi ropa interior como regalo. No lo hago. Lo que hago es centrarme en su culo y mirar cómo desaparece dentro del despacho.

Un suspiro sale de mi pecho cuando ya no lo veo.

Un suspiro que se une al de mi compañera de al lado.

Cuando la miro tiene un brillo diferente en los ojos. Uno de esos que dice que está pensando en cosas sucias e inapropiadas.

—Que estoy yo pensando... ¿Tú crees que si le pido que sea el padre de mis hijos aceptará?

Capítulo 12

Paula

Lo admito. Esta es la tercera vez que voy a por un café con la esperanza de encontrarme con Alejandro «por casualidad». Menos mal que por todos es conocida mi obsesión por semejante bebida, de lo contrario, seguro que pensarían que me pasa algo. Y menos mal que todos me los tomo descafeinados, sino tendríamos un problema de taquicardia de los gordos.

No entiendo por qué tengo esta obsesión con él si luego, cuando voy hasta allí y veo que no está, respiro aliviada. Creo que es mi parte masoquista. Esa que me incita a ir por el mal camino y a hacer cosas que están mal o son inapropiadas.

Está claro que Alejandro Beltrán está mal y es del todo inapropiado.

Trabajamos juntos, algo muy importante. Mezclar trabajo con placer nunca trae nada bueno. Sin olvidar cómo nos conocimos. Es cierto que en estas semanas no he vuelto a verlo interactuar con Irene más allá de las reuniones de equipo que hemos tenido o cuando han coincidido en la recepción a la llegada o a la salida del trabajo. Pero, claro, no tengo ni idea de qué hacen cuando la jornada laboral llega a su fin.

Suspiro y me paso la mano por la frente, frustrada y asqueada conmigo misma por estar pensando en lo mismo a todas horas. Si es que esto no va conmigo. Va con Eva, por ejemplo, que vive en el mundo de la piruleta y ha suspirado por mi hermano desde que lleva pañales. Yo no suspiro por los hombres. Yo los utilizo y me dejo utilizar por ellos, que para algo somos seres libres y no tenemos compromiso alguno. No soy de las llevan toda la semana esperando un nuevo guiño, una sonrisa ladeada o una frase ingeniosa que me haga sonreír durante el resto del día. No. No soy de las que babea recordando cómo jugó con mi sobrino o cómo trata a los niños en las consultas.

Suena el teléfono y lo descuelgo rápido, antes de que cualquiera de mis dos compañeras lo haga. Agradezco la vuelta a la realidad. Tengo que hacer lo que le dije a Eva que haría: pasar de esto, centrarme en el trabajo y olvidarme de una vez del doctor rubio de ojos marrones que está a unos metros de distancia.

—Clínica Montesinos, ¿en qué podemos ayudarle?

—¿Paula?

Me cago en todos mis muertos. ¿Puedo tener más mala suerte? Bajo la vista al identificador de llamadas y, efectivamente, ahí está su número de consulta. ¿Cómo no me he dado cuenta de que era una llamada interna?

Respiro hondo y me obligo a calmarme antes de contestar.

—Sí. Dígame, doctor Beltrán.

Aunque no miro en ninguna otra dirección, pues tengo la vista fija en las teclas del teléfono, puedo sentir los ojos de Adriana fijos en mí. La muy perra tiene un radar sobre Alejandro que es una pasada. Yo creo que lo huele en la distancia.

—No es urgente, pero cuando tengas un momento necesito que vengas. —Su tono es serio y eso solo consigue que me siente recta en la silla y me recorra un mal presentimiento.

—¿Sucede algo?

—No, no. Solo que tengo que darte una cosa, ¿de acuerdo?

—Claro.

—No lo olvides. Gracias.

Cuelga antes de que yo pueda decir nada más, dejándome como una tonta mirando el aparato y preguntándome qué querrá darme.

—¿Qué pasa? —pregunta, como no, la cotilla de mi compañera. No me da tiempo a contestar, pues justo entran por la puerta un par de personas y suena de nuevo el teléfono. Esta vez me aseguro de que es una llamada externa antes de descolgarlo.

«¿Qué querrá?». No puedo parar de hacerme la pregunta desde que llamó hace tres cuartos de hora. He intentado levantarme e ir a averiguarlo como unas cinco veces, pero está claro que el destino no está de mi parte y que ha decidido que las doce es la mejor hora para que venga todo el mundo o para que la centralita se colapse. Hasta Esther, que estaba demasiado ocupada mirando la última

tendencia en trajes de fiesta por Internet, está trabajando. Espero que Alejandro no piense que paso de él, aunque solo hace falta que se asome y nos vea para comprobar por él mismo el ajetreo que tenemos aquí montado.

Cuando ya es la una y media y a mí me va a dar un ataque al corazón de los nervios, consigo reducir la faena lo suficiente como para armarme de valor, levantarme de la silla e ir a hacer pipí, que a mí los nervios me hacen mear como si no hubiera un mañana.

Llego al baño casi a la carrera y con las piernas medio cruzadas. Me meto en el primer cubículo que encuentro y no es otro que el de la dichosa ventana. Esa por la que hui cuando pillé a mi jefa montándose con él.

Mierda.

¿Querrá darme Alejandro mi hoja de despido? A lo mejor ha decidido contarle a Irene que lo pillé en plena faena porque lo suyo va tan bien y están tan enamorados que se ha dado cuenta de que tener a una cotilla en la plantilla no es bueno para la empresa. Quizás quiera ser él quien me da el documento porque desea hacerme pasar un último bochorno antes de mandarme a la cola del paro.

Y yo pensando que era un buen tío... Que equivocada estaba.

Tiro de la cadena y salgo del baño después de lavarme las manos echa una furia. Puede que no tenga motivos porque, en realidad, no debería haber estado rebuscando entre las cosas de mi jefa sin su permiso, pero no era mi intención espiar. Ni tampoco hacer que ese —ya no puedo ni pronunciar su nombre—, se estampara contra el lavabo del susto al verme ahí de cucullas. Además, yo no le pedí en ningún momento que no se lo contase. Yo recé para que no lo hiciera, pero rezar no es malo, ¿no? Purifica el alma. O eso decía mi abuela. Qué gran mujer. Y qué sabia era la señora Amelia.

Cuando llego a su consulta abro la puerta sin llamar. No hay nadie en la sala de espera y me ha dicho que en cuanto pudiese fuera. Pues aquí estoy.

No estoy preparada para la escena que tengo delante.

Una mujer de unos treinta años y pelirroja está agachada frente a un niño que tendrá tres años, rubio y con el pelo por los hombros.

Está llorando mientras se señala el brazo y no para de decir «pupa». Creo que reconozco al pequeño. Se llama Carles y lo he visto venir varias veces al médico. El pobre es un terremoto que no para quieto ni un segundo y que se pasa más tiempo en el suelo que en pie.

Pero lo que hace que se me olvide la mala leche que traía es ver a Alejandro con una nena morena entre sus brazos que tendrá escasos meses, mientras la acuna y la hace reír a carcajadas. Los ojos le brillan con dulzura y la sonrisa que muestra en estos momentos es la misma que le vi ese día con Junior, o la que he podido verle algún día en la recepción. Si lo pienso, solo se la he visto cuando ha estado rodeado de niños.

—Hola —me saluda cuando aparta la cabeza del cuello de la pequeña y me ve ahí plantada como una idiota frente a la puerta.

—Lo siento. Creía que estabas solo. Si eso vengo en otro momento.

—No, no. Tranquila. Quédate un momento. Nosotros casi hemos terminado.

Asiento, porque no sé hacer otra cosa. Bueno sí, babear, pero me estoy controlando. Cierro la puerta a mi espalda y me pego a ella como si de un salvavidas se tratase.

La madre ayuda al pequeño a terminar de vestirse. Cuando ya lo tiene listo le coge a Alejandro la niña de los brazos. Esta estira los suyos intentando irse de nuevo con el doctor. Si es que los niños son pequeños, pero no tontos.

—Si ves que tiene fiebre —le dice Alejandro a la mujer—, le das un poco de Apiretal. Puede que se le ponga la zona del pinchazo un poco morada y dura, pero no tienes de qué preocuparte. Ahora, si ves que le dura un par de días o que le duele mucho, te vienes. ¿De acuerdo?

—Gracias, doctor.

Aunque no puedo verle la cara sí he podido percibir cómo ha dicho la palabra «doctor» medio salivando. Si es que está claro, este hombre es un peligro para cualquier mujer, da igual la edad que tengas.

Abre el primer cajón del escritorio y saca una caja llena de animales.

—Carles, a mí me ha dicho un pajarito que te gustan mucho los animales. ¿Quieres uno?

El pequeño, que hasta hace un segundo sollozaba, ahora rebosa de alegría. Se acerca corriendo y comienza a explorar los animales como si de un tesoro se tratara. Cuando su madre ve que va a cogerlos lo reprende, pero Alejandro le hace un gesto con la mano como quitándole importancia y le deja llevarse tanto el rinoceronte como el dinosaurio. Se despiden los tres sonrientes. Abro la puerta para dejarlos salir y cuando la mujer pasa por mi lado me guiña un ojo antes de seguir su camino. Me quedo mirando su espalda y preguntándome por qué habrá hecho eso. Una mano pasa por delante de mí y cierra de nuevo la puerta. Me giro sobresaltada para encontrarme a Alejandro de cara a mí. Estamos tan cerca que hasta tengo que levantar un poco la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Hola —susurro, como una idiota.

—Cuando te he dicho que vinieses cuando quisieras, no me imaginaba que tardarías casi dos horas.

—Ya. Yo tampoco. Pero la recepción se ha llenado y no he podido escaparme antes. Lo siento.

Niega con la cabeza mientras me sonrío. Con ese gesto ha conseguido que me olvide de mi enfado, de mi preocupación por mi despido y hasta de mi nombre.

Da un paso atrás, separándose. Aunque por una milésima de segundo estoy tentada a pedirle que no se aleje, recapacito a tiempo y me obligo a respirar, pues no me había dado cuenta de que había dejado de hacerlo.

—Quería darte una cosa. —Frunzo el ceño porque no tengo ni idea de qué me está hablando—. Cuando te he llamado antes. Te he dicho que quería darte una cosa, ¿te acuerdas?

—¡Ah! Sí. Sí. Claro, perdona.

Da media vuelta y vuelve a colocarse tras su escritorio. Abre el último cajón y yo me preparo para recibir el dichoso documento. Mis hermanos y mis amigos seguro que se ríen de mí, pero a mí no me hace ni puñetera gracia. Aunque, como dijo Pedro, eso me pasa por meter la nariz donde nadie me llama. Y por husmear. Si es que eso está fatal, ya lo decía mi madre. Si a mí me ordenan que cierre la

clínica, pues yo bajo la verja, echo el candado y para mi casa. No me quedo a ver si puedo probarme los potingues de mi jefa cuando no está. El Karma. Eso se llama Karma y punto pelota.

Cuando escucho el cajón cerrarse, instintivamente cierro los ojos. No quiero cogerlo. Si no lo veo es como si no existiese, ¿correcto?

—¿Paula? —la voz de Alejandro llamándome casi me hace abrirlos. Pero resisto—. ¿Por qué tienes los ojos cerrados?

Me hago la tonta y fino no escucharlo. Esto es como cuando eres pequeño y juegas al escondite. Si cerrabas los ojos y no veías a los demás te creías que los demás tampoco podían verte a ti. Pues bien. Yo no veo mi carta de despido y aquí no me despide ni Dios.

—Paula —vuelve a llamarme mientras me toca en un hombro, llamando mi atención. El calor de su cuerpo me traspasa la ropa, erizándose la piel. Joder. Si es que este hombre es puro fuego—. ¿Te pasa algo? ¿Quieres que llame a alguien?

La preocupación en su voz me alerta de que estoy haciendo el imbécil y comportándome como una cría. Ya hemos quedado que actué mal, que se supone que soy una mujer madura y que, por consiguiente, debo atenerme a las consecuencias. Así que abro los ojos y lo enfrento.

—Vas a despedirme. Es eso, ¿verdad?

—¿Qué?

—Que si vas a despedirme.

—¿Qué? ¿Por qué iba yo a hacer eso?

—Pues por lo del otro día. Al final, has decidido contárselo a Irene y esta va a despedirme. Aunque ha pensado que era mejor que me lo dijeras tú en vez de ella.

—Te dije que no sabía de qué me estabas hablando. No le he contado nada a Irene, ¿vale? Y tampoco tengo pensado hacerlo. ¿O quieres que lo haga?

—¡No! ¡No!

—Entonces, ¿por qué estás tan alterada? Además, ¿qué es eso de que yo voy a despedirte?

—Porque está claro que puedes.

—¿Cómo? —Una pequeña carcajada brota de lo más profundo de su pecho haciendo que a mí se me erice el vello del cuerpo. No

sé si es porque me encanta cuando se ríe o porque me estoy poniendo nerviosa pensando que se está burlando de mí—. Podría si esta clínica fuera mía y yo aquí pintara algo, pero tienes claro que en este sitio mando lo mismo o menos que tú, ¿verdad?

—Hombre, menos... pues no creo.

—¿Qué? —Me mira con el desconcierto reflejado en su rostro.

—A ver, que yo no me acuesto con la jefa, así que, mandar lo mismo o menos que yo, como que está muy difícil. Eso debe de tener algún trato de favor.

Por la cara que pone en cuanto termino de hablar sé que no le ha hecho ni pizca de gracia lo que he dicho. Analizo mis palabras y no han sido para nada apropiadas. Está claro que han estado fuera de lugar y de que no soy nadie para reprocharle con quién se acuesta o se deja de acostar. Intento replicar, pero levanta el brazo impidiéndomelo, y entonces me pone algo delante. Bajo la vista y me quedo a cuadros. En vez de encontrarme con un folio me encuentro con un paquete perfectamente envuelto.

Alejandro tiene un regalo entre las manos y ese regalo es para mí.

—Oh....

Consigo decir tras lo que me parece una eternidad, aunque sea algo que no tiene sentido alguno. Él sigue mirándome sin una pizca de humor en su rostro. De la sonrisa que mostraba cuando esos niños estaban aquí, no queda ni el recuerdo.

Cojo el regalo y por el tacto creo identificar que es un libro. Alzo la cabeza para preguntarle, pero él ya ha dado media vuelta y está volviendo a su silla.

Me siento como una completa gilipollas. La vergüenza asoma a cada poro de mi piel.

—Alejandro...

—Doctor Beltrán, si no te importa —aclara. Su tono es duro y bastante seco. No hay ni rastro del tono que utilizó el sábado cuando me dijo: «Por favor, llámame Alejandro».

—Sí, claro. Perdona, doctor Beltrán. Yo... no pretendía decir eso que he dicho antes y siento mucho...

—Si no le importa, señorita Baró, tengo mucho trabajo —me corta, pasando por alto mi disculpa—. Eso que lleva entre las manos

es un regalo para su sobrino Junior. —Señala el paquete, el cual sujeto como si fuese un tesoro—. Lo vi el otro día en una librería y me acordé de él. Es un libro sobre todos los superhéroes de Marvel. Espero que se lo pueda hacer llegar de mi parte.

«Oh, Dios mío. Le ha comprado un regalo a Junior».

No me ha mirado en ningún momento mientras hablaba, ni siquiera al terminar. Podría volver a intentar disculparme pero, aunque no lo conozco lo suficiente, algo me dice que es mejor dejarlo estar.

Por lo menos por ahora.

—Muchísimas gracias. Estoy convencida de que le va a encantar.

Asiente mientras sigue revisando los expedientes que tiene sobre la mesa. Doy media vuelta y salgo de ese despacho más avergonzada de lo que lo he estado en toda mi vida.

Capítulo 13

Alejandro

No puedo quitarme las palabras de Paula de la cabeza: «Eso debe de tener algún trato de favor».

En cuanto se calló y analicé lo que acababa de decir palabra por palabra para cerciorarme de que, efectivamente, había dicho lo que había dicho, un cabreo como hacía tiempo que no tenía me sacudió entero. En lo que llevo pensando toda la semana, es en si estoy enfadado con ella por sus palabras, conmigo por haber propiciado esta situación comportándome de forma indebida, o en si es una mezcla de ambas cosas.

Recojo los últimos expedientes que tengo sobre la mesa y ni siquiera espero a la que la enfermera venga para llevarlos al archivador. Me levanto y los acerco yo mismo. Como llevo haciendo desde el martes, hoy tampoco he salido de este despacho más que para comerme un sándwich frío en el bar de la esquina. Me siento como un animal enjaulado. Entre que tengo muchos pacientes y que no quiero cruzarme con Paula o Irene —bueno, en realidad, con nadie en general—, permanezco sentado en esta silla demasiadas horas sin moverme.

Al salir de consulta observo que las de alrededor ya están casi todas cerradas con llave y de que no queda prácticamente nadie en la clínica. Se vislumbra luz bajo la puerta del despacho de Irene y se oyen murmullos en la zona de recepción. Aparte de eso, poco más.

Entro en el pequeño almacén donde se guardan los expedientes, guardo cada uno en su correspondiente archivador y vuelvo a mi despacho para recoger mi maletín, la chaqueta y poder irme a casa a que termine el día. Maldigo no haber traído el coche como pensé hacerlo esta mañana. En ese momento, me pareció buena idea viajar en transporte público para hacerme con la ciudad y ver más mundo social. Ahora, con lo cansado que estoy, pienso que ha sido una de las peores ideas que he tenido en mucho tiempo.

Me aseguro de tener apagados tanto el ordenador como las luces y salgo cerrando la puerta con llave. Al llegar a recepción me encuentro con una de las recepcionistas —creo recordar que es Adriana—, charlando con cuatro personas, una de ellas la doctora Ramírez. Esa mujer siempre consigue sacarme más de una sonrisa, pero en estos momentos estoy tan cabreado y apático que ni su risa contagiosa surte efecto en mí.

Necesito llegar a casa y darme una ducha.

Disimuladamente y sin poder evitarlo, todo sea dicho de paso, hago una batida alrededor buscando a Paula, pero no la encuentro por ningún sitio. Supongo que será porque ya se ha ido a su casa. No sé bien si eso me produce alegría o alguna especie de desasosiego, aunque la realidad sea que he estado evitándola todos estos días.

—¿Ya se marcha, doctor? —Me giro ante la pregunta de la doctora Ramírez.

—Sí, Glenda. —La tuteo, tal y como me ha pedido que haga un millón de veces, aunque a ella le encanta llamarme doctor. No consigo que diga mi nombre ni sobornándola con cafés—. Estoy reventado. Necesito llegar ya a casa.

—No me extraña, hijo. Su sala de espera parece la plaza del ayuntamiento un día de fallas^[1].

A pesar de lo que pensaba hace escasos cinco segundos, su comentario y su sonrisa sincera consiguen arrancarme la primera en lo que va de tarde.

—Ríase, pero no había visto tanta madre con tanto niño junto desde que llevaba a mis hijos al colegio y nos reuníamos en el parque por las tardes a que jugasen un rato.

Adriana, así como el resto de las personas congregadas a esta pequeña «reunión», se ríen haciendo hincapié en que lo que dice Glenda es totalmente cierto.

—Eso es porque me ves con buenos ojos.

—Y tan buenos. Ya le he dicho varias veces, doctor, que si tuviera unos cuantos años menos ya le habría echado el guante. Y más en esta época, que las mujeres no tenemos por qué esperar sentadas a que un espabilado venga a pedirnos una cita.

Esta mujer es única sacándote los colores. A mí y a cualquier persona que se le ponga a tiro.

—¿No se viene con nosotros a tomar una cerveza? —la pregunta viene de Adriana, quien está todavía sentada tras el mostrador y es la única que lleva la bata del uniforme aún puesta.

Según tengo entendido todos los jueves suelen salir a cenar juntos o, por lo menos, a tomar una cerveza a un bar que hay a un par de manzanas de aquí. No van todos, ni mucho menos, porque son unos cuantos, pero sí la mayoría. Siempre me digo que algún día tengo que acompañarlos, aunque solo sea por la idea de socializar de vez en cuando con alguien que no sea mi vecino del sexto, al que siempre me encuentro paseando a su perro salchicha sea la hora que sea, con mi primo Carlos y, por supuesto, con mi madre.

Pero es cierto que hoy estoy muy cansado, por lo que tendré que dejar esa socialización para otro momento. Estoy a punto de rechazar la invitación cuando unos pasos a mi espalda captan mi atención. Paula viene hacia nosotros. Camina distraída mirando al suelo mientras se coloca bien una cinta en el pelo. Viste una minifalda de leopardo, una camiseta negra con el logotipo de la serie *Friends* anudada a la cintura y unas zapatillas de lona blanca.

—Irene dice que todavía le queda un rato aquí y que ya cierra ella. ¿Nos marchamos?

—Estamos convenciendo al doctor para que se venga con nosotras.

Alza la cabeza y se para en seco en cuanto sus ojos se encuentran con los míos. Desde nuestro «altercado» en el despacho esta es la primera vez que nos encontramos frente a frente, y es que no he sido el único que ha estado evitando al otro.

Aparta rápido la mirada para fijarla en Adriana, que ya se ha cambiado y está justo a su lado. Yo, por el contrario, no aparto la vista de su persona, comprobando que, por el balanceo que hacen sus pies hacia delante y hacia atrás, está nerviosa.

—Bueno, doctor, ¿qué ha decidido? —Noto un brazo rodeándome los hombros. Glenda me sonríe con simpatía y yo no puedo evitar imitarla cuando veo que se ha colocado de puntillas.

—Tú tienes que hacer como yo. Una cerveza y te marchas. Están como una cabra, pero al final te acostumbras y te parecen hasta normales. —Adriana golpea el brazo de Martín, el cardiólogo, ofendida por sus palabras. A él no parece importarle, pues ríe mientras se aparta, alejándose lo máximo posible.

Mis ojos vuelan de nuevo hasta Paula. Sé que no debería importarme, pero una parte de mí necesita saber si le parece bien que me una a su plan. Pero está de espaldas a nosotros, rebuscando en lo que parece ser su mochila y aparentemente ajena a nuestra conversación, lo cual me cabrea. Me lo pienso durante dos escasos segundos y acepto.

—¡Perfecto! —exclama Martín—. Ya estaba cansado de ser el único integrante masculino en las reuniones de los jueves.

Paula no se gira ni dice nada, pero puedo percibir la tensión en su cuerpo. Se coloca la mochila al hombro, se pone recta y va hasta la puerta. La abre y sale la primera a la calle. Los demás la imitan dejándome a mí el último.

Me maldigo a mí mismo por aceptar, en vez de haberme ido a casa como tenía pensado en un principio. Pero ahora ya no puedo hacer nada porque, cuando me quiero dar cuenta, estamos alejándonos de la boca de metro mientras me sumerjo en una conversación sobre alfombras de estilo árabe que a mí ni me va ni me viene, sobre todo porque no le estoy prestando ningún tipo de atención a la persona que me está hablando. No puedo quitar mis ojos de la espalda de cierta chica que va al principio de la comitiva hablando con Adriana sobre algo que no logro escuchar, pero que la debe de estar haciendo muy feliz a tenor de la risa que llega hasta mí. La misma risa que compartía conmigo el fin de semana pasado y que, me acabo de dar cuenta, quiero volver a escuchar.

—Te lo juro. Aún se me contraen los dedos de los pies cuando me acuerdo. Fue alucinante. Encima, diciéndome cosas en francés en el oído mientras me la metía a lo bestia. Que a lo mejor me estaba llamando gorda, vete tú a saber, porque yo, más allá del «*voulez vous coucher avec moi ce soir*», pues ni idea. Pero sonaba tan bien y tan sexy... Joder, Paulita. Fue alucinante. Ya lo he dicho, ¿verdad?

—Ajá.

—Ay, hija. Es que estoy *in love* total, te lo juro.

Me río por no llorar.

Bueno, más bien, me río por inercia; la veo a ella haciéndolo y yo la imito. Parece que soy muy convincente y lo estoy haciendo bien, porque ella no se está dando cuenta de que, en realidad, no estoy prestando atención ninguna a lo que me está contando, de que me está sudando todo el cuerpo y de que mis pies me piden que corra en dirección contraria.

No. Ella se limita a seguir narrándome su noche de pasión con su nuevo compañero de piso, un rubio recién llegado de Suiza llamado Joel. Echo un pequeño vistazo sobre mi hombro izquierdo para asegurarme de que Alejandro sigue detrás de nosotros. Está hablando con Glenda. El mismo hombre al que he estado evitando todos estos últimos días y que ahora debo tener sentado justo enfrente, mandando mi momento de relajación a tomar por culo.

«Eso debe de tener algún trato de favor».

Recuerdo mis palabras, esas que no he olvidado ni un solo instante desde que las pronuncié en voz alta, y la vergüenza que me invadió entonces vuelve a apoderarse de mí. Unas palabras que, como dijo Eva cuando me desahogué con ella, estaban totalmente fuera de lugar. Pero es que no pude evitar decirlas, todo porque este hombre me pone nerviosa a uno niveles que no ha conseguido nunca nadie.

La manera que tengo de actuar en su presencia no es nada apropiada en mí. Sí, me caracterizo por meter la pata de forma continuada y de hablar sin filtrar la mayor parte del tiempo, pero conozco los límites y con Alejandro los sobrepasé por mucho.

Alejandro no. Doctor Beltrán, como me pidió que lo llamara.

Mierda. Como siga dándole vueltas a todo la cabeza me va a terminar estallando.

Llegamos al local justo cuando Adriana ha terminado de hablar. Ya era hora. Esta mujer tiene cuerda para rato. Entramos y, en cuanto mis pies se ponen en contacto con el suelo de *Apotheke*, siento cómo se me relajan los hombros y se me va un poco la tensión acumulada de estos días.

Me encanta este lugar. Lo descubrió Pedro hace unos años y cuando vi que estaba relativamente cerca del trabajo convencí a mis compañeros para que fuese nuestro lugar de escape de los jueves. Antes íbamos a un barecito que había justo a una calle de la clínica en la que teníamos que limpiar las sillas antes de sentarnos porque corrías el riesgo de quedarte pegado. Si Chicote apareciese por allí se moría del disgusto.

Al contrario de hacer lo que hago habitualmente cuando vamos, que es acercarme a la barra a pedir mi cerveza de rigor, voy directa al aseo a refrescarme un poco e intentar calmar los nervios. Lo hago sin mirar a nadie, porque algo me dice que si Alejandro me viera la cara sabría que estoy así por su culpa, y no quiero. Estoy siendo inmadura porque sé que debería acercarme y pedirle perdón, pero también sé que es algo que ahora mismo no puedo hacer, porque estoy tan nerviosa que es probable que lo único que salga de mi boca sean gilipolleces. Una detrás de otra. Además, que no me ha pasado desapercibido que ha estado evitándome estos días tanto o más que yo a él.

Me coloco frente al espejo y apoyo las manos en el lavabo, una a cada lado, con la cabeza colgando en medio mientras respiro hondo y me intento tranquilizar; que es solo un hombre, por el amor de Dios.

La voz de Pedro llamándome melodramática me llega alta y clara, como si lo tuviese ahora mismo detrás de mí susurrándomelo al oído. Y, por una vez en su vida y sin que sirva de precedente, sé que tiene razón. ¿Qué cojones hago yo aquí escondida en vez de estar ahí fuera disfrutando de que es jueves y empinando el codo? Llevo haciendo esto demasiado tiempo como para que ahora venga el nuevo y me haga sentir incómoda. No puedo permitirlo.

¿La cagué? Sí. ¿Fue mentira algo de lo que dije? Por su cara yo diría que mucha gracia no le hizo, pero él debe reconocer que estamos en esta situación porque... bueno, se tiró a la jefa.

Repetidas veces, según tengo entendido. Así que, a lo hecho, pecho.

Compruebo que tengo el pelo en su sitio, que no llevo nada entre los dientes y que el rubor que suele aparecer cuando tengo a Alejandro cerca ha desaparecido. Abandono mi escondite y me dirijo con la cabeza alta y lo más digna que puedo a reunirme con mis compañeros. Sonrío agradecida a Adriana cuando me señala el botellín de cerveza que descansa a su lado y que indica que es para mí. Pero no es, hasta que estoy prácticamente encima de ellos, cuando me doy cuenta de que el sitio que hay reservado para mí es en medio de mi amiga... y de Alejandro.

Qué mala suerte la mía, cojones. Si es que el destino me odia. Está claro que he debido de ser muy mala en otra vida y me lo está haciendo pagar en esta.

Sin dejar de sonreír, como si de un anuncio de dentífrico se tratara, aparto un poco la silla rozando su brazo con el mío en el proceso. Siento una pequeña descarga en la parte baja del vientre, así como un millón de mariposas revoloteando sin control. Todo por un roce de mierda. Me siento como la protagonista cursi de un libro de romántica, una de esas historias que todas fingimos no leer o que odiamos pero que, en realidad, estás deseando protagonizar.

Me entra la risa floja y, aunque la intento ocultar, a todos les pasa desapercibida menos a él, porque la sonrisilla que muestra no creo que sea por la conversación que están teniendo sobre las corridas de toros.

Hago como que no me he dado cuenta e intento volver a sentarme, esta vez sin rozarlo, y le doy la espalda, centrándome en el resto de mis compañeros y sus conversaciones sobre niños, algo típico de un grupo de mujeres que son madres independientemente de la edad que tengan sus vástagos. Como viene siendo habitual, al final terminamos hablando del tema por excelencia: sexo.

Suele ser el más interesante y con el que mejor me lo paso. Un tema de conversación con el que no tengo problemas y del que hablo con moderación y clase, pero sin tapujos. Menos hoy. No cuando Adriana me ha preguntado si alguna vez he dejado que me visiten por la puerta de atrás. Así me lo pregunta la tía, sin anestesia ni nada. En otras circunstancias le respondería enseguida, pero es

que hoy la mesa al completo ha dejado sus conversaciones personales a un lado para centrarse por completo en la mía.

Cuando digo toda, es toda.

Alejandro se ha colocado de lado para poder mirarme bien, con la pierna ligeramente flexionada y rozándola con la mía desnuda, mientras bebe de su botellín de cerveza a la espera de mi respuesta.

Por la sonrisa de suficiencia que tiene sé que el muy cabrón está disfrutando con mi bochorno. Las ganas que tengo de enseñarle el dedo corazón y decirle que, o borra ese gesto de la cara o esto será lo que le meta yo por su puerta de atrás, aumentan por momentos.

No sé por qué me molesta tanto. Adriana me lo ha preguntado porque estamos acostumbradas a hablar de estos temas y nunca he tenido reparos en contestar a este tipo de preguntas. Así que, ¿por qué debería empezar ahora? Lo ignoro y contesto porque yo soy Paula Baró, la que no le tiene vergüenza a nada ni a nadie.

—Sí, una vez, mientras estaba en la Universidad.

—¿Y? —pregunta Glenda, con los ojos como platos y sonrisa guasona. Joder con la señora.

—No estuvo mal. —Me encojo de hombros y me termino la cerveza de un trago.

—¿Ya está? ¿No piensas decir nada más?

—¿Qué quieres que diga?

—Pues no sé. ¿Dolió? ¿Fue tan placentero como cuentan? ¿Por qué no has querido repetir?

Ay, Dios mío. Ya sabía yo que esta mujer era un poco adelantada a su tiempo. Mucho más moderna que, por ejemplo, pueden ser mi madre o Carmen, la madre de Pedro y Eva, pero... ¿Cómo voy a decirle si me dolió o no que me metieran el pito por el culo?

—¿Estás bien, niña?

—¿Por qué no voy a estarlo?

—Porque estás sudando y porque, normalmente, hablas por los codos, pero hoy estás muy calladita.

—Bueno, teniendo en cuenta que estamos hablando de sexo anal, pues no se me ocurre qué más decir. Además, que hoy tenemos un nuevo integrante que debe estar flipando mucho con el

tema. A lo mejor deberíamos hablar sobre otra cosa para que no se sienta tan desplazado.

—¿Lo dices por mí? —pregunta Alejandro. Asiento sin mirarlo y bebiéndome lo que queda de la cerveza de Adriana porque sigo teniendo sed—. Si el tema me parece muy interesante. Por mí no te preocupes.

Gilipollas.

No me giro a mirarlo, aunque puedo percibir la sonrisa en su voz. ¿Por qué está disfrutando tanto? ¿No se supone que está enfadado conmigo y me ignora?

—Ay, tienes razón, niña. Deberíamos centrarnos un poco en el nuevo a ver qué nos cuenta. —Qué grande es Glenda. A Alejandro se le borra toda diversión del rostro en cuanto todas las cabezas se giran en su dirección, la mía incluida—. Empecemos por algo sencillo. ¿Estás casado?

—No —contesta, de forma rápida y rotunda. Se cruza de brazos y se apoya en el respaldo. No sé si alguien se ha dado cuenta de lo serio y seco que se ha vuelto de repente, pero yo sí.

—¿Novia?

—No.

—¿Alguna mujer a la vista?

—No.

—¿Ni un pequeño interés amoroso?

—No.

Si dieran un premio por velocidad en contestar con monosílabos este chico se llevaba la medalla de oro.

—No me puedo creer que alguien tan apuesto como tú no tenga a nadie a su lado. Estoy convencida de que más de una en esta mesa estaría dispuesta a conquistarte.

—Glenda, que no somos ganado —replica Adriana, aunque los ojos le brillan un poquito más de normal en cuanto se ha enterado de que el señorito está soltero y entero.

—Eso dilo por ti. El problema es que yo ya soy demasiado mayor. —Le guiña un ojo y eso hace que a Alejandro se le suavice la cara, eliminando ese pequeño rictus que se le ha formado en el ojo derecho al inicio del interrogatorio.

—No estoy yo para muchos ligues. Hace poco que he llegado y no he tenido tiempo ni para eso.

—Ja. Seguro que sí. —No puedo evitar decir.

Como siempre, en cuanto dejo salir las palabras ya me estoy arrepintiendo.

Parece que nadie me ha escuchado. Bueno, casi nadie, porque Alejandro me ha oído perfectamente y los dardos envenenados con los que me mira lo confirman.

Filtrar. Coño, Paula, que no es tan difícil.

Me disculpo con el grupo y me levanto para ir a la barra. Huyo. Sí, huyo, ¿qué pasa? Necesito dejar de sentir su mirada sobre mí un segundo. Necesito beber algo que no lleve alcohol y, sobre todo, necesito escapar de la conversación que está teniendo lugar antes de que vuelva a decir algo del todo inapropiado.

Me pido una botella de agua fría y me siento en uno de los taburetes que hay disponibles. Está siendo un desastre de noche. Tendría que haberme ido a casa cuando Alejandro ha confirmado que vendría, porque las meteduras de pata por mi parte con este hombre no tienen fin. Tendría que haberme puesto hasta el culo de helado y haberme sentado a ver una película.

Me pinzo el puente de la nariz y me regaño mentalmente de nuevo por ser tan infantil, por cagarla continuamente con él y por ponerme tan en evidencia siempre que lo tengo cerca.

Un carraspeo a mi lado me obliga a abrir los ojos y a girarme. Ahí a mi lado, con los primeros botones de la camisa desabrochados y tamborileando los dedos contra la madera, está el causante de todos mis males.

—Una botella de agua, por favor —le pide al camarero cuando este se acerca a preguntarle qué quiere.

Quiero levantarme y hacer eso que he estado pensando antes: irme. Pero hago todo lo contrario, me quedo sentada donde estoy dejándome atrapar por sus ojos. Él no mira a nada más que a mí y, aunque lo intento, no consigo descifrar qué piensa o siente porque se limita a observarme fijamente. Si estuviéramos haciendo un concurso de miradas él ganaría.

El camarero aparece con nuestras botellas de agua y él le da un billete de diez euros. Cuando va a darle el cambio hace un gesto con

la mano como queriendo decir que no hace falta. No puedo verle la cara al camarero porque, bueno, ya lo he dicho antes, no puedo dejar de mirar a Alejandro, pero supongo que estará contento por esa pequeña propina por unas simples botellitas de agua.

—¿Está ocupada?

No le contesto, aunque tampoco parece esperar que lo haga. Coge el taburete próximo al mío y se sienta. Yo sigo cada uno de sus movimientos sin perder detalle: cómo le quita el tapón a la botella, cómo se la bebe de un solo trago y cómo la nuez le sube y le baja cuando lo hace, todo a cámara lenta. Cuando termina se limpia la boca con la mano y yo solo pienso en que me gustaría restregarme esa misma mano por los labios.

Madre mía, estoy para que me encierren y tiren la llave al mar.

Agacho la cabeza y me centro en mis zapatillas blancas mientras pienso que, o dice algo de una vez, o a mí me va a dar un mal aquí mismo. Tras lo que me parecen horas, y en vista de que no va a abrir la boca y de que odio el silencio y la incertidumbre, decido ser yo quien tome la iniciativa.

—¿Vas a decir algo de una vez o te has propuesto sentarte aquí a contemplarme?

Ladea ligeramente la cabeza y la sonrisa de suficiencia de antes hace de nuevo acto de presencia.

Me cago en toda mi estampa, ¿se puede estar más bueno? Es de esos tíos que cuanto más lo miras más guapos te parecen.

—En realidad, estaba esperando a que tú dijese algo.

—¿Yo? ¿Por qué iba yo a decir nada? Eres tú el que ha venido hasta donde estaba sentada por voluntad propia.

—Intentaba facilitarte el trabajo. —Alzo una ceja, interrogante, porque no tengo ni idea de lo que me está diciendo—. Es la segunda vez esta semana que te pasas conmigo y creo que me merezco una disculpa por tu parte. O dos.

Con un movimiento de cabeza señala un punto detrás de mí. Aunque sé que está señalando a nuestros compañeros me giro igualmente para ver que están todos hablando entre sí, sin prestarnos ninguna atención. También sé que sus palabras se refieren a mi frasecita de: «Ja. Seguro que sí», de hace un momento. Vuelvo a prestarle atención pero, lejos de disculparme —

como en el fondo sé que debería hacer—, me encaro. Porque si hay una cosa que me joda sobremanera es que me digan lo que tengo o no tengo que hacer, y el hecho de que venga aquí a sentarse frente a mí para exigirme que le pida perdón..., pues eso, que me jode, porque parece mi padre y ya puedo yo jurar y perjurar ante quien sea que a mi padre solo se le parece en que los dos mean de pie.

—¿Perdona?

—No me gusta que me juzguen y no me gusta nada que me digan lo que tú me dijiste el otro día.

La imagen de Irene cruza mi mente, así como sus jadeos, gemidos y el carmín rojo que presentaba Alejandro el primer día cuando me choqué con él en la puerta del despacho de nuestra jefa. Me cruzo de brazos y dejo salir una pequeña risita un tanto sarcástica.

—Mira, solo te voy a reconocer que me equivoqué en una cosa, y es que no debí decirte lo que te dije en nuestro lugar de trabajo, pero mis palabras son ciertas y, si te molestan, pues lo siento, pero no puedo hacer nada por retirarlas.

Por cómo me mira sé que no era lo que esperaba que le dijera.

—No eres nadie para insinuar que estoy donde estoy por los motivos equivocados, porque eso está muy feo y fuera de lugar. No me conoces y, por lo tanto, no tienes ningún derecho a juzgarme como lo has hecho y menos todavía delante de los que son mis compañeros de trabajo.

—No he dicho nada delante de tus compañeros de trabajo — digo con retintín las últimas ocho palabras.

—Sí, claro, porque ese «ja, seguro que sí» ha sido producto de mi imaginación.

—¿Acaso no tienes una aventura con alguien? Porque mentir está mal.

—No, te equivocas. —Se levanta y se pone delante de mí. Si ya es alto e impone de normal, tenerlo así mientras yo continúo sentada hace que me den ganas de encogerme en mi asiento hasta hacerme pequeña—. Lo que está mal es ser una entrometida y está claro que tú lo eres. Primero fisgando entre las cosas de una persona que no te ha dado permiso mientras escuchas situaciones íntimas ajenas y, después, haciendo comentarios que están muy fuera de lugar y

que a ti no te incumben, porque con quien yo me acueste o deje de acostarme te puedo asegurar que no es asunto tuyo. Así que, a partir de ahora, céntrate en tu vida y deja la de los demás en paz. Si estás aburrida búscate un *hobby*. Hay mucha variedad entre la que elegir.

Voy a abrir la boca para replicar, pero no me sale nada. Me ha dejado muda. Algo insólito en mí, pero así es. Deja la botella vacía sobre la barra y va a marcharse cuando, en el último momento, se gira de nuevo y se agacha hasta quedar sus ojos a la altura de los míos.

—¿Sabes? Venía en son de paz. Creía que eras una chica demasiado tímida y te daba vergüenza venir hasta mí para disculparte por algo que los dos sabemos que está mal, y que por eso me has rehuido toda la semana y esta noche has evitado mirarme. Está claro que me equivocaba. Pero ¿sabes qué? —Esta vez acerca su boca a mi oído y su aliento me hace cosquillas en el cuello—. Que el orgullo, la mayoría de las veces, es muy mal compañero y tú, señorita Baró, deberías aprender a rebajarlo un poquito, que lo tienes demasiado subido.

Sin esperar contestación alguna por mi parte se marcha, dejándome con dos palmos de narices. Una vez consigo reaccionar y vuelvo con las piernas temblorosas a la mesa, él ya no está. No pregunto, aunque me entero de que se ha ido hace escasos segundos a su casa alegando que la noche se le había torcido un poco. Miro hacia la puerta de entrada como esperando a verlo o no sé, algo, pero está cerrada.

Su palabras, su cara y su ira me acompañan de camino a casa. Incluso lo hacen cuando estoy metida en la cama, tapada con las sábanas hasta la barbilla y sin haberme comido el helado o puesto la película, y es que me he ido a dormir en cuanto he puesto un pie en casa porque la realidad es que me siento como una mierda, y sé que la única culpable de eso soy yo.

Capítulo 14

Paula

Eva me mira con lástima.

Daniela me mira con pena.

Marcos se aguanta la risa.

Pedro está descojonado, pero porque él es así de cabrón a veces. Y eso que luego es un pedacito de pan que arrima el hombro para que llores en él siempre que haga falta. Pero hoy se ha debido de tragar un payaso, porque el tío está de un gracioso que no se aguanta ni él.

Ojalá estuviera aquí Javier. Es el único que consigue poner un poco de cordura en este peculiar grupo, pero, como está perdido por el mundo encontrándose a sí mismo y toda esa mierda, pues aún no he podido consultar con él el asqueroso fin de semana que he pasado.

El jueves, lógicamente, me acosté hecha polvo. El viernes estaba tan nerviosa en el trabajo que Adriana me envió un par de veces a tomarme una tila. No vi a Alejandro en todo el día, y eso que el sitio no es que sea la mansión de Las Kardashian, pero se las apañó bien para conseguir que nos evitáramos. Ni siquiera lo vi entrar o salir, y en algún momento tuvo que hacer ambas cosas.

El sábado no me levanté mucho mejor, precisamente. Estuve soñando con que me perseguía un calamar gigante que hablaba y que quería comerme, así que me pasé toda la noche corriendo para escapar del maldito molusco. Cuando me desperté, entre que estaba cansadísima y que las palabras de Alejandro se repetían en bucle sin parar, y así estuvieron durante todo el día de ayer, hoy estoy para el arrastre.

Me siento mal. Muy mal. Sé que he metido la pata hasta el fondo y ahora no sé muy bien cómo sacarla. Porque, a ver, si en realidad llevaba toda la semana recriminándome mi comportamiento y confirmando que, efectivamente, lo que dije estaba fuera de lugar y era del todo inapropiado, ¿por qué narices tuve que ponerme en plan ofendida de la vida cuando vino a que le pidiese perdón?

—Pues porque eres una dramas, Paulita, y a ti la boca te pierde, hija, te pierde, y no se puede ir así por la vida. —Esas han sido las palabras exactas de Pedro en cuanto les he contado lo que ocurrió el jueves y he formulado la pregunta en voz alta.

Como la mayoría de los domingos, estamos los cinco reunidos en casa de Pedro. Junior está en el comedor viendo la última película de Los increíbles que, aunque salió hace un tiempo ya, este niño no se cansa de ella. Como cuando yo era pequeña y veía tanto la película de *Mary Poppins* que acabé cargándome la cinta. Ahora no se la puede cargar porque las cintas se han extinguido como los dinosaurios y todo es televisión por cable, pero las obsesiones por las cosas es algo que perdurará por los tiempos de los tiempos. Amén.

Marcos chasquea los dedos frente a mi cara haciendo que me ponga bizca y consiguiendo que vuelva a centrar mi atención en la mesa.

—Qué facilidad tiene la niña para irse a su mundo.

—Déjame en paz. —Me quejo. Cruzo los brazos sobre la mesa y apoyo la frente en ellos. Alguien me acaricia el pelo y, por el cariño con el que lo hace, sé que es Daniela.

También porque es a la que tengo al lado, pero es que esta chica es dulce por naturaleza. Es como esos ositos de gominola tan blanditos que te da pena comértelos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? —me pregunta mi amiga.

—Pues no sé. Yo había pensado en buscarme otro trabajo, ¿qué os parece?

—¿Veis?, ya está la «dramas» otra vez en acción —dice Pedro, mientras lo escucho arrastrar la silla y ponerse en pie—. Paula, por favor, la has cagado, pero no es algo que no hayas hecho otras veces. Pides perdón y ya está. —Sabe que voy a replicar porque sigue hablando antes de que me dé tiempo a hacerlo—. Sabes que tiene razón. No tienes ningún derecho a juzgarlo por con quién se acuesta o deja de hacerlo, independientemente de que sea su jefa. Es un chico libre, ella también, por lo que dices son los dos guapos y sexualmente activos. ¿Qué pasaría si fuese al revés? ¿Te acuerdas cuando trabajabas en ese despacho de abogados? Conseguiste el trabajo porque en él trabajaba un amigo de tu padre. ¿Qué hubieras

pensado si alguno te hubiese insinuado que estabas ahí por cepillarte al jefe?

—No es lo mismo.

—No me vengas con la chorrada esa de que es porque tú eres mujer y él hombre, porque pensar que alguien se está tirando a su jefe por conseguir favores o tratos especiales es igual de denigrante independientemente de que tengas pene o vagina. Aunque, otra cosa te digo, cada uno con su cuerpo es libre de hacer lo que le dé la real gana, y los demás no somos nadie para juzgar, porque bastante mierda tenemos cada uno que aguantar como para estar controlando la vida de los demás.

Levanto la cabeza y lo busco porque cuando quiere se pone en plan filosófico y empieza a decir verdades como puños. Está cogiendo el licor de mora que guarda en el armario. Ese que, casualmente, es mi preferido. No puedo evitar sonreír porque sé que lo hace para animarme, porque si hay una bebida que él odia es el licor de mora.

—No lo dice para hacerte daño —me dice Daniela con cautela, como temiendo que me haya enfadado con mi amigo. La miro y sonrío.

—Lo sé, tranquila. Todos sabemos que Pedro sería incapaz de hacerle daño a una mosca. Es solo que, no sé...

—No te gusta lo que ha dicho porque sabes que es verdad. — Marcos habla sin ningún tipo de burla en su voz. Me encojo de hombros y asiento porque, ¿qué otra cosa puedo hacer? Desde el mismo momento en que acusé a Alejandro de tener tratos de favor supe que juzgar a la gente de esa manera no estaba bien. Si admitirlo en voz alta delante de mis amigos me está costando, delante de él me parece un suicidio, sobre todo para alguien tan orgullosa como yo.

«El orgullo, la mayoría de las veces, es muy mal compañero y tú, señorita Baró, deberías aprender a rebajarlo un poquito, que lo tienes demasiado subido». Las palabras de Alejandro me duelen, porque sé que son ciertas.

Pedro se acerca por detrás y me abraza fuerte.

—Solúcionalo antes de que la bola sea tan grande que explote y os salpique todavía más.

—¿Cómo?

—Ya lo sabes, pequeño saltamontes. Si tienes el valor para juzgar, debes tener el mismo valor para saber pedir perdón. —Deja un beso en lo alto de mi cabeza antes de revolverme el pelo y volver a su sitio, donde comienza a servir licor de mora para todos.

Eva me sonrío desde el otro lado, al igual que Marcos. Daniela vuelve a acariciarme el pelo.

Los miro uno a uno y no puedo evitar sentir un pequeño pinchazo en la tripa, porque adoro tenerlos conmigo. A veces nos reímos de lo intensos que somos, porque cuando uno aún no ha terminado de meter la pata ya se ha enterado el resto. Nos encanta meternos en la vida de los unos y de los otros, pero es un precio minúsculo que tengo que pagar por tenerlos a mi lado, y no me importa. No me imagino la vida sin ellos, y tampoco quiero hacerlo. Incluso Daniela, a la que hace escasamente un año que conozco, se ha convertido en alguien tan importante para mí que no puedo evitar quererla como si fuera algo que he hecho toda mi vida. De Junior ni hablo, porque daría mi vida entera por ese niño.

Las carcajadas de mi hermano me hacen recordar que hay alguien que me falta en este pequeño círculo: Javi. Lo echo demasiado de menos. A él no se lo digo, porque a veces es más tieso para los sentimentalismos que una tabla de planchar, pero lo echo terriblemente de menos y ahora lo necesito aquí conmigo. La tecnología es la hostia y obra milagros. Solo tengo que pulsar un botón para hablar con él y otro para poder verlo. Pero como tocar carne no hay nada, y yo hace demasiado tiempo ya que no siento sus brazos alrededor mío.

Espero que llegue pronto Halloween y vuelva a casa como el buen turrón en Navidad, que el viajecito le está durando demasiado.

Junior aparece por la cocina para decirnos con esos morros torcidos que pone cuando quiere dar pena que se siente demasiado solo en el comedor y que hagamos el favor de ir un ratito con él. Su padre tira de su brazo hasta colocarlo sobre sus rodillas, removerle el pelo y hacerle cosquillas. Esa es otra cosa que comparten padre e hijo; es tocarlos un poquito y ya se retuercen y ríen como hienas. Daniela los mira embobada, con esa cara que pones cuando estás siendo testigo de la mejor estampa de tu vida. Aunque intenta

disimular la sonrisa le sale sola y el brillo en sus ojos es difícil de ocultar. Yo también sonrío y doy gracias porque los dos hayan aparecido en la vida de mi amigo, porque si hay alguien que se merezca una familia es Pedro. Que no es que Marcos y Eva, que se comen con la boca, los ojos, las manos y todo lo que pillan por el camino a todas horas, no se la merezcan, pero sí hay que reconocer que mi hermano nunca ha tenido el instinto de la paternidad tan desarrollado como su mejor amigo.

Como no cabemos todos sentados entre el sofá y el sillón optamos por hacerlo en el suelo mientras nos matamos en una nueva sesión de *Scattergories*. Porque ese es otro de los muchos problemas que tiene esta familia: somos adictos al juego y no sabemos controlarnos. Todo de muy buen rollo al principio, con risitas y alguna que otra broma, pero cuando terminamos somos capaces de estar sentados sin hablarnos durante un buen rato e incluso irnos a dormir enfadados. Pero, en el fondo, no olvidamos que todo lo hacemos con mucho amor.

Uno de los motivos por los que adoro jugar es por ver a Eva en acción. Me encanta. Esa chica tan dulce y tímida que, ante el juego, parece la niña del exorcista y solo le queda escupir espuma por la boca.

—No me jodas, Marquitos.

—Cuando lo llama así es porque está muy cabreada y sabe que él lo odia —le digo a Daniela al oído, para que solo ella me escuche, mientras miro a mi hermano y a su prometida discutir. Dios, son geniales. Qué pena que a Pedro se le hayan acabado las palomitas.

—Te he dicho un millón de veces que odio que me llames así y encima con ese tonito.

—Y yo te he dicho que juego para ganar. Si lo que vas a hacer es jugar al límite y reírte de mí, yo como que paso.

—¿Reírme de ti? Eva, la pregunta es muy sencilla: Con D, «Cosas que se encuentran en un partido de fútbol». Pues otra cosa no, pero dientes hay unos cuantos.

Mi amiga mira al techo y suspira. Pedro se bebe lo que le queda a su botellín de cerveza tranquilamente. Sabe que esto va para largo. Daniela no puede aguantar la risa. La entiendo, son supermonos. Yo robo la última aceituna del plato antes de que

alguien me la quite porque, bueno, mi obsesión por ellas no tiene límites.

—Cuando dice: «Cosas que se encuentran en un partido de fútbol» —le explica mi amiga a su chico de la misma manera en la que le hablaría a alguno de sus alumnos de la guardería—, se refiere a entrenador, porterías, bancos, córner... ese tipo de cosas. Si nos ponemos así, valdría cualquier cosa porque en un partido de fútbol también podemos encontrar dinero, ¿no?

—Por supuesto. Yo lo daría por bueno.

Desconecto. Conociéndolos, esto va para largo.

Antes de que la relación de Marcos y Eva estallara por los aires hace cuatro años y él se marchara a vivir a Nueva York, siempre que jugábamos a algún juego de mesa —algo muy habitual entre nosotros—, alguien terminaba enfadado con ella. Concretamente, ella con nosotros. El noventa y nueve por ciento de las veces ese alguien solía ser Marcos. Al principio pensé que era por tocar los cojones porque siempre ha sido mucho de eso, pero con el tiempo me di cuenta de que lo hacía para conseguir su total atención y porque ni yo puedo negar que Eva está muy graciosa cuando saca su vena competitiva y se cabrea. Cuando se enfada porque le hacen daño de verdad, de graciosa no tiene nada. Si no, que se lo pregunten al tío que tiene ahora delante y que está intentando enterrar la nariz en su cuello mientras le susurra cosas que solo ellos dos pueden escuchar. No tengo ni idea de qué será, pero el rictus serio de Eva está desapareciendo por momentos, aunque ella lo intente disimular.

—De aquí a que le metas la mano bajo la falda y le hagas ver las estrellas hay un paso. Así que, antes de que me traumatice de por vida me voy a mear. —Marcos y Eva ya no me escuchan. A él no le veo la cara y ella se ríe con las mejillas sonrosadas. Pedro escupe la cerveza por la nariz en un ataque de tos y Daniela suelta una carcajada. Creo que mi amigo me grita algo mientras desaparezco por el pasillo, pero no le presto mucha atención.

Antes de entrar en el baño me paro un momento en la habitación de Pedro para mirar a Junior, que se ha quedado dormido viendo la televisión. Nos ha arrastrado a todos al comedor para estar con él y, cuando nos hemos dado cuenta, se había marchado al

cuarto de su padre para estar tranquilo porque decía que armábamos demasiado escándalo.

Cuando me acerco a la cama para arroparlo veo que se ha quedado dormido con un libro entre las manos. Se lo quito con cuidado, aunque está tan profundamente dormido que ni se inmuta. Al darle la vuelta me fijo en que es el libro que Alejandro me dio para él. Cuando se lo di a Junior se puso loco de contento. Comenzó a leer todos los superhéroes conmigo y me pidió, por favor, que le diera las gracias a Alejandro por el regalo y que le dijera que le había flipado. Palabras textuales.

No hice ni una cosa ni la otra. Estaba demasiado ocupada evitándolo.

Me siento en la cama y lo abro para echarle un vistazo. Siempre me gusta empezar los libros por la mitad. Es una manía que tengo y no sé bien por qué, ya que algunas veces me he comido algún *spoiler* que me ha dolido en el alma, pero me gusta abrirlo por el centro, leer un par de páginas, olerlo y, ya después, empezar por el principio hasta terminar con los agradecimientos.

Cuando ya he terminado de esnifarlo como la *yonki* de los libros que soy, abro la primera página y descubro una dedicatoria que no sabía que estaba ahí. No me fijé en ella el otro día.

Miro la firma y el nombre de Alejandro está escrito ahí, en tinta negra. Paso el pulgar por encima mientras leo las palabras que le ha escrito a Junior:

Este libro es para ti, yo tengo el mío en casa. Pienso darte una paliza la próxima vez que te vea, así que prepárate.

Alejandro

Por cierto, Ororo Iqadi Munroe es Tormenta. Solo lo comento para que se lo digas a tu tía, que seguro que no sabe ni quién es Tormenta.

No puedo evitar sonreír. No sé si porque me hace gracia imaginármelo buscando a esa superheroína por internet, por decir que él tiene uno en casa también, o porque haya dado por hecho

que habrá una próxima vez. Una próxima vez que nos incluya a él, a mí y a un niño de siete años.

La sonrisa desaparece cuando recuerdo los ojos con los que me miró el jueves, antes de dar media vuelta y marcharse del bar. Un nudo me oprime el pecho, provocado por los nervios que me produce el que sea domingo y mañana tenga que enfrentarme a él. Puedo hacer lo mismo que él hizo el viernes: evitarnos.

Pero Pedro tiene razón. Si tengo el valor de juzgarlo debo tener el mismo valor para saber pedirle perdón.

Capítulo 15

Alejandro

Cuando entro en la clínica el lunes por la mañana sé que he llegado excesivamente temprano porque el silencio reina en toda la estancia que, además, está casi a oscuras a excepción de un par de luces por aquí y por allá. No hay nadie en la recepción, pero sí escucho ruidos al fondo. Intuyo que será Irene que siempre suele llegar a la clínica antes que nadie. La mayoría de las veces también se marcha la última. Si me dice que vive aquí me lo creo.

Miro la hora en el reloj de pared que hay sobre el mostrador de la entrada y compruebo que aún falta media hora para que esto se abra. Me he levantado tan rápido esta mañana que ni siquiera he desayunado. No porque creyese que iba a llegar tarde, sino porque estar tumbado me estaba agobiando y necesitaba salir y hacer algo de provecho, sobre todo, después de haberme pasado todo el fin de semana metido entre las cuatro paredes de mi casa.

La conversación con Paula del jueves me dejó más hecho polvo de lo que pensé que podría quedarme, y lo que más cabreado me tiene es que no entiendo bien porqué. Llevaba toda la semana molesto con ella por sus palabras y su insinuación, eso es cierto, pero el jueves me tocó los cojones y me cabreó como hacía tiempo que nadie conseguía hacerlo, y eso que motivos para estar enfadado y asqueado con el mundo no me faltan.

Me jodió la vida misma su comentario salido de tiesto delante de nuestros compañeros, pero más me jodió su orgullo y suficiencia cuando me senté frente a ella para hablar. Lo hice porque creía que me merecía una disculpa por su parte, pero cuando vi que, aparte de que eso no iba a suceder se mostraba soberbia y altanera, me enfadé tanto que me largué de allí sin acabar mi bebida, sin casi despedirme del resto y dando tal portazo al entrar en el taxi que me llevó a casa que a punto estuve de sacar las bisagras del sitio.

El viernes me esforcé tanto en evitar cruzarme con ella que por la noche terminé con dolor de cabeza. El sábado tampoco me encontré mucho mejor. Me fastidiaba sentirme así porque en el fondo sabía que no tenía ningún sentido. Sí, me había dicho algo

que me había molestado, sobre todo porque no era ni un poquito parecido a la realidad, pero ¿tanto como para no querer ni salir con mi primo Carlos el sábado por la noche cuando me lo propuso? ¿Tanto como para no poder quitármela a ella y a sus palabras de la cabeza?

Después de la mierda que había vivido el último año —y que por desgracia seguía viviendo día a día—, lo de Paula era una tontería. Pero, claro, el mundo está lleno de gilipollas y estaba quedando demostrado que yo era uno de ellos.

Entro en la sala de reuniones abriendo la puerta con demasiado ímpetu, porque la idea de tomarme un café bien cargado y solo, sin ni siquiera azúcar, me tiende demasiado. A ver si así consigo calmar la furia que me producen todas estas situaciones en mi vida. Pero la vida debe odiarme demasiado porque la puerta me golpea en la cara haciéndome cerrar los ojos. Me llevo las manos a la nariz porque creo que me la he roto y maldigo en todos los idiomas que sé, que son tres.

Y es que al abrirla me he encontrado con Paula en pantalón vaquero y sujetador negro, parada en medio de la estancia y mirándome sorprendida. Me he quedado tan embobado admirando tal estampa que me he olvidado de que la puerta es de vaivén y de que mi cara estaba en su trayectoria.

—¡¡Hostia, puta!! ¡¡Joder!! —grito. Me duele tanto que me lagrimean los ojos.

La puerta vuelve a abrirse, pero esta vez no me da. Aunque por poco. He notado el filo de esta sobre mi pelo.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Estás bien? —Unas manos frías y pequeñas intentan cogerme de las muñecas, pero yo no quiero que nadie me toque.

—¡De puta madre! ¡¿No me ves?!

La escucho murmurar algo, pero no tengo ni idea de qué es. Solo puedo centrarme en el dolor que me recorre la cara y que creo que me llega al dedo gordo del pie, porque ha empezado también a dolerme.

Me sujeto la nariz y doy vueltas sobre mí mismo sin parar.

—Alejandro, por favor, dime algo.

Intento abrir los ojos para mirarla, pero la neblina de lágrimas me lo impide. Lo que me faltaba, ponerme también a llorar.

—Mira. Voy a tocarte el codo, ¿vale?, porque voy a empujarte hasta entrar dentro de la sala y sentarte en una silla, así que... no te asustes. Y, por favor, no te apartes.

Me lo dice con tanto tacto y tanta dulzura que me siento mal por haberle gritado hace un momento, así que decido que lo mejor es simplemente asentir y tener la boquita cerrada que, como decía mi abuela: «en boca cerrada no entran moscas».

La mano que hasta hace un momento estaba fría ahora está caliente y cuando me roza no puedo evitar sentir un pequeño escalofrío. Abre la puerta con cuidado y se apoya en ella para dejarme pasar sin que la roce. En cuanto entramos me conduce hasta una silla y me ayuda a sentarme con cuidado.

—Voy a por un poco de hielo para eso, ¿de acuerdo? Aunque no me has dejado ver la nariz porque no te has quitado las manos de encima, sangre no hay porque se vería entre los dedos, pero un buen moratón seguro que tienes.

Sigue hablándome con dulzura, recordándome a cómo lo hacía el sábado con su sobrino.

Me quito las manos de la cara y las examino para comprobar que, efectivamente, no hay líquido rojo a la vista. Intento tocarla a ver si duele. Por el grito que pego al hacerlo y el susto que se lleva Paula al oírlo yo diría que sí. Y mucho. Está cogiendo hielo del congelador y poniéndolo dentro de un trapo. Cuando me lo acerca no me mira directamente a los ojos, aunque yo no puedo evitar buscar los suyos.

—Auch. —Me quejo en cuanto el paño me roza.

—Lo siento, lo siento. —Aparta las manos rápido y se las acerca al pecho, que todavía sigue cubierto solo por un sujetador—. Mejor lo haces tú.

Estira el brazo para dármele, pero no sé por qué niego y la cojo de la muñeca, dándole a entender que quiero que sea ella la que me cubra la nariz con él. Dubitativa en un primer momento, al final parece decidirse y se acerca con lentitud hasta quedar a escasos centímetros de distancia. Entonces coloca el paño sobre la herida.

Cierro los ojos y hago presión sobre su muñeca para impedirle que se retire cuando una mueca de dolor cruza mi cara.

—Si aprieto demasiado me lo dices, ¿vale?

—No eres tú, es solo que pica un poco.

Abro un ojo y la veo morderse el labio inferior mientras intenta ocultar una sonrisa.

—Quiero saber por qué estás intentando no reírte.

—No me río.

—Paula...

—Es solo que... me ha hecho gracia que dijeras que pica un poco cuando... bueno... cuando tienes lágrimas contenidas en los ojos y esa cara de que... bueno... de que en realidad pica un huevo.

Quita el trapo y echa un pequeño vistazo. Por cómo mira la zona afectada me hago una idea del aspecto.

—¿Tan feo lo tengo?

—No. —Miente como el culo.

Intento alzar la ceja cuando un latigazo me corta la respiración.

—Auch. Joder.

—Creo que deberíamos ir al médico.

—Estamos en uno, ¿recuerdas?

—Aquí no hacen radiografías. Por lo menos hasta esta tarde y... por el aspecto que tiene... —se calla.

—Por el aspecto que tiene... —la animo a seguir. Se pinza de nuevo el labio y a mí está a punto de darme un infarto. Lo que no sé es si porque tengo miedo de cómo tengo la nariz o porque a pesar del dolor tan horrible solo puedo pensar en que me gustaría ser yo quien estuviera mordiendo ese labio ahora mismo.

—Está tan morada e hinchada que pareces el actor ese de Hollywood que llamaban: «El actor con nariz de patata».

—¿Karl Maldem?

—El mismo. Pero con el doble de nariz.

Echo la cabeza hacia atrás y me apoyo en el respaldo.

—¿Crees que te la has roto?

—Espero que no. Aunque...

—Aunque es mejor que nos vayamos al médico. —Termina de decir por mí. Algo me pincha muy dentro cuando me doy cuenta de que ha utilizado la palabra «nos». En plural. Ella y yo.

Asiento porque, en realidad, ¿qué otra cosa puedo hacer? Me noto el corazón en la punta de la napa y, aunque sí que creo que no me la he roto, algo para la hinchazón y el dolor me tendrán que dar. Y que me hagan una radiografía para descartar, no es mala idea.

—¿Vendrás conmigo?

Aunque ha hablado en plural necesito asegurarme.

—¿Te parece bien? —Sonríe y asiente mientras lo dice y yo no puedo evitar pensar en lo bonita que es.

—La verdad es que te lo agradecería. No me gustan mucho los hospitales.

Una carcajada brota de su pecho ante mi afirmación que, pese a quien le pese, no puede ser más cierta. Me gusta mi trabajo. Adoro mi trabajo, más bien. Pero cuando soy yo el paciente la cosa cambia bastante y odio tener que ir al médico.

Alguna vez he escuchado que los médicos son los peores enfermos. Pues bien, esa afirmación la hicieron después de verme a mí en consulta. O con un resfriado en la cama.

—Me encanta ver cómo te ríes de mí.

—Perdón. —Aunque lo dice seria, el tono de su voz la delata.

Me levanto, pero en cuanto consigo ponerme recto un pequeño mareo hace que me balancee hacia un lado.

Paula es rápida y me sostiene por los hombros impidiéndome caer de bruces contra el suelo, que sería ya el colofón perfecto.

—¿Te encuentras bien?

Está tan cerca que soy capaz de aspirar su aroma a lavanda del pelo sin problemas, y eso que ahora mismo respiro más bien entre regular y mal. No me ha soltado los hombros y yo, sin saber muy bien por qué, no quiero que lo haga. Pero es que, además, no sé qué es lo que me impulsa a alargar el brazo para rozarle el pelo y el lóbulo de la oreja con el pulgar.

Mi caricia la sorprende, me lo dicen sus ojos al mirarme y sus mejillas teñidas de rojo. No es la primera vez que se ruboriza delante de mí, pero hoy parece un rubor distinto.

Nos quedamos callados, mirándonos, con mi mano en su mejilla y las suyas sobre mis hombros. No me importa mucho qué hora sea. Ni tampoco que, en cualquier momento, va a empezar a llegar la gente. De hecho, hasta el dolor de nariz ha pasado a un segundo o

tercer plano porque me he quedado atrapado en el marrón de los ojos de Paula que, si los miro bien, puedo apreciar un ligero color verde en ellos. Me encanta el color negro de su pelo y el corte que lleva se acopla a la perfección a su rostro, dándole un toque dulce e infantil. Tierno.

No puedo evitar bajar la vista hasta sus hombros desnudos, y aunque hago un esfuerzo sobrehumano durante treinta segundos contados, acabo bajándola también hasta su torso medio desnudo. El sujetador se acopla a la perfección a sus senos redondeados que sobresalen ligeramente sobre la tela del sostén negro de encaje. Trago saliva tan fuerte que el sonido choca con el silencio que ahora mismo reina a nuestro alrededor.

—Paula...

—¿Sí?

—No quiero parecer irrespetuoso ni un salido, pero... ¿Podrías ponerte una camiseta? Ha sido tu pecho al descubierto lo que me ha provocado esto y creo que con una nariz rota por hoy ya voy servido.

Se suelta de mí tan rápido que hace que me desestabilice y acabe sentado en la silla. Ella se mira el pecho y cuando se da cuenta de cómo está da un grito mientras se tapa con las manos y mira alrededor, supongo que buscando algo con lo que taparse.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—No te disculpes, de hecho...

—Es que estaba sola hoy en la clínica porque me ha llamado Irene y me ha dicho que iba a tardar, y como tenía que abrir a unos repartidores me ha pedido venir una hora antes. —Encuentra la camiseta tirada en el suelo y se la intenta poner. Digo intenta porque mete la cabeza por donde no es. Dos veces—. Me he hecho un café y en vez de bebérmelo me lo he tirado por encima. No he oído a nadie entrar y me ha parecido buena idea quitarme la camiseta y darle un agua.

Se gira para quedar frente a mí y, efectivamente, una enorme mancha oscura ocupa todo el centro. La camiseta está mojada, acoplándose a la perfección a su cuerpo y marcando hasta las venas. No sé si prefiero que la lleve puesta o que no.

Suspiro, pasándome la mano por el pelo, y pienso que lo mejor es dejarle mi chaqueta si ella no ha traído la suya. Primero por el

frío, que hoy el tiempo se ha levantado quisquilloso. Segundo por ella, porque no puede ir por ahí con esa mancha en el pecho. Y tercero por mí, claro que sí, porque a mí hoy me da un mal. Lo que no tengo muy claro aún es por qué exactamente, ya que las posibilidades son varias.

∞

Paula

Me encuentro en la sala de espera del Hospital Nueve de Octubre. Estoy tumbada boca arriba, mirando al techo y ocupando tres asientos. Normalmente, esto es como el primer día de rebajas en la puerta de El Corte Inglés, pero hoy no hay nadie.

Miento.

Hay un señor barbudo roncando como un poseso a unas pocas sillas de mí. Fin.

Cuando hemos llegado no ha hecho ni falta hacer cola para el registro. Una chica recién salida de la escuela con dos melones en vez de tetas estaba esperando a Alejandro en la puerta, y juro que he escuchado a su vagina aplaudir cuando este le ha dado un medio abrazo al verla.

Miento otra vez.

Sé que no es una chica recién salida de la escuela porque antes de salir de la clínica he visto cómo Alejandro la llamaba y le preguntaba si, por casualidad, se encontraba en el hospital, que iba de camino por un problemilla que ha tenido. Cuando ha dicho la palabra «problemilla» me ha mirado de reojo y yo me he ruborizado desde la cabeza a los pies, mientras me abrochaba los botones de su chaqueta para taparme todo lo posible el pecho. Una vez dentro del taxi me ha explicado que era la mujer de un compañero suyo de Universidad y que lo estaría esperando al llegar. Sé que no acaba de terminar la carrera porque ha salido en la conversación que no la ve desde la fiesta de su treinta cumpleaños hace un par de años y que tampoco tienen mucha relación, pero que son una pareja agradable y, bueno, si ella le puede hacer el favor de ayudarlo ahora, pues mejor. No me ha dado tiempo a preguntarle si no los ha llamado

desde que llegó aquí para quedar algún día, porque el taxi se ha detenido y, al salir, he visto a la susodicha y casi me caigo de culo. Si me dicen que es una conejita de playboy me lo creo.

Dios, sueno como una arpía, pero es que, joder, si fuese un hombre se me habría puesto dura al verla. Así que eso es lo que he pensado que le estaría pasando a Alejandro en ese mismo momento y... sí, me ha jodido. Así que he soltado un breve: «Ey», y me he metido dentro a sentarme a esperarlo porque la doctora me ha dicho que mejor que entrara él solo. Todo eso mientras le acariciaba el brazo desde el hombro hasta el codo. No voy a decir nada de lo que he pensado al ver ese gesto porque una, de vez en cuando, debe ser una señorita y no decir *palabrostias*.

Ah, y porque la vergüenza que estoy pasando hoy se está llevando todo el protagonismo y no me quedan ya fuerzas ni para criticar.

Solo diré una última cosa porque, bueno, no me puedo callar, y es que sé que no he mentado, y me juego mi teta derecha a que su vagina ha aplaudido cuando lo ha visto bajar del taxi y sonreírle. Que lo entiendo, ¿eh?. Pero coño, que está casada. Un poquito de consideración.

Saco el móvil del bolso y reviso las conversaciones de whatsapp, pero no hay nada nuevo. A Irene la hemos llamado en el taxi para decirle lo que ha pasado —obviando que yo estaba en sujetador, por supuesto—, y ha dicho que la mantengamos informada.

Después, mientras esperaba, Pedro me ha preguntado en el grupo que compartimos todos que cómo iba la operación: «Paulita se rebaja y pide perdón». Así de cabrón es el niño. Me iba a callar y a decir un simple: «Ahí vamos», porque contarles este nuevo episodio no me parecía muy apropiado, pero luego he pensado que son mis amigos, mi familia, y que seguro que me daban buenos consejos y me animaban. Además, estaba muy aburrida y cuando empiezo a teclear, pues ya no puedo parar.

¿Conclusión? Que son todos muy malas personas y van a ir al infierno de cabeza. Eva y Daniela incluidas. Esas dos, que parecían tan dulces y tímidas cuando las conocí...

Eva:

Jajajajajajajajaja

Pedro:

No puedo parar de reírme, os lo juro.

Marcos:

¿Le has roto la nariz?

Paula:

¡Que yo no le he roto nada a nadie! ¿Habéis leído algo de lo que os he contado u os habéis montado vuestra propia película?

Daniela:

Me sabe fatal, pero me parece muy gracioso.

Javi:

¿No querías hablar hoy con él? Pues ya lo estás haciendo.
¿Cuál es el problema?

Paula:

¿Tú también? ¡Joder, eres el cuerdo del grupo! Además, ¿dónde estás? Seguro que es la hora de dormir. Déjame.

Javi:

No te enfades, renacuaja.

Pedro:

Paulita, de verdad, si es que estas cosas solo te pasan a ti.

Marcos:

Primero le fracturas la costilla y ahora la nariz... te va a odiar.

Eva:

Cielo, ¿cómo se te ocurre ir medio en bolas por la clínica?

Paula:

Me estáis poniendo mala. ¡Qué no iba medio en bolas! Solo me había quitado la camiseta porque me estaba quemando, joder. Ya os lo he dicho. Creía que estaba sola. ¡Yo no tengo la culpa! ¡Y no le he fracturado nada a nadie!

Daniela:

No te preocupes. Un accidente lo tiene cualquiera.

Marcos:

Paula no tiene accidentes. Paula tiene tsunamis.

Pedro:

Lo que quería era enseñarle la mercancía al doctor y no sabía cómo. Ahora, lo que yo creo es que el pobre chico la va a odiar.

Paula:

Sois únicos dando ánimos, ¿eh?... Me estáis dando dolor de cabeza. Paso de vosotros. De todos.

Han intentado enviarme audios, pero se reían tanto que solo se escuchaban carcajadas. Si es que hasta Javi, el que se supone que era el guay y sabio del grupo, no ha podido evitar reírse de mí, que no conmigo. Así que he optado por silenciarlos y pasar de ellos. Bastante vergüenza tengo ya encima como para que estos cinco me lo hagan pasar peor.

Que no se me puede dejar sola en la clínica ha quedado más que claro. Y da igual el motivo, cómo tenga planeadas las cosas o cómo surjan, que con Alejandro siempre meto la pata. Hasta el fondo.

Que sí, que lo de hoy no ha sido provocado ni mucho menos porque no esperaba a nadie a esas horas tan tempranas, que en este trabajo somos muy de llegar justitos de tiempo. Así que, cuando me he manchado no he visto mal quitarme la camiseta para limpiarla un poco. También porque me estaba abrasando el pecho. Pero, claro, como no podía ser de otra manera, Alejandro tenía que aparecer. Si es que desde que este chico apareció en escena lo nuestro es una sucesión de catastróficas desdichas. Si no le pego

un susto de muerte por el que casi se deja el costado en el lavabo me lo pega él a mí y me hace un chichón en la cabeza. Parece una competición.

Vuelvo a ruborizarme y se me escapa la risa al recordar cómo me ha pedido que me pusiera una camiseta porque mi visión en sujetador ha sido la que le ha provocado el golpe.

Por el rabillo del ojo veo aparecer una sombra. Al enfocar la vista me doy cuenta de que esa sombra no es otro que Alejandro. Se supone que es Alejandro, más bien, porque el chico que aparece no se le parece mucho. Donde antes había una nariz ahora hay un calabacín enorme tapado con un supervendaje. Me levanto tan rápido que por poco no me caigo al suelo. Justo antes de llegar a él, la doctora que lo ha recibido en la puerta aparece, situándose a su lado y cogiéndolo del brazo. Voy a fulminarla con la mirada, pero recapacito a tiempo y en su lugar esbozo una sonrisa propia de un anuncio de dentífrico.

—¡Eh! ¿Qué tal?

—Bieeeeeeeeen. —Arrastra tanto la e que sé que está de todo menos bien.

—Va un poquito hasta arriba de calmantes —me explica la doctora mientras lo ayuda a sentarse.

—Me han hecho mucho daño, Paula —dice, haciendo un puchero—. Estos médicos son unos animales. ¿Te he dicho ya que odio los hospitales?

—Algo has dejado caer, sí.

—Es que los odio. Mucho. Jo... petas, qué incómodas son estas sillas. —Mira a un lado y a otro. No sé muy bien qué está buscando, así que me siento a su lado y capto su atención tocándole el brazo.

—¿Cómo estás?

—Me duele si respiro. Pero, claro, si no respiro me muero.

Intento no reírme, aunque me lo está poniendo un poco difícil. Me habla como si de un niño pequeño se tratase. Le falta ponerse a hacer pucheros.

—Dicen que no puedo ir a trabajar.

—Me parece bien.

—A mí al principio no, pero la verdad es que tengo un poco de sueño.

No hace falta que lo jure. Tarda tanto en terminar una frase que creo que de un momento a otro va a cerrar los ojos y ponerse a roncar.

—Tiene un buen golpe. Por la radiografía parece que no se ha roto nada ni se le ha desviado el tabique, aunque tardará un poco en bajarle la hinchazón. Le he dado antibiótico, ¿vale?

Aunque se lo dice a él me mira a mí, porque Alejandro ha comenzado a dejarse caer hasta acabar con la cabeza en mi regazo.

—Dicen que si voy a trabajar así puedo asustar a los niños.

—Das un poquito de miedo, eso es verdad.

—Oye, eres muy cómoda. ¿Lo sabías?

Junta las manos y las coloca bajo su cabeza mientras cierra los ojos. No quiero pensar en dónde las tiene colocadas y en qué me está rozando, porque sé que lo hace sin darse cuenta y que, por supuesto, no hay nada sexual en este momento flotando en el aire, aunque a mí me empieza a costar respirar y siento que el corazón me late un poquito más rápido de lo normal.

—Debería ir a casa antes de que se quede dormido del todo. — La doctora lo zarandea con suavidad en el hombro, llamándolo, pero con eso solo consigue que se roce más contra mí.

Madre mía, quiero morirme. Pero ¿qué cojones me pasa?

Trago saliva con dificultad y decido que es hora de movernos, sobre todo por mi bien. Entre las dos conseguimos que abra los ojos lo justo para apoyarse en mí e ir andando hasta la salida donde ya nos espera un taxi. Lo meto con cuidado y yo me sitúo a su lado, dejando que se pegue a mi costado y con la nariz enterrada en mi cuello.

Qué viajecito me espera.

La doctora se despide de nosotros después de darme una bolsa con los medicamento y el recetario. Le aseguro que ya lo acerco yo a casa y que me aseguraré también de que se tome los medicamentos antes de marcharme. Si le hace gracia o no ni me lo planteo, porque el coche arranca y yo ni me giro a mirarla. Lo que sí hago es desplazarme un poquito hacia abajo para que él esté más cómodo.

Madre mía, ¿cómo puede oler tan bien? No es a champú o a colonia, es su olor corporal.

—Señorita, perdone. ¿Dónde vamos?

La pregunta del conductor evita que haga la locura de acercar mi nariz a su pelo y aspirar.

Voy a darle la dirección de su casa cuando caigo en la cuenta de que no tengo ni idea de dónde vive. Intento preguntárselo un par de veces, pero solo balbucea y dice cosas ininteligibles, así que desisto. Por un momento pienso en llamar a la clínica y preguntarlo, pero tendría que dar muchas explicaciones, sobre todo si contesta Adriana, y ahora mismo no me apetece. Así que solo se me ocurre una cosa, y es llevarlo a mi casa.

Capítulo 16

Paula

No sé cómo he podido sacarlo del taxi, buscar las llaves en el bolso y subirlo hasta casa. Menos mal que tengo ascensor, porque si hubiese tenido que llevarlo por las escaleras lo dejo descansando en el portal.

Al entrar, he pensado en dejarlo tumbado en el sofá, pero, no sé por qué, he terminado enfilando el pasillo hasta mi habitación con él arrastrando los pies, y lo he tumbado sobre la cama.

—Me han hecho un huevo de daño. ¿Te lo había dicho ya?

—Una en el hospital, dos en el taxi, otra subiendo en el ascensor y ahora.

—Qué pesado soy, ¿no? —Me lo pregunta con tanta pena que no puedo evitar reírme.

—Para nada. Estás dolorido y es normal. Tendrías que ver a mi hermano Marcos enfermo. Es coger un resfriado y parece que se está muriendo. Lo tuyo es normal.

—Pero es que me siento muy torpe y no me gusta esta tentación. Dios, estoy hasta el culo de calmantes y tengo la boca pastosa. No puedo casi ni hablar.

—No te muevas, ¿vale? Voy a por un poco de agua.

—Tampoco sé si podría aunque quisiera...

Salgo del dormitorio y voy a la cocina. Lleno un vaso con agua natural y vuelvo a donde está el enfermo. Sigue en la misma posición. Incluso continúa con el pulgar levantado hacia arriba.

—Venga, doctor, ayúdame un poco. —Tiro de sus hombros para incorporarlo y lo ayudo a beber. Se termina el contenido casi sin respirar.

Antes de que vuelva a dejarse caer lo arrastro hasta que apoya la cabeza en la almohada. Le quito los zapatos y los calcetines y no puedo evitar fijarme en los dedos de sus pies. No soy ninguna fetichista y no es la parte del cuerpo que más me gusta, pero debo reconocer que los suyos son bonitos: largos, con las uñas perfectamente cortadas, y no hay ninguna con el típico aspecto feo o

alguno que esté torcido. Es que hasta eso tiene perfecto el muy jodido.

Aunque intenta ponerse de lado, no puede, pues le roza la zona amoratada y le duele. Al final, se coloca bocarriba con el antebrazo tapándole los ojos. Lo arropo hasta la cintura, corro las cortinas y le dejo la lucecita de la mesita de noche encendida, por si abriese un ojo que no se encuentre muy desubicado.

No se mueve. Por el modo de respirar y por cómo le sube y le baja el pecho parece que se ha quedado dormido. Miro la hora en el reloj que descansa en la mesita y veo que no son más que las once, aunque si a mí alguien me dice que ha pasado una semana desde que salimos de la clínica me lo creo.

No puedo evitar quedarme un rato apoyada en el quicio de la puerta mirándolo, siendo consciente de que lo tengo tumbado en mi cama, enredado entre mis sábanas. No voy a mentir si digo que no he fantaseado alguna noche, dormida y despierta, con tenerlo donde está ahora, aunque eso sí, con otro aspecto totalmente distinto.

Aunque la ropa la lleva arrugada, el pelo hecho un desastre y de la cara, mejor no hablamos, sigue siendo jodidamente atractivo. Los pantalones vaqueros le quedan como un guante y la camisa que lleva se amolda a su pecho marcando cada una de las líneas a la perfección. Es de manga corta, por lo que deja a la vista unos brazos fuertes y tonificados. Del brazo que tiene flexionado le sale una bola en el bíceps que a muchos les gustaría tocar. Yo incluida.

Noto el móvil vibrar en mi culo, donde lo llevo guardado. Cuando lo saco del bolsillo trasero no puedo evitar fruncir el ceño al ver el nombre de Irene en la pantalla. Miro de nuevo a Alejandro, tumbado en mi cama, y maldigo a mi jefa por ser ella la que lo tiene. Tardo tanto en descolgar que la llamada se corta. Suspiro, me guardo el teléfono de nuevo y decido que ahora, cuando me siente en el sofá, la llamaré para darle el parte.

Estoy a punto de cerrar la puerta cuando un murmullo procedente de la cama me impide hacerlo. No sé si es que está hablando en sueños o es que intenta decirme algo pero, por si acaso, me acerco.

—Paula —lo oigo murmurar bajito—. Gracias. Por todo.

Sonríó y le acaricio la mejilla, dejando que el escalofrío que siempre recorre mi cuerpo cuando rozamos nuestras pieles haga acto de presencia.

Voy a retirar la mano cuando noto sus dedos alrededor de mi muñeca, impidiéndomelo. Busco sus ojos y veo que los tiene abiertos, y que me está observando con una intensidad que me abruma.

—Quiero que sepas que solo me acosté con Irene ese día y que fue un error.

—No, no. No tienes que darme ninguna explicación. Lo que dije el otro día...

—Escúchame un momento, por favor. Déjame decir esto ahora que estoy medio ido. —Aunque se nota que tiene sueño y que los calmantes que se ha tomado en el hospital siguen invadiendo su cuerpo, habla tranquilo y sereno. Me mira como esperando una aceptación por mi parte, así que yo solo puedo asentir—. No debí acostarme con ella, no por ella, sino por mí. Lo hice porque estaba roto. Estoy roto. Y sentir su cuerpo contra el mío me pareció la mejor válvula de escape en ese momento. No es una excusa ni una justificación, es solo la verdad. Sé que no te debo ninguna explicación y tampoco sé a ciencia cierta por qué te la estoy dando, solo sé que quiero dártela. Solo sé que quiero que sepas que no estoy con ella. Que no estoy con nadie, Paula.

No me da tiempo a decir nada. Cierra de nuevo los ojos y en cuestión de segundos vuelve a quedarse dormido. Sigue con su mano sobre la mía y la mía sobre su mejilla.

Sin saber si está bien o mal, si es correcto o incorrecto, e importándome una mierda, acerco mis labios hasta los suyos. Ni siquiera se le podría llamar beso, sino más bien un roce.

Un roce que consigue que salga por la puerta sonriendo cómo una idiota y preguntándome si este chico, al que en verdad apenas conozco y con el que he tenido unos encuentros más que accidentados y desafortunados, no me esté gustando más de lo que quiero admitir.

Capítulo 17

Alejandro

Obligo a mi cerebro a reaccionar. A abrir los dos ojos, no solo uno, y a hacer que me mueva. Pero hoy está perezoso.

No tengo ni idea del tiempo que ha pasado desde que me he despertado porque no he mirado la hora y por la poca luz que entra por la pequeña rendija entre las cortinas. Poco puedo intuir, pero estoy casi convencido de que llevo, por lo menos, veinte minutos en esta cama intentando hacer algo de provecho.

La reacción a los calmantes está pasando y el dolor está volviendo. Me noto el corazón en la punta de la nariz y encima me pica el vendaje. Además de que necesito ir al cuarto de baño con urgencia.

No voy tan mal ni estoy tan desorientado como para no saber que no me encuentro en mi casa, sino en la de Paula, y de que la cama en la que estoy tumbado es la suya.

A pesar del dolor y de la situación que he pasado no puedo evitar sonreír al recordar que todo esto ha ocurrido por encontrarme con esa mujer en sujetador. Que ni siquiera estaba desnuda, joder. Además, que no es a la única a la que he visto en ropa interior. Si me pongo puntilloso, solo tengo que ir a la playa un día de verano y veré más carne de la que he visto esta mañana en la sala de descanso.

Pero no sé explicar lo que mi cuerpo sintió cuando abrí la puerta y la vi. Bueno, qué cojones, claro que lo sé; una excitación como hacía tiempo que no sentía.

Está mal decirlo porque quedo como un auténtico cretino, y no es mi intención porque yo no soy así, pero ni la visión de Irene medio desnuda, gimiendo y gritando mi nombre mientras nos acostábamos me pareció tan sexy como Paula únicamente tapada con el sostén.

Unos golpes en la puerta me sobresaltan, haciéndome abrir los ojos de golpe e incorporándome en la cama.

—Adelante —carraspeo, pues la voz me ha sonado demasiado ronca.

La sonrisa que llevaba preparada en el rostro se me congela cuando un chico al que no he visto en mi puñetera vida me sonríe. Est a parado en el marco de la puerta y lleva una bandeja en las manos de la que solo distingo un vaso con zumo de naranja. Mi cara debe de ser todo un poema, y de risa, porque ha dejado de sonríe para dar paso a una sonora carcajada.

—Hola,  qu  tal? Soy Marcos, el hermano de Paula.

Se acerca hasta la cama donde deja la bandeja. Yo los miro alternativamente a él y a lo que parece ser un desayuno—almuerzo—comida a tenor de todo lo que hay ahí encima.

—Llevas durmiendo —mira la hora en el reloj que descansa en la mesita— siete horas del tirón. Paula se ha tenido que ir a trabajar y como soy mi propio jefe y Paula manda un huevo, me ha pedido que viniese a echarte un vistazo, a darte los medicamentos y a obligarte a comer todo lo que hay en esta bandeja.

Yo sigo sin hablar, sin saber muy bien qué decir. Estoy abrumado por la hospitalidad de este chico que ni conozco y que me est  aliando una ensalada de lentejas, pero sobre todo por Paula, por preocuparse por mí al nivel de enviar a su hermano a cuidarme.

—Si puedes, ahora la llamas. Desde que se march  hace tres horas me habr  llamado como ocho veces y me habr  enviado otros tantos mensajes para saber cómo estás. Pero no le digas que te lo he dicho,  eh?. Además de mandona tiene una mala hostia la colega que flipas. —Levanta la cabeza y me mira serio—. Tampoco le digas que te he dicho eso.

—Tranquilo —contesto, por fin. Eso parece tranquilizarlo, porque desaparece el tono serio y vuelve al jovial del principio.

—Bueno, pues yo creo que por aquí ya he hecho mi trabajo. Ha cocinado Paula. Es una cocinera extraordinaria. Eso sí que se lo puedes decir. —Ambos reímos—. Las pastillas que me ha pedido que te d  las tienes aquí.

No puedo evitar fijarme en que se parece mucho a su hermana. Ambos son morenos y con los ojos marrones, aunque los ojos de Paula son un poco más verdosos. Ambos tienen el rostro alargado y el mismo tipo de sonrisa.

—Menudo despliegue.

—Después de cómo llevas la cara, qué menos.

—Dios. Aún no me he mirado al espejo. ¿Debería hacerlo?

—Tómate las pastillas, cómete lo que te ha preparado y ya si eso, después te echas un vistazo. Tampoco hay prisa.

Apoyo la cabeza en el cabecero de la cama y suspiro. Se suponía que hoy iba a ser una buena semana y ya está siendo un desastre.

Y solo estamos a lunes.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Asiento sin mirarlo.

—¿De verdad te has dejado esa cara por golpearte contra una puerta?

—Totalmente cierto. Así de absurda es mi vida. —Lo miro y veo que está conteniéndose la risa—. Adelante, no te cortes. Te doy permiso para reírte de mí.

—No es eso. O sí. La cuestión es que no sabía yo que el pecho de mi hermana podía perjudicar tanto a una persona.

—Dios.

Vuelvo a apoyar la cabeza contra el cabecero de la cama mientras me tapo la cara con las manos y en la habitación solo se escuchan las risas de Marcos y mi lamento interno.

—Espero que en esta ensalada tu hermana haya echado un poquito de cianuro y así terminar con mi sufrimiento.

Las carcajadas son cada vez más fuertes y, al final, no puedo evitar acompañarlo porque, objetivamente, si yo no fuera el implicado en esta historia y fuera un simple espectador me estaría riendo igual que él.

Creo que con Paula ya he cubierto el cupo de estupideces que cometer con una persona a la que acabas de conocer.

—Creo que me voy a marchar para dejarte con tu sufrimiento tranquilo y porque eso de que soy mi propio jefe es un poco entre comillas.

No lo miro. Me limito a alzar el pulgar en señal de conformidad.

Un móvil comienza a sonar. El mío seguro que no es porque, básicamente, no tengo.

—Mira, hablando de la reina de Roma.

Algo cae sobre mis piernas. Al mirar veo que es un teléfono. En la pantalla aparece el nombre de Paula junto con una foto de ella

durmiendo en un sofá con la boca abierta.

—Haz el favor de cogerlo antes de que me marche. —Va a salir por la puerta cuando se gira muy serio y, señalándome con el dedo, me advierte—. Y no se te ocurra decirle que has visto esa foto porque seremos hombres muertos.

∞

Paula

Qué mañana más improductiva, de verdad. Todo porque mi cabeza no está en el trabajo, sino, más bien, en mi cama. Concretamente, en el tío que lleva durmiendo en ella toda la mañana. Por lo menos, doy gracias a que este lunes esté siendo tranquilo. O todo lo tranquilo que puede ser el primer día de la semana.

Pienso en Esther, mi compañera de trabajo, y las ganas de cagarme en ella son cada vez más grandes. Es que no tenía otro día la chica para cogerse la baja, no. Además, que lo que ella llama «dolor de cabeza que le impide mantener los ojos abiertos», yo lo llamo «resaca por el pedo que cogió el fin de semana». Pero, claro, Irene, con tal de no aguantar sus lloriqueos y quejas durante todo el día, ha preferido enviarla a casa y hacerme a mí venir de la mía para sustituirla.

—Si te duele, pues te tomas una aspirina y arreando —murmuro, aunque no tan bajito como yo creía, pues la señora que está esperando para firmar el recibo me mira de forma un poco extraña.

—¿Tengo que tomarme algo? —me pregunta asustada—. Si yo solo he venido a recoger unas analíticas.

—No, mujer. Usted está más sana que una manzana. Hablaba sola. Es algo que suelo hacer muy a menudo, ¿sabe? Usted no me haga ni caso.

La mujer, no muy convencida, firma el recibo y se marcha casi a la carrera. La entiendo. Yo también huiría de mí si pudiera.

Miro el teléfono y maldigo a mi hermano por no llamarme. Cuando lo he llamado para pedirle que se marchara a casa a cuidar del enfermo le ha entrado un ataque de risa y ha sido tan solícito a

hacerlo que me ha dado hasta mala espina, pero era mi única opción. Es el único que es algo así como su propio jefe —o, mejor dicho, el único que se puede escaquear del trabajo sin que le importe a nadie y sin tener que dar demasiadas explicaciones—, porque la idea de dejar a Alejandro solo en mi casa no es que me entusiasmara demasiado. No porque no me fie de él, sino porque si yo estuviera en su situación me gustaría que cuando me despertase en una casa que no fuese la mía alguien me orientara un poco.

Una mano me toca el hombro, sobresaltándome. Al girarme me encuentro con la cara de mi amiga Adriana, escudriñándome.

—¿Qué haces? —pregunto, alejándome.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa de qué?

—A ti. ¿Qué te pasa?

—Que tengo a una loca casi encima mirándome sin pestañear. ¿Quieres hacer el favor de quitarte? Me siento acosada.

Intento mover la silla unos centímetros hacia la derecha, pero no es tan fácil escapar de sus garras cuando activa el modo cotilla.

—De aquí no te vas hasta que me cuentes por qué estás así.

—Yo no estoy de ninguna manera. Solo estoy aquí sentada esperando a que sea la hora para marcharme a mi casa. Fin.

—Ni fin ni fan. —Entrecierra los ojos un segundo, justo antes de pegar un salto y abrirlos tanto que parece que se le van a salir del sitio—. ¡Hay un tío!

No le he contado a Adriana que tengo a Alejandro en mi casa. Sabe lo del golpe. Lo sabe ella y toda la clínica, claro, porque Irene se ha encargado de informarles de por qué ninguno de los dos estábamos en nuestro puesto de trabajo esta mañana, pero de ahí a decir que me lo he llevado a casa, pues no.

La miro sorprendida e indiferente.

—¿Qué dices? Lo que me pasa es que es lunes, que estoy cansada y que estoy hasta los cojones de Esther y sus dolores de cabeza todos los primeros días de la semana. Y por si eso fuera poco, la tarde se me está haciendo eterna porque no he comido nada más que un yogurt. Sin azúcar.

«Y porque mi hermano no contesta al último mensaje que le envié y Alejandro ya lleva muchas horas durmiendo y tengo miedo

de que se haya quedado tieso sobre mi cama». Lo pienso, pero no lo digo, claro.

—Tú te crees que yo soy tonta, guapa. Pero esa mirada me la conozco y aquí huele a macho alfa que tira para atrás.

—Lo que va a tirar para atrás eres tú del empujón que te voy a dar como no te quites de encima.

Me levanto con el teléfono en la mano antes de que pueda decir algo más y me marcho a la sala de descanso, rezando para que haya un poco de intimidad. Cuando cruzo la puerta y veo que está vacía me lanzo al aparato que me está quemando en las manos y marco el número de Marcos.

A tomar por culo la paciencia. No la he tenido nunca, no voy a empezar a tenerla ahora. Me dejo caer en una de las sillas y casi me caigo de la misma cuando escucho cómo descuelgan.

—¡Ya era hora! Joder, Marcos, cómo te gusta hacerte el interesante. ¿Ya se ha despertado? Mira a ver si respira, por Dios, que lleva muchas horas durmiendo y ya me está dando hasta mal rollo. Que yo creo que ha sido un golpe en la nariz, pero a ver si ha sido más fuerte de lo que pensaba y también se ha golpeado la cabeza. O los analgésicos, a ver si le han dado mucha medicación y le da una sobredosis. Ay, por favor... ¡Que se lo han cargado! Si es que ya sabía yo que tanta teta de silicona no podía ser buena...

—Hola, Paula.

La voz grave y ronca de Alejandro es la que me saluda desde el otro lado, no la de mi hermano. Agarro fuerte el teléfono y cierro los ojos, rezando para que esté flipando en colores y haya confundido a Marcos con él.

—¿Sigues ahí?

¿Cómo no?, no tengo esa suerte.

Carraspeo para aclararme la voz y me endezco en la silla. Sé que no me puede ver, pero así me siento más segura.

—Sí, claro, perdona. Es solo que... bueno, esperaba a Marcos al otro lado.

—Lo sé. Me ha dicho que llevabas toda la mañana llamándole para preguntarle como estoy, y como has llamado ha aprovechado para pasarme el teléfono y contestar yo. Espero que no te importe.

—No, no. Tranquilo.

¿Tranquilo? Unas narices. Yo a mi hermano lo mato. Es que lo mato. No porque le haya pasado el teléfono a Alejandro. No. Si no por decirle que llevo toda la mañana llamándolo para preguntar por él.

Me frena el que quiero mucho a Eva, porque soy capaz de dejarla viuda en un abrir y cerrar de ojos.

—Muchas gracias por la comida. Aún no he podido probarla porque, bueno, la verdad es que acabo de abrir un ojo, pero tiene una pinta increíble. No tenías por qué hacerlo.

—No te preocupes. Me gusta cocinar y, además, yo también tenía que comer. No creas que la he hecho solo por ti. —A Alejandro le entra la risa por mi comentario y yo no puedo evitar reírme con él.

—Aun así, gracias por alimentarme. Y por traerme a tu casa. Y por llevarme al hospital. En realidad, gracias por todo.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Que versión prefieres, la resumida o la larga?

—Larga. Siempre.

—Avergonzado. Ese creo que es el mejor calificativo que me define ahora mismo. Aún no me puedo creer lo que ha pasado. Yo solo quería tomarme un café bien cargado para empezar la semana con fuerza y he terminado con una nariz hinchada y amoratada, en casa de una desconocida y hasta arriba de medicamentos para aliviarme el dolor.

—Bueno, no soy una desconocida. Somos compañeros de trabajo. Aunque es cierto que tienes la nariz un poco... ¿fea?

—Gracias por utilizar ese apelativo y no otro. —Me pinzo el labio para no reírme, pero no lo consigo del todo—. Puedes reírte, no te cortes.

—Aunque tienes la nariz un poco fea no te la has roto. Además, esas cosas pueden pasarle a cualquiera, ¿sabes? No creo que seas el primero ni el último que se choca con algo, como una farola, por ejemplo, por ir distraído.

—Ya, bueno, la cuestión es que yo no iba distraído. Me han distraído.

Si ahora lo tuviera delante sería él quien estuviera riéndose de mí, porque mi rostro ha adquirido el color de un tomate maduro al recordar qué ha sido lo que lo ha distraído. O, más bien, quién.

—Aparte de todo eso, ¿cómo te encuentras? —consigo preguntar, aunque no puedo evitar que la pregunta me salga un poco áspera a causa de los nervios.

—Sorprendentemente, bien. No me acuerdo de cuándo fue la última vez que dormí tantas horas seguidas de un tirón. Debe de ser el colchón.

—O los medicamentos que te dejaron tan adormecido y... ¿gracioso?

—¿Lo has preguntado? Porque si has dicho «gracioso» como una pregunta, es que he hecho el ridículo.

—Para nada. Olvida el tono de la pregunta. Lo digo con rotundidad. Gracioso. Has estado gracioso.

—Quiero morirme...

Ahora no dejo escapar la carcajada que luchaba por salir de mi pecho. Alejandro se queja de que me esté riendo de él, pero no puede evitar acompañarme al cabo de unos segundos. Lo que no hago es decirle que, además de gracioso, ha estado sincero. No lo conozco lo suficiente como para tener la capacidad de definir cómo es a la perfección, pero si de algo estoy segura es de que es una persona un tanto reservada y celosa de su intimidad, y que confesarme que está roto estoy segura de que no entraba en sus planes más inmediatos.

La sensación de nerviosismo que he sentido cuando me he dado cuenta de que era él quien estaba al otro lado se ha esfumado. Ahora estoy relajada. Me gusta hablar con él. Me gusta este Alejandro. Es el mismo con el que me encontré cuando estaba con Junior.

El de los últimos días no me gustaba nada.

Al pensar en ello no puedo evitar recordar el motivo de que estuviese así: por mi culpa. Por decirle esas cosas que, sean ciertas o no, no me incumben pero que, desde luego, estaban fuera de lugar y no le hicieron ninguna gracia.

—Oye, Alejandro...

—¿Sí?

Me muerdo la uña, intentando encontrar las mejores palabras. Al final, opto por lo más sencillo: decir la verdad e ir directa al grano.

—Quería pedirte perdón.

—Olvídalo. No tienes que...

—Escucha un momento, ¿vale? —Lo corto porque ahora que he empezado quiero terminar—. Siento mucho lo que te dije en la consulta. No soy nadie para meterme en tu vida y juzgarte como lo hice. No voy a decirte por qué lo hice porque, en verdad, no tengo ni idea. Y tampoco estuvo bien lo del jueves en el pub. Lo siento de veras.

—Yo también lo siento. Te dije cosas el jueves que no son ciertas y tampoco tenía derecho a hacerlo.

—¡No! ¡No! Para nada. Estabas enfadado, es completamente normal. Yo hubiese actuado de la misma manera. Así que no tienes que pedir perdón.

—Pero me siento mejor conmigo mismo si lo hago. Así que, ¿me perdonas?

—Claro que sí, pero insisto, no tienes por qué hacerlo.

—Oye... ¿vamos a discutir hasta en esto?

Ambos reímos. Parecemos idiotas discutiendo por quién pide perdón y quién no.

—¿Qué te parece si ambos nos arrepentimos por las cosas que dijimos y nos perdonamos mutuamente?

—Me parece la mejor idea que ha tenido hasta ahora, doctor Beltrán.

—Se me ha ocurrido otra. ¿Qué te parece si dejamos de tener accidentes cada vez que nos cruzamos? A este paso me vas a romper una pierna o un brazo. Y quiero demasiado a mi cuerpo como para prescindir de él.

—¡Oye! Que yo también me he llevado lo mío.

—No puedes comparar un chichón de nada con un golpe en la costilla o una nariz a lo Karl Maldem.

Rompo a reír acordándome de la analogía que hice de su nariz cuando me preguntó qué aspecto tenía.

—¡Es que la tienes muy gorda!

—No sabía que habías visto tanto en ese baño pero, oye, a mi ego le viene fenomenal tanta adulación.

—¡¡No me refería a eso!!

Ahora el que rompe a reír es él mientras yo siento cómo mi cuerpo va cambiando de color. Me arrepiento de lo que dicho tan

pronto como las palabras salen y entiendo el doble significado.

La puerta se abre, sobresaltándome. Estaba tan concentrada en mi conversación y en él que hasta me había olvidado de que estaba en el trabajo y de que llevo «descansando» más de veinte minutos.

Una de las doctoras me saluda con un movimiento de la cabeza mientras entra en la sala y va directa a hacerse un café. Me levanto y me voy hasta una esquina, disimulando que estoy observando un cuadro.

—Debería volver al trabajo. Aún me queda un rato y quiero salir a mi hora.

—Vale. Yo debería comer algo, irme a mi casa a ducharme y acostarme de nuevo en la cama. Además, tengo que devolverle el teléfono a tu hermano. Acaba de entrar y me mira raro.

—Él es raro. Por eso no te preocupes.

—¡Te he oído! —grita el susodicho lo suficientemente alto como para que yo lo escuche. Estoy segura de que él a mí no me ha oído, pero son demasiados años juntos como para saber lo que dice cada uno sin necesidad de expresarlo en voz alta y de que el otro lo escuche.

—Oye, gracias por todo.

—De nada.

Nos quedamos en silencio unos segundos sin saber muy bien qué decir hasta que escucho ruidos y murmullos al otro lado. La voz de Marcos llega alta y clara.

—¿Me da usted permiso para volver a mi puesto de trabajo?

—Deseo concedido. Gracias, Marcos.

—No me las des. Me he llevado en un *tupper* lo que ha sobrado de comida y unas cuantas cosas más que he visto por ahí.

—No habrás saqueado mis provisiones de dulce, ¿verdad?

—Nop. —Ese no es un claro sí.

—¡Marcos!

—¿Qué quieres? Desde que nos prometimos Eva se ha obsesionado con las comidas. Mira cada caloría y hasta las pesa. Tengo que comerme la pizza a escondidas y ya no hablemos del cajón de los dulces. ¡Lo ha quitado del sitio! Hablo de forma literal, ¿eh? Lo ha cogido y se lo ha llevado. «Así evitamos tentaciones»,

me dijo. ¡Si a mí todo eso me importa una mierda! Yo la quiero a ella tal y como es. ¿Qué más me da lo demás?

Debería ponerme del lado de mi amiga, pero no puedo evitar sentir cierta compasión por Marcos. Es cierto que Eva se ha obsesionado un poquito con no engordar para la boda y estar perfecta. Parece mentira que a estas alturas aún haya veces en las que no entienda que ella para Marcos ya es perfecta, y que no hay más prueba de amor que el hecho de que esté dispuesto a pasar por el altar solo porque sabe que eso es algo que a ella le hace ilusión, aunque a él sea algo que le ha producido sarpullidos.

Pero las inseguridades son algo que cuestan mucho de quitar y, aunque sabe que mi hermano besa el suelo por el que ella pisa, creo que todavía hay veces en las que deja salir a esa adolescente enamorada del hermano de su mejor amiga y teme que todo sea un sueño y que él pueda desaparecer tal y como hizo en el pasado. Solo que él no desapareció porque no la quisiera, sino porque la quería demasiado. No lo justifico, pero sí lo entiendo.

—Pues eso. Me he llevado unos filipinos blancos que tenías, unas galletas oreo y un pack de leche con canela y limón. Las galletas esas maría que han sacado ahora con chocolate te las he dejado.

—Gracias por la consideración.

—No se merecen, mujer.

Pongo los ojos en blanco y suspiro. Escucho una puerta abrirse y, al poco, cerrarse. Se ha marchado de mi casa.

—Bueno, te cuelgo. Y sé que soy pesada, pero gracias.

—Sí que lo eres, sí. Pero de nada.

Estoy a punto de colgar cuando su voz me llama y hace que me vuelva a ponerme el teléfono en la oreja.

—Dime.

—Me gusta.

—¿Qué?

—Ese doctor. Me gusta. Te hace feliz, Paula.

Me cuelga antes de que pueda decirle nada.

Vuelvo a mi puesto de trabajo bajo la atenta mirada de Adriana, a la que ignoro. Ya hablaré con ella en otro momento. Ahora solo puedo pensar en que me ha gustado mucho, muchísimo, hablar con

Alejandro como si fuéramos dos amigos que se conocen desde hace tiempo y con el que tienes cierta confianza. Y, además, me ha gustado lo que me ha dicho Marcos. Que no es que necesite su aprobación, pero me gusta que le guste el doctor.

Cuando llego a casa Alejandro no está. Lo que queda de su rastro son unos cuantos platos y vasos limpios sobre la encimera, la cama hecha y una pequeña nota sobre la almohada:

«Si no lo digo reviento: Gracias. Te juro que es la última vez. No he cambiado las sábanas porque no sabía dónde tenías unas limpias, así que he hecho la cama para que veas que soy un chico aseado. Eso sí, te aconsejo que las cambies. Siento decirte que se me ha caído un poco la baba durmiendo. La culpa la tiene tu colchón que es muy cómodo. Si probases el mío entenderías lo que quiero decir.»

*Un beso
Doctor Beltrán
(Aunque prefiero que me llames Alejandro)*

Capítulo 18

Paula

Paula:

¿Sabes qué? Alejandro no tiene teléfono.

Eva:

¿Cómo que no tiene teléfono?

Paula:

Pues eso. Que no tiene. Bueno, miento. Tiene teléfono, pero fijo.
¡Lo que no tiene es móvil!

Eva:

¿Se lo han robado?

Paula:

No. Es un tío moderno—antiguo que debe odiar la tecnología porque, en su ficha, como teléfono de contacto figura un nueve seis de toda la vida. Nada de móviles.

Eva:

Bueno, a lo mejor no está apuntado en su ficha. ¿Has probado a pedírselo a Irene?

Paula:

Pues no.

Eva:

¿Por?

Paula:

Porque no.

Eva:

Madre mía, Paulita. ¿Cobras por palabra? Venga, que te ayudo.
¿Por qué no se lo pides a Irene?

Paula:

Porque empezaría a hacer preguntas. O podría pensar cosas que no son y no es plan.

Eva:

¿Cosas como que no sabes nada del doctor desde hace dos días y te subes por las paredes?

Paula:

Eso no es cierto. Sé que está mucho mejor, pero que como trabaja con niños y estos son muy impresionables, Irene le ha pedido que se quedara esta semana en casa hasta que su nariz volviese a ser normal.

Eva:

Y eso lo sabes porque Irene os lo ha dicho a todos. Lo que te está matando es no haberlo visto ni haber hablado con él tú directamente.

Paula:

Eso no es cierto.

Eva:

¿?

Paula:

Bueno, vale. Tal vez un poco, pero... ¡Podría haberme llamado, ¿no?! Es decir. Lo acompañé al médico, lo metí en mi cama, le di de comer y tuve una conversación muy animada con él. ¿Por qué me ha ignorado todos estos días?

Eva:

¿Por qué lo has ignorado tú a él todos estos días?

Paula:

Ah no, guapa. La psicología inversa no funciona conmigo.

Eva:

No es psicología de nada. Es una pregunta clara con una respuesta más clara todavía. Tú no lo has llamado porque te mueres de vergüenza y porque estabas esperando que él diese el primer paso. A lo mejor él está esperando lo mismo. ¿No lo has pensado?

Paula:

No tiene nada que ver.

Eva:

No me vengas con esas tonterías, por favor. Y menos aún tú, que menudo coñazo me diste con dar yo el paso con tu hermano, con declararme, con no esperar a que fuese él...

Paula:

¡No es eso! Ya lo sabes. Yo no soy así. Sabes que a mí me da igual lazarame si el tío me gusta y sé que merece la pena. Es otra cosa. No sé. Da igual, olvídale.

Eva:

¿Que te has dado cuenta de que te gusta y temes el rechazo?

Paula:

No.

Paula:

Bueno, sí. Es eso. Ya lo he dicho. Creo que es un chico muy divertido, dulce e inteligente. Tiene un aura que lo rodea que hace que me sienta muy atraída por él. Tanto, que hace que me comportar como si estuviera idiota. Mi coordinación no funciona cuando él está cerca y me he puesto más veces roja en su presencia que en mis treinta años de vida. Así que sí, me da miedo que me rechace porque, aunque me dijo que no estaba con Irene, aunque me dijo que fue una vía de escape porque estaba roto, aunque me dijo que

no está con nadie... Lo dijo cuando estaba medio ido y a lo mejor ni siquiera sabía lo que decía, y enfrentarme a la realidad me da miedo.

Eva:

¿Sabes? Estoy muy orgullosa de ti.

Paula:

No digas tonterías, haz el favor.

Eva:

No son tonterías, Paula. Te pasas la vida dando consejos a los demás sobre lo que deben o no deben hacer con su vida, pero nunca te aplicas esos consejos para ti. Y, como tú me dijiste en una ocasión, tener miedo no es de cobardes. Al contrario, es de valientes. Porque eso solo puede significar que de verdad estás sintiendo algo.

Eva:

¿Sabes? Deberías llamarlo.

Paula:

Ya te he dicho que no tiene teléfono.

Eva:

No tiene móvil, que es diferente. Pero tienes un número fijo al que puedes llamar para interesarte por su salud.

Eva:

Y antes de que digas nada, que nos conocemos, sé que es más «seguro» resguardarte tras una pantalla, pero tú nunca le has tenido miedo a nada. No empieces ahora.

Paula:

No me gusta cuando se intercambian los papeles. Me gustaba más la Eva del año pasado. La que se tiraba a mi hermano a

escondidas y luego lloriqueaba por los rincones, insegura y triste.

Eva:

¡Yo no lloraba por los rincones!

Paula:

Claro que sí, guapi.

Eva:

Y no me líes. Estamos hablando de ti, ¿recuerdas? ¿Lo vas a llamar?

Paula:

...

Eva:

Paula...

Paula:

Voy a llamarlo.

Eva:

¡Así me gusta!

Paula:

El viernes

Eva:

¡Paula!

Paula:

No te alteres tan rápido, pequeño saltamontes, y escucha a la profesional. Voy a esperar hasta el viernes. Son solo dos días más, a ver qué pasa. Y si no he sabido nada de él lo llamo.

Paula:

Por cierto. Tenemos que hablar de tu obsesión por la comida, con adelgazar y con la boda.

Eva:

¿De qué obsesión estás hablando? ¿Te ha dicho algo Marcos?

Paula:

Marcos me ha dicho, pero tampoco hay que ser Sherlock para verlo. ¿Tenemos que hablar de tus miedos e inseguridades?

Eva:

Ahora estamos hablando de ti, que de mí ya hablamos bastante.

Paula:

Pero...

Eva:

Ni pero, ni pera. Primero nos ocupamos de tu doctor. Ya llegará el turno de mi boda.

∞

Paula:

No he sabido nada de él. Me parece feo. ¿No te parece feo? Que ya estamos a viernes. Que mañana es sábado y dos días después lunes. Ya habrá pasado una semana y yo sin recibir ni una llamadita.

Pedro:

Hay que ver lo bien que te sabes los días de la semana.

Pedro:

¿De quién estamos hablando?

Eva:

Del doctor macizo.

Marcos:

¿Quién es el doctor macizo?

Pedro:

Uy, mira. Alguien se ha puesto celosillo. ¿Te pica?

Marcos:

Un huevo me pica. ¿Me lo rascas?

Pedro:

Jajajajaja. Me encanta cuando te enfadas.

Eva:

¿Quién se ha enfadado?

Pedro:

Aquí tu *boy*, que se ha puesto celosillo...

Marcos:

No me he puesto celoso. Solo he preguntado que quién es el doctor macizo.

Daniela:

No me hagas mucho caso, pero intuyo que será el doctor de tu hermana.

Paula:

Mierda, me he equivocado de whastApp.

Javier:

Eso te pasa por no fijarte bien.

Marcos:

Si es que vas por la vida como vas, y mira.

Paula:

Tengo unos hermanos que son una joyita...

Marcos:

¡Eh!, ¡Javi! ¡Ya era hora de que tú también dieras señales de vida, ¿no?! Tanto sol y tanta playa no puede ser bueno. Vente ya para casa, cabrón.

Pedro:

¡Hay uno que hoy está muy celoso! Primero con el doctor y ahora con esto...

Marcos:

¿No puede uno echar de menos a su hermano?

Pedro:

Como poder, puede, pero a ti lo que te pasa es que te mueres de envidia.

Marcos:

Hombre, ¡no te jode! Se está pegando la vida padre mientras el resto de los mortales seguimos con nuestra vida aquí, en la realidad.

Pedro:

¿Tienes problemas con tu vida?

Pedro:

Marcos, ¿hay algo que quieras compartir con el grupo?

Pedro:

Eva, ¿no le haces feliz?

∞

Paula:

Hay veces en las que mi hermano me da pena porque es un blanco muy fácil, pero hoy no puedo. Hoy necesito que os centréis en mí.

Paula:

Daniela, me paso al grupo de las tres para conocer también tu opinión.

Daniela:

Dispara

Eva:

¿Lo vas a llamar?

Paula:

No.

Paula:

Estoy en la puerta de su casa.

Daniela:

¿Estás en la puerta de su casa?

Eva:

¿Estás en la puerta de su casa?

Paula:

Si lo preguntáis las dos a la vez es porque es una locura y la peor idea del mundo.

Eva:

¡No! Para nada.

Daniela:

¡Qué va!

Paula:

Mentís fatal.

Paula:

No me puedo creer lo que voy a decir, pero estoy de los nervios. ¿Y si se cree que estoy como una cabra? ¿Y si me pregunta que

qué narices hago aquí? Porque hasta yo me lo pregunto, ¿sabéis?
Me estoy quejando de que no me llama, esperando cuatro días a que lo haga. Y yo, en vez de descolgar el teléfono y hacer una llamadita, lo que hago es husmear en su ficha y presentarme en su casa con la cena.

Eva:

No sé si atreverme a hacer esta pregunta, pero... ¿Esto es un juego de palabras y quieres decir que tú eres la cena?

Paula:

¡No! ¿Qué dices, loca? Llevo cena. Comida china, para ser exactos.

Daniela:

Me parece un plan muy bueno. No tienes que estar nerviosa. Y sabes que no te va a decir nada de eso. ¿Por qué no te ha llamado? Ni idea. Pero no es algo que deba preocuparte.

Paula:

Bueno, vale. Voy a llamar al timbre. Llevo aquí más de media hora esperando en la calle dando vueltas y parezco idiota. Encima, con el frío que hace hoy, que hemos pasado de la manga corta al chaquetón en menos de veinticuatro horas, me estoy congelando.

Capítulo 19

Alejandro

Desidia es, según la R.A.E, la «falta de ganas, de interés o de cuidado al hacer una cosa». Y eso es, exactamente, lo que yo tengo: una desidia que está acabando conmigo. Pero es que estoy hasta las narices de estar encerrado en casa. He salido a pasear, a correr por el río, incluso me he escapado una tarde al cine con mi primo Carlos y sus amigos y he tenido que aguantar sus burlas por mi nariz y mi accidente, y eso que solo les dije que me había golpeado contra la puerta porque iba distraído. Si llego a decir que me distrajeran los pechos de Paula en sujetador aún estarían burlándose de mí.

Y es que es para burlarse.

Como si no hubiese visto unos pechos en mi vida, por Dios.

«Pero no habías visto los suyos», me grita mi conciencia. Tiene razón. No había visto los suyos.

Paula.

Joder.

Llevo toda la semana pensando una y otra vez en ese nombre y en esa persona. ¿Puede alguien, a la que apenas conoces, meterse en tu cabeza con esta intensidad? Pues está claro que la palabra es sí, porque a mí me está pasando.

No sé muy bien qué me pasa. Llevo estos días pensando en ella más veces de las que me gustaría reconocer. Incluso he estado muchas veces tentado a llamarla. Y cuando digo muchas, quiero decir tres o cuatro veces al día. Pero no lo he hecho. No lo he hecho porque no tengo su número de teléfono y porque no he tenido ni las fuerzas ni la valentía suficiente de llamar a la clínica para hablar con ella allí o para pedir su teléfono. ¿Con qué excusa lo hago? Hablar directamente con Irene no me ha parecido buena idea. Entre ella y yo ya no queda nada más que una relación profesional y el recuerdo de un revolcón rápido porque, además, no se me ha vuelto a insinuar ni directa, ni indirectamente, pero no me ha parecido bien hacerlo. ¿Por el qué dirá? Por supuesto. Si ni yo mismo entiendo todo esto, como para explicárselo a otra persona.

La película que estoy viendo, de la que, por cierto, no me he enterado de nada, llega a su fin y no tengo ni idea de qué hacer ahora. Me levanto y arrastrando los pies llego hasta la cocina. Abro la nevera y tal y como esperaba da pena verla; está prácticamente vacía. A excepción de un tomate, un poco de jamón y queso y un bote de zumo de naranja recién exprimido. Tendría que haber ido esta mañana a la tienda a comprar, pero la desidia me ha animado a no hacerlo y yo, que soy fácil de convencer, le he hecho caso y hoy me he quedado en casa. Primero tirado en la cama. Después tirado en el sofá.

Saco el zumo, lo remuevo y le doy un buen trago. Adoro el zumo de naranja y, viviendo ahora como vivo en una tierra donde las naranjas son tan buenas, lo disfruto casi a diario.

Voy a coger el fiambre y el triste tomate cuando pienso que lo mejor sería darme primero una ducha. La necesito. Mi cuerpo la agradecerá.

Al llegar al baño y mirarme en el espejo sonrío. La hinchazón prácticamente es inexistente y solo queda un poco de moratón en un lado de la nariz. No me duele al tocarla y he podido prescindir ya de cualquier medicamento. Ahora ya puedo volver al trabajo. Cuando Irene me «recomendó» no hacerlo hasta haber recuperado mi nariz me sentó así como un poco... mal, pero ahora lo entiendo. Los niños son los seres más sensibles del mundo y tener que ver a su médico con semejante aspecto no creo que fuese lo más adecuado.

Estoy a punto de quitarme el calzoncillo cuando suena el telefonillo. Frunzo el ceño pensando en quién puede ser, pues la verdad es que no espero a nadie. Por un momento se me pasa por la cabeza que sea mi señora madre, que ha pasado de mí olímpicamente y ha decidido hacerme una visita.

Me enrolló una toalla alrededor de la cintura y salgo. Al pasar por el comedor una ráfaga de aire me eriza la piel. Miro hacia la ventana y compruebo que el tiempo está como yo, agitado y negro. ¿Cómo hemos pasado de morirnos de calor a salir volando mientras andamos?

—¿Sí? —pregunto. Se escucha el ruido de la calle, pero nadie contesta—. ¿Hola?

—¿Alejandro?

Suelto el auricular de golpe y choca contra la pared cuando reconozco la voz de Paula.

¿Qué está haciendo aquí?

—¿Paula? ¿Eres tú?

—Sí. Yo... perdona por molestarte.

—No. No, para nada.

—Llevaba días sin saber de ti y de tu nariz y, aunque Irene nos dijo que ibas mejor y que ibas a estar toda esta semana de baja, quería comprobar por mí misma que así era.

—Pues, muchas gracias. Voy mejor, gracias.

—Me alegro.

Nos quedamos en silencio. Solo se escucha el sonido de los coches al pasar y los murmullos de la gente que pasa por su lado.

—¿Alejandro?

—¿Sí?

—Me estaba preguntando..., ¿puedo subir? Me estoy congelando aquí en la calle.

—¡Oh!, mierda. Claro, perdona.

Pulso el botón para abrir el portal y después voy hasta la puerta para abrirla. Vivo en un primero, por lo que son apenas unos segundos lo que tardo en ver aparecer su cabeza por las escaleras. Se pinza el labio cuando sus ojos se encuentran con los míos, algo que hace casi siempre que la veo y que a mí me parece adorable.

—Hola.

—¿Qué tal?

Decimos los dos a la vez, y no podemos evitar reír.

Está preciosa. Lleva un pantalón vaquero de color rosa, una camisa negra de botones y una chupa de cuero también negra. Complementa el estilo con una diadema con un pequeño lazo a un lado y sus inseparables zapatillas *Vans* de color blanco. Lo sé porque no puedo evitar hacerle un pequeño repaso desde la cabeza hasta los pies. Se abraza a una bolsa grande de color blanco y, aunque no puedo ver lo que es, por el olor intuyo que es comida.

—¿Has traído la cena? —pregunto intrigado. Si antes estaba algo colorada, después de mi pregunta el rubor le llega hasta las orejas.

—¿Sí?

—¿Lo has preguntado?

—¡No! Quiero decir... que sí, que he traído la cena. Comida china, para ser exactos. Espero que te guste el rollito de primavera y el arroz tres delicias.

—¿Has venido a verme y encima me has traído la cena, salvándome de tener que comer un triste plato de jamón y queso y un tomate de dudosa calidad? —Asiente. Sonríe tan ampliamente que creo que me va a dar dolor en las mejillas—. Desde luego, eres toda una caja de sorpresas, señorita Baró.

Me hago a un lado, apartándome de la puerta, en una clara invitación para que entre a mi casa. Al pasar por mi lado no puedo evitar inspirar su aroma, un dulce tono a cítricos. En cuanto lo hago noto un pinchazo bajo el vientre, concretamente, entre las piernas. Me miro justo ahí para comprobar que solo llevo una toalla como prenda de ropa y que se nota a la perfección el bulto que me acaba de salir.

Por la pequeña sonrisa que asoma a los labios de Paula no soy el único que se ha dado cuenta.

—¿Qué te parece si llevas esa bolsa a la cocina mientras yo voy a cambiarme de ropa?

—Si me dices dónde está, sin problemas.

—Claro, perdona. Es justo la puerta que tienes enfrente.

Asiente y la veo desaparecer por ella mientras yo voy casi a la carrera al baño para darme esa ducha rápida y ponerme algo cómodo.

Mientras dejo que el jabón y el agua se vayan por el desagüe, me doy cuenta de que desde que he visto a Paula aparecer por esas escaleras no he podido dejar de sonreír.

∞

Paula

Los platos ya podrían ser de plástico, porque me tiemblan tanto las manos que tengo miedo de que se me caigan al suelo y se rompan.

«Paula, por favor. ¿Te quieres tranquilizar? Pareces tonta, hija mía». Por muchos ánimos internos que intento darme, el sonido de la ducha de fondo y el hecho de saber que estoy en su casa solo consiguen ponerme más nerviosa. Sin contar con la pequeña sorpresa que me he llevado al entrar en su casa y encontrármelo medio desnudo, tapado solo con una pequeña toalla anudada a la cintura. ¿Se puede estar más bueno? Cuando he pasado por su lado he tenido que controlarme mucho para no tocarle los abdominales. Por las camisas ceñidas que siempre lleva puestas ya se podía intuir que debajo se escondía un cuerpo de infarto. Pero no tan buen cuerpo, joder. Lo que está claro es que a este chico le daban dos *petisuis* cuando era pequeño.

Después de abrir todos los cajones y armarios de la cocina consigo poner la mesa. He sacado la comida de los envases y los he ido colocando en platos. Menos mal que he traído cervezas porque no he encontrado ni una, ni en la nevera ni en la despensa, y esta noche necesito algo de alcohol para templar los nervios.

Justo estoy colocando el último tenedor cuando escucho una puerta abrirse. Me pongo tan nerviosa que doy un par de vueltas sobre mí misma buscando el mejor sitio en el que colocarme, hasta que decido que apoyarme en la encima con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos es el mejor.

Así, como si estuviera relajada, tranquila e indiferente. Vamos, todo lo contrario a cómo me siento en realidad, pero hay que disimular.

Y vaya si tengo que disimular porque, cuando Alejandro aparece, doy las gracias por haberme apoyado, porque si llego a estar parada en mitad de la habitación sin nada sujetándome me habría caído de bruces contra el suelo.

Madre del amor hermoso. ¿Puede estar más guapo?

El pelo mojado le cae sobre los hombros cubiertos por una camiseta blanca. Lleva pantalones negros de deporte atados a la cintura con un nudo y los pies descalzos. Lleva barba de un par de días y la nariz está ya prácticamente normal. Diría que hasta ese pequeño tono morado que aún le queda le da un aspecto rudo y de lo más sexy.

Jodido doctor macizo. O buenorro, como lo llama Eva. Desde luego, cualquiera de los dos apodos lo pueden definir sin problemas.

—Veo que ya está mucho mejor —apunto, señalando la nariz con un movimiento de cabeza.

—Sí. Ya no me parezco a ningún actor secundario conocido por su gran nariz. —Sonríe, haciendo referencia al actor Karl Maldem con el que lo comparé cuando se dio el golpe—. Ni le doy miedo a los niños, un punto importante.

Asiento, aunque en realidad solo quiero decirle que con esa sonrisa, ¿cómo cojones va a dar miedo? Lo que da es un morbo para morirse.

—Muchísimas gracias por la cena. Y por la visita.

Niego con la cabeza restándole importancia y evitando a toda costa abrir la boca, porque me entraría la risita tonta por su comentario. Que me conozco. Si es que me siento como una cría de doce años a punto de conseguir un autógrafo de su cantante favorito.

—¿Vemos qué has traído? —Señala los platos encima de la mesa y yo, por fin, reacciono.

—Sí, claro.

Sonríe cuando aparta una silla para que me siente, como todo un caballero. Algo que me apunto mentalmente para comentarlo después con las chicas. Junto con lo de la toalla, el bulto entre las piernas, su pelo mojado... Será mejor que pare antes de que enrojezca más de lo que ya debo de estar.

Me siento y él hace lo mismo en la silla que hay justo a mi lado. Su rodilla roza la mía al hacerlo y no puedo dar un pequeño respingo por las mariposas que ese pequeño roce me producen, y eso que es con la ropa puesta. Si lo nota, no lo comenta.

Ahora, yo esto tengo que hacérmelo mirar, porque lo que tengo con este hombre no es un calentón, es una bomba atómica.

Se sirve en el plato un rollito de primavera, un poco de arroz tres delicias, tallarines con ternera y pollo con almendras que he traído.

—¿No tienes hambre? —pregunta mirando mi plato, que está igual de vacío y limpio que cuando lo puse.

—Sí, claro. Solo estaba esperando a que terminases de servirte.

Mentira. Es que quedarme embobada mirándolo parece ser lo único que sé hacer últimamente.

Me pasa todos los platos y no comienza a comer hasta que lo hago yo. No sé si lo hace adrede o le sale de forma natural, pero los ruiditos que le salen al tragar me están poniendo cardíaca perdida.

—No sabía que tenía tanta hambre. De verdad, muchas gracias. Que sepas que te has convertido en mi ángel de la guarda.

—No será para tanto. Lo dices como si llevaras días sin comer.

—Comer, he comido. Aunque mejor no quieras saber el qué.

—¿No sabes cocinar?

—A ver... Sé hacer pasta. Lo básico, ¿eh? No te vayas a creer que sé ponerme a cocinar unos *puttanesca*. Tomate o nata y a volar. También se freír un huevo y darle la vuelta a la carne para que no se queme. ¿Eso cuenta como saber cocinar?

Me lo pregunta tan serio que no puedo evitar estallar en carcajadas. Me mira alzando la ceja, queriendo parecer ofendido, aunque se puede apreciar un amago de sonrisa en sus labios.

—Eso se llama sobrevivir. Que, oye, es lo más importante.

—Lo que pasa es que comiendo todos los días sota, caballo y rey, pues al final uno como que se cansa.

—¿Y una tortilla de patatas?

—¿Para qué voy a pelearme con la sartén, las patatas y los huevos pudiendo comprarme una ya hecha en Mercadona?

—Si te escuchara Marcos hablar así pensaría que eres el Dios de la sabiduría.

—Ya me pareció un tío inteligente el otro día cuando lo conocí.

Nos reímos mientras se sirve un poco más de tallarines y yo de arroz. La conversación está siendo tan distendida que he conseguido relajarme, tanto yo como mi estómago, y estoy dando buena cuenta de todo lo que tengo en la mesa frente a mí.

Me pregunta por estos días en la clínica y le hago un pequeño resumen, aunque tampoco hay nada nuevo. A su ego le gusta saber que, prácticamente, todos los pacientes han preguntado por él al ver que no estaba, tanto los pequeños como las madres que los acompañaban. Algunos han sido chequeados por la doctora Ibáñez que ha estado sustituyéndole estos días, pero otros han cambiado la cita a la próxima semana, así que cuando llegue lo hará con una

carga importante de trabajo. Por la sonrisa que muestra cuando se lo digo se nota que no le molesta en absoluto

—¿Por qué decidiste hacerte pediatra?

La pregunta me sale sola, impulsada por el deseo de saber más cosas sobre él. Hemos terminado de cenar y llevamos ya un rato sentados en la mesa con los platos vacíos y saciados. No contesta inmediatamente a mi pregunta, lo que me propone es ir al comedor porque en el sofá estaremos más cómodos. Voy a recoger cuando me coge de la muñeca, impidiéndomelo.

—No va a venir nadie, así que no pasa nada que se queden aquí un rato más. Vamos.

Asiento y sonrío, porque he vuelto a quedarme muda. Ahora el roce de nuestras pieles no es a través de la ropa, sino que es contacto físico. Ha comenzado a andar camino al salón sin soltarme y yo solo puedo ver su mano rodeándome mientras lo sigo.

Me insta a sentarme en el sofá mientras él va hasta la estantería donde está la televisión y coge un altavoz. El salón no es grande, todo lo contrario, pero muy acogedor. Tiene un sofá en forma de *chaise longue*, una pequeña mesa de centro hecha con pallets y una estantería justo enfrente donde tiene la televisión, varios DVD y una colección enorme de vinilos. No recuerdo cuándo fue la última vez que vi uno. Supongo que en la caja que tienen mis padres en el trastero de cuando ellos eran jóvenes, y tiene más polvo que otra cosa. No puedo evitar levantarme para verlos más de cerca.

Aunque me gusta mucho escuchar música debo reconocer que no soy una gran entendida en la materia, y que a veces me cuesta distinguir el tipo de género que está sonando, pero viendo todo lo que tiene aquí puedo asegurar dos cosas: tiene una gran variedad (soul, rock, bandas sonoras...) y que podría hacerle la competencia al Fnac.

Se me escapa un grito cuando distingo la portada de una de mis películas favoritas.

—Dios, mío. ¿Tienes *West side story*?

—¿Te gusta?

—¿Gustarme? Es una de mis películas favoritas. Todos los musicales me chiflan, pero este tiene algo especial... no sé. Y mira

que es una historia triste, y yo detesto llorar con las películas o los libros, pero con esta no me molesta hacerlo.

—Se lo regaló mi padre a mi madre en uno de sus aniversarios de boda. —Coge el vinilo de mis manos y le da la vuelta, acariciándolo—. Como tú, mi madre era una apasionada de esta película. Si me pides que la recuerde cuando era niño te diría que es cantando *I feel pretty* por toda la casa, como si de la mismísima Natalie Wood se tratara. Nos obligaba a cantarla con ella y nos moríamos de vergüenza, pero siempre acabábamos los tres muertos de risa en el suelo o tirados en el sofá. Una y otra vez. Ella no se cansaba de obligarnos y nosotros de negarnos.

—¿Tu padre y tú?

—No. Mi padre no cantaba.

No aclara ni dice nada más y, por el tono que ha utilizado, me da la sensación de que es un recuerdo agridulce. Me da miedo indagar, aunque me muero de ganas.

Lo deja en su sitio y coge uno de Queen. Concretamente, *A night at the opera*, que contiene la canción de *Bohemian rhapsody*.

—Este es mi favorito. Me gustan muchos, pero esta canción es la mejor que se ha escrito nunca. Freddy tenía la mejor voz del mundo.

—Discrepo —digo tosiendo, disimulando.

—¿Perdona? —Tiene las cejas tan juntas que parecen una.

—Que sí, que Freddy tenía una voz que hacía que los pelos se te pusieran de punta, pero hay muy buenos cantantes.

—Dime uno.

—Barbra Streisand.

—Correcto. Gran cantante. Pero no supera a Freddy.

—Elvis.

—Otro.

—¿Michael Jackson?

—Casi, pero no.

Le quito el disco de las manos y lo miro. Sé que podemos estar así toda la noche, porque llegará un momento en el que ya no se me ocurrirán más cantantes y él sabrá que, en realidad, me estaba marcando un farol.

—Muy bien. Demuéstramelo. Vamos a ponerlo.

Miro alrededor buscando el tocadiscos, pero no lo encuentro.

—No tengo —dice, cogiéndolo y guardándolo en la estantería.

—¿Tienes todos estos discos y no tienes con qué escucharlos?

—Efectivamente. —Lo dice tan borde y serio que me paraliza y me calla en el acto.

Sé que se ha dado cuenta porque ha cerrado los ojos un momento antes de volver a girarse hacia mí e indicarme con la mano el sofá. Voy hasta él y me dejo caer, sin saber qué más hacer. No quito mis ojos de él mientras lo veo trastear con el ordenador, enchufarlo al altavoz que había ido a buscar al principio y comenzar a escuchar una melodía salir de él. Sé que la he oído antes, pero no tengo muy claro dónde. Y me da miedo preguntar.

Deja el aparato en la mesa y se sienta en el sofá, justo en la otra punta a donde yo estoy. No es que sea muy grande, pero sí lo suficiente como para que ni nos rochemos. Se recuesta hasta dejar la cabeza apoyada en el respaldo, con los ojos cerrados, los brazos cruzados a la altura del pecho y las piernas estiradas y cruzadas. Si no fuera porque le veo mover el pie casi de forma imperceptible y al ritmo de la música, diría que se ha quedado dormido.

Lleva manga corta y al tener los brazos cruzados se le marca el bíceps de tal manera que debe de ser la envidia de cualquier tío que se machaque en el gimnasio. De Pedro, por ejemplo, que aun siendo profesor de educación física y entrenador, no consigue esa bola ni rezando a todos los dioses que conoce.

Termina la canción y comienza a sonar otra que sí reconozco, *Palabras para Paula* de *La oreja de Van Gogh*. No sé si llorar por lo bonita que es esta canción, reír por llevar mi nombre o reír y llorar porque no pega nada con el hombre que tengo justo al lado. Pero no hago nada de eso. No lo hago porque Alejandro ha comenzado a hablar.

—Siento mucho haber sonado tan borde. —Ni siquiera abre los ojos mientras habla—. Me traje todos esos vinilos porque son muy importantes para mí, y mi madre lo sabe. Sé que me dijo que le hacía un favor, pues en su casa solo cogían polvo, pero en el fondo sé que lo hizo por mí, porque los necesitaba aquí conmigo. —Gira la cabeza y abre los ojos. Sus ojos impactan con los míos y lo que veo en ellos hace que se me parta el alma, porque hacía tiempo que no

veía una mirada tan triste—. No me traje el tocadiscos porque en esos momentos no estaba en mi casa y tampoco en la de mi madre. Estaba en la suya y no podía ir hasta allí a por él.

¿Suya? ¿Qué suya? ¿Una novia?

Opto por no preguntar.

Y él tampoco lo aclara.

—Luego, digamos que no he tenido mucho tiempo de ir a buscar uno o, no sé, con esto me voy conformando —dice, señalando el altavoz de donde ahora sale una canción de James Arthur. Si cuando digo que su lista de reproducciones es dispar, no miento—. Pero me gusta tenerlos todos ahí. Me gusta mirarlos. Cuando quiero escuchar una canción en concreto la busco en el ordenador y ya está. Es la nueva tecnología, ¿no?

—Eso dicen.

Sonrío y ese gesto parece gustarle, porque al cabo de unos segundos me acompaña. No tiene nada que ver con la que me ha estado regalando toda la noche, pero algo es algo.

—De verdad, Paula. Siento mucho haberte hablado así.

—Y yo siento mucho haber cotilleado tus cosas.

—¿Sabes? Creo que nuestra relación se basa en chocarnos el uno con el otro y en pedirnos perdón sin parar.

—Tienes razón. Somos un desastre.

Me tapo la cara con las manos mientras él ríe. El momento tenso ha pasado, y mis cosquilleos en el estómago han vuelto. Noto cómo se levanta y desaparece por la puerta. Vuelve al cabo de escasos tres minutos con un helado entre las manos y dos cucharas.

—Mira lo que he encontrado. He mirado la fecha y está comestible. ¿Qué te parece un helado mientras vemos una película? ¿O quieres irte ya a casa?

La primera pregunta la hace contento. La segunda, intranquilo. Me mira sin apartar sus ojos de los míos y yo ya sé que estoy perdida. Debería irme a mi casa. Ni siquiera sé qué hora es aunque, probablemente, sea demasiado tarde. Pero mi voz interior está de vacaciones, o eso creo cuando abro la boca y digo:

—Un helado y peli. Me apunto.

Su sonrisa es tan grande y sincera que todas las dudas que debería tener las mando a paseo. Esta vez, cuando se sienta lo

hace justo pegado a mí. Sé que es para poder llegar juntos a la tarrina de helado, pero estar los dos en esta actitud con la estancia casi a oscuras, a excepción de una lucecita tenue que hay en el techo y la poca que entra por la ventana a pesar de la lluvia, hace que mi corazón lata tan rápido que tengo miedo de que pueda escucharlo.

No tengo ni idea de qué película ha elegido, porque solo puedo concentrarme en respirar y ordenar a mi cuerpo que no se tire encima de él y hunda la nariz en su cuello, porque hay que ver lo bien que huele este chico siempre, y ahora que lo tengo tan cerca es imposible no sentirlo más intensamente. Meto la cuchara en el helado y lo devoro con ansia, como si no me hubiese puesto morada de comida china hace un momento. Pero es que necesito estar ocupada en algo.

En algo que no sea él y en lo que su cercanía provoca en mí.

Cuando la película lleva un par de minutos en marcha, es entonces cuando me doy cuenta de que ha puesto *El gran showman*. Un musical.

Sonrío y saboreo el chocolate del helado sin atreverme a mirarlo.

Hasta que pronuncia mi nombre.

Me giro y... error. Estamos demasiado cerca. Y me está mirando demasiado serio.

—Me encanta que cotillees mis cosas. Y me encanta que estés aquí esta noche. Gracias por no ser una cobarde como yo.

Capítulo 20

Paula

—¿Y?

—Y el que nada no se ahoga.

Eva me lanza una palomita, pero soy rápida y la atrapo con la boca antes de que caiga al suelo, muerta de risa.

Es domingo por la mañana y he invitado a mi cuñada y a Daniela a comer porque he tenido que activar el código de emergencia que consiste, básicamente, en cotillear. Aunque solemos comer todos los fines de semana todos juntos, hoy necesitábamos hacerlo sin los chicos.

—Me estás poniendo nerviosa.

—Tú siempre estás nerviosa, cuñada. Pero no soy yo. Es la boda que te tiene en un sinvivir. Y no es sano, Eva, no lo es, y creo que ese debería ser otro punto del día a tratar.

—Deja mi boda aparcada que ahí está bien y céntrate en ti, en Alejandro y en el viernes en su casa. ¿Vas a decirnos ya qué pasó después de ese: «Gracias por no ser una cobarde como yo»?

Una sonrisa de idiota redomada se me forma en el rostro en cuanto rememoro sus palabras, su cercanía y su mirada. Así como el beso en la frente que vino justo después y que me dejó más turbada de lo que ya estaba. Sobre todo porque, en cuanto me lo dio, se giró de nuevo hacia la televisión prestando toda su atención a Hugh Jackman y a la tarrina de helado que compartíamos.

Me acaricio la frente, justo donde me dio el beso, como si así pudiera volver a sentirlo, algo que, vergonzosamente, llevo haciendo desde que me desperté el sábado por la mañana. Aún puedo sentir su olor envolviéndome y es una sensación tan maravillosa que no quiero perderla.

Ni olvidarla.

—¡Tierra llamando a Paula!

Daniela chasquea los dedos frente a mi cara, despertándome de mi ensoñación. Ambas me miran divertidas desde el sofá donde están sentadas. Yo, por el contrario, me he dejado caer en un puff

que tengo en el suelo y que es tan cómodo que las siestas que me pego en él no son ni normales.

—¿Por qué me miráis así?

—Porque Eva te ha hecho una pregunta hace un buen rato y estamos esperando la contestación, pero ya vemos que te has ido a tu mundo.

—No es cierto. Os he estado prestando atención todo el rato.

—¿Sí? Genial. ¿Qué te he preguntado?

Eva coge un puñado de palomitas y se lo mete en la boca mientras no aparta sus ojos de los míos. Miro a Daniela de reojo, buscando un poco de ayuda porque, bueno, sí, me he ido por un momento y no tengo ni idea de lo que estaban hablando, pero ella se limita a hacer como mi amiga: comer palomitas mientras me observa y espera.

—¡Bueno, vale! Vosotras ganáis. Me he ido un momento. Pero ha sido minúsculo, por favor, que sois unas exageradas.

—Entonces, ¿ya has vuelto con nosotras?

—Sí.

—Estupendo. Queremos saber qué vino después de la frase y el beso. Porque algo sucedería, ¿no?

—Ya lo creo. —Cierro los ojos, recordando, y no puedo evitar sonrojarme al hacerlo. Algo que, desde luego, últimamente se me da de maravilla—. Que me quedé traspuesta sobre su hombro. Con babilla incluida.

Ambas estallan en carcajadas. Les lanzo palomitas, pero se están riendo tan a gusto que no se dan ni cuenta.

—No le encuentro la gracia por ningún sitio, si queréis que os diga la verdad. Sois unas amigas pésimas.

—Es que eso solo te podría pasar a ti.

—Ahora me dirás que nunca se te ha caído la baba delante de Pedro, ¿no? O a ti delante de mi hermano. —Me tapo la cara con las manos y suspiro—. Qué desastre.

—Bueno. Cuéntanos qué pasó después de la babilla.

—¿Te vas a seguir riendo? Porque me callo y no hablo más.

Eva simula cerrarse la boca con llave y tirarla. Miro a Daniela, quien la imita. Las miro en silencio un par de minutos, haciéndolas

sufrir. Pero ¿a quién quiero engañar? Si las he llamado ha sido para esto.

—Como iba diciendo... Cuando me estaba quedando dormida apoyada en su hombro, me intentó acomodar bien para que estuviera cómoda, pero me desperté a tiempo y me marché a casa. Me sentía avergonzada por quedarme dormida y, por qué no admitirlo, cachonda perdida. Porque os juro que eso no se me fue en toda la noche. Que me recibió con solo una toalla, por favor, y esa imagen no hacía más que perseguirme durante toda la noche. Después se vistió, pero yo lo miraba y solo podía verle el pecho desnudo y la minitoallita cubriéndolo. Si es que deberían darme la medalla más grande por ser la más campeona de todas, que ganas de arrancarle esa toalla de un bocado ya os digo yo que no me faltaron. A esto estuve de hacerlo. —Junto lo máximo posible el dedo índice y el pulgar.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Pues dejar ya de comer palomitas y comerme la lasaña que he hecho para toda la finca y somos solo nosotras tres.

—Digo con Alejandro....

—Ay, ya lo sé... ¡Es que no tengo ni idea! Estoy hecha un lío. Siento que mis días se suceden todos igual. Como en la peli esa de Bill Pullman que se repetía todos los días la fiesta de la marmota.

—Bill Murray.

—¿Eh?

—Que el protagonista de *Atrapado en el tiempo* es Bill Murray, no Bill Pullman. Ese es el de *Mientras dormías*.

Me encanta cuando Eva saca su faceta cinéfila. No lo puede evitar. Es de esas personas que saben hasta quién es el vecino de Sarah Jessica Parker. Todo lo contrario a mí, que me sé lo justo y necesario.

—Pues eso. ¿Os habéis dado cuenta de que, últimamente, mis días son todos iguales?

—¿Pensando y hablando de Alejandro?

—Exacto. Ni más, ni menos. Hace una semana estaba igual. Hablando de él y cagada por lo que me encontraría al día siguiente al llegar a trabajar y, hoy, más de lo mismo. Solo que, en vez de una semana, parece que haya pasado un año. O es la sensación que yo

tengo porque, desde luego, no tiene nada que ver cómo me siento hoy a cómo me sentía el domingo pasado.

Me recuesto en el puff todo lo que puedo llevándome el bol de palomitas conmigo y tirándolas casi todas al suelo, pero me da igual.

—Estoy hecha un lío y no tengo ni idea de qué hacer, porque estar todo el día pensando en un tío no me había pasado nunca. Que sí, que ni soy virgen ni he hecho un voto de castidad, y me han gustado chicos, ya sabes tú que sí —digo mirando a Eva, que asiente—. Pero nunca había llegado al nivel de estar pensando todo el día en la misma persona, y que lo esté reconociendo en voz alta ya es algo muy nuevo para mí. Si os soy sincera, no tengo muy claro si me gusta esta sensación.

Recuerdo lo nerviosa que estaba hace una semana ante la perspectiva de volver a verlo el lunes después de las palabras tan desagradables que tuvimos y, aunque ahora también lo estoy, no son la misma clase de nervios, porque hoy debemos sumarle el nudo que tengo en la garganta y las mariposas que me produce pensar en él.

El viernes sucedió algo. ¿El qué? No lo sé. Como tampoco sé si para él significó algo o, simplemente, fue una bonita reunión entre dos personas que podrían llegar a entenderse y ser amigos, además de compañeros, y que aquí estoy yo, montándome una película de las mías. Pero creo que hubo química. De la gorda. De esa que incendia hogares y arde cuerpos; y el mío estaba a punto de caramelo.

Me llevo una mano a la frente y rememoro, una vez más, su casto beso. Un beso inocente que para mí fue tanto que no he querido reconocerlo en voz alta porque me haría sentir más insegura y más loca de lo que ya me siento.

Me escucho y las ganas de abofetearme crecen por momentos. Por el amor de Dios, si más cutre no puedo ser, pero cuando se trata de él está visto que no sé sentirme de otra manera. La idea de verlo mañana me tiene acojonada viva porque no puedo quitarme de encima la sensación de que todo sea producto de mi imaginación. Que, a lo mejor, lo que él sintió se resume en un mero agradecimiento; le hice un favor yendo a su casa el viernes porque lo alimenté y lo tuve entretenido toda la tarde. Ni más, ni menos. Dos

personas que lo único que hicieron fue cenar juntas, reír y hablar, pero no intimar, porque me marché sin saber por qué quiso hacerse pediatra. Sin contar con la incógnita que dejaron los discos de vinilo y ese: «la suya».

—Desde aquí escucho a tu cabeza girando como una peonza y, al final, lo único que vas a conseguir es llevarte un bonito dolor de cabeza de regalo.

—Pero es que es así como me siento. Como una jodida peonza dando vueltas sin saber cuándo parar. Ni dónde. Y eso me tiene muy confundida, porque yo no soy así. Eva —miro a mi amiga—, ¿cuándo me has visto tú a mí así por un tío? Nunca —respondo, sin darle tiempo a ella a hacerlo—. Y ya he dicho que no me gusta. No me gusta nada.

—¿Qué no te gusta? ¿Que te guste? Pero no hay nada de malo en eso. Ambos sois guapos y estáis solteros.

—No me gusta estar «tan pendiente» —digo, moviendo los dedos en el aire haciendo signo del entrecomillado— de una persona, y parece que de él lo estoy. Y ya ni siquiera sé si fue buena idea presentarme en su casa el viernes.

—Por cómo él actuó y las cosas que te dijo, yo diría que sí.

Eva asiente confirmando las palabras de su nueva cuñada. Yo pongo los ojos en blanco.

—¿Y qué me decís del hecho de no haber sabido nada de él en este día y medio?

—Yo creo que, justo eso, tiene mucha lógica. —Mi amiga levanta la mano, cortándome—. ¿Tiene tu teléfono?

La fulmino con la mirada porque ambas sabemos la respuesta a esa pregunta. No.

Una bombilla se me ilumina.

—¡Ja! Pero sabe dónde vivo.

Ambas se quedan calladas y se miran de reojo porque, bueno, ahí las he pillado. Aunque eso no me hace sentir mejor.

—¿Qué tenéis que decir ahora? Porque si hubiera querido algo solo tenía que montarse en un taxi y venir hasta aquí.

—Entonces, según tú, es que no está interesado.

—Exacto.

—No puede ser que el chico haya tenido cosas que hacer o vete tú a saber qué y por eso no se ha puesto en contacto contigo, ¿no? Simplemente, es que le repugnas y no quiere nada contigo.

—Joder, Eva. Cuando quieres eres todo un encanto. En ocasiones, te podías meter tus opiniones por...

—Ni se te ocurra terminar esa frase —me advierte, amenazante. Tiene razón. Siendo borde y grosera no es la mejor manera de tratar esta frustración que tengo encima. Y mucho menos con ella.

Apoyo la cabeza en el respaldo y me tapo los ojos con el antebrazo.

—Siento ser tan zorra.

Escucho cómo alguien se levanta del sofá. A los pocos segundos mi amiga me está quitando el brazo de los ojos. Me encuentro con una mirada tan seria que hasta podría decir que me acojona un poquito.

—No puedes ponerte ahora como la reina de los dramas porque, para empezar, tendríamos que darle la razón a Pedro y eso es algo que no queremos. ¿Estamos de acuerdo?

—Lo estamos.

—Te gusta. Te gusta mucho. Y eso es algo muy bueno. No me acuerdo de la última vez que te vi así de ilusionada por un tío. Tú siempre has sido la más sensata y cuerda de las dos en cuanto a relaciones, así que, ahora, no vale adoptar otro papel. No has sabido nada de él porque no ha podido, estoy segura de ello, y tú, en el fondo, también. Así que, cuando llegues mañana al trabajo esperas y miras a ver qué pasa. No puedes dar las cosas por sentado sin saber antes el por qué. Ya sabes que eso nunca trae nada bueno. — Sé que lo dice por propia experiencia y tiene razón—. ¿Me oyes?

—Alto y claro.

Viendo a Eva mirarme y hablarme tan seria no puedo evitar sonreír recordando nuestros papeles hace justo un año, cuando era ella la que estaba tumbada lamentando su mal de amores con mi hermano y era a mí a la que le tocaba dar el punto de cordura a todo lo que salía por su boca.

Aparcamos el tema porque creo que lo necesito y nos centramos un poco en su boda, que ya toca. En cómo ha pensado que sea su vestido, que lo quiere corto y sencillo, nada que ver con

el de su primera boda; y en que quiere que sea Junior quien la lleve al altar, algo que ya ha hablado con su hermano y, por cómo se le humedecieron los ojos al consultárselo, le hizo mucha ilusión. También nos confiesa que es cierto que puede que Marcos tenga un poquito de razón y esté demasiado estresada y haya algunas cosas que no esté gestionando como toca, prometiéndonos que se controlará y no por él, sino por ella. No puede evitar emocionarse cuando nos confiesa que, aunque esta no sea su primera boda, es como si lo fuera porque es con él, y es que, cuando te casas con la persona que has querido desde que tienes uso de razón, el sentido común, a veces, se va de vacaciones porque quieres que todo sea tan perfecto que te nublas.

Con ellas consigo olvidarme de él. Más bien, consigo dejarlo aparcado en un rincón de mi mente y me obligo a pensar que lo mejor es dejar que el tiempo siga su curso y ver cómo van saliendo las cosas, porque pensar en ello constantemente solo me hace tener ansiedad y terminará por nublar-me el juicio. Está bien el control y la planificación, saber qué pasos vas a dar mañana y dónde te van a llevar. Pero también está bien dejarse llevar de vez en cuando.

Esperar.

Todo ese discurso interno se evapora en cuanto lo veo entrar el lunes por la mañana en la clínica, guapísimo, vestido con unos pantalones de pinza grises, una camisa negra y el pelo mojado, como consecuencia de la lluvia que está cayendo. Sonríó sin poderlo evitarlo mientras lo veo murmurar por lo bajo, cabreado por ir calado hasta los huesos y no tener ropa allí con la que poder cambiarse.

La sonrisa se me congela en el rostro en cuanto lo veo levantar la cabeza, fijar sus ojos en los míos y vocalizar un «hola» dirigido a mí.

Solo a mí.

Después, me guiña un ojo y echa a andar por el pasillo hasta desaparecer en su despacho.

Me desplomo en la silla y sonrío pensando que a la mierda con eso de esperar. Esa sonrisa es algo. Solo me falta averiguar qué es.

Alejandro

Tres toques en la puerta me hacen levantar la cabeza del ordenador. Miro la hora extrañado porque, que yo sepa, hasta dentro de una hora no comienzo con las visitas.

—Adelante.

Cuando la puerta se abre y la cabeza de Paula asoma por ella, una sonrisa de oreja a oreja se instala en mi cara. La misma sonrisa que he llevado auestas todo el fin de semana cada vez que pensaba en ella y en su visita del viernes. Es que es un hecho que no he dejado de pensar en ella ni un solo instante, al igual de que es un hecho que me siento como un adolescente a tope de testosterona.

No he parado de recordar sus carcajadas cuando estuvimos hablando de mis dotes culinarias y quedó claro que lo mío se basa en lo justo para no morirme de hambre. También me recreaba en su olor. Ese que me impregnaba las fosas nasales cada vez que nos sentábamos cerca, ya fuera en la mesa, mientras comíamos o después en el sofá mientras veíamos la película. Tampoco he podido evitar acordarme de cómo le brillaban los ojos cuando vio mi colección de discos de vinilo y sus ganas de desafiarme sobre si Freddy Mercury había sido o no el mejor cantante que ha existido jamás. Agradecí que no insistiera mucho cuando salió a relucir por qué no tenía un tocadiscos en casa o, más bien, dónde se había quedado el mío, en Madrid.

Sé que no tuve la mejor de las contestaciones cuando surgió el tema y que mis palabras solo provocaron una pequeña incomodidad entre nosotros, pero es que es un tema que me duele demasiado y que todavía no sé muy bien cómo gestionar.

Sus preciosos ojos marrones se clavan en los míos mientras entra en el despacho y cierra la puerta a su espalda como puede, pues lleva una caja enorme entre las manos. Cuando he llegado esta mañana se encontraba ya tras el mostrador de la recepción y no he podido verla bien, pero ahora puedo hacerle un pequeño chequeo y recrearme en sus piernas; las lleva desnudas, a pesar del mal tiempo con el que nos hemos levantado.

Dejo a un lado sus piernas y me centro en el porqué de su visita.

—¿Me has comprado un regalo?

Me mira con el ceño fruncido sin saber muy bien de qué estoy hablando, hasta que baja la cabeza y repara en el objeto. Abre tanto los ojos que parece que se le vayan a salir del sitio.

—¡No! Han traído esto hace un momento para ti y he venido a dártelo.

En vista de que no va a moverse me levanto de la silla y me acerco solícito hasta ella, pues se nota que pesa bastante. Pero lo hago sin dejar de observarla ni un momento porque, joder, está preciosa. Me encanta cómo se le colorean los mejillas en un tono entre rosado y rojo o cómo se pinza el labio, algo que me he dado cuenta de que hace muy a menudo, al igual que cambiar el peso de una pierna a otra.

Una parte de mí —la adolescente cargada de testosterona—, se relame de gusto pensando que le pasa todo esto cuando está nerviosa, lo que se traduciría en que yo la pongo así. Menos mal que cuando aprendí a ser médico también aprendí a controlar un poco mis emociones y que no fuesen tan transparentes, porque si no se habría dado cuenta de que por dentro tiemblo cada vez que la tengo cerca.

Llego hasta ella y le cojo la caja de las manos, rozando de forma sutil mis dedos con los suyos. Se trata de un paquete de los señores de Amazon. Sonríe como si fuera un chiquillo la mañana de Navidad porque, aunque yo no he pedido nada, sé quién lo envía. Básicamente, por el día que es hoy.

—Por esa cara intuyo que es algo bueno.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea de qué puede ser. Pero sí. Viniendo de ella, seguro que lo es.

Vuelvo a mi mesa y busco entre el escritorio y los cajones una navaja, un bolígrafo, unas llaves o cualquier cosa que me permita quitar todo el celo con el que envuelven los paquetes hoy en día. Me sudan las manos y noto mi corazón latir en cuanto destapo la primera solapa e intuyo qué puede ser. Cierro los ojos un segundo y respiro hondo antes de terminar de abrirlo del todo. Cuando lo hago y saco el maletín tengo que sentarme.

—No me lo puedo creer.

Dejo la caja de cualquier manera a mis pies mientras acaricio la madera natural con la que está hecho el maletín. Quito la pestaña y lo levanto con cuidado, como con miedo. El olor a nuevo inunda la estancia y me llena los pulmones. Acaricio el plato y el brazo del tocadiscos y, aunque no hay ningún disco sonando, puedo escuchar perfectamente el sonido de la banda sonora de *West side story* saliendo por él.

—No es que sea cotilla y te juro que me sabe mal interrumpir este momento porque, por la cara que tienes, entiendo que es muy importante, pero... ¿puedo saber qué hay dentro de ese maletín?

Una pequeña carcajada escapa de entre mis labios mientras lo giro y lo dejo de cara a Paula.

—¿Es un tocadiscos?

—Es un tocadiscos —confirmando, aunque es más que evidente.

Se acerca hasta colocarse de cuclillas frente a mí y, pidiéndome permiso con los ojos primero, lo acaricia ella también.

—Es una pasada. ¿Sabes? No recuerdo nunca haber visto uno de cerca.

—¡¿Qué dices?!

—¡Te lo juro! En mi casa no es que fueran mucho de música. Escuchábamos la radio, pero, sobre todo, hemos sido de televisión. Mis padres sí tienen algún disco de vinilo, pero ahora que lo pienso no recuerdo ningún tocadiscos. A mis hermanos y a mí sí que nos ha gustado más la música que a nuestros padres, sobre todo a Javi, aunque a él la música clásica que, entre tú y yo, a mí me entra una modorra que no es ni medio normal. —No puedo evitar soltar una risotada—. ¡No te rías! —dice, golpeándome en el hombro, aunque lo dice sonriendo.

—De todas formas, no me puedo creer que nunca hayas escuchado música de la forma correcta.

—¿Sabes que te pones muy serio hablando de estos temas?

—Es que, perdona, amiga mía, pero se pueden jugar con muchas cosas menos con la música.

—Y con los superhéroes.

—Hombre. Con los superhéroes menos que con nada.

Recuerdo el rato que pasé con ella y con su sobrino, así como también el día que le di el regalo para él y pasó todo lo que pasó. Por la forma en la que baja la mirada de nuevo al maletín huyendo de la mía, entiendo que ella también lo ha recordado.

—Oye. Si tú no te lo has comprado, ¿quién lo ha hecho?

—Aunque viene sin nota intuyo que habrá sido mi madre.

Se pone de pie y se apoya en la mesa con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¿Como regalo de bienvenida?

—¿No habías dicho que no eras cotilla? —Aunque se lo digo en tono burlón y sin mala intención porque, en realidad, no me importa que me pregunte, veo que ella no se lo toma así.

—Lo siento. Tienes toda la razón. Perdona, de verdad. No es de mi incumbencia.

Se aparta de la mesa y se mueve tan rápido en dirección a la puerta que casi no me da tiempo a pararla cogiéndola del brazo.

—No te vayas, espera. Era una broma. No me importa que me preguntes...

—No, si tienes razón. No tenía por qué preguntar nada, además...

—Ya te dije que me encanta que cotillees en mis cosas, ¿recuerdas?

Mis palabras la hacen volverse por fin, y buscar mi mirada.

—¿No lo dices por decir?

—Lo digo muy en serio. Palabra de *scout*. —Aunque no me apetece mucho la suelta. Alzo la mano; la palma hacia arriba, el dedo índice, medio y anular en alto y el pulgar y el meñique cruzados. Pone los ojos en blanco y niega con la cabeza, intentando aguantar la risa.

—Cuando quieres eres un payaso. Lo sabes, ¿verdad?

—Tengo mis momentos. —Me encojo de hombros y le guiño un ojo con guasa.

No puedo evitar fijarme en sus ojos marrones, los cuales brillan más que nunca. Sería tan fácil perderse en ellos...

Mierda. Creo que sería muy capaz de perderme en ellos.

—Debería volver al trabajo. Si no lo hago pronto, Esther es capaz de venir hasta aquí a buscarme porque ha perdido una uña y

no la encuentra.

Me río porque no puedo evitar visualizar la escena y es que, aunque no he tratado lo suficiente con esa chica, se nota que es un desastre con patas.

Me da la espalda y va hasta la puerta. Antes de abrirla cierro el maletín y me levanto.

—Paula.

—¿Sí? —No se gira del todo, si no que me mira por encima del hombro.

—Es mi cumpleaños. Hoy, quiero decir. Por eso mi madre me ha hecho este regalo.

Suelta el pomo y se vuelve del todo hasta quedar frente a mí.

—¿Es tu cumpleaños?

—Sí.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Bueno, no sé. No me gusta mucho eso de celebrar años.

—Por favor, no me digas que eres una de esas personas que odian este día y los regalos, porque si es así exijo que me des a mí ese tocadiscos. Seguro que tú lo terminas contaminando con tu negatividad.

—¡Madre mía! ¡Eres una lagarta! ¡Fuera de mi despacho! — Señalo la puerta con un brazo mientras que, con el otro, abrazo fuerte el maletín contra mi pecho.

—Solo era una sugerencia. —Alza los brazos en alto, en señal de rendición. ¿Por qué tiene que ser tan guapa? ¿Por qué se le arruga la nariz cuando sonrío, como ahora? ¿Por qué no puedo dejar de mirar sus ojos? ¿Qué tendrán que me tienen tan hipnotizado?—. ¿Puedo felicitarte? ¿O está prohibido?

—Venga. Por ser tú, te dejo.

Ladea la cabeza, sonriéndome, mientras se acerca despacio hasta a mí. Cuando llega a mi altura se pone de puntillas y junta su mejilla contra la mía.

—Muchas felicidades, Alejandro.

No tengo ni idea de si es por cómo susurra mi nombre, por el aliento en mi oreja y en el cuello, por su olor o por las cosquillas que me produce en la piel el roce de la suya, que alargo el brazo hasta colocarlo en su cintura y la pego a mi cuerpo todo lo que puedo.

—Cena conmigo, Paula. Cena conmigo esta noche, por favor. No me dejes celebrar solo mi cumpleaños.

Estoy suplicando, pero no me importa. Aunque me muero por sujetarla con ambas manos en la otra tengo el maletín, al que estoy agarrando con tanta fuerza que me estoy haciendo daño. Pero lo agradezco. Agradezco tener una de las manos ocupadas porque si ya me está provocando de todo tocarla solo con una, no quiero ni imaginar lo que sería hacerlo con las dos.

No se aparta. Tampoco me pide que me aleje. Todo lo contrario. Alza una de las manos hasta ponerla en mi antebrazo y sujetarlo con fuerza. Agarro su camiseta hasta hacerla un gurrúño en mi puño. Coloca los talones en el suelo y se aleja un poco, lo justo para poder mirarme a la cara.

—¿Qué pasa si digo que no?

—Que me pondría de rodillas y te suplicaría.

En cuanto lo digo me doy cuenta de que es verdad. En estos momentos creo que si me dice que no sería capaz de ponerme de rodillas y rogarle hasta que aceptara.

—Me encanta el sushi, así que espero que haya en grandes cantidades.

—Dalo por hecho. ¿Algo más?

—Quiero escuchar alguno de tus discos en ese nuevo tocadiscos que tienes. —Los dedos me hormiguean por las ganas que tengo de pasar la mano por sus mejillas y acariciarlas, pues se han teñido de un bonito color rojizo en cuanto ha terminado la frase.

Ambos sabemos lo que implica lo que acaba de decir.

Esos discos solo están en un sitio; y ese sitio es mi casa.

—Espérame. No te vayas de aquí sin mí, ¿de acuerdo?

Puedo leer la duda en sus ojos; ¿irnos los dos juntos? ¿Es una buena idea? ¿Qué puede pensar el resto? Voy a contestar todas esas preguntas silenciosas cuando me sorprende asintiendo, para luego soltarme, dar un paso atrás deshaciéndose de mi agarre y saliendo de la consulta tan rápido que solo me da tiempo a escuchar el clic que hace la puerta al cerrarse.

Me siento de nuevo en la silla y me paso la mano por el pelo, revolviéndolo. ¿Qué acaba de pasar? ¿Cómo hemos pasado de estar riendo y hablando tan normal a casi darme un infarto por

tenerla tan cerca, por tocarla? ¿Por controlarme en no colar la mano por dentro de su camiseta y rozar la piel de su cintura? ¿Por no enterrar la nariz en su cuello y aspirar más de cerca su olor?

Por fin, suelto el regalo y lo dejo con cuidado bajo la mesa. Abro y cierro repetidas veces las manos con la que lo sujetaba; lo estaba apretando tan fuerte que noto hasta un pequeño calambre en los dedos.

Miro la hora y me obligo a serenarme, a centrarme y a pensar de dónde voy a sacar yo sushi, si aún no conozco prácticamente nada en Valencia, y menos aún sobre un tipo de comida que odio. Adoro la comida china, pero el sushi lo odio. Me río y sacudo la cabeza, aunque lo hago feliz y excitado. No ese tipo de excitamiento, que sí, sino también excitación por lo nuevo, por la anticipación, por tener ganas de celebrar mi cumpleaños después del desastre del último. Por darme cuenta de que, desde que conocí a Paula, aunque fue de una manera un tanto desastrosa, no dejo de sonreír. Y es algo que echaba de menos.

Miro de nuevo la hora y me obligo a respirar hondo. Faltan apenas unos minutos para que esa puerta se abra y comiencen a llegar mis primeros pacientes. Me agacho a coger la caja de Amazon del suelo y dejarla en una esquina que no moleste. Echo un vistazo dentro y un papel llama mi atención. Lo cojo creyendo que es la factura, pero en cuanto veo una firma y leo de quién es la caja cae al suelo, la mente se me nubla y tengo que agarrarme con fuerza al escritorio para poder leer sus palabras. Para poder leer lo que dice.

Para poder volver a saber algo de él después de un año, y que no sea a través de mi madre. Justo hoy. Justo el día en el que lo vi por última vez. Justo el día en el que empecé a odiar a la persona que más he querido en mi vida. Yo no lloro. Nunca lo hago. La última vez fue en el funeral de mi padre, y lo hice cuando me fui a casa. Cuando me encerré en mi habitación y pude estar solo. Cuando dejé de ser fuerte para ellos. Hace un año no lloré. Tampoco cuando acepté irme lejos y dejarlos atrás.

Las leo. Una a una. Cuando termino vuelvo a empezar. Es una máquina quien las ha escrito, no es su letra, pero sí es su voz la que me imagino que me la está leyendo y sí son sus palabras. Siento cómo comienzan a escocerme los ojos. Los aprieto con fuerza

porque no puedo evitar echarlo de menos. Y es que, aunque no lo digo, lo he echado de menos cada puto día.

Tiro la nota a la papelera y me siento en la silla en cuanto tocan a la puerta y Helena, la enfermera, asoma la cabeza para avisarme de que el primer paciente ya ha llegado. Me abrocho la bata y fuerzo una sonrisa mientras el pequeño Lucas entra en la consulta agarrado de la mano de su madre y con el pulgar en la boca. Sonrío tanto durante todo el día que me cuesta dejar de hacerlo en los momentos en los que estoy solo. Intento centrarme en ellos, en los niños, pero me cuesta mucho porque no dejo de repetir en mi cabeza cada línea escrita en ese trozo de papel que descansa en el fondo de la papelera y que me he negado a que Tina, la chica que limpia, vaciase:

Feliz cumpleaños, Al.

Sé que esta es la felicitación que menos te esperas recibir hoy, pero no podía no hacerlo. No podía no intentarlo.

Te echo de menos. Te echo de menos cada puto día, y sé que no tengo ningún derecho a hacerlo porque, si no estás aquí conmigo, es solo culpa mía y me odio por ello, porque lo hice todo tan mal que no sé ni por dónde empezar. Unas simples palabras no van a hacer que vuelvas, pero te necesito. Te necesito aquí conmigo. Soy egoísta, pero eso ya lo sabes.

No tires el tocadiscos, por favor. Quería enviarte el tuyo, pero luego pensé que, puestos a ser egoístas, lo era un poco más y me lo quedaba para mí, porque de alguna manera me hace estar cerca de ti cuando en realidad te tengo tan lejos.

Felices treinta y cuatro.

Víctor

No te enfades con ella por decirme dónde trabajas, porque no lo ha hecho. En realidad, solo he tenido que buscarlo en internet.

Capítulo 21

Paula

«Quiero irme a casa».

Eso es en lo único que pienso cada vez que levanto la cabeza y miro a Alejandro, que está sentado en una silla frente a mí jugueteando con el sushi, moviéndolo de un sitio a otro y consiguiendo que de mirarlo me maree.

He pasado toda la puñetera mañana en la nube de la felicidad. Adriana me ha pedido que le diera una de las pastillas que seguro me había tomado al levantarme porque no era normal la cara de «*apollardada*», palabras textuales, que tenía. He estado a punto de decirle que no había ninguna pastilla, que solo había un hombre rubio con un cuerpo de infarto. Pero no lo he hecho. Que yo la quiero. Mucho, además. Pero es cotilla como ella sola. Y escandalosa. Y gritona. Y habla por los codos. Vamos, que se habrían enterado en toda la clínica de mi cita con Alejandro de esta noche, y no es que la idea me entusiasmara demasiado.

Cita. Solo pensar en ella conseguía que miles de mariposas comenzaran a revolotear a sus anchas por mi estómago.

Claro, he pensado tanto en lo que pasaría, en cómo sería lo de esta noche, en mi atrevimiento al decirle que quería escuchar un disco de los suyos —sabiendo que, en realidad, lo que le estaba dando era una excusa para ir a su casa—, en su mano sobre mi cintura, en su olor, en su cercanía... Me había montado una película que, al llegar al momento de la verdad, me he dado tal hostia que aún me duele.

No es que esté siendo borde. Al contrario. Es tan educado y servicial que roza la exageración. Tampoco está siendo pesado con tanta charla, porque tengo que sacarle las palabras con sacacorchos y ya no se me ocurren temas de conversación. El problema es que está siendo la peor cita o no cita de la historia.

Al terminar mi turno de trabajo, en vez de irme a casa, me he quedado como él me había pedido. Pues bien. Casi me toca salir a la carrera cuando lo he visto marcharse despidiéndose con un ligero movimiento de cabeza y sin mirarme prácticamente a la cara. He

pensado que sería su forma de disimular, pero cuando lo he alcanzado en la acera y lo he mirado me he dado cuenta de que, en realidad, no se acordaba. Su mirada estaba perdida y no había ni rastro de la mirada pícaro y sonrisa lobuna de por la mañana. Estaba serio y me atrevería a decir que también estaba triste. No me ha dejado irme. Al reparar en mí me ha sonreído y me ha arrastrado hasta dentro de un taxi para irnos a su casa mientras se disculpaba y me pedía que le recomendase algún sitio de comida asiática donde pedir la cena.

Tendría que haber declinado la oferta y haberme ido a mi casa en ese mismo momento. Pero no lo he hecho porque algo me lo impedía. Ahora, no sé cómo dar marcha atrás.

Me termino el último trozo que hay porque, bueno, a mí ni las penas me quitan el hambre, y miro el móvil disimuladamente para ver qué hora es.

—Es muy tarde. Creo que me voy a marchar.

No tengo ni idea de si han sido mis palabras o el sonido de la silla al arrastrarla para levantarme, pero he conseguido que quite la mirada del plato y se centre en mí.

—¿Ya? Si todavía no nos hemos comido ni la tarta.

Antes de subir hemos parado en una pastelería que hay en la esquina y hemos comprado un trozo de tarta de pistacho e higos que tiene una pinta increíble.

—No te preocupes. Es que mañana hay que trabajar y ya es tarde. Otro día, si eso, quedamos y la probamos.

Llevo mi plato hasta la pila y lo enjuago mientras por el rabillo del ojo veo que mira la hora en el reloj que tiene sobre la puerta.

—Ni siquiera hemos probado el tocadiscos.

—A la próxima. —Sonrío, intentando quitarle hierro al asunto, aunque, en realidad, estoy rabiosa porque me siendo idiota.

Idiota por perder el tiempo. Idiota por hacerme ilusiones pensando en cosas que, está claro, estaban solo en mi cabeza. Estoy rabiosa con él por esos cambios de humor y de actitud que tiene. Y estoy enfadada conmigo por montarme las películas que me monto. Que sí, que volvemos a lo mío, que no somos nada y me debe de todo menos explicaciones, pero... joder, que lo de esta mañana no ha sido producto de mi imaginación. Que la tensión no

ha sido solo por mi parte y que rozarme la cintura como lo ha hecho no es de alguien que no siente nada.

Me seco las manos en un trapo y salgo de la cocina lo más rápido que puedo, pues ahora me han entrado las prisas y necesito irme. Qué desastre de noche.

Cuando llego hasta el recibidor, donde tengo colgados el paraguas y la chaqueta en la percha, lo escucho detrás de mí.

—Paula, espera, por favor. No te marches.

—Es tarde y está empezando a llover. Quiero irme antes de que me pille toda la lluvia.

—Luego te llevo a casa. Tengo el coche justo debajo.

No quiero mirarlo a la cara. No quiero porque, si lo hago, flaquearé, que me conozco. Me abrocho la chaqueta hasta el cuello y me acerco hasta dejar un ligero beso en su mejilla.

—Feliz cumpleaños.

Mierda. Mierda. Y más mierda. Qué bien huele.

—No te muevas, ¿vale? —Me agarra de la cintura tan rápido que no me da tiempo ni a reaccionar—. No era esto lo que tenía pensado.

—Alejandro, por favor...

—No. Espera un segundo, ¿de acuerdo? Es solo un momento.

—Me acerca a él hasta que su barbilla descansa sobre mi cabeza. Coloco las manos sobre su pecho con la intención de empujarlo, pero es un error. Si ya lo es dejar que me toque, lo es todavía más tocarlo yo.

No puedo evitar colocar la mano sobre su corazón, que late descontrolado sobre mi palma, y apoyar la frente.

—Me da la sensación de que estás enfadada.

—No estoy enfadada, Alejandro. Es solo que estoy cansada, es tarde y creo que lo mejor es que me marche a mi casa.

—La noche no está saliendo como quería. No es esta la cita que tenía en mente.

Noto un pequeño pellizco en el pecho al darme cuenta de que, por lo menos, ambos teníamos el mismo concepto de lo que significaba esta noche.

—No tienes que darme explicaciones. —Intento dar un paso atrás para soltarme, pero no me deja.

—Sí que tengo. Sí tengo que dártelas porque he estado soñando con esto desde el primer momento que te vi de cuclillas bajo ese lavabo. Sé que eso no me deja en muy buen lugar porque, bueno, ambos sabemos qué estaba haciendo yo allí. Pero es la verdad y quiero que lo sepas.

Me suelta la cintura para subir las manos hasta mi cara y colocarlas a ambos lados de mis mejillas. A regañadientes, quito la frente de su pecho y lo miro a los ojos. Esos ojos que, aunque son marrones, ahora los tiene de un color más amarillo y están tristes. Rozo con los dedos alrededor de su nariz, en el color morado que, aunque apenas, aún se ve.

—¿Te sigue doliendo? —Niega con la cabeza mientras me acaricia con los pulgares—. Te diste un buen golpe.

—Lo sé. Pero no es de eso sobre lo que quiero hablar ahora. Por favor, Paula, no te marches. —Cierro los ojos y cojo aire porque, de verdad, tenerlo tan cerca me está nublando el juicio.

—No sé qué te pasa, pero está claro que algo te sucede. Y yo me siento tonta porque... bueno... pues porque me había hecho ilusiones sobre algo, Alejandro, y me siento un poco idiota y no quiero...

Hablando he conseguido dar un paso atrás y alejarme un poco de él; de su cercanía, de su tacto y de su olor. Madre del amor hermoso, es que no puedo pensar bien, no puedo. Me paso una mano por la cara y me bajo un poco la cremallera porque ahora tengo mucho calor.

—¿Puedes mirarme un segundo? —pregunta, agachando la cabeza, intentando ponerse a mi altura y que lo mire a los ojos. Pero yo niego. Niego mientras me vuelvo a subir la cremallera porque no tengo ni idea de qué hacer con las manos.

—No quiero y, ¿sabes por qué? Porque si lo hago... si miro esos ojos marrones medio amarillos que tienes, flaquearé y veré algo en ellos que me hará quedarme. Y no estoy enfadada, te lo juro, es solo que... bueno, pues la noche tampoco ha salido como yo tenía pensado y ya está. Me he llevado un poquito de desilusión, pero a mí estas cosas se me pasan rápido, ya verás. No te preocupes.

—Paula... —susurra con la voz tan ronca que consigue ponerme los pelos de la coronilla de punta y que levante la cabeza y lo mire. Ya sabía yo que sería un error—. Voy a besarte.

—¿Qu... qué? —Consigo preguntar después de unos segundos, justo cuando he sido capaz de analizar las tres palabras que ha dicho.

∞

Alejandro

La noche está siendo un completo desastre. Desde el mismo momento en el que salí de la clínica y me di cuenta al ver a Paula parada frente a mí en la acera de que me había olvidado de nuestra cita, hasta ahora, cuando la tengo en la puerta de casa dispuesta a irse porque está siendo tan nefasta que solo quiere huir.

La he parado. La he parado porque quiero hablar con ella. Explicarle por qué no tengo la cabeza donde toca y por qué parezco tan ido. Pero ahora mismo no puedo hacerlo porque otro pensamiento me ha cruzado la mente tan rápido que no he podido pararlo.

Me muero por besarla.

Adoro cuando se pone a hablar sin filtros y a la carrera porque está nerviosa o enfadada. Normalmente la dejaría hacerlo, pero hoy no puedo.

Ahora no puedo.

Ahora solo puedo besarla y luego hacer que me escuche.

Acorto la poca distancia que hay entre los dos y escucho un suspiro. No sé si suyo o mío, pero tampoco me paro a pensarlo porque tengo más urgencia por rozar sus labios con los míos.

Y lo hago.

Por fin, lo hago.

En cuanto noto su aliento contra mi boca las ganas de devorarla crecen a pasos agigantados. Pero aguanto. Aguanto y me centro en tentarla. En rozarla suavemente.

Muevo mis labios por los suyos despacio, con calma, sin prisa. Permiéndome sentirla y que ella me sienta a mí. Que note las

ganas que tenía de que esta noche fuera diferente. Y pedirle perdón. Perdón por estropearlo todo.

Pero toda esa tranquilidad y paciencia se evapora cuando escucho un gemido salir de su garganta, a la vez que se pega más a mí y me pasa los brazos alrededor del cuello, acariciándome la nuca. Abandono sus mejillas y la sujeto fuerte por la cadera. Cuando me quiero dar cuenta la estoy levantando del suelo y cargando con ella, que me sujeta la cintura con sus piernas mientras camino por el pasillo y luego aterrizo en mi cama, con ella debajo.

—Debería parar. Parar y hablar.

—Vale.

Pero es mentira. Ni yo paro ni ella parece que quiera que lo haga. Estoy tan bloqueado y pendiente de ella que solo puedo pensar en saborearla y en tocar su piel. En comprobar si es tan suave como parece. La falda se le ha arrugado y la tiene enganchada en la cadera, hecha un gurrño. No pierdo tiempo y bajo la mano para poder acariciarle bien el muslo. Me olvido de que hoy es mi cumpleaños y de que he recibido un regalo con una nota de Víctor. Ahora mismo, todo excepto Paula me importa una mierda.

Como puedo, nos muevo hasta quedar más centrados en la cama para que esté más cómoda. Con el movimiento me ha dado un pequeño golpe en la nariz y, aunque siento un ligero dolor, en cuanto noto sus labios sobre mi barbilla me olvido de él.

—Me cago en la puta, Paula. —Le muerdo el lóbulo de la oreja. Lo hago con tantas ganas que temo haberle hecho daño. Pero la sonrisa con la que me mira me dice que todo lo contrario—. Sabes mejor de lo que me había imaginado, ¿sabes?

—Dios mío. Eres todo un zalamero.

—Solo digo la verdad. —Le beso la punta de la nariz, mientras dejo que me acaricie el contorno de la cara—. Te juro que quiero hablar. Y también te juro que no eres la única que se había hecho ilusiones con esta noche. Espero de verdad que lo sepas.

—Lo sé.

Se acerca y ahora es ella quien acaricia sus labios con los míos.

—Pero si haces eso no puedo concentrarme y decirte lo que quiero.

Un escalofrío me recorre entero cuando cuele su mano bajo mi camiseta y me acaricia la espalda con sus uñas. Se le escapa un risita que va directa a mi entrepierna. Lo nota, vaya si lo hace, porque roza lo justo con la suya y cuando mi entrepierna crece ella arquea la espalda y gruñe.

—A tomar por culo.

Se ríe de mi brusquedad al quitarle la camiseta, la falda y la ropa interior. Si todavía lleva o no las zapatillas, ni lo miro, porque solo puedo quedarme embobado admirando su desnudez. Contemplo su pecho y su sexo, brillante y listo para mí. Me desnudo mientras busco en el bolsillo de la cartera un condón y me lo pongo en tiempo récord.

Vuelvo a colocarme sobre ella. Agarro una de sus piernas y la levanto hasta dejarla casi apoyada en mi hombro. Tanteo con la punta su hendidura y los dos gemimos y respiramos muy fuerte cuando comprobamos lo preparados, listos y ansiosos que estamos porque pase lo que está a punto de pasar. Coloco la otra mano bajo su cabeza y la muevo, obligándola a mirarme.

—Eres preciosa y me tienes loco. Como te he dicho, me tienes así desde que te vi por primera vez escondida bajo ese lavabo, y me has seguido volviendo loco todos los días con tus torpezas, tus descaros y tu lengua viperina.

—¿Incluso cuando te dije todas esas cosas tanto en la consulta como en el bar?

Se muerde el labio inferior y yo casi me vuelvo loco. Casi.

—Te juro que estuve a muy poco de lanzarme a tus labios. Las dos veces.

Aparta la vista pero la sujeto de la barbilla, obligándola a mirarme.

—Escucha bien lo que voy a decirte. Voy a follarte, Paula, y cuando estemos lo suficientemente saciados el uno del otro, por hoy —aclaro para que no haya dudas, porque sé que si la pruebo voy a querer repetir. Muchas veces y durante muchos días—, vas a quedarte en esta cama tumbada y vas a escuchar mis penas y penurias, porque necesito que lo conozcas absolutamente todo de mí. Todo.

—¿Estás seguro? Porque te juro que yo no te obligo a nada. No soy de esas personas que... —Le doy un ligero beso en los labios, haciéndola callar.

—Hace tiempo que no estaba tan seguro sobre algo.

En cuanto termino de decirlo me doy cuenta de que es verdad. Además de acostarme con Paula, porque eso es inevitable, nada me apetece más que enseñarle quién soy yo de verdad.

—De acuerdo.

—Y ahora que eso está claro, ¿hay algún punto que quieras discutir?

—Bueno... La verdad es que solo quiero saber si piensas follarme en algún momento. Porque, a lo mejor, he entendido mal tus puntos en el orden del día y primero venía la charla y ya después, si quedaba tiempo, el sexo.

No puedo evitar romper a reír. Ya lo he dicho; esta chica me vuelve completamente loco.

—No tienes ni idea de lo que has dicho.

Jadeo sobre su boca justo antes de besarla con fuerza y enterrarme en su cuerpo de una estocada. Le abro la boca con mi lengua buscando la suya mientras me muevo despacio, dejando que su cuerpo se acople al mío e intentando disfrutar y alargar todo lo posible este momento, porque si antes estaba duro y con muchas ganas, ahora que la tengo, ahora que, por fin, puedo sentirla, es la hostia de bueno.

Salgo casi por completo de su cuerpo para, segundos después, volver a enterrarme en él, dejando que me engulla por completo mientras escucho a Paula jadear y pedir más, mientras susurra mi nombre.

Nos movemos cada vez más deprisa, tanto que, cuando me quiero dar cuenta, su cabeza choca con el cabecero de la cama. Paula suelta las sábanas, levanta los brazos y coloca las palmas sobre él, evitando así los golpes, pero también haciendo fuerza contra mí, consiguiendo más fricción.

—Alejandro...

—Vuelve a decir mi nombre así y te juro que voy a quedar muy mal.

Se ríe y yo beso sus párpados cerrados, sus mejillas, su barbilla y su clavícula. Me araña la espalda con una mano y yo le pido más. Quiero ver su marca ahí cuando me mire mañana al espejo. Le bajo la pierna y ella coloca ambas alrededor de mi cintura. Clavo mis dedos en la carne de su cadera y me recreo en su cara, en su expresión, en lo que mi cuerpo le hace al suyo.

Sus pechos, pequeños pero firmes, se mueven con cada embestida, y yo solo puedo pensar en que son perfectos. En que toda ella es jodidamente perfecta y que la tengo aquí, conmigo. Para mí.

Bajo una mano al pecho derecho y rozo la cima con el pulgar. Estoy a punto de correrme y necesito que ella también lo haga. Voy a decírselo, a pedirle que me enseñe qué le gusta y qué necesita que le haga cuando la veo convulsionar mientras susurra mi nombre sin parar.

—Mírame. Mírame mientras te corres.

Sus ojos marrones se fijan en los míos y es el incentivo perfecto que necesito para dejarme engullir y llevar por un orgasmo demoledor. Un grito áspero y rudo sale de mi garganta acompañado de su nombre, justo antes de dejarme caer sobre ella apoyado en los antebrazos para no chafarla.

El silencio es ahora nuestro único compañero. Eso, y el latido acompasado de nuestros corazones. Apoyo la frente en el hueco que hay entre su cuello y su hombro mientras intento controlar mi respiración.

Me duele la mandíbula de apretar tanto los dientes y casi me entra la risa al darme cuenta, porque nunca me había pasado eso. Jamás me había corrido como lo he hecho hace un momento. Nunca había sentido con una mujer lo que he sentido con Paula. Ni siquiera con Sandra, y eso que lo que había entre ella y yo era mil veces más profundo e importante que lo que podamos tener Paula y yo.

Envío a mi ex a un lugar bastante apartado y oscuro de mi mente porque no quiero que me estropee este momento. Porque sigo teniendo a esta chica de pelo corto, ojos marrones y mirada inocente entre mis brazos y pienso disfrutar de cada segundo.

Capítulo 22
Paula

Escucho la cadena del cuarto de baño y eso solo consigue ponerme más de los nervios, porque significa que es cuestión de segundos lo que tardará en llegar hasta la cama de nuevo.

Me tiemblan hasta las pestañas. Noto cómo el párpado me va a mil por hora, al igual que el corazón y las piernas. Creo que soy incapaz de ponerme ahora en pie, y eso que me estoy haciendo pis, pero lo que acaba de pasar en esta cama me ha dejado para el arrastre. No por la sesión de sexo que acabamos de tener, que sí, que ha sido intensa en todos los sentidos posibles, sino también porque nunca he sentido con otro hombre lo que acabo de sentir con Alejandro, y eso me acojona. Con todas las letras.

Para mí, el sexo siempre ha consistido en una cosa: un acto voluntario entre dos personas que se gustan y quieren pasar un buen rato. Después de eso, cada uno a su casa y Dios a la de todos. Lo de quedarme en su casa después a hablar... no, gracias. Pero hoy quiero hacerlo. No solo porque él me lo haya pedido, sino porque la idea de levantarme e irme a mi casa solo me produce ganas de llorar. A ese nivel de patetismo he llegado. Y eso que apenas hace una hora y pico estaba deseando salir corriendo de esta casa para llegar pronto a la mía y lamirme las heridas.

Escucho pisadas acercándose hasta que, Alejandro, como su madre lo trajo al mundo, asoma por la puerta y me sonrío.

Menos mal que no llevo ropa interior; hubiera salido corriendo para posarse en su mano.

—¿Podrías taparte? —Río mientras me tapo la cara con las manos.

—¿Por qué? Si yo lo hago, tú lo harás, y me gustan demasiado tus tetas para dejar de verlas tan pronto.

Cojo uno de los almohadones que tengo en la espalda y se lo lanzo. Pero él lo intercepta entre risas. Cojo las sábanas y me tapo con ellas el pecho, negando con la cabeza.

—Deberíamos taparnos los dos si lo que queremos es hablar.

Se acerca hasta mí, se sienta a mi lado y me da un pequeño pico en los labios. Coloca una mano sobre mi mejilla con tanta ternura que se me forma un nudo en la garganta.

—Hola.

—Hola. —Sonrío. Me pasa el pulgar por la línea de la mandíbula y frunce el ceño.

—¿Estás bien? Te he dejado alguna rojez por aquí.

—Muy bien. Y no te preocupes. Tengo la piel muy mal y se me nota enseguida todo. ¿Y tú? ¿Estás bien? Sé que antes te he dado un pequeño golpe en la nariz.

Se carcajea mientras se acerca a mi hombro desnudo y me da un beso, consiguiendo que la piel se me ponga de gallina.

—¿Yo? ¿Bromeas? ¿No has visto la cara de tonto que tengo?

—Se aparta y me sonrío de oreja a oreja. Si no fuera porque está adorable diría que se parece a la sonrisa del Joker. Se pone serio de repente y se acerca hasta apoyar su frente contra la mía—. Te lo juro, Paula. Hacía tiempo que no estaba tan tan tan bien. Y tú tienes mucha culpa.

—Me alegro. Porque yo también hacía tiempo que no estaba tan tan tan bien. —Restriego mi nariz contra la suya con cuidado para no hacerle daño, y sonrío cuando me da un ligero beso en los labios.

—No sabes lo que a mi ego y a mí nos gusta escuchar eso.

—Deja de decir tonterías y haz el favor de decirle a tu ego que se vista.

—¿Te distraigo? —Eleva las cejas un par de veces y sonrío con picardía, porque ambos sabemos la respuesta a esa pregunta.

—No pienso contestar a eso. Anda, ve y ponte unos calzoncillos. O un traje de neopreno. Lo que sea. Pero tápate.

—Vale. Pero tú no lo hagas. No tienes ni idea de lo que me gusta verte desnuda entre mis sábanas.

Besa mi mejilla con ganas y se levanta para ir hasta el armario y ponerse un pantalón largo de pijama a cuadros verdes y negros y una camiseta blanca de manga corta. Maldigo un poco interiormente por no poder seguir disfrutando de su cuerpo porque... bueno, pues porque lo tiene perfecto para ser contemplado sin parar, pero luego recuerdo que tenemos una charla pendiente y que, aunque ahora todo sean risas y conversaciones absurdas y sin sentido, sé que se

trata de algo serio y no puedo evitar tener un poco de miedo. O no miedo, sino más bien cautela ante lo que me voy a encontrar.

Me obligo a alejar los malos pensamientos e inseguridades y a centrarme en ponerme la camiseta que me acaba de lanzar refunfuñando. Al pasarla por la cabeza no puedo evitar inspirar reconociendo su olor, como la yonki que este hombre me hace ser.

Cuando vuelve a la cama me muevo un poco, haciéndole sitio, pero me sorprende colocándose detrás de mí. Nos mueve hasta quedar centrados, con él apoyado en el cabecero y las piernas abiertas. Yo tengo mi espalda apoyada en su pecho y los brazos rodeados por los suyos, mientras me besa en lo alto de la cabeza.

Durante unos segundos ninguno de los dos habla. Simplemente, nos dejamos envolver el uno por el otro y dejo que me bese el cuello, detrás de las orejas y cualquier sitio que logre alcanzar. Yo no puedo dejar de mirar nuestras manos entrelazadas y sonreír como una idiota. Casi me entra la risa al pensar que parezco Eva en sus mejores momentos.

Noto cómo coge aire y lo suelta poco a poco, y sé que el momento de las confesiones ha llegado.

—Conocí a Sandra en el hospital. Ella era ginecóloga y, bueno, además de ser la primera persona en saludarme en mi primer día, era preciosa y, por nuestros trabajos, teníamos que trabajar mucho codo con codo. Ella se encargaba de traer niños al mundo mientras yo me aseguraba de que se los dábamos a sus padres en perfectas condiciones. No tardamos mucho tiempo en darnos cuenta de que formábamos el equipo perfecto en el quirófano así que, bueno, un día, cuando salimos a cenar, entre risas y copas nos preguntamos cómo seríamos los dos juntos fuera del hospital. En una cama, más concretamente.

—Y fue bueno... —afirmo más que pregunto. Y lo hago con tal nudo en la garganta que me cuesta hasta tragar. Él no contesta, aunque noto cómo afirma con la cabeza a mi silenciosa pregunta.

Sabía que había una mujer. Siempre la hay. Además, no me ha pasado desapercibido ese «preciosa».

Debe notar la tensión en mi cuerpo, porque levanta una de nuestras manos entrelazadas y besa mis nudillos. Es un gesto dulce

y tierno y, aunque debería relajarme, solo consigue ponerme más nerviosa.

Si es que por estas cosas odio las mierdas que vienen después del sexo. ¿Hablar? Está sobrevalorado. Lo mejor es una buena sesión de sexo, un poco de risas hasta que te recuperas y luego cada uno a su casa. Ya, si eso, quedamos otro día y repetimos.

—Debo reconocer que fuimos rápido —continúa—. Mucho. Ni se nos pasó por la cabeza mantenerlo en secreto en el hospital. ¿Para qué? Si en solo dos meses ya nos habíamos ido a vivir juntos. —¡¿Dos meses?! Creo que me estoy mareando. Eso no es probar si sois compatibles en la cama. Eso es un compromiso a la velocidad de la luz—. Todo el mundo que la conocía la quería. Mis padres se rindieron ante ella a los cinco minutos de poner un pie en su casa e incluso mi cuñada, que siempre parecía que tuviera un palo metido por el culo, sonreía cuando ella estaba cerca. Aún recuerdo la primera carcajada que le escuché. Estuve en shock durante tres días.

No puedo evitar reírme. Aunque es una risa extraña, nerviosa. Me están sudando las palmas de las manos. Necesito soltarme y restregarlas sobre las sábanas. Pero Alejandro no me deja. Me las aprieta más fuerte.

—Esas navidades, cuando llevábamos unos ocho meses juntos, le pedí que se casara conmigo. Nunca me había gustado la idea del matrimonio, aunque sí la del compromiso con otra persona. Sabía que Sandra soñaba con su boda perfecta y yo... yo quería dárselo todo. El veintiséis de diciembre del año siguiente, el día de su cumpleaños, nos casamos en una ceremonia pequeña, con apenas sus padres, sus dos hermanas, mis padres, mi hermano con su mujer y algunos amigos del hospital. Voy a por un poco de agua. ¿Quieres?

Niego con la cabeza porque apenas me sale la voz. El nudo en la garganta se hace cada vez más grande y, como siga creciendo, va a terminar saliéndome por la nariz.

Alejandro se levanta sin apenas mirarme. Sin darme un beso, regalarme una de esas sonrisas de medio lado que me vuelven loca o sin guiñarme el ojo, como me tiene acostumbrada. Se marcha cabizbajo y yo solo siento que necesito preguntarle tantas cosas que

las palabras se me amontonan en la cabeza y no sé ni por cuál empezar. Cuando regresa lo recibo con las rodillas flexionadas, abrazándomelas. Me sonrío. No es su gran sonrisa, pero si es lo suficientemente significativa como para que los nervios se me disipen un poco. Esta vez, cuando se tumba lo hace a mi lado y, aunque echo de menos sentirme arropada por su cuerpo, por otra parte, lo prefiero. Porque así podré mirarlo mientras habla.

—La vida de casado me encantaba, aunque, en realidad, lo que me encantaba era ella. No había problemas luego en casa por trabajar los dos juntos. Muchos nos decían si no sería un inconveniente pasar tanto tiempo pegados el uno al otro, pero a nosotros nos daba igual. No éramos de los que trasladan los problemas del trabajo a casa. Éramos felices. Debería haberme dado cuenta de que tanta felicidad no podía ser buena. Aunque en mi defensa diré que nunca hubiese pensado que podría pasar algo así. Que, a mí, me podría pasar algo así.

Se pinza el puente de la nariz mientras habla y una idea horrible cruza mi mente. ¿Se habría muerto? Dios mío... ¿Sandra estaba muerta? Habla todo el rato en pasado y yo no me atrevo a preguntarlo y a que me lo confirme. Soy buena lidiando con los problemas. Con algunos. No sé si sabría con la muerte de un ser tan querido.

Cuando murió el padre de Eva y Pedro fue horrible, pero supimos lidiar bien con ello. Su enfermedad nos preparó y, aunque fue duro y, a quién quiero engañar, hoy en día, a veces, también lo es, no deja de ser ley de vida. Es cierto que se nos fue demasiado pronto y no pudimos disfrutarlo como nos merecíamos, pero Sandra... era tan joven...

Alargo la mano y cojo la suya, apretándola con fuerza. Intentando darle ánimos para que continúe. Para que lo suelte y, de alguna forma, se libere. Me sonrío y, no sé por qué, de alguna manera entiendo que sabe perfectamente lo que estoy pensando.

—Sandra no está muerta. Está vivita y coleando, ejerciendo en el mismo hospital en el que nos conocimos. —Siento como si me hubiesen quitado una montaña de piedras de encima. Pero, si no está muerta, ¿qué es lo que sucede? ¿Estamos hablando de cuernos? ¿Tanto melodrama por unos cuernos? Que sí, que son

feos y están mal. Que si Marcos se los pusiera a Eva le cortarían los huevos a trocitos. Si me los ponen a mí ya ni hablamos, pero... ¿Por eso esa cara?

Necesito agua porque estoy desvariando y pensando imbecilidades.

Voy a levantarme para ir a la cocina a por un vaso cuando su siguiente frase me hace quedarme quieta; congelada en el sitio.

Me vuelvo a mirarlo despacio, casi a cámara lenta.

—Perdona un segundo, pero... ¿podrías repetir lo que has dicho?

—Hace justo un año, el día de mi cumpleaños, al llegar a casa me encontré a Sandra sentada en el sofá de nuestra casa llorando y agarrada a la mano de mi hermano pequeño. Ella me pedía el divorcio. Él me pedía perdón por estar enamorado de mi mujer y haberla dejado embarazada.

∞

Alejandro

En otras circunstancias, la cara de Paula ahora mismo me haría gracia, pero si pienso el motivo por el que la tiene así la gracia se marcha por la ventana. La cara de Víctor sentado en el sofá de mi casa y agarrado a la mano de mi mujer me cruza la mente igual que si de una estrella fugaz se tratase. La diferencia es que la estrella pasa y se marcha. Su cara pasa y se queda cada puto día de estos trescientos sesenta y cinco días.

Supongo que Paula tenía intención de levantarse para ir a por un poco de agua, al baño o, simplemente, marcharse. Qué sé yo. Pero no lo hace. Vuelve a sentarse en la cama y fija su mirada al frente, casi sin parpadear.

Me callo porque llevo tanto rato hablando que estoy cansado. Nunca he tratado este tema con nadie como lo estoy haciendo ahora con ella.

Ni siquiera con mi madre.

Fue a Víctor a quien le dejé el «honor» de explicarle a nuestra madre por qué sus dos hijos iban a dejar de hablarse, por qué su

hijo mayor quería un divorcio lo más rápido posible o por qué iba a ser abuela. Por qué Sandra sería la madre de esa criatura, pero su marido no iba a ser el padre.

Ya que había sido él quien lo había jodido todo, debía ser él quien diera la cara ante los demás.

Yo ya iba a tener bastante con seguir viéndola a ella cada día en el trabajo, siendo testigo de cómo crecía su tripa. U odiándolo a él por habernos separado. Por haber hecho que perdiera a mi mejor amigo, a mi otra mitad. Porque eso era Víctor para mí. Por mucho que yo quisiera a Sandra, por muy importantes que fueran mis padres para mí, él era él: mi hermano. La persona en la que más confiaba.

Recuerdo la cara de lástima de mi madre al verme llegar con las maletas en la mano para quedarme en su casa durante un tiempo indefinido, con la cena para celebrar mi cumpleaños en el banco de la cocina y la tarta que había preparado enfriándose en la nevera. La idea de seguir mirándolos a la cara me dolía tanto en el pecho que, durante un tiempo, olvidé hasta de cómo se respiraba. En cuanto todas las frases fueron dichas, en cuanto dejaron de hablar y me paré a analizarlas una a una, me di media vuelta, sin mirarlos y sin decir nada, aguantándome las ganas de darle un puñetazo a mi hermano en la cara y partirle la nariz. Esperé a estar en un lugar seguro para poder desahogarme y comenzar a hacerme a la idea de que esas dos personas dejarían de estar en mi vida.

Esa noche mi madre intentó hablar conmigo. A pesar del dolor que sentía, a pesar de la tristeza que se reflejaba en su cara, intentó consolarme. No lo consiguió. Probó suerte al día siguiente. Y al otro. Un mes después se dio por vencida.

—Cuando Víctor me miró a la cara con esos ojos azules llenos de lágrimas —continúo narrándole a Paula, que sigue sin quitar la vista de la pared de enfrente y lo agradezco, porque, con lo duro que está siendo para mí, si me interrumpe o si me pregunta algo creo que solo conseguirá que me calle—, lo primero que hice fue lanzarme a sus brazos y agarrarlo fuerte del cuello. La última vez que lo había visto tan destrozado fue veinte meses atrás, tras la muerte de nuestro padre. Así que solo se me ocurrió pensar que

algo muy gordo había pasado, y me aterró. Me aterró por mí, claro, pero sobre todo por él. Madre mía... odiaba verlo sufrir, ¿sabes?

Una risa vacía escapa de mi pecho mientras pienso en lo irónico que suena eso.

—Solo nos llevamos un año. Cuando éramos pequeños siempre estábamos discutiendo, pero como alguien me dijera algo de él no tenía ningún problema en lanzarme contra esa persona. A él le pasaba lo mismo. Supongo que como con cualquier hermano. Pero, a pesar de los piques o las putadillas que nos gastáramos, él era mi mayor apoyo. Y yo el suyo. No tengo ningún recuerdo de mi infancia o adolescencia que no fuese con él. Incluso fui yo quien le explicó, haciéndome el entendido, cómo se besaba a una chica después de haber besado por primera vez a Carolina Carrillo a la salida del colegio.

No puedo evitar sonreír recordando ese momento, y la cara de mi hermano mientras le explicaba la situación paso a paso, sin decirle que, en realidad, había sido la cosa más asquerosa que había hecho en mi vida porque de beso había poco, pero de babas había mucho.

—Como te decía, la muerte de mi padre fue un golpe muy duro para él. No es que para mí no lo fuera, entiéndeme. Lo imitaba en todo. Tanto, que si soy pediatra es por él. Amaba tanto su profesión que nunca me planteé ser otra cosa. Pero Víctor no supo gestionarlo de la misma manera. Fue el empujón que necesitó para separarse de su mujer: «Necesito ser feliz, Alejandro. Y con ella no lo soy» — digo, imitando sus palabras y volviendo a reírme, por no llorar, de lo absurdo que me parece ahora todo esto—. Me sentí tan orgulloso de él en ese momento... Porque era un bicho, te lo juro. Así que me volqué en él y él en mí. El problema es que se volcó tanto que acabó encontrando el consuelo en la persona que dormía a mi lado.

Cuando me quiero dar cuenta estoy acariciándome el pecho. Ese que ha estado doliéndome toda la mañana desde que descubrí su nota. Gracias a Paula había conseguido que se suavizara, pero ahora ha vuelto, y lo hace con tanta fuerza que tengo que cerrar los ojos para acordarme de cómo se respira.

La siento moverse a mi lado. En cuestión de segundos la tengo sentada a horcajadas sobre mí, con una pierna a cada lado. Me

sujeta por las mejillas y me obliga a abrir los ojos y a mirarla. Temo encontrarme con algo parecido a la lástima y la tristeza. Por eso no quería contarle. Por eso me marché de Madrid. Porque odiaba ser el centro de atención. Porque odiaba ver cómo la gente, mis compañeros, me miraban. Cómo susurraban a mis espaldas cuando creían que no me daba cuenta. Y porque también odiaba ver sufrir a mi madre cada día, eligiendo con quién pasaba cada fecha señalada o intentando ocultar la alegría que le producía el día que la hija de Víctor vino al mundo.

Pero cuando he visto que Paula se marchaba esta noche y que lo hacía entre enfadada y decepcionada, algo dentro de mí ha hecho clic y he sentido la necesidad de abrirme. De contarle por qué estaba siendo un tío tan sumamente raro esta noche y, aunque me duele, no lo puedo negar, también me siento liberado. Siento como si me hubiesen quitado una losa que me pesaba sobre los hombros y me impedía andar en línea recta.

Al fin, decido enfrentarme a lo que sea que me quieran decir sus ojos, porque en algún momento tengo que hacerlo. Pero, cuando lo hago, me dan ganas de abalanzarme sobre ella porque veo de todo en ellos y nada se le parece a la lástima. Veo dulzura, ternura y mucho cariño. Me pasa el pulgar por el entrecejo, pues no me había dado cuenta de que lo estaba arrugando, y me sonrío.

—No te voy a mentir. Tengo miles de preguntas en la punta de la lengua que me muero por hacerte porque tienes razón, soy una cotilla sin remedio. Pero no quiero saberlas. No ahora. Porque que me hayas contado esto, que te hayas abierto a mí como lo has hecho, es lo más bonito que nadie ha hecho por mí y es suficiente para saber lo grande que eres, doctor Beltrán.

Me besa las dos mejillas con delicadeza, como si fuera algo valioso que teme romper.

—Si a mí me hubieran hecho eso te puedo asegurar que no habría actuado como tú, lo que solo demuestra que, si hay que definirte de alguna forma, es buena persona. Tengo muchas cosas que decirte y a la vez ninguna, porque sé que cualquier cosa que diga no puede aliviar el dolor y la traición que debes sentir. Pero debes saber que eso no es malo, y que no te convierte en una mala

persona. Solo te lo digo por si, en algún momento, se te hubiera ocurrido pensarlo.

Paso mis manos por su espalda y la empujo hasta dejarla pegada a mí. Hasta poder enterrar la nariz en su pelo y dejar que me haga cosquillas en la cara.

—¿Sabes lo que más me jode de todo? —susurro. Intenta apartarse, pero yo la aprieto fuerte para que no lo haga porque la realidad es que me da vergüenza decir esto en voz alta—. Que lo echo de menos. Lo echo de menos cada puto día, y eso me destroza. Que no puedo evitar preguntarle a mi madre por él cuando hablo con ella. O que me muero por conocer a mi sobrina. Que recibir su regalo hoy ha sido como un golpe directo en el pecho y no tengo ni idea de cómo gestionarlo. Que, cuando he visto su nota la he tirado a la basura, pero, luego, cuando han entrado a limpiar la consulta, he pedido que no vaciaran la papelera. ¿No es patético?

—No. No lo es. Eso solo demuestra que eres humano.

Nos quedamos un rato abrazados. Ella acariciándome la nuca y yo frotando su espalda bajo la camiseta. Ninguno de los dos gestos tiene una connotación sexual. Simplemente, somos ella y yo, juntos, abrazados, disfrutando de un silencio, analizando unas palabras, viviendo el momento. Viviéndolo como hacía tiempo que no lo hacía.

Cuando han pasado minutos, o puede que horas, decidimos que es hora de irnos a dormir. Mañana trabajamos y vamos a llegar los dos con unas ojeras hasta los pies. Pero la verdad es que no me importa. Creo que me quedaría así, abrazado a ella, durante días.

Paula va al baño primero y yo lo hago después. Me lavo la cara y me miro al espejo. Y sonrío. Sonrío por lo bien que me siento esta noche y me prometo llamar mañana a mi madre, de la que he ignorado hoy sus llamadas.

Al llegar al cuarto Paula ya está metida bajo las sábanas, en posición fetal y tapada hasta la barbilla. Casi ni se la ve. Solo se distingue un pequeño bulto y un poco de pelo oscuro sobre la almohada. Apago la luz y me tumbo a su lado. Pego mi pecho a su espalda y paso un brazo bajo su cabeza y otro sobre su cintura. Mueve el culo hacia atrás arrimándose a mí todo lo humanamente posible. Si nos vieran sería difícil distinguir si bajo estas sábanas hay

una persona o dos. La beso detrás de la oreja y cierro los ojos para dejar que el sueño me venza.

Ahora que lo pienso, nunca he dormido abrazado a una mujer. O no tan abrazados que parecemos uno. Ni siquiera con Sandra, y eso que estábamos casados. No lo hacíamos porque no nos gustaba ese empalagamiento o como quisiéramos llamarlo. Incluso había noches en las que preferíamos dormir en habitaciones separadas porque el calor humano nos asfixiaba un poco. Ahora que ha pasado tiempo y puedo pensar en ello tranquilamente, me pregunto si lo mío con Sandra fue algo real o éramos simplemente dos personas que se compenetraban en la cama y jugaron a ser algo más. Si de verdad estaba enamorado de ella o jugaba a estarlo.

Aparto de un manotazo ese pensamiento de mi mente, porque sé que solo me llevaría a plantearme si lo que pasó entre ella y Víctor fue motivado por algo que yo hice mal, y no pienso entrar en ese error.

Ellos la cagaron. Yo no.

Escucho la respiración suave de Paula, indicativo de que ya está dormida, y suspiro de forma parecida a la felicidad; porque esto me gusta. Me gusta casi tanto o más que la persona que tengo ahora justo al lado.

Capítulo 23

Paula

—Díselo.

—Que me dejes en paz.

—¿Por qué? ¿Te avergüenzas de él?

—No. Me avergüenzo de ti.

Pedro me lanza un cacahuete dándome justo en el centro de la frente.

—¡Toma ya! Menuda puntería tengo. Seguro que de eso tu perfecto doctor no tiene.

Lleva pinchándome con él desde que les conté, brevemente, lo que había pasado el lunes de la semana pasada entre Alejandro y yo. Me limité a contarles que me había acostado con él y que creía que estábamos empezando algo. Y digo creía porque la verdad es que no hemos hablado de nada sobre «nosotros», simplemente, nos hemos limitado a practicar mucho sexo después de trabajar, normalmente, en su casa, aunque también hemos ido a la mía en un par de ocasiones. También cenamos juntos, hablamos, nos reímos y vemos muchas películas tumbados en el sofá, como si de una pareja se tratase. Ahora, tratar el tema como tal no lo hemos hecho. Tampoco es que lo hayamos necesitado, porque lo mejor es dejar que las cosas vayan surgiendo a su ritmo.

Lo de su hermano me lo reservé y no lo compartí con las chicas, aunque en el fondo me esté muriendo por hablarlo con alguien porque es algo a lo que no he parado de darle vueltas. Me parece tan fuerte que no sé ni lo que pensar. Por supuesto, he llegado a preguntarme eso de: ¿qué haría yo si alguno de mis hermanos o Eva, que es lo más parecido a una hermana que tengo, me hiciera algo así? Y no llego a ninguna conclusión, porque no tenerlos en mi vida no es una opción.

Igual que me he preguntado si seguirá enamorado de Sandra. Entiendo que como la traición de su hermano no hay nada, pero ella no dejaba de ser su mujer y solo ha pasado un año. ¿Seguirá queriéndola? Aunque, si repaso la conversión, me doy cuenta de que hablaba todo el rato de él.

Joder. Qué puto lío todo. En serio, necesito compartir esto con alguien o mi cabeza va a hacer *pum*.

Pero no lo haré. No soy nadie para compartir algo tan íntimo suyo. Si me lo contó fue porque confiaba en mí, más aún cuando me confesó que era la primera vez que lo hablaba con alguien. Que ni siquiera lo había hecho con su madre. Por todo eso, se merece más que mi sentida lealtad.

—Mira que eres infantil cuando quieres. Que ya has cruzado la barrera del número tres. Y eres padre.

Le recrimina Eva a su hermano. Recoge el cacahuete del suelo y lo tira a la basura mientras me echa una pequeña miradita por encima del hombro, pero sin llegar a decir nada. Pedro no le hace ni caso, como si con él no fuese la cosa, y se concentra en Junior y en ayudarlo a terminar de vestirse como Dennis, el niño protagonista de Hotel Transilvania.

Es jueves, estamos en Halloween y en esta casa lo vivimos muy a lo grande, sobre todo este año, que tenemos a Junior con nosotros y tenemos la excusa perfecta para dar rienda suelta al niño que llevamos dentro y no quedar como unos auténticos chiflados. El año pasado también pudimos hacerlo, pero aún era muy reciente el reencuentro y la intensidad del momento y decidimos relajarnos. Pero este año ya no hay relajación posible.

Carmen y Gonzalo, los padres de Pedro y Daniela, respectivamente, y abuelos del pequeño, nos han cedido su casa para poder celebrarlo y aquí que nos hemos venido todos.

Todos juntos, no vaya a ser que alguno se pierda. De verdad, qué intensita es esta familia a veces, pero qué poquito nos gustar estar solos, aunque nos pasemos el rato quejándonos.

Primero vamos a ir por las casas de la urbanización haciendo el truco o trato y ya, por la noche, los abuelos se van con su nieto a casa de Pedro y nosotros montamos aquí una pequeña fiesta con nuestros amigos. Nos hemos puesto las pilas y hemos decorado la casa como unos auténticos americanos. A ver si van a ser ellos los únicos que se van a esmerar con esta fiesta.

El camino de entrada está repleto de calabazas de diferentes formas, tamaños y colores. En el interior, cada una lleva una vela de distinto olor y huele tan bien que te dan ganas de masticar el aire.

Aún no sé cómo hemos podido poner toda esa tela de araña en la puerta y ventanas sin que se rompa. También hemos dibujado y cortado arañas, murciélagos, brujas y calaveras. Esto último es obra de Eva, que gracias a su trabajo como educadora infantil, es una experta en el arte de dibujar, cortar y pegar. También nos hemos hecho con un caldero de bruja en el que hemos metido gelatina de fresa y dentro de esta hemos puesto chucherías. Es un poco asqueroso a simple vista, pero la gente va a flipar cuando lo vea. Como esto, hemos hecho mil millones de cosas más, tanto dentro como fuera de casa: decoración de manteles, un espantapájaros, un maniquí de una niña muerta sentada en una mecedora, ojos de gelatina roja y blanca, una calabaza en el centro de la mesa de la que por la boca le sale vómito, que no es otra cosa que puré de patatas, así como Frankfurt como si fueran dedos o huevos duros en forma de arañas.

Pero lo que de verdad triunfa esta noche son nuestros disfraces. Pedro, Daniela y Pedro pequeño han decidido ir como los de Hotel Transilvania, la película de dibujos. Así que padre e hijo van vestidos iguales, con sus pantalones marrones, su camiseta amarilla, verde y naranja y, lo mejor de todo, el pelo rojo y con rizos. Son Dennis y Jonathan en estado puro. Daniela va de vampiresa, como una auténtica Mavis. Eva y Marcos se han disfrazado de Gómez y Morticia Addams. No lo voy a decir en voz alta por no aumentar el ego de Marcos, pero mi hermano está auténtico. Su chica está guapa, pero él es una pasada. Yo, como voy sin pareja, pues mi hermano Javier, que iba a estar ya aquí por estas fechas, ha decidido atrasar unos meses más su viaje y me he quedado compuesta y sin novio, voy disfrazada de Uma Thurman en *Kill Bill* cuando va vestida de novia. Topicazo, lo sé, pero me chifla. Sobre todo cuando tengo que maquillarme, que en eso Daniela es una experta.

—Venga, hermanita. Creo que Pedro tiene razón. Te conozco lo suficiente como para saber que te mueres por estar hoy con él aunque intentes disimular y, bueno, hoy es fiesta. Habrá comida, bebida, mañana no se trabaja y, lo mejor de todo, es que estamos nosotros.

Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta para que mi hermano no pueda seguir leyéndome porque, sí, me muero por ver a Alejandro. Desde hace una semana y pico que nos acostamos por primera vez hoy es la primera noche que estamos separados. Le conté lo de la reunión de amigos esta noche y no dijo nada, solo que si me apetecía y no estaba muy cansada podríamos vernos al día siguiente. Estuve tentada en preguntarle si quería venir, pero eso podía interpretarse de tantas maneras que opté por callarme.

No es que me avergüence de él o de la «relación» que tenemos, porque soy la más fiel defensora de que mientras no hagas daño al otro tienes que hacer con tu vida lo que te dé la real gana, que para eso es tuya, pero ¿de eso a presentarle ya a mi familia? Hay algo que me lo impide, aunque no sé muy bien el qué.

El discurso de: «no somos críos. Somos dos personas adultas con sentido común y que, además, estamos hablando de una fiesta de amigos», lo he inventado yo, pero no dejan de ser mi familia y creo que ahí radica un poco el problema de todo esto. Aún no tengo muy claro cómo se lo podría tomar él. Que sí, que es tan fácil como sentarnos, preguntarle y hablar, pero en el fondo sé que no me habría sentado muy bien si me llega a decir que no quería venir hoy. Conoce a mi hermano, pero las circunstancias eran muy diferentes a las de hoy. La conclusión es que si no quieres conocer la respuesta lo mejor es no hacer la pregunta. Eso siempre lo dice Javi y ya ha quedado más que claro que es el listo de la casa.

Los chicos no hablan más del tema y lo agradezco. Sé que cuando insisten en que lo llame y lo anime a unirse a nosotros lo hacen con buena intención, pero prefiero esperar a que las cosas sigan su curso, sin forzarlas.

De todas formas, creo que hoy es el día perfecto para estar sin él y concentrarme en disfrutar de los míos y de la noche más terrorífica del año.

Capítulo 24

Alejandro

El sol entra a raudales por la ventana impactando de lleno en mi cara, dejándome medio ciego. Esta es la consecuencia de no haber corrido ayer las cortinas. Pero, claro, estaba más pendiente de otras cosas, como de disfrutar de todo lo que las manos, la boca y el cuerpo de Paula tenían que ofrecerme.

El jueves por la noche la eché terriblemente de menos, y ese es un sentimiento que me acojona tanto que preferí no pensar en él. En un principio, cuando me comentó que tenía una fiesta de Halloween y que no nos veríamos, tuve una sensación agridulce; agria, porque me había acostumbrado a dormir con ella estas últimas noches y me jodía perderme una. Dulce, porque cuando analicé la situación entendí que era lo mejor que nos podía pasar. Tenía la sensación de que nos estábamos aferrando demasiado rápido a algo a lo que, por cierto, ni siquiera nos habíamos molestado en poner nombre, y estar separados nos vendría bien.

Pero todo cambió cuando llegó la noche, cuando me senté frente al televisor con el bol de palomitas dulces en la mano y eché de menos su risa y sus gritos de horror ante la idea de ver una película de miedo, aunque en el fondo le encanten.

Al día siguiente, cuando llegó la hora de comer y se presentó en mi casa con comida china y restos de la resaca del día anterior en el cuerpo, casi me pongo a chillar de la emoción, como una típica animadora el día de partido.

A ese nivel me perjudica esta chica.

Pero me contuve. No era plan de poner en entredicho mi masculinidad. Lo que sí hice fue lanzarme sobre su boca y devorarla entera, recorriendo cada centímetro de su cuerpo, haciéndola disfrutar. Haciéndole entender que, en el sexo, algunas veces disfrutan los dos de manera plena y, en otras, solo una de las partes. Y yo quería que ese día fuera una de esas veces, porque me había dado cuenta de cómo me gustaba ver su cara al alcanzar el orgasmo y me había propuesto regalarle muchos. La acaricié con la yema de mis dedos, la saboreé con la punta de mi lengua y me bebí sus

gemidos y sus gritos, sintiéndome el hombre más poderoso del mundo.

—¿Puedes mover ese sol de sitio? Necesito ser vampiro un poco más y creo que me está quemando los ojos.

Su voz melosa y pastosa me hace cosquillas en el cuello. Esa es otra cosa que debería pararme a analizar; además de dormir juntos cada noche, lo hacemos abrazados, o bien en la posición de la cucharita, una postura que nunca pensé que me gustaría tanto, o con su cabeza apoyada en mi pecho o enterrada en mi cuello, como ahora. Beso su frente y la aparto para poder levantarme y dejar la habitación en penumbra.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes un culo de infarto?

Me giro y la veo sonreír, con un ojo abierto y el otro medio cerrado. ¿He comentado que, además de todo lo anterior, también dormimos desnudos? Y eso que, por fin, se nota que el otoño ya ha llegado y lo ha hecho con fuerza, pero no nos importa. Nos damos demasiado calor el uno al otro como para necesitar ropa que, al final, solo nos estorba.

Corro la cortina y al llegar a los pies de la cama me lanzo sobre ella, atrapándola con mi cuerpo mientras le hago cosquillas con los dedos y la barba y ella ríe sin control.

—Me lo dices poco, y ya sabes que a mi ego hay que alimentarlo cada cierto tiempo o puede coger hasta depresión.

—¡¡Para, por favor!! —chilla, fuera de control, contorsionándose como la niña del exorcista—. ¡Un día voy a terminar dándote una patada!

Tiene razón. Con ella he descubierto que las patadas voladoras existen. Pero es que no me puedo contener. Fue descubrir que es supersensible y que odia las cosquillas y ya no poder parar. Uno de sus puntos débiles es detrás de las rodillas, así que me recreo en esa zona mientras paso mi barbilla por su pecho.

—Yo lo intento, te lo juro. Pero, claro, tienes esto aquí —miro uno de sus pezones y lo atrapo entre los dientes—, y me lías. Es que me lías.

Va a decir algo, pero el grito que le provoco al pellizcarle el otro pezón mientras le abro las piernas con las rodillas, lo impide.

Esta chica me vuelve loco y nunca tengo bastante. Da igual las veces que nos hayamos acostado este fin de semana. Siempre estoy listo para ella. Siempre. Y es que la línea de torturarla a base de cosquillas a hacerlo de una forma mucho más... sexual, es tan fina que la cruzo sin darme apenas cuenta.

Aparto mi boca de sus pechos, que no mis manos, para descender por su cuerpo y recrearme en su estómago y un poco más abajo. Los chillidos de antes han pasado a ser pequeños suspiros. Sus «para» se han convertido en «más» y mi nombre en sus labios solo consigue que se me ponga tan dura que hasta me duele. Justo cuando estoy soplando sobre el vértice de sus piernas el teléfono de la casa comienza a sonar, haciendo que nos quedemos quietos. Solo puede ser una persona y estoy tentado a ignorarla, pero luego caigo en la cuenta de que es capaz de llamar sin cesar hasta que descuelgue.

Apoyo la frente sobre su muslo y maldigo en voz alta.

—Anda, ve y cógelo. Yo tengo que utilizar tu ducha.

Me levanta la cabeza y me hace mirarla a los ojos, que brillan de deseo, al igual que todo yo. El teléfono deja de sonar, pero solo unos segundos. Repto por su cuerpo hasta quedar cara a cara.

—¿Me esperas y la usamos juntos?

—Me ducho y voy preparando unos crepes mientras tu atiendes esa llamada. ¿Qué te parece?

—Mal, pero bueno. No puedo quejarme.

Pone los ojos en blanco. Le doy un beso rápido en los labios y salgo corriendo, cogiendo un pantalón de chándal por el camino antes de que mi madre cuelgue de nuevo.

—Hola, mamá. ¿Qué tal?

—Dichosos los oídos, si es mi hijo el que habla.

Ahora soy yo quien pone los ojos en blanco. Mi madre es muy dramática, aunque algo de razón tiene. Me coloco el pantalón como puedo, pues hacerlo con el teléfono apoyado entre el hombro y la oreja no es muy cómodo.

—No te quejes. Hablamos hace dos días.

—No, Alejandro. Hablamos hace justo una semana.

—¿Qué dices? —Miro alrededor buscando un calendario o algo que me diga el día en el que estamos—. Te llamé el viernes.

¿Recuerdas?

—Eso sería a la otra madre, porque lo que es a esta te puedo garantizar yo que no.

Frunzo el ceño y entonces me acuerdo. Quería haberla llamado. El viernes, el día de todos los santos, mi madre cumplía años. Sesenta, ni más ni menos. Una fecha redonda y muy especial para ella. El año pasado, después de cómo estaban las cosas en mi pequeña familia, mi madre me hizo un regalo a mí en vez de yo a ella. Cogió el coche y me llevó hasta Peñalara, ese pequeño gran rincón de la Sierra de Guadarrama que mi padre eligió para pedirle matrimonio hace tantos años y al que solíamos acudir de pequeños tantas veces de excusión. Lo hicimos los dos solos, mano a mano. Como una manera de escapar de todos los problemas a los que llevaba enfrentándome desde mi cumpleaños. Sé que ella lo echaba de menos. Sé que, en realidad, hubiera preferido que fuéramos tres en vez de dos en esa montaña, pero no lo mencionó. Se esforzó por sonreír, por contar anécdotas de ella y de mi padre, o de mi padre y yo. Aunque echaba de menos a su hijo se conformó con estar solo con uno de los dos. Y lo hizo por mí. Solo por mí. Al llegar a casa la abracé tan fuerte como pude, porque en ese momento fui consciente de que no solo era mi vida la que estaba destrozada. No fui consciente de lo que, en realidad, suponía para ella que Víctor y yo estuviéramos como estábamos. Y le di las gracias por quererme tanto. También le juré que sería algo que haríamos todos los años, si a ella le parecía bien.

Justo un año después yo había roto mi promesa. ¿Lo peor? Que ni me había acordado. Ya no solo del viaje a Peñalara, sino de que había sido su cumpleaños.

—Me siento como la mierda más grande que hay en el mundo. Madre mía, mamá. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—No te preocupes, hijo. No te he llamado por eso.

—Es que... no sé. Con todo me he olvidado. Perdóname.

—Déjalo estar, por favor. No te he llamado para hacerte sentir mal.

—Pues deberías. Soy lo peor como hijo y estás en todo tu derecho como madre de recordármelo de vez en cuando. —Se ríe.

Mi comentario le hace gracia y eso solo consigue que me sienta peor.

—No hagas eso, que solo me hace sentir peor.

—¿Por reírme?

—Sí. Porque deberías estar gritándome e insultándome.

—Ya sabes que yo nunca insulto.

—Pues tendrías que hacerlo. Purifica el alma y regenera el cuerpo.

—Mira que eres tonto.

Esta vez, cuando ríe, no puedo evitar sonreír yo también. Me la imagino sentada en el sofá morado de su comedor. En ese pequeño rincón que ha hecho suyo, y solo puedo pensar en que me encantaría estar ahora mismo allí con ella.

Escucho una puerta abrirse y, al rato, a Paula asomar la cabeza por la puerta del comedor. Me sonrío y me dice por señas que se marcha a la cocina a preparar el desayuno—comida. Yo solo puedo quedarme embobado mirando su pelo corto mojado y mi camiseta en su cuerpo.

—¿Alejandro?

La voz de mi madre me devuelve al presente.

—Dime.

—¿Me estabas escuchando?

—Claro —miento y me siento fatal. Otra vez.

—Solo te pedía —hace hincapié en la última palabra porque ambos sabemos que no le estaba prestando atención— que, por favor, intentes llamarme alguna vez esta semana. Solo para contarme cómo te va en el trabajo y conocer un poco tu vida. ¿Podrás hacerlo?

Me lo pide con tanta pena que solo consigue hacerme sentir peor, aunque sé que esa no es su intención. Miro en la esquina del comedor donde descansa el tocadiscos que recibí el día de mi cumpleaños, todavía sin usar, y maldigo a Víctor por ponernos en esta situación. Por meter la pata donde la metió y haber sumido a nuestra pequeña familia en la situación en la que se encuentra ahora.

Me paso la mano por la nuca y suspiro. La voz de mi madre llamándome es lo que me hace volver a la realidad. Esa realidad en

la que las cosas están como están, que yo no puedo, ni quiero, hacer nada por salvar la situación con mi hermano, pero sí puedo contribuir a que mi madre, dentro de lo que cabe, sea un poquito más feliz y, sobre todo, esté más tranquila. Ella no tiene la culpa de nada y solo me está pidiendo que hablemos de vez en cuando. Tampoco debería costarme tanto.

—No lo dudes. Te lo juro.

No hace más hincapié en el tema, así que nos dedicamos a hablar de cómo está siendo su trabajo en la escuela, donde es profesora de primaria, y yo le doy pequeñas pinceladas del mío sin hacer comentario alguno sobre la chica que está trajinando en estos momentos en mi cocina.

Cuando el olor de las tortitas llega hasta mí y escucho a mis tripas rugir sé que es el momento de cortar la llamada. Le juro que le compraré el regalo más grande de todos y, justo antes de colgar, no puedo evitar preguntar. A pesar de estar hace unos minutos cagándome en él, pregunto. Tal y como hago siempre que hablo con ella.

—¿Mamá?

—Está bien, cielo.

Las mismas dos palabras de siempre. No sé si son ciertas, pero a mí me sirven. Cierro los ojos y vuelvo a pensar en Víctor, solo que esta vez otro nombre le acompaña. Necesito preguntar por ella, por esa niña de la que no sé ni su color de pelo, pero que sí sé que se llama Olivia, como su abuela. Si mi madre se sorprende ante mi pregunta lo disimula muy bien.

—Es perfecta. Y preciosa. Nació con los ojos achinados y el pelo muy negro. Y con unos buenos pulmones. Pero ¿qué voy a decir yo? No soy objetiva.

Nos reímos, aunque eso no evita que se me forme un nudo en la garganta en cuanto mi madre ha dicho que tiene el pelo negro.

—Se... se... —carraspeo, intentando suavizar el tono, que me ha salido demasiado hosco—. ¿Se parece a él?

—Son dos clones.

—Me alegro.

No digo nada más. Nos despedimos hasta dentro de unos días y colgamos.

Me arrastro hasta la cocina pensando en la conversación que acabo de tener, hasta que llego a la puerta y la veo de espaldas a mí, cantando *Tu peor error* de La Quinta Estación, y moviendo las caderas al compás de la música, dejando al descubierto sus muslos desnudos mientras que fríe lo que por el olor parece que sea beicon. Me acerco sigiloso y le paso las manos por la cintura, sobresaltándola.

—¡No vuelvas a hacer eso! —Me golpea con la espátula en la mano. Me río y le dejo un beso en el cuello—. Menudo susto me has dado.

—La culpa es tuya por mover el culo de esa manera.

—¿Te das cuenta de que tú no tienes nunca la culpa de nada?

Me encojo de hombros aunque no pueda verme, y le doy un cachete en el trasero. La dejo entre los fogones mientras yo me dedico a exprimir zumo de naranja y le cuento mi desastrosa llamada con mi progenitora. Aunque intenta no hacerlo porque sabe que me siento fatal, termina por romper a reír a carcajadas. Le quito el trozo de beicon que tiene en la mano y me lo como.

Ella protesta. Ahora el que se ríe soy yo. No lo veo venir y se termina de un trago y sin respirar, mi zumo de naranja. Sale corriendo cuando intuye mis intenciones, pero no llega muy lejos. Cargo con ella sobre el hombro hasta el sofá y la lanzo. Me recreo con la planta de sus pies, matándola a cosquillas. Se retuerce y suplica clemencia, pero a mí me gusta demasiado su risa como para poder parar. Solo lo hago cuando, entre gritos, me informa de que, o paro, o se termina meando en mi sofá.

A mitad de la tarde la llama su amiga Eva que, aunque no la conozco en persona, es como si lo hiciera de tanto que habla de ellos. Aunque conmigo ríe, con ella la risa es diferente. Supongo que es lo que hace la confianza y los años juntos. Eso hace que piense de nuevo en Víctor y en que me acerque hasta el tocadiscos y lo saque de la caja. Lo estoy admirando cuando unas manos me rodean la cintura.

—¿Te apetece que escuchemos un poco de música?

—No lo sé.

—Siempre podemos sentarnos a admirarlo en silencio.

Puede parecer que lo dice de broma, pero lo está diciendo totalmente en serio. Y no es en plan burla. Sé que lo hace porque sabe lo que este tocadiscos significa para mí. Niego con la cabeza y termino guardándolo de nuevo en su caja. Me giro para quedar cara a cara, cojo sus brazos, los subo hasta que me rodean el cuello y luego bajo los míos para abrazar su cintura.

—¿Qué te parece si nos sentamos en el sofá y terminamos de ver alguna de las múltiples series que hemos empezado?

—Yo no tengo la culpa de que tu cultura en series fuese tan nula. Solo estoy poniéndote al día, que das un poquito de pena.

—Pero podemos ir de una en una. No de veinte en veinte.

—Es mejor probar toda la mercancía para luego decidir cuál es la mejor.

—De todas formas, ya te he dicho que prefiero ver una buena película que una serie. En ese terreno sí que no me ganas.

—Te gano en todos, chaval. Ya deberías saberlo.

Me da un lametón en el cuello antes de girarse y dejarse caer en el sofá con una sonrisa canalla. Echo un último vistazo al tocadiscos antes de ir a su lado y dejarme también caer.

Paso un brazo por sus hombros y la acerco a mi cuerpo, pensando en lo mucho que me gusta estar con ella y en que consigue hacer que, por unas horas, mande los problemas a un rincón tan apartado que les cuesta salir a la superficie.

Al final, nos olvidamos de todas las series empezadas que tenemos y decidimos poner el primer capítulo de *The boys*, una serie sobre superhéroes que le ha recomendado su hermano Javier. Cuando el primer capítulo termina y lo llama por teléfono gritando, temo por la vida de su hermano aunque esté a miles de kilómetros de distancia y sepa que es imposible matar a alguien por teléfono.

—¡¿Pero tú has visto que cosa más gore me has hecho ver?! ¡Casi me da un infarto! No, no la he visto sola. Con un amigo. Si...

—No sé a qué hará referencia ese sí, solo puedo intuir cómo, al decirlo, me ha echado un vistazo—. Que paso de ti. Te libras porque estás en no sé qué ciudad China... bueno, pues Tailandesa... Oye, ¿te vas a quedar a vivir allí? Porque ibas para unos días y ya he perdido la cuenta de las semanas que llevas... ¡Que te has enamorado! ¡A que sí! Bueno, ya me lo confesarás. No tengo prisa...

¡Y no me lées! Que te llamaba para cagarme en tus muertos, ¡porque ahora tengo que ver el segundo capítulo! —Las risas de su hermano se escuchan desde la lejanía—. Te dejo. Por ahora. Pero quiero que esta semana hablemos por Skype. Sí, sí. Yo también te quiero. Eso sí, menos que ayer.

Lanza el teléfono al otro lado del sofá y se gira a mirarme. Frunce el ceño cuando ve mi sonrisa.

—No digas ni una palabra.

Me apunta con un dedo amenazante. Yo hago como que cierro la boca con cremallera y lanzo la llave. No hablamos más en toda la tarde. Nos limitamos a ver capítulo tras capítulo hasta que se hace tan tarde que pedimos unas pizzas. Ella no insinúa si es mejor que se marche a casa y yo no lo pregunto. Simplemente, nos limitamos a hacer las cosas como si de un acuerdo tácito se tratase.

Pienso de nuevo en esas etiquetas que hemos estado evitando y me doy cuenta de que no importan. ¿Para qué las queremos? Vamos a disfrutar del aquí y del ahora, que eso es lo único que nos debe importar.

Capítulo 25

Paula

Corro como alma que lleva el diablo calle abajo. He salido del metro con la lengua fuera y como no me dé un poquito de prisa voy a llegar tarde al trabajo por primera vez en mi vida. Yo no es que sea la reina de la puntualidad como Pedro, que suele llegar quince minutos antes a los sitios y nos reímos de él porque siempre termina cabreado con alguno de nosotros por llegar tarde. Lo que no termina de entender es que nosotros no llegamos tarde, sino que es él que llega demasiado pronto.

La cuestión es que, cuando cruzo la puerta de la clínica Montesinos, estoy a punto de echar el higadillo por la boca y me agarro el costado con fuerza porque me ha entrado flato.

A lo mejor, tienen un poquito de razón mis hermanos cuando insisten en que debería hacer algo de ejercicio. Además de subir, muy de vez en cuando, por las escaleras hasta mi casa.

Llego hasta el mostrador arrastrándome y me dejo caer en una de las sillas.

Adriana, que es la única que se encuentra allí, me mira con la ceja levantada mientras come una piruleta. Se saca el móvil del bolsillo y consulta la hora.

—Por los pelos.

—Calla mujer, que me muero. Creo que me está dando un infarto —consigo articular. He tardado casi tres minutos en terminar la frase.

—¿De dónde vienes?

Inspiro y espiro por la nariz contando hasta tres cada vez, mientras siento cómo el corazón vuelve poco a poco a la normalidad.

¿Qué de dónde vengo? Pues muy sencillo. Me he levantado en casa de Alejandro a una hora prudente, con tiempo suficiente para ir a mi casa, darme una ducha corta y vestirme con ropa de persona adulta y responsable. Lo tenía casi conseguido, pues ya me estaba

abrochando el botón del vaquero cuando el doctor me ha mirado con ojitos de cordero degollado pidiéndome un beso. Yo me he negado porque, bueno, somos propensos a que las cosas se nos vayan de las manos.

—Uno chiquitito. Te lo juro —me ha dicho, el muy cabrón.

Me he negado una vez. Dos ya no he podido. Pero es que, claro, me mira con esos ojazos que tiene que me dejan un poco tonta y me pierdo.

Vaya que si me pierdo.

En mi vida me había quitado un pantalón vaquero tan rápido. Las bragas, al terminar, han ido directas a la basura. Y el sujetador tengo que llevarlo a que me lo arreglen porque el cierre ha quedado un poco inservible. Pero es que ha sido rozar su boca con la mía y olvidarnos de la hora, el trabajo, las prisas y hasta de nuestros nombres. No he podido evitar pedirle más y él, como buen caballero que es, dármelo. Primero suave, jugando con mi cuerpo como si de las cuerdas de una guitarra se tratase hasta volverse loco con mis jadeos, mis gritos y mis súplicas a que me diese más y fuerte. Muy fuerte.

He terminado tumbándolo a él boca arriba en la cama y conmigo encima a horcajadas, mientras me clavaba las yemas de los dedos en las caderas y me dejaba besos húmedos y pequeños mordiscos por el cuello o la barbilla.

Me ha hecho perderme en él y en mí de tal manera que, cuando me he querido dar cuenta, ya llegaba tarde a todos los sitios. He salido corriendo de su casa mientras se reía a carcajadas. Me ha ofrecido ropa suya, pero es que eso de ir sin ropa interior pues como que no me va. Soy muy liberal y de mente abierta para muchas cosas, pero a mí el kiwi me gusta llevarlo bien tapado. Sobre todo si voy a estar en la calle y, más concretamente, en el trabajo.

No me he duchado. Me he lavado a partes con las toallitas de bebé que siempre tengo en casa, me he puesto lo primero que he encontrado al abrir el armario y he salido escopetada. Mi idea era pillar un taxi, pero tengo el chip tan incrustado en mí que sin darme cuenta estaba corriendo para coger el metro.

Aunque lo he maldecido unas doscientas veces en lo que llevamos de mañana y he querido matarlo otras tantas, no puedo

evitar sonreír cada vez que pienso en él con el pelo revuelto, las marcas de mis uñas en la espalda y la sonrisa de satisfacción que me ha regalado cuando me desplomaba sobre su pecho después de regalarme uno de los mejores orgasmos de mi vida.

—Bueno, ¿vas a contarme por qué parece que te hayas pegado con alguien esta mañana y por qué has llegado justita?

La pregunta de Adriana me devuelve al presente y cuando la miro no puedo evitar sentirme un poco culpable, porque voy a mentirle.

Odio las mentiras y no soy propensa a recurrir a ellas, menos aún si se trata de una amiga, pero no puedo contarle que me acosté con Alejandro. Los tres somos compañeros de trabajo y la situación sería, cuanto menos, embarazosa. No juzgo a Adriana. Me encanta su forma de ser y, en un noventa por ciento, es igual a la mía. Por eso sé que la discreción no está entre sus virtudes. Y, ahora mismo, es lo que más necesito.

Me horroriza pensar en que lo nuestro llegue a oídos de mi jefa y eso pueda repercutir en mi trabajo de alguna manera. Los discursos de: «tu vida, tuya es» y «nadie puede decirte lo que puedes o no puedes hacer», me los sé de memoria, pero eso no evita que me sienta incómoda al pensar que Irene se entere. Primero, por lo dicho, porque ella es mi jefa. Segundo, porque no puedo dejar de pensar en que yo no soy la única compañera de trabajo con la que Alejandro se ha acostado. Aunque cuando comentamos el tema por encima él me dijo que lo de Irene fue un caso puntual y aislado porque surgió en ese momento y a los dos les apetecía sin más, también es cierto que las mujeres, queramos o no, somos un poco envidiosas y celosas entre nosotras, y no me siento cómoda con la situación.

Además, si ni siquiera hemos salido en todos estos días de las cuatro paredes de componen su casa o la mía, ¿qué sentido tiene contarlo en el trabajo? Tampoco hemos determinado qué somos o dejamos de ser. O qué queremos el uno del otro. Nos hemos aferrado tanto al «vive el ahora» que no estamos haciendo caso a nada más.

Adriana chasquea los dedos frente a mi cara reclamando mi atención. Recuerdo que me ha hecho una pregunta y contesto lo

primero que se me ocurre.

—Se me han pegado las sábanas.

—¿Estás segura?

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque si es así necesito que me compres un juego como el tuyo. Llevas tal chupetón en el cuello que ya quisiera yo uno así para mí.

—¡No me jodas!

Me incorporo tan rápido que me mareo. Cuando se me pasa voy hasta el baño con la mano en el cuello para verlo, maldiciendo a Alejandro un poco más.

Cuando llego al baño y me miro en el espejo a la que quiero matar es a mi amiga. No llevo absolutamente nada en el cuello. Sus carcajeos, que resuenan en la clínica vacía, recuerdan a las risas de una hiena. Vuelvo a mi puesto de trabajo con la cabeza y la barbilla en alto y bien digna. Eso sí, antes de sentarme le doy un empujón, lo que solo consigue hacerla reír más.

—Vete a la mierda.

—Oh, vamos, Paulita. Tendrías que haberte visto la cara.

—Que paso de ti.

—Pero ¿por qué? ¡Encima de que me mientes te enfadas tú!

—No te he mentado. —Me mira frunciendo el ceño, pareciendo indignada. Resoplo—. Te he ocultado información. Es distinto.

—Déjate de gilipolleces. Me has mentado en todo el contexto de la palabra. Pero yo no me enfado. Solo me dices algunas cosas de ese semental y todo arreglado.

—No hay nada que contar.

—Algo habrá cuando has salido corriendo como si una horda de zombis te persiguiese. Además, mi vida sexual es inexistente y necesito vivir a través de la tuya.

—¿Qué pasa con tu compañero de piso?

—¿Qué compañero?

—¿Con cuántos compañeros te has acostado en las últimas semanas? Creo recordar que se llamaba Joel, que era suizo y que follaba como los ángeles.

—Ah. Pues muy sencillo. Lo que pasó es que cogió sus alas y se marchó volando a follar con otras.

Lo dice con la misma pena con la que me contaría que acaban de subir cinco euros el kilo de los tomates. Aun así, arrastro la silla para acercarme a ella y poder darle un abrazo.

—Cielo, lo siento mucho. —Antes de poder tocarla me da un manotazo en la mano, apartándome. A veces se me olvida lo poquito que le gustan a esta chica las muestras de afecto.

—A mí no me vengas con ñoñerías y empieza a soltar por esa boquita. «¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿De dónde es? ¿A qué dedica el tiempo libre?...».

Aunque mi intención es ignorarla y hacer como que no la escucho, su imitación de José Luis Perales es de lo peorcito que he visto u oído en mi vida, y no puedo evitar morirme de risa. Continúa con la canción, cogiendo un bolígrafo como micrófono mientras me tapo los oídos y pido clemencia.

Está a punto de subirse a la silla para terminar su actuación cuando la puerta se abre. Además de entrar una ráfaga de viento que consigue hacerme cerrar los ojos, varios doctores, entre ellos Martín y Glenda, también lo hacen. Esta última con un café para Adriana y otro para mí, además de con una bolsa con *croissants* dentro, a tenor de cómo huele el ambiente.

Mi compañera se abalanza sobre ella en cuanto la doctora la deja sobre el mostrador.

—Eres la mejor, Glenda. Te daría un morreo si no tuviese tanta hambre. —Aún no ha terminado la frase cuando ya tiene medio *croissant* en la boca—. Dios. Esto es mejor que cualquier orgasmo que me haya regalado el suizo ese. O cualquier otro.

Cierra los ojos y gime, recordándome a Meg Ryan en esa película en la que imita en un restaurante a una mujer teniendo un orgasmo. Todos nos reímos menos Martín, que la mira de forma intensa y muy seria, nada habitual en él.

Cuando mi amiga termina con la función y abre los ojos, en vez de sonreír y dar las gracias, lo que sería habitual en ella, se queda atrapada por la mirada de Martín. Este, antes de que ella pueda abrir la boca, da la vuelta al mostrador y se acerca a su oído.

—Sabes que eso no es verdad. Cuando quieras, te recuerdo que puedo provocarte mejores orgasmos que el que acabas de fingir y, sobre todo, mejores que los que el suizo ese pueda haberte dado.

Aunque lo dice muy bajito yo estoy al lado y no puedo evitar tener el oído fino. Mi amiga se queda a cuadros; es la primera vez que no la escucho replicar. Martín se da media vuelta y se marcha acompañado de los demás. Yo no puedo dejar de mirarlos a ambos sin saber muy bien qué cojones acaba de pasar.

La puerta vuelve a abrirse y esta vez es Alejandro quien la cruza. Lo hace solo, con ese aire chulesco que lo caracteriza y que le queda tan de puta madre. Al contrario que a mí, se nota que al tío le ha dado tiempo a ducharse, a afeitarse y a vestirse como una persona decente. No ha venido corriendo con los pelos de loco ni con la sensación de que perdía el alma por el camino.

—¿Qué tal, señoritas?

Adriana no contesta. Sigue embobada mirando por dónde nuestro compañero ha desaparecido. Yo coloco mi mejor sonrisa de niña buena, la misma que he estado utilizando últimamente en el trabajo, mientras lo miro de arriba abajo y me debato entre matarlo por ir tan de punta en blanco y yo parecer la loca del coño, o en pedirle ir a su despacho y tirármelo sobre la mesa. Algo que, todo sea dicho de paso, creo que es la fantasía sexual de muchas mujeres. La mía, incluida.

—Aquí, trabajando. O a punto de hacerlo. Y usted, ¿qué tal se encuentra, doctor?

Se muerde el interior de la mejilla, ocultando la gracia que le produce que lo llame doctor.

—Mejor que nunca. Aunque he pasado una noche un poco movidita, debo reconocer que hacía tiempo que no dormía tan bien. Eso sí, la mañana ha sido todavía mejor.

Cierro las piernas por debajo de la mesa, maldiciendo que una simple frase haya conseguido ponerme tan cachonda.

—Señorita, Baró. Señorita, Vals. —Hace una pequeña inclinación de cabeza, nos guiña un ojo y se marcha.

Dejo caer la cabeza hacia delante mientras un largo suspiro se escapa de entre mis labios, así como las ganas que tengo de levantarme y seguirlo, porque no puedo evitar recordar la noche y la mañana que he pasado con él, y darme cuenta de que yo también he dormido muy bien. Poco, pero rematadamente bien.

Me obligo a apartar las obscenidades a un lado y a recordarme que estoy en el trabajo y que tengo unas tareas que cumplir. Estoy a punto de encender el ordenador cuando noto que unos ojos negros como los de un gato me acechan. Me abalanzo sobre Adriana tan rápido que no caemos las dos al suelo de puro milagro. Le tapo la boca con la mano impidiéndole que la abra, pero esta saca la lengua y me la lame entera.

—¡Serás cochina! —Me la restriego contra el pantalón, lo que le da vía libre para decir lo que le dé la gana.

—¡¡Te estás tirando a nuestro doctor macizo!!

—¡No grites! ¿Quieres que te oigan en toda la clínica?

—No estoy gritando, estoy susurrando.

—Pues susurra mejor, joder.

Vuelvo a mi sitio y me dejo caer en la silla, tapándome la cara con las manos.

—Te estás tirando a nuestro doctor macizo —repite, esta vez tan bajito que dudo hasta de que ella misma se haya escuchado. Miro alrededor, asegurándome de que estamos las dos solas y nadie nos escucha—. ¿Quieres dejar de buscar, que pareces un perro? No hay nadie, narices, así que haz el favor de soltar por esa boquita.

—No me estoy acostando con nadie. Y te agradecería que dejases el tema.

—Y yo agradecería que no me tomes por idiota. Por vuestras caras diría que no es algo que pasó ayer y, mucho menos, que haya pasado solo una vez, así que voy a pasar por alto que no me lo contaras antes, pero ahora está claro que tienes que hacerlo.

El teléfono suena salvándome de tener que contestar. Descuelgo rápido antes de que mi compañera se me adelante y le doy la espalda, con la esperanza de que también capte la indirecta de que quiero que me deje en paz. Hablo con la persona que ha llamado, una chica que quiere coger cita con ginecología, mientras siento los ojos de Adriana clavándose en mi espalda.

La puerta se abre y los médicos que faltaban por llegar comienzan a hacerlo, así como algunos pacientes. Les estoy tan agradecida a todos que poquito me queda para saltar el mostrador y abrazarlos. Uno a uno.

Pero la alegría dura poco, pues en cuanto nos quedamos a solas ya la tengo otra vez encima.

—¿Vas a hablar? —Me paso una mano por el pelo, exasperada, y me giro a mirarla. Me estoy enfadando, lo veo venir, y yo enfadada no molo nada.

—Te he dicho que no, y ya no sé cómo decírtelo. No me he acostado con nadie y punto. Olvida el tema.

—No, mis cojones.

—Adriana, yo soy malhablada, pero tú te estás pasando, amiga.

—¡Eso es porque me pones de los nervios!

—¿Que yo te pongo de los nervios a ti? Te tengo como una mosca cojonera desde hace casi una hora y no me quiero enfadar, pero lo estás consiguiendo.

—Pues habla conmigo.

—¿Igual que tú has hablado conmigo?

—No sé qué quieres decir. Yo te lo cuento todo. A veces, hasta yo me doy cuenta de que me paso en mis explicaciones, así que no tengo ni idea de a qué te refieres.

Se me escapa una risa un tanto sarcástica porque esto es el colmo. Señalo con el dedo el pasillo, justo por donde se ha marchado Martín.

—«Cuando quieras, te recuerdo que puedo provocarte mejores orgasmos que el que acabas de fingir...» —repito las palabras del cardiólogo.

—¿Eso? Sí, me acosté con Martín. Ya lo he dicho. ¿Cuál es el problema?

—¿Por qué no me lo contaste en su momento?

—Porque me gustó tanto que me acojoné. Así que fingí que no había pasado y seguí mi relación con él como siempre. Si te lo contaba a ti sería real y no estaba preparada para que lo fuera.

Sus palabras, su sinceridad, me dejan tan fuera de juego que solo soy capaz de boquear como un pez. Se acerca hasta mí arrastrando la silla y me coge de las manos, obligándome a mirarla muy fijamente.

—¿Es eso lo que te pasa con Alejandro?

—¿Que me gusta el sexo con él? Pues claro.

—Por el cutis tan perfecto que tienes y la sonrisa de idiota no hace falta que me lo jures. Pero me refería a que si eso es lo que te pasa con él. Si te gustó tanto que estás acojonada y por eso no lo has dicho.

—No es solo eso, ni mucho menos. Es... no sé. Aquí no lo he contado porque este es nuestro lugar de trabajo. —Va a abrir la boca, pero la corto antes de que lo haga colocando el dedo índice sobre sus labios—. Y tampoco creo que sea algo que deba ir pregonando por ahí y, antes de que rechistes, no te lo he dicho a ti porque, Adri, debes reconocer que muy discreta como que no eres. Y no sabemos qué somos ni nada, así que prefiero seguir manteniéndolo en secreto... ¿podrás hacerlo?

Pone los ojos en blanco y se lleva una mano al pecho, todo de forma muy teatrera, aunque sabe que tengo razón. Es muy buena chica y me río muchísimo con ella, pero no se caracteriza por la discreción.

—Lo intentaré.

—¡Adri!

—Es broma, es broma. Hay que ver cómo se pone la niña. Voy a ser la discreción en persona. Palabrita del niño Jesús.

—Eres la tía más atea que conozco. Te digo yo dónde me meto tu palabrita del niño Jesús.

—Cojones, Paula. Nada te viene bien.

—Tú prométemelo y punto.

—Lo prometo.

Se besa el dedo gordo y el índice y me estrecha la mano con firmeza. La mira de forma amenazante para darle más énfasis a mis palabras, porque poco más puedo hacer. Era cuestión de tiempo que se enterara. Si hay una cosa que reconocerle es que es una tía muy perspicaz, y no puedo negar que tengo cara de idiota.

La puerta se abre y Esther, que llega como una hora tarde, hace acto de presencia. Aunque cada día me pone más nerviosa y soporto menos su presencia, hoy la agradezco. Debo terminar con esta conversación cuanto antes. Pero, como siempre, mi compañera no deja de sorprenderme; sin ni siquiera pararse a dejar el bolso enfila directa a la sala de descanso.

—No hay derecho a que haya gente en el paro que de verdad necesita un trabajo, y luego esté esa aquí todo el día pelando la pava. Me pongo mala, te lo juro.

Adriana se ríe por mi cara de asesina, pero es cierto. No hay derecho y no lo soporto. Entiendo que es familia o conocida de Irene, no lo tengo muy claro, pero eso no debería darle derecho a no hacer nada en todo el día. Le saco el dedo corazón a mi amiga antes de colocarme frente a mi ordenador y hacer algo de provecho.

—Espera, que tengo que preguntarte una última cosa.

—Si es por el tamaño o algo relacionado, mejor te lo ahorras.

—No soy tan ordinaria. Además, que ya te he dicho que tienes cara de idiota, así que hay preguntas que no necesito hacer. Ya me sé las respuestas.

—Venga, lianta. Dispara.

—¿Con él te has dejado dar por detrás? Ya sabes. Lo comentamos ese día en el bar y te miraba con ojitos. Yo creo que el tema le ponía bastante.

—¡¡Serás puerca!!

Adriana se agarra fuerte la barriga mientras rompe a reír a carcajadas y yo le lanzo todo lo que tengo a mi alcance y no hace daño, como clips, bolígrafos y bolitas de papel que hago con los folios.

Esther regresa y el trabajo continúa, aunque eso no le impide a mi amiga ponerme ojitos o mover el trasero cada vez que me pilla mirándola. Intento mostrarme enfadada o, por lo menos, ofendida, pero con ella es imposible, así que me limito a hacer mi trabajo, a ignorarla y a esperar a salir de aquí para tener con Alejandro, por lo que parece, una conversación pendiente.

Capítulo 26

Paula

La tarde del viernes me pilla en Rosa Clará, concretamente, en sus supervestidores, esperando a que Eva salga de detrás de un biombo y me enseñe el octavo traje de novia que se está probando.

En esta tienda.

Porque contando la tarde improductiva de hoy y la de días anteriores, esta es la quinta tienda en la que entramos. Hemos probado Pronovias, Jorge Aparisi, Josefina Huertas y otra más que no tengo ni idea de cómo se llama. Solo espero que en esta se decida. A mí me gustan muchos, a ella no le gusta ninguno.

Iba a venir su madre, pero algo de acompañar a su hermana a unas pruebas médicas le ha impedido hacerlo. La mía tampoco podía y hoy Daniela tenía turno doble, así que nos hemos quedado Pili y Mili. Casi lo agradezco, porque no recuerdo cuándo fue la última vez que estuvimos solas y lo echaba de menos.

Me termino el paquete de quicos y me limpio en el vaquero. Si me viera mi madre me cortaría las manos.

—¿Crees que este va a ser el definitivo?

—¿Quieres hacer el favor de no agobiarme?

Me levanto y me acerco al biombo.

—No te agobio. Es que habíamos hecho un trato y no lo estás cumpliendo.

—Creo que elegir el vestido perfecto no es delito.

—Claro que no. Lo que es pecado mortal es visitar tantas tiendas. Si el que te probaste en Jorge Aparisi, el segundo, era maravilloso. Y no tenías que dar a tu primogénito como aval, no como aquí. —La dependienta saca la cabeza y me fulmina con la mirada—. Con perdón.

Ni perdón ni leches. Esta me clava el alfiler cuando pase por mi lado.

Levanto los brazos en alto y, muy lentamente, camino hacia atrás hasta volver a sentarme en mi silla.

—Ya lo sé, ¿vale? Es solo que... no sé, Paula. Necesito que sea perfecto y vi este el otro día y, de verdad, creo que lo es.

—Vale, vale. Pero haz el favor de salir ya.

Primero sale el hurón o, dicho de otra forma, la dependienta, y segundos después lo hace mi amiga, y lo hace vistiendo el traje de novia más bonito que he visto en mi vida. Mentiría si dijera que alguna vez no he ojeado algún catálogo o no me he quedado embobada admirando sus escaparates, pero no es algo con lo que haya soñado toda mi vida, con el día en el que me vista de novia. Eso siempre ha sido algo de Eva. Y lo ha conseguido. Vaya si lo ha hecho.

—Dios mío, Eva...

—¿Te gusta?

Su sonrisa demuestra que ya conoce la respuesta a esa pregunta.

Anda hasta situarse en el centro de la sala y subirse a una especie de tarima que hay. Yo me quedo sentada porque me he quedado tan impactada al verla que no me puedo ni mover. Si yo me he quedado así no quiero ni imaginar el día en el que Marcos la vea. Me río solo de imaginarlo. Eva frunce el ceño, mirándome.

—No pongas esa cara. Solo me estoy imaginando a mi hermano en el momento en el que te vea llegar del brazo de Junior con eso puesto. Si no te lo arranca con los dientes en ese mismo instante ten por seguro que lo hará en uno de los baños de la Masía.

—¡Serás animal!

—Tú ríete, pero ambas sabemos que es una pena que te gastes el dinero para algo que te va a durar tan poco puesto.

Se sonroja tanto que termina haciendo juego con el color del vestido. Y es que Eva no va vestida de blanco, lo que lleva es un vestido rojo. Rojo sangre. Rojo, del mismo color que el que llevó la noche en la que todo cambió hace ya cuatro años. La noche en la que se iba a casar con otro y terminó en la cama con Marcos. La noche en la que se dio cuenta de que él la quería tanto como ella a él, solo que después no terminó de demostrárselo muy bien. Pero la cuestión es que el color rojo siempre ha sido especial para ellos. Supuse que lo utilizaría de algún modo el día de su boda como recogido, como accesorio o incluso en los zapatos. Nunca imaginé que lo haría en el vestido.

—Es una pasada. Palabrita.

Da una vuelta sobre sí misma, haciendo que la falda y el pequeño tul del dobladillo se muevan.

—Mirándote me siento como Richard Gere en *Novia a la fuga*.

—Ya te gustaría a ti ser Richard Gere.

—Hombre, puestos a elegir prefiero ser Julia Roberts. A mí eso de tener polla como que no me va.

A la dependienta le da un pequeño ataque de tos y mi amiga estira el brazo para palmearle la espalda. Se disculpa un segundo para ir a por agua y nos quedamos las dos solas. Me pongo en pie y me acerco hasta ella.

—Entonces, ¿te gusta?

—Yo no entiendo mucho de moda y no tengo ni idea de si esto es cuello de barca o palabra de honor...

—Es de manga francesa, de guipur, con el escote palabra de honor, lazo en la cintura y la falda con un poquito de tul en el dobladillo y con vuelo para que al moverme haga *flu flu*.

—Lo que sea. Es este, nena. Lo has encontrado y estás impresionante.

Da un par de vueltas más antes de que la ayude a quitárselo. La mujer no ha vuelto y nosotras ya estamos cansadas y hambrientas. Y con la comida no se juega. Se lo quita con cuidado para no pincharse con los alfileres que le han colocado en la espalda y bajo la axila. Lo guardamos en el plástico correspondiente y salgo a buscar a alguien que nos haga caso. Quedo con una chica muy maja que me encuentro al salir del probador en que volveremos en un par de meses y, cuando Eva ya está lista, salimos en busca de un Starbucks donde tomarnos un *frappuccino* de caramelo y un rosco de canela. Para poder cogerme la tarde libre he cambiado el turno con Adriana y he trabajado sin parar de ocho a cinco. No he comido nada, así que tengo las tripas que parece que estén bailando el *hula hoop*.

Gimo de placer en cuanto le doy el primer bocado al bollo.

—Un poco más y tienes un orgasmo aquí mismo. —Eva niega con la cabeza mientras se ríe.

—Estaba famélica, te lo juro. Encima, esto está de muerte. No entiendo cómo no te puede gustar la canela. ¡Si encima es afrodisiaca!

—Las ostras también y no te las comes.

—Primero, no se sabe a ciencia cierta. Unos expertos dicen que sí y otros que no. Segundo... ¡Me vas a comparar! Eso está asqueroso y esto —alzo el bollo en alto—, amiga mía, es un manjar.

Engullo lo que queda y sonrío con la boca llena, con lo que solo consigo atragantarme y que me dé un ataque de tos. Eva se levanta para golpearme en la espalda, pero se está riendo tanto que le entra flojera y no le sale la fuerza.

—¡Ay, que me meo!

—¡Y yo me ahogo! —Del ataque de tos me pican hasta los ojos. Bebo del *frapuccino* tan rápido que el frío me congela los dientes y el cerebro.

Tras unos segundos en los que ha venido hasta uno de los camareros para ver cómo me encontraba, mientras yo intentaba hablar y decirle que bien y mi amiga salía corriendo al baño porque, en serio, de la risa se meaba encima, consigo calmarme. Hago la fiel promesa de no volver a comerme uno de esos en mi vida. Son el mal y solo ha querido matarme.

—Si comieras como las personas estas cosas no pasarían.

La mando callar con un gesto de la mano y obedece en el acto, pero la sonrisa no desaparece de su rostro. Me levanto a pedirme un *espresso panna* bien caliente, que después del trago que le he dado a esta bebida fría me he quedado congelada y necesito algo calentito. Cuando regreso Eva ya está más tranquila y degusta su *Macchiato* sin quitarme los ojos de encima. Me siento, me pongo el azúcar y cuando levanto la vista observo que continúa en la misma posición.

—¿Qué?

—¿Cuándo vamos a hablar de tu doctor?

—No sabía que teníamos que hablar de él. —Ahora me mira poniendo los ojos en blanco, exasperada. Chupo el palito de madera con el que le he dado vueltas al café y después me llevo el vaso a los labios, bebiendo tranquila, con calma, mientras siento cómo mi cuerpo entra en calor.

—¡Oh, vamos! Mira que eres exasperante. ¿Quieres decirme cómo te va con él?

Claro que quiero, porque estoy tan feliz que parece que vaya flotando en una nube de algodón. Cuando se lo cuento a mi amiga vuelve a reírse de mí, pero no me importa. Ya he dicho que estoy tan feliz que me da igual que se burlen.

Aunque ya se lo he contado por encima estos días cuando hemos hablado por teléfono, le vuelvo a hacer un mini resumen de cómo está siendo la cosa entre Alejandro y yo. Bebe para esconder la sonrisa cuando le confieso que desde que nos acostamos por primera vez solo dormimos separados la noche de Halloween. Que, normalmente, nos quedamos en su casa aunque hemos ido alguna vez a la mía, y que nos hemos aficionado a dormir en la posición de la cucharita. Le doy detalles de todas las series y películas que hemos visto y le confieso que le estoy enseñando a cocinar, aunque es un alumno un tanto nefasto.

Eva no dice mucho más que algún que otro monosílabo o suelta alguna pequeña carcajada cuando algo le parece divertido. Lo que más hace es pinzarse el labio, colocarse el pelo detrás de la oreja y desviar la vista hacia la mesa o hacia algún otro sitio que no sea yo cuando le da sorbos a su bebida.

Son demasiados años juntas como para no conocer todos y cada uno de sus gestos; está nerviosa y se muere por preguntarme o decirme algo, pero no sabe cómo hacerlo.

—¿Qué pasa? —Dejo el recipiente sobre la mesa, me apoyo en el respaldo y me cruzo de brazos.

—No pasa nada.

—Venga, suéltalo. De tanto que te estás mordiendo el labio te vas a terminar haciendo sangre.

Eva suelta un quejido lastimero. De esos que le salen cuando sabe que va a decir algo que puede que no te siente muy bien. Deja su vaso también sobre la mesa y se coloca en la misma posición que yo.

—¿No pasáis demasiado tiempo juntos?

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Que habéis pasado del nada al todo tan rápido que solo quiero que lo tengas claro.

—Me estoy divirtiendo. No, corrijo. Nos estamos divirtiendo. ¿Qué hay de malo en eso?

—No saques las garras tan pronto, tigresa. No hay nada de malo. Me encanta verte sonreír y el brillo que desprenden tus ojos. Solo quiero saber si estás bien y si controlas la situación.

—Perdona, tienes razón. Y sí, controlo la situación. El sexo con él es fantástico. Es un tío divertido con el que me río. Disfruto del momento, del ahora, y eso es lo único que me importa. ¿Es malo?

Mi amiga tuerce la boca y me mira durante unos segundos. Después se levanta de su sillón y se mueve hasta sentarse en el mío. Se apretuja contra mí y me agarra del brazo.

—Nada que nos haga felices puede ser malo.

Sonrío y apoyo la cabeza sobre su hombro, porque tiene mucha razón.

—¿Sabes lo que creo? Que deberías traerlo mañana por la noche a casa. Marcos ya lo conoce y, según nos dijo, es buena gente. Ya lleváis prácticamente un mes acostándoos juntos y, por lo que parece, no es ningún asesino en serie. Es una cena entre amigos. Tráelo.

El domingo Marcos se tiene que marchar de viaje una semana a Oporto, así que hemos trasladado la comida del domingo al sábado por la noche. No sabía si comentárselo o no a Alejandro porque, bueno, eso supondría dar un pasito más en nuestra relación y me daba un poco de miedo, pero ahora que Eva lo comenta tampoco me parece tan mala idea. También servirá para saber un poco mejor en qué punto estamos.

Capítulo 27

Alejandro

Llueve a cántaros. Las gotas golpean contra el cristal con fuerza y el limpiaparabrisas va tan rápido que parece que vaya a salir disparado. Odio el invierno. Aunque son apenas las ocho de la tarde parece noche cerrada. El cielo está negro y no se ve prácticamente nada. En la radio suena *No se me quita*, de Maluma y Ricky Martin. Apoyo la frente contra el cristal de la ventanilla e intento con todas mis fuerzas centrarme en la canción, porque si lo hago en la persona que tengo al lado me va a dar un infarto.

Vamos en el coche camino a casa de su hermano para cenar. Cuando me lo comentó ayer en un principio me negué, pero cuando me preguntó por qué no quería ir y no encontré una buena razón, decidí que no pasaba nada por salir un poco de casa y relacionarnos con otras personas. Acerté en cuanto fui consciente de la felicidad que transmitían sus ojos y su sonrisa de oreja a oreja. Y me gustó sentir en mí esa misma felicidad.

Pues bien. Ahora mismo ya no queda nada de todo eso. Se ha esfumado en cuanto Paula ha metido la primera. He ido a recogerla en mi coche porque ella no tiene. Cuando me ha pedido las llaves y me ha dicho que sería más cómodo si conducía ella que se sabía el camino en vez de estar indicándome todo el rato, me ha parecido buena idea. No soy de esas personas que tienen problemas en que otros lleven su coche o en dejarlo. Con lo que sí tengo graves problemas es con morir, y no tengo muy claro si lo voy a hacer esta noche.

Paula conduce como si fuese la protagonista de *A todo gas*, tanto dentro como fuera de la ciudad. Hemos pasado tan cerca de un autobús que todavía me pregunto cómo no nos ha golpeado.

—Tranquilízate, doctor, y disfruta del camino, que yo controlo.
—Me ha soltado cuando he empezado a gritarle que frenara.

Mis cojones, controla.

Podía haberme puesto a discutir con ella sobre lo temeraria que es frente al volante, sobre los *stops* que se ha saltado o sobre que cuando llueve no se puede correr porque puedes derrapar y hasta

luego, Maricarmen. Pero he preferido callarme y dejarla concentrarse en la carretera. Lo que tengo que hacer es no volver a dejarle conducir mi coche. Ni ningún otro, ya puestos.

Ralentiza el coche hasta que nos detenemos por completo. Miro alrededor. Parece que hemos llegado. No sé cuánto tiempo hemos tardado, pueden haber sido veinte minutos o veinte horas. Se me han hecho eternos. Estaba tan concentrado en pedir a todos los Dioses que existen que no me dejaran morir esta noche, que no he prestado atención al camino, así que no tengo ni idea de dónde me encuentro.

—¿Preparado para salir corriendo?

Me desabrocho el cinturón de seguridad y antes de abrir la puerta me inclino y beso la parte delantera.

—Gracias por ser tan buen coche y no dejar que nos estrelláramos.

—¡Serás exagerado!

—Sí, sí. Pero tú estás como una cabra.

—Eso no es verdad. Conduzco muy bien. ¿Nos hemos chocado con algo?

—No. Y todavía me pregunto cómo es eso posible.

—Porque yo controlo, chaval. Ya te lo he dicho.

Abro la puerta y cierro, negando con la cabeza. Llueve a cántaros y me estoy empapando, pero me aseguro de que Paula también ha salido antes de cerrar el coche con llave y echar a correr hacia algún sitio con un poco de techado. Pero no es necesario. Paula se me adelanta y comienza a llamar con insistencia al timbre del adosado que tenemos justo delante.

—¿Sí?

—¡¡Nos estamos mojando solo un poquito!!

La puerta se abre con un suave clic y subimos los escalones que hay de dos en dos. Un chico alto y moreno nos recibe en la puerta principal. Al llegar a su altura me doy cuenta de que es su hermano Marcos.

—¿Por qué no has abierto con tu llave?

—Porque os podía pillar haciendo guarradas varias, y yo paso.

—Paula, hija, que tenemos una edad.

—Sí. La del pavo.

—Esa será la tuya. La mía es la del ser adulto y responsable.

—Déjame que lo ponga en duda. —Aunque no puedo ver bien su cara, pues está de espaldas a mí, sé que está poniendo los ojos en blanco.

Estoy parado en el recibidor sin saber bien qué hacer. Llevo las deportivas caladas y noto cómo las gotas de agua me caen por el pelo y se cuelan por la camiseta. Paula no está mucho mejor que yo y ha comenzado a tiritar.

—Madre mía, ¡si estáis empapados!

De la puerta que queda a la derecha, que parece ser el aseo, aparece una chica rubia frotándose las manos en un trapo de cocina. Lleva un vestido de manga larga color verde manzana y unas medias tupidas en negro. Aunque no la conozco, por la descripción que me ha hecho Paula, debe de ser Eva.

—Es que está cayendo el diluvio universal y nosotros sin saberlo, oye. Dentro de nada nos encontramos a Noé con su arca pasando por la puerta.

—Déjate de arcas y subid a cambiaros de ropa, que vais a coger una pulmonía.

—Vale, mamá —le dice con retintín a su amiga—. ¿Me quito las botas y las dejo aquí?

—No. Dámelas. Cuando os cambiéis, bajadlo y lo pondré todo junto en la secadora.

Asiente. Se descalza, da media vuelta para darme la mano y es entonces cuando repara en mi ceja arqueada y mi cara de circunstancia.

—¡Perdona! Madre mía, lo siento. —Se coloca a mi lado, me agarra del brazo y sonrío—. Eva, este es Alejandro. Alejandro, esta es Eva, mi mejor amiga, mi cuñada y la pobre que tiene que soportar a este —señala a su izquierda—, que es Marcos. Mi hermano.

Eva se acerca a mí y me da dos besos con cuidado de no mojarse. Marcos me estrecha la mano con un apretón fuerte.

—Ya nos conocemos, ¿recuerdas? Fue el día ese en el que me hiciste ir a tu casa a cuidarlo y me estuviste dando el coñazo con llamadas de teléfono y mensajes para ver cómo estaba.

—Fueron un par.

—Fueron un no parar, querrás decir.

Paula murmura algo que no entiendo mientras Eva los llama niños y les dice que está hasta las narices de ellos. Marcos sonrío y le guiña un ojo antes de desaparecer hacia el fondo, donde está la cocina-comedor.

Antes incluso de que pueda quitarme los zapatos, Paula me está cogiendo de la mano y arrastrando escaleras arriba. Entramos en un cuarto que parece ser el principal, pues tiene una cama de matrimonio justo en el centro y el baño está dentro del dormitorio. Paula se acerca hasta el armario y comienza a rebuscar en él hasta dar con un pantalón vaquero y una camiseta negra de manga larga.

—Toma, ponte esto. Eres un poco más alto que Marcos, pero creo que te servirá. —No me mira a los ojos mientras habla y creo que es porque le ha dado vergüenza el comentario de su hermano. Y eso es algo que me parece adorable.

—Eh, ¿qué pasa? —La cojo de la mano y la obligo a darse la vuelta. La sujeto por la cintura y me agacho, buscándola—. ¿Es por lo que ha dicho tu hermano?

—Es que es imbécil. Tampoco llamé tanto.

—¿No? Pues menuda mierda. Porque me encanta la idea de que estuvieras tan obsesionada conmigo que no pudieses parar de llamar hasta saber cómo me encontraba.

—Eres idiota. —Me da un manotazo en el hombro y se echa a reír.

—Me encanta tu risa. Sobre todo, si soy yo el que la provoca.

Paula ríe más fuerte, echando la cabeza hacia atrás y dejando la garganta al descubierto, momento que aprovecho para acercarme y dejar un beso ahí que va subiendo hasta alcanzar la barbilla y, después, detrás de la oreja.

—Estoy toda mojada. —Me aparto para mirarla con la ceja arqueada y una sonrisa ladina en el rostro. Tarda cinco segundos en entender lo que ha dicho—. ¡Serás guarro!

—¿Yo? Eres tú la que está mojada.

—Sabes que no me refiero a eso, sino a que estoy calada y debería cambiarme de ropa. Igual que tú, por cierto.

—¿Seguro que solo te referías a eso? Porque a mí no me importaría echarte una mano si estás mo-ja-da.

—¿No has tenido suficiente con lo de esta mañana?

—Han pasado demasiadas horas. Ya no sé ni de lo que estás hablando.

—Eres un salido.

—Tú me haces ser así, que es distinto.

—Pues perdone usted, doctor. Intentaré que no vuelva a suceder.

—¿Qué dices?! Puedes ser así cuando quieras.

Me lanzo sobre su cuello y le dejo un pequeño mordisco antes de que se eche a un lado entre risas y me obligue a cambiarme de ropa. Cojo toda la ropa que me ha dado y me marcho al cuarto de baño, pues ya he ensuciado suficiente el suelo del dormitorio. La camiseta me está perfecta, pero sí es cierto que el pantalón, aunque de cintura me viene bien, de largo me está un poco corto. Pero no importa. Bastante han hecho con dejarme la ropa.

—¿Seguro que a tu hermano no le importa que le coja esto?!

—¡Era eso o andar en calzoncillos! Que yo encantada, pero pensé que te daría vergüenza.

Recojo los zapatos, calcetines incluidos, y el resto de la ropa, y salgo del baño para reunirme con Paula en el dormitorio. Está de espaldas a mí con el culo en pompa, cubierto solo por un pequeño tanga, mientras mete el pie por la pernera de un pantalón.

En mi vida había tenido que hacer tanta fuerza de voluntad para no lanzarme sobre alguien.

Se pone recta, se termina de subir el vaquero y se da la vuelta sonriente mientras se abrocha el botón.

—Lista. ¿Pasa algo? Tienes las cejas tan juntas que pareces *unicejo*.

—Será mejor que bajemos antes de que me importe una mierda dónde estamos y te lance sobre esa cama.

∞

Paula

No puedo evitar reír cuando lo veo salir de la habitación refunfuñando y recolocándose el pantalón. Iba a ponerme un

vestido, pero al final he optado por estos vaqueros que me hacen un culo de infarto y con el que estaré más cómoda.

Al llegar abajo nos encontramos con Pedro y Daniela. Tengo un poco de miedo por la presentación del primero con Alejandro, pero se comporta. Ambos le dan las gracias por el regalo del libro a Junior y le cuentan que todas las noches sin excepción, tienen que leerle algún superhéroe antes de irse a dormir. Eso llama mi atención, pues no paran de usar el plural en las frases, dándome que pensar: ¿Pasan todas las noches juntos? ¿Lo que era un «vamos a ir viendo» se ha convertido en un «todo» y no me había enterado?

Busco a Eva. Son muchos los años que llevamos juntas y nos conocemos demasiado como para saber comunicarnos solo con las miradas. Cuando la encuentro, la suya me dice que se está preguntando lo mismo que yo y que ya indagaremos luego.

La noche pasa entre carcajadas, anécdotas y juegos de mesa. Todos integran a Alejandro en el grupo como uno más y, por la forma relajada de su cuerpo y su forma de interactuar, sé que se siente cómodo y que se está divirtiendo.

El momento «molesto» de la noche llega cuando, sin saber aún muy bien cómo, sale a colación que hemos venido en coche y que he sido yo quien conducía. Alejandro, ni corto ni perezoso, les ha contado que no había rezado más en su vida y que no tenía muy claro si iba a morir esta noche. Todos ríen, por supuesto, dándole munición suficiente a mi hermano y su amigo para que se metan conmigo, porque siempre han dicho que conduzco como el culo. Pero eso no es verdad —o es una verdad a medias—, algo que mi amiga corrobora, lo que nos lleva al típico debate sobre si las mujeres saben o no conducir. Aunque solo tenga ganas de coger el cubo de basura y darle al doctor con él en la cabeza, no puedo evitar sentir felicidad por verlo tan bien con los míos porque, si hay algo que sea importante para mí en esta vida, son mi familia.

Los dejo discutiendo ahora sobre si es mejor la saga Marvel o DC, y me levanto para llamar a mi hermano Javier. Seguro que se ríe de mí, porque siempre dice que me pongo sentimental cuando nos reunimos todos, pero no lo voy a negar. Lo echo de menos y me encantaría que estuviese aquí con nosotros. Además, que es el único que me defiende de la panda de buitres que se han quedado

en Valencia. Pero no consigo hacerme con él, por lo que le dejo un mensaje y le pido que me llame pronto. Eso sí, cuando aquí sea de día, que lo echo de menos pero tampoco tanto.

Terminamos la noche, como no, con un juego de mesa. Primero ha sido al *Jungle speed*, ese juego en el que si sale una carta igual que la tuya tienes que ser el más rápido y conseguir ser el primero que se haga con el tótem que descansa en el centro. Después, hemos hecho dos grupos, chicos contra chicas, y hemos echado una partida al trivial. A pesar de intentar un par de veces sacarnos los ojos los unos a los otros, ha terminado venciendo el equipo de los chicos y hemos tenido que soportar sus pullas lo que ha quedado de noche.

Cuando vemos que el cielo está más o menos despejado y que casi no llueve, decidimos que es mejor emprender el camino de regreso, no vaya a ser que nos pille una lluvia como la de antes. O peor. No sé qué le dice Marcos a Alejandro cuando se dan un abrazo de hombres con palmadita en la espalda incluida al despedirse, pero por las risas de ambos sé que es algo bueno. Le doy un abrazo a Daniela y otro a Eva, y me río cuando mi amiga me susurra que le debo una por defenderme antes con lo del coche, pues ambas sabemos que ellos tienen razón y que nosotras, no. Aún recuerdo esa falta grave que me pusieron al sacarme el carné y por lo que no me lo dieron a la primera: «se pega en exceso al lado derecho». La verdad es que fueron muy amables, pues no me llevé varios retrovisores de milagro.

Nos subimos en el coche con Alejandro en el asiento del conductor y ponemos rumbo a mi casa. Esta será la segunda noche que pasemos separados. Mañana tiene que ir a Madrid a ver a su madre. No se perdona no haber estado con ella el día de su cumpleaños y lo entiendo. Cuando me lo contó me reí e intenté quitarle hierro al asunto, pero ya empiezo a conocerlo lo suficiente como para saber que no ha dejado de pensar en ello desde entonces. Así que se ha cogido el lunes libre y se va a pasar dos días con ella. Cuando le he preguntado si sabía de su visita me ha dicho que sí, pues tenía que asegurarse de que no hubiera visitas inesperadas. No ha tenido que decir nombres en voz alta, pues ambos sabemos que se refería a su hermano.

A excepción de ese primer día en el que se abrió y me lo contó todo, o eso creo yo, no ha vuelto a sacar el tema. No sé si es algo bueno o algo malo, pero lo que sí sé es que, aunque discuta y me meta con Marcos y aunque hable con Javi menos de lo que me gustaría, me moriría si no los tuviera en mi vida de la forma que fuese. Por cómo habló de su relación con su hermano antes de que todo sucediese, sé que eran uña y carne, por lo que no tiene que ser fácil para él vivir todo esto. Por eso me alegro tanto de haber salido esta noche, y por eso me alegro de haber visto que hacía buenas migas tanto con Marcos como con Pedro. No es cuestión de sustituir nada ni a nadie porque eso es imposible, pero sí de llenar un poquito ese vacío que ambos sabemos que tiene. Y también para demostrarme que me gusta la sensación de tener a alguien a mi lado que sea algo más que un amigo. De disfrutar de los besos esporádicos que nos hemos regalado o del roce de nuestros dedos, y todo ello delante de gente.

Llegamos a la puerta de mi casa y aparca en segunda fila, con los intermitentes puestos. Podría irme a dormir con él o quedarnos aquí, en mi piso, pero se quiere ir excesivamente pronto y hemos pensado que es mejor así. Cuando me lo ha comentado he recordado la conversación que tuve con Eva en el Starbucks el otro día, esa en la que me dijo que pasábamos demasiado tiempo juntos, y aunque sigo pensando que no es algo malo y que mientras nos divirtamos los dos todo está bien, también creo que me vendrá bien dormir una noche sola.

Miro el reloj y casi se me salen los ojos del sitio cuando veo que faltan apenas unos minutos para las cuatro de la mañana.

—¿A qué hora pretendías marcharte?

—Sobre las siete.

—Pero ¡Alejandro! Eso es apenas dentro de tres horas. ¿Has visto qué hora es? ¿Seguro que no quieres dormir aquí? Descansar y luego ya te marchas.

—Paula, si subo ahí arriba te aseguro que hago de todo menos dormir. Si cierro los ojos solo puedo pensar en tu culo con ese tanga, así que, mejor me quedo con el plan original y me marcho a mi casa.

Me quito el cinturón y me acerco a él hasta quedar sentada a horcajadas. Coloca sus manos en mis posaderas y me da un

apretón juguetón mientras entierra la nariz en mi cuello y aspira.

—¿Has oído algo de lo que acabo de decirte?

—Alto y claro.

Acerco mis labios a los suyos y lo beso. Lo beso con todas las ganas que he tenido esta noche de hacerlo. Dejo que me manosee el trasero mientras yo enredo los dedos en su pelo y estiro fuerte, haciéndolo gemir a él y gimiendo yo también. Dejo que su sabor se mezcle con el mío y me pierdo. Porque es tocarlo, besarlo o incluso rozarlo, y perder la razón.

Es él quien se aparta apoyando su frente en la mía y sonriendo mientras intenta que nuestra respiración se normalice.

—Me voy a ir a ver a mi madre con un dolor de huevos considerable. —Levanta las caderas ligeramente para que pueda sentir en su totalidad su erección.

—Te he dicho que subieras pero no has querido. Yo me hubiese encargado encantada de ese problemilla. Ahora tendrás que hacerlo tú solito.

—Eres lo peor.

Me besa la punta de la nariz y me agarra fuerte por las caderas mientras niega con la cabeza.

—Eres mi perdición, Señorita Baró.

—¿Y eso es malo?

—Eso es terrible. Porque me tiene acojonado.

Me agarra por las mejillas y me hace mirarlo a los ojos. Hoy es uno de esos días en los que los tiene más amarillos que marrones, como si fuese un gato.

—Será mejor que me vaya.

—¿Estás bien?

—No mucho. Ya te he dicho que me duele mucho ahí abajo. — Ambos miramos en esa dirección, hacia el bulto que tiene entre las piernas. Niego con la cabeza y le paso el dedo por el entrecejo, alisando unas cuantas arrugas que se le han formado.

—Sabes que no me refiero a eso.

No tenía pensado sacar el tema, pero mi boca ha actuado antes que mi cerebro y no he podido evitar preguntar, y es que sé que su viaje va a ser duro y necesito saber si va a estar bien.

No contesta. Se queda mirándome fijamente mientras me acaricia los pómulos con los pulgares. Estoy a punto de preguntarle si le ha molestado mi pregunta cuando una sonrisa que sería capaz de iluminar la mismísima Torre Eiffel asoma a su rostro. La que frunce ahora el entrecejo soy yo, porque ya no sé muy bien qué le he preguntado.

—¿Sabes? Estoy muerto de miedo. No quiero llegar a casa de mi madre y que Víctor esté allí. Ni siquiera quiero que esté Olivia aunque me muera por conocerla, a pesar de todo. Porque entonces no sé muy bien cómo reaccionaría y eso me asusta. Sobre todo, por mi madre. —Suspira y lo veo tragar saliva—. Pero ¿sabes qué es lo que más me acojona de todo?

Niego con la cabeza.

—Tú.

—¿Yo?

—Sí. Tú.

La que traga saliva ahora soy yo.

—Me acojona que me guste tanto que te preocupes por mí. Me acojona que me hayas respetado y no me hayas preguntado por mi familia ni una sola vez desde que te lo conté todo, y eso dice mucho de ti, Paula. Me acojona que no me hayas insistido ni una vez desde mi cumpleaños en poner el tocadiscos. En no hacer ni un comentario porque siga guardado en esa esquina, todavía dentro de la caja. Y me acojona porque debería haber estado más preocupado estos últimos días por la relación de mierda por la que atraviesa mi familia, que preocupado en si ibas o no a dormir conmigo por las noches cuando te puedo asegurar que yo nunca he sido una persona a la que le gustase dormir abrazado a nadie. Ni siquiera a Sandra cuando estuvimos casados.

Tengo un nudo en el pecho que siento cómo está a punto de subir y salir por mis ojos en forma de lágrimas. Se da cuenta y me besa los párpados, primero uno y después el otro para terminar en mis labios.

—No pretendía hacerte llorar, yo solo... Solo quería darte las gracias por aparecer, quedarte y no marcharte. Por enseñarme que el sexo esporádico está bien, pero el regular es muchísimo mejor. Gracias por presentarme a tu familia y por hacerme ver que estar

solo es una mierda, que es lo que estaba haciendo y a lo que me aferraba con uñas y dientes.

Me lanzo a su cuello y lo beso por toda la cara entre risas.

—¿Eso significa que me vas a echar de menos?

—Eso significa que el lunes cuando llegue puedes tener listo ese tanga para que te lo arranque. O, mejor, no hace falta que lo lleves puesto. Nos ahorramos un paso.

—¡Eres un salido! Eso es lo que te pasa. Que estás todo el día pensando en el mete saca.

—En el mete, nena. En el mete. Habla con propiedad.

Lo golpeo en el hombro y él me agarra las muñecas con una mano mientras con la otra comienza a hacerme cosquillas. Aunque chilló sin importarme la hora que sea y pido clemencia, a él le entra por un oído y le sale por el otro. Me retuerzo en sus brazos clavándome el volante en la espalda y el cambio de marchas en el muslo.

Cuando consigo soltarme, con lágrimas corriendo por mis mejillas de la risa y las respiraciones agitadas, por fin nos despedimos. Me da un beso corto en los labios y se espera a que entre en el portal para arrancar el coche y desaparecer calle abajo.

Cuando ya estoy metida en la cama con la adrenalina por las nubes y la excitación cubriendo mi cuerpo, pienso que a tomar por culo el ser amigos y nada más. A tomar por saco eso de: «vamos a ir viendo a dónde nos lleva esto». Que es mentira eso de: «somos amigos y por ahora no queremos ser nada más».

Lo quiero todo.

Estaba segura de que me gustaba este chico. Ahora puedo jurar que me encanta. Todo él.

Capítulo 28

Paula

Marcos:

Está aprobado. Puedes salir con él.

Pedro:

No te está haciendo ni puñetero caso. Eres consciente, ¿verdad? Seguro que está tirándose al doctor en estos momentos. Pues con menudos ojos se comían estos dos esta noche...

Daniela:

Dejadla en paz. Los dos. E ir a dormir.

Pedro:

Me iría a dormir si te hubieses venido a mi casa. Conmigo. Así no voy a conseguir pegar ojo en toda la noche.

Daniela:

No seas dramático.

Pedro:

No soy dramático. Se llama ser sincero.

Marcos:

Si pensáis tener *sexting*, hacedlo en privado, por Dios.

Daniela:

Jajajajaja

Pedro:

Tú ríete, pero estos dos sí van a tener tema esta noche, pero si yo quiero algo voy a tener que valerme de mi mano derecha y no lo

veo justo, cariño. No lo veo.

Eva:

¡Pedro, cojones!

Paula:

¡Mátame, camión! Por cierto. Ya está bien. Vosotros dos tenéis que dar muchas explicaciones.

Pedro:

Otra que va a estar a dos velas esta noche. ¿Qué haces aquí?
¿Y tu doctor?

Paula:

Si me prestases atención cuando hablo te habrías enterado de que se marcha a Madrid.

Marcos:

Paula, hija. Dices tantas cosas que uno ya debe aprender a dejar la mente en blanco de vez en cuando o implosiona.

Paula:

¿Sabéis? Ya no me afectan vuestras pullas.

Marcos:

Ay, que la niña se nos ha enamorado.

Capítulo 29

Alejandro

El mes de noviembre está a punto de llegar a su fin. Ha pasado tan rápido que casi no me he dado cuenta.

Hace nada estaba con Paula magreándome en mi coche antes de ir a casa de mi madre, después de varios meses de ausencia autoimpuesta, confesándome como un jodido quinceañero y nervioso ante la perspectiva de colocarnos una etiqueta. Esa etiqueta que llevábamos tantos días evitando. Y ahora estoy aquí, en una tienda de juguetes enorme mirando regalos de Navidad para Junior porque quiere no sé qué Nintendo y Paula dice que las cosas hay que comprarlas pronto, que si no se agotan, y más feliz de lo que lo he estado en mucho tiempo. Nos cogemos de la mano cuando nos da la gana y nos morreamos en mitad de la calle sin importarnos un pimiento quién pueda vernos. La llamo «mi chica» cuando me nace y ella se ruboriza hasta las orejas. Ya entramos juntos y sonrientes en la oficina después de hablar con Irene para confesarle lo nuestro, sin poder evitar que la nube de nuestro primer encuentro sobrevuele sobre nuestras cabezas como un recordatorio, pero contentos por el resultado que obtuvimos. Soy consciente del suspiro que soltó Paula tras hablar con Irene, cuando se dio cuenta de que lo que tuve con ella le preocupaba, aunque nunca me lo había terminado de confesar en voz alta. Fue un episodio sin mayor importancia que la que tuvo, pero del que no me arrepiento porque me llevó a ella. De una forma algo rara y anómala, pero ¿quién soy yo para discutir eso?

Lo normal es que sea después del puente de diciembre cuando los comercios y la ciudad comiencen a iluminarse, pero en muchos lugares ya se respira el ambiente navideño. A mí no es que me haga especial ilusión. Son muchos los familiares a los que no voy a tener conmigo y ese sentimiento de vacío está ahí. Aunque la chica que me mira ahora saltando de alegría y con los ojos brillantes porque ha conseguido la consola y el juego que quería, así como su familia y amigos, hayan intentado llenarlo.

Desde esa primera noche de risas y juegos de mesa comenzaron a venir muchas más. Incluso he quedado alguna que otra vez con Marcos y Pedro por las mañanas antes de ir a nuestros respectivos trabajos para ir a jugar un rato al baloncesto o al gimnasio, dos aficiones que había dejado aparcadas hacía años y no recordaba que me gustasen tanto.

Paula reniega y hace pucheros cada vez que me levanto de la cama para reunirme con ellos aunque, en realidad, no puede ocultar la sonrisa. También porque, la mayoría de las veces, me aseguro de dejarla lo suficientemente satisfecha. En todos los sentidos. Primero dejo el desayuno preparado en la mesa de la cocina con su doble ración de café, y luego me encargo de desayunarla yo a ella, entera, para que no me olvide en todo el día y con la promesa de hacer eso y mucho más cuando nos reunamos de nuevo por las noches.

¿Dormir separados? No entra en nuestros planes. ¿Por qué tengo que prescindir del calor de su cuerpo en estas noches tan frías? ¿Por qué tengo que sentarme yo solo frente al televisor después de cenar si sé que ella va a estar viendo lo mismo que yo? ¿Por qué tengo que imaginarme su risa cuando puedo disfrutar de ella en directo?

Siguiendo con la filosofía con la empezamos esta relación hacemos lo que nos apetece, cuando nos apetece y cómo nos apetece

Capítulo 30

Paula

Unas Navidades, cuando éramos pequeños, nos propusimos montar un grupo de música. En un principio consistía en un dúo, pues solo estábamos Eva y yo. Cantábamos como el culo, pero le poníamos tanto entusiasmo que la gente se reía y se quedaba embobada mirándonos, pidiéndonos más y más. Puede que también fuese porque eran nuestros padres y no tenían más narices que aguantarnos, pero la cuestión es que creíamos que lo hacíamos bien, nos gustaba y la gente nos animaba.

Así que, un año, como los chicos eran tan celosos y no tenían imaginación propia, decidieron unirse a nosotras y nos propusieron formar un grupo. Javi llevaba años tocando el piano y se le daba de maravilla, así que a él lo aceptamos enseguida. Pedro y Marcos no sabían tocar nada más que las narices, pero como en el colegio nos estaban enseñando a utilizar la flauta y el carillón, al final los dejamos participar.

Cuando llegó la Nochebuena y habíamos terminado todos de cenar, antes de ir a ver si había llegado Papá Noel con los regalos, colocamos todos los instrumentos encima de la mesa, nos vestimos con las camisetas que mi madre y Carmen nos habían cosido y dimos el peor concierto de la historia. Habíamos escogido la canción *Devuélveme a mi chica*, dada la obsesión que tenían nuestras madres por los Hombres G. Parecía sencilla. El problema es que no habíamos ensayado apenas y, cuando conseguíamos reunirnos, nos pasábamos más rato enfadados que tocando. Si no llega a ser porque teníamos la canción de fondo no habríamos acertado ni con el famoso estribillo. Da igual. El recuerdo de esa noche y lo que me divertí son de esas cosas que estarán grabadas en mi memoria para siempre.

Siempre nos hemos caracterizado por ser una familia un tanto intensa. De esa que, si pudiera, iría a hacer sus necesidades todos

juntos cogidos de la mano. Pasar tiempo los cinco juntos era normal. Hacerlo con los Sánchez, es decir, Pedro, Eva y sus padres, otro tanto de lo mismo. Así que, no sé bien si fue porque esa noche era Nochebuena, porque era precioso ver las lucen encendidas por todas partes o porque se apoderó de mi cuerpo el efecto navideño, pero a partir de ese momento esta se convirtió en mi época del año favorita.

Por eso, cualquier cosa que tenga que ver con la Navidad me emociona a niveles enfermizos.

A un día de que empiece diciembre nos hemos reunido los seis con Junior para ver juntos el encendido del árbol en la plaza del ayuntamiento. Aún estoy flipando con el hecho de que no lo haya visto jamás. Que vale que nosotros no nos flipamos tanto como los madrileños y nuestra plaza no es como la Playa Mayor, pero ¿de ahí a no haber venido nunca a ver cómo encienden las luces?

Mi madre nos ha jurado que veníamos cuando éramos pequeños, pero eso será con sus otros hijos porque Marcos y yo no nos acordamos. A Javi no le he preguntado. Estoy enfadada con él y llevo dos días sin hablarle. Se me pasará. En realidad, ya se me ha pasado, pero quiero hacerme la dura unos días más.

Por lo menos, ya no está tan lejos de casa. Venía de camino cuando decidió que no había tenido suficiente e hizo una parada técnica en Roma.

—Es una ciudad que nunca he tenido la oportunidad de conocer, renacuaja. Acuérdate de que me hice el esguince para fin de curso y me quedé sin viaje. —Esas fueron sus palabras cuando me levanté el miércoles ilusionada ante la idea de ir a recogerlo al aeropuerto después de salir del trabajo, y recibí un mensaje en el móvil dándome la buena nueva.

Que yo estoy muy contenta por él. Me siento horrible porque sé que parezco egoísta. Y no es que no quiera que sea feliz o que disfrute de la vida, solo es que... bueno, que lo necesito un poquito aquí conmigo. Unas horas. No es mucho pedir, ¿no?

Unos brazos rodean mi cintura y no puedo evitar sonreír, algo que siempre hago cuando Alejandro me estrecha contra su pecho y me besa la cabeza como ahora.

¿Se puede explotar de felicidad? Porque yo estoy a punto de hacerlo. Conociendo cómo han sido siempre mis relaciones con el sexo opuesto, debería darme vértigo. Pero me da todo lo contrario. Tengo mariposas en el estómago. ¡Mariposas!

Eva lleva descojonada de mí, que no conmigo, varios días. Afirma que estamos viviendo juntos, aunque ninguno de los dos queramos expresarlo en voz alta. Puede que tenga razón, porque no nos hemos separado desde que se fue a pasar dos días con su madre. Pero no quiero pensar ahora en eso. Soy feliz, que es lo que importa, lo demás ya irá viniendo.

Junior no para de saltar a nuestro lado, impaciente, preguntando cada treinta segundo que cuánto falta para el encendido. Hemos llegado con media hora de antelación porque esto se pone peor que el metro de Nueva York en hora punta, y queríamos tener una buena visibilidad. A pesar de los murmullos de la gente, a lo lejos se puede escuchar un grupo cantando villancicos. No distingo la letra, pero ya solo eso hace que se me ponga la piel de gallina.

—¿He dicho que adoro esta época del año?

Alejandro se ríe y aunque no lo puedo ver sé que está poniendo los ojos en blanco y mirando al cielo. Un gesto suyo que hace muy a menudo y que me encanta. Bueno, vale, me encanta todo de él, así que esto no iba a ser menos.

—Unas dos mil veces.

—Ay, es que viviría en una eterna Navidad. Todo encendido, los regalos, el turrón, las comidas familiares...

—La cuesta de enero, los empachos, las quejas por haber engordado, los enfados por: «mi regalo es más grande que el tuyo»

...

Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo de forma amenazante.

—No me digas que estoy saliendo con el Grinch de la Navidad porque entonces, amigo mío, aquí no hay futuro, ¿eh? No lo hay...

Se ríe ignorando mi cara de odio. Se agacha hasta besarme la punta de la nariz que está fría por el tiempo que hace esta noche.

—Guarda tus garras para la cama, fierecilla.

—¡Ya empieza! ¡Ya empieza! —Los gritos de Junior rompen nuestra pequeña burbuja. También porque mientras grita nos va dando a todos con en el brazo para que prestemos atención.

—Relájate, campeón. Que te va a dar un mal.

Pedro lo coge por los hombros y lo intenta dejar quieto, pero es una misión un poco imposible. Lo entiendo. Yo me pondría a dar saltos también, pero tengo una edad y debo comportarme.

—Arriba, chaval.

Alejandro me suelta la cintura y voy a quejarme, pero me quedo petrificada, pues cuando me quiero dar cuenta está cogiendo a Junior en brazos y sentándoselo sobre los hombros. La felicidad del pequeño es instantánea. Se le iluminan los ojos como si fuesen dos luceros y se ríe burlándose de su padre y de su tío, diciendo que es el hombre más alto del grupo.

—Si quieres te traigo un babero.

Ignoro las pullas de mi amiga y me acerco a Alejandro. Dejo que me rodee con un brazo mientras que con el otro sujeta al niño. Paso un brazo por su cintura y apoyo la cabeza en su pecho.

La plaza del ayuntamiento, por sorprendente que sea, se suma en un pequeño silencio salpicado solo por el sonido de un grupo de gente cantando y el brillo de las luces iluminando el gran árbol de Navidad que hay justo en el centro.

—Feliz Navidad, nena —susurra Alejandro en mi oído.

—Feliz Navidad, pequeño Grinch.

La gente rompe en aplausos y nos abrazamos los unos a los otros entre risas mientras nos deseamos un buen inicio de Navidad.

Presiento que esta va a ser una muy buena Navidad, porque...
¿Qué puede ir mal cuando todo va tan bien?

Ojalá alguien me hubiese contestado a esa pregunta.

Ojalá alguien me hubiese dicho que... TODO.

Capítulo 31

Paula

—Venga, levanta.

Daniela tira de mí tan de improvisto que no lo veo venir. El bol de papas sabor queso y cebolla que estaba comiendo cae al suelo. Las tres bajamos la vista para ver el estropicio que hay sobre la nueva alfombra de mi amiga.

Nos hemos venido a pasar la tarde a casa de Eva mientras los chicos se han ido con Junior a ver un partido de baloncesto. Padre e hijo son grandes forofos de este deporte y la verdad es que Alejandro y Marcos no se quedan atrás, así que aprovechan cualquier oportunidad para disfrutar de una «salida de chicos». Nosotras, por nuestra parte, nos hemos venido aquí a hacer lo que mejor se nos da: cotillear y poner verde al sexo masculino.

Pero parece que Daniela tiene otros planes para mí.

Hemos empezado hablando de hombres y, poco a poco, hemos terminado hablando de sexo, juguetes sexuales, posturas y, no sé cómo, depilación integral y brasileña. Cuando Daniela se ha enterado de que yo, simplemente, me recorto los bajos fondos pero no paso el cortacésped por ahí, casi le da un mal.

Ante la atenta mirada de mi amiga, que ha tenido que levantar los pies por miedo a que se los chafemos cuando hemos pasado por su lado, me coge de la mano y me arrastra hasta el cuarto de baño.

—Me estás dando miedo.

—No me seas llorica.

—Llorica, no. Del estirón, no me has arrancado el brazo de milagro. Además, voy descalza y he pisado todas las papas. ¿Tú sabes el estropicio que hemos hecho?

—De ahí no se va a mover y, que yo sepa, Eva no tiene un hada de la limpieza que se vaya a quejar por un poco de comida en la alfombra.

Me paro en seco obligándola a detenerse. Cuando se gira a ver qué ha pasado la miro con los ojos abiertos de par en par.

—¿Quién eres tú y que has hecho con la loca de la limpieza de mi amiga?

Pone los ojos en blanco y me da un tirón hasta meterme en el aseo. Una vez dentro me coloca frente al espejo con ella detrás y sonrío.

—Ya te lo he dicho antes. Me estás acojonando. Y esa sonrisa no me gusta. Es de sádica.

—Calla y escucha, que tenemos trabajo por hacer. Te vas a depilar.

—¿Eh? Ya voy depilada, ¿sabes? Para tu información, me hice el láser hace tiempo.

—No. Te vas a depilar. Entera.

Eleva las cejas un par de veces mientras sonrío. Eva, que acaba de aparecer por la puerta, se está descojonando. Frunzo el ceño y las miro sin entender el chiste. Hasta que Daniela baja la vista por mi cuerpo y llegar a mi entrepierna.

—¡Ni de coña! ¡El chichi es sagrado y no se toca!

—El chichi se toca. Vaya si se toca. Así que, sin pelillos a la mar, pues mucho mejor.

—¡Me gusta el pelo! ¡Donde hay pelo hay alegría!

—El pelo para la cabeza. Ahí abajo tenemos que sentirnos libres.

—¿Pero tú me has visto? ¡Me siento libre como el viento!

No hace ni caso a mis quejas. Se da media vuelta y sale de la habitación dejándonos solas a mi cuñada y a mí.

—Pero ¿qué mosca le ha picado a esta? Está loca.

De la risa Eva no puede ni contestar. Sabe la aprensión que tengo al dolor innecesario y lo que me costó hacerme el láser. Aunque no es que tenga una montaña ahí bajo tengo mis pelillos y una vez intenté quitármelos. Yo creo que Marcos, que en esos momentos se acababa de ir a vivir a Nueva York, pudo escuchar mis gritos. La esteticien, poco después, cerró. Eva sigue diciendo que es porque la traumaticé.

Desde ese momento decidí recortarme para dejarlo un poco más mono, pero también me juré no volver a quitarme un pelo más del necesario.

Daniela regresa con un paquete de cera en las manos. Al verla, bajo la tapa del váter, me siento en ella y cierro las piernas.

—Parecías dulce y tierna, pero eres el diablo en persona. ¿Qué crees que vas a hacer? ¿Por qué llevas eso en la mano? No me digas que siempre andas con una caja de cera en el bolso, porque es de estudio.

No me contesta. Lo que hace es pedirle a su cuñada todas las cosas que necesita para la «operación pelillos a la mar», como ha decidido bautizarla, mientras ignora todos y cada uno de mis lamentos.

—Alejandro no tiene queja alguna.

—Aunque la tuviera no te lo dirá.

—Es que, ¿por qué iba a tenerla? ¡Él también tiene pelillos ahí bajo!

—Pero tú no te los tienes que quitar de la boca al terminar. ¿A qué no?

—¡Por Dios! ¿Tú la estás escuchando? —le pregunto a Eva, que sigue sin poder contestarme—. Estoy flipando. ¡Qué tú eres dulce y tierna!

—Que me guste llevarlo depilado y cuidado no significa que no siga siendo dulce y tierna. —Se planta delante de mí y se cruza de brazos—. Hacemos una cosa. Tú me haces caso, te dejas hacer y lo pruebas. Si no te gusta siempre puedes volver a dejártelo crecer y recortártelo. Pero, si después te das cuenta de que no tiene nada que ver porque, aunque tú no te lo creas, se disfruta el doble, me invitas a una cena. Ya sabes lo que dicen: «para estar bella hay que sufrir».

—Seguro que eso lo dijo una *top model* que no ha tenido que sufrir ni un poquito en su puñetera vida.

Miro a mi mejor amiga, que se une a su cuñada y me anima a hacerlo. Me dice que el dolor es un momento y que enseguida se pasa. Sé que ella lo lleva como el culito de un bebé, y no es la primera vez que me anima a volver a intentar quitármelo. Pero es que, de verdad, no soporto el dolor. Por eso no tengo ningún tatuaje adornando mi cuerpo, y eso que me encantan.

Finalmente, resoplo y asiento. Ambas aplauden y comienzan a moverse delante de mí como si estuviesen sincronizadas. Cuando me quiero dar cuenta estoy desnuda de cintura para abajo.

Aunque es chiquita, Daniela tiene una fuerza increíble. De un tirón me deja medio recostada y con las piernas en alto. Supongo que, si no fuese matrona, sería luchadora de sumo. La madre que la parió. Eva se ha calmado un poco, aunque la muy perra no para de apartar la vista cada cierto tiempo para que no la vea reírse, pero el temblor de sus hombros está ahí. Y que la conozco mejor que su propia madre.

Con el primer tirón pego tal grito que no sé cómo no las he dejado sordas. Eva se queja. Daniela dice que eso no es nada comparado con una mujer con dolores de parto. Yo eso no sé lo que es, lo que sí sé es que, como no pare pronto, le voy a terminar dando un guantazo. Diría que es por una cuestión de acción–reacción. Pero es mentira. Es porque ahora mismo es la persona que más odio en el mundo.

Estoy sudando como un pollo a pesar del frío que hace hoy.

Eva sujeta mi mano mientras la otra sádica me va recolocando las piernas y la espalda y va dando estirones. En menos de lo que pensaba termina con la depilación y me pasa una crema para que me masajee un poco la zona afectada. Se echa hacia atrás y sonrío, admirando su obra de arte.

—¿Quieres verte? Ha quedado perfecto.

Eva se aparta de mi lado y se coloca junto a ella. Le faltan las palomitas, a la muy guarra. Echo la cabeza hacia atrás y cierro un poco los ojos, exhausta.

—Yo de parir ni idea, pero si se parece en algo a lo que he vivido esta tarde creo que paso.

Debería estar muerta de vergüenza por encontrarme desnuda de cintura para abajo, medio recostada entre el cuarto de baño y un taburete, con las piernas abiertas y todo mi kiwi a la vista de mis dos amigas, pero ni eso siento ahora mismo. Me visto con cuidado de no restregar mucho la zona cero, que está roja y un poco hinchada, y me arrastro hasta el sofá dejándome caer en él.

Si esto son amigas, no quiero saber lo que significa ser enemigas.

Alejandro

A pesar de ser un aficionado a este deporte nunca había ido a ver un partido en directo, y me ha gustado mucho la experiencia. Sobre todo, el poder ver a Junior dando saltos y gritando como un auténtico forofo. Ese niño es increíble.

Llegamos a casa de Marcos y Eva, donde están las mujeres pasando la tarde, para recoger a mi chica e irnos a casa.

«Mi chica». A veces se me hace raro hasta decírmelo a mí mismo, pero esa rareza desaparece tan pronto como llega. Más concretamente, cuando veo su cara, cuando la veo sonreírme o cuando veo cómo le brillan los ojos al verme ella a mí.

Joder, hasta yo sé que me ha dado demasiado fuerte con esta chica.

Aunque nos hemos paseado por la calle como una pareja, aunque su familia está tan integrada con nosotros que a veces asusta, y aunque se lo contamos incluso a Irene por miedo a posibles represalias o malentendidos en el trabajo, a las únicas personas a las que no se lo había contado era a mi familia. A mi primo Carlos porque no he vuelto a verlo desde la última vez. No me cae mal, simplemente, somos de mundos diferentes.

Con respecto a mi madre, no me sentía con las fuerzas suficientes para hacerlo. Supongo que desde que me vine a vivir aquí siento como si estuviera viviendo dos vidas, la de aquí y la de allí, y tenía miedo de mezclarlas. Tenía miedo de que, al hacerlo, la mierda de la de allí se juntara con la de aquí y pudiera estropear la pequeña burbuja en la que me he sumergido estos últimos meses.

Pero alguien dijo que nadie te conoce mejor que tu propia madre, y no puedo hacer nada más que darle la razón al genio que dijo esa frase. Y eso que yo pensaba que se me daba muy bien disimular.

Se lo conté en una de mis llamadas semanales porque sin venir a cuento me preguntó:

—¿Quién es ella?

—¿Eh?

—Esa mujer que hace que tengas esa sonrisa permanente en la cara.

—Mamá, no puedes verme la cara.

—Yo siempre puedo verte, cielo.

No sabía si su comentario debía darme mal rollo, pero entendía lo que quería decirme. Estábamos hablando de recetas de cocina, creo. O del vestido de madrina tan horrible que se había comprado su vecina para la boda de su hijo. No lo sé bien, pero la cuestión es que yo estaba hablando y ella me interrumpió para hacerme esa pregunta.

Y le hablé de ella. Lo hice sin dejarme ningún detalle en el tintero. Le conté que era una compañera de trabajo y sé que al decirlo la sombra de Sandra sobrevoló nuestras cabezas. Pero como vino, se fue. Le conté nuestros desencuentros iniciales y mi pequeño accidente con la puerta, del que se mostró molesta por no habérselo contado en su momento.

Mi madre nunca ha sido de esas mujeres chapadas a la antigua, y siempre ha tenido muy buena relación conmigo y con mi hermano, siendo nuestra confidente en más de una ocasión. Más incluso que con mi padre. De hecho, fue ella la que cuando cumplí quince años me regaló mi primera caja de condones y me dijo: «diviértete, pero siempre con cabeza. Y si me traes a un pequeño Alejandro te corto las pelotas». Se dio media vuelta y se marchó.

Pero hasta yo tengo un límite y una censura, y las cosas de cama las dejé ahí, en la cama. Pero sí le conté nuestras confidencias, su alegría al ver mis discos de vinilo o la noche de mi cumpleaños con sus confesiones, algo que tampoco le había revelado hasta el momento.

A excepción de cuando el accidente con la puerta, no me volvió interrumpir. Cuando terminé la escuché sollozar al otro lado. Se me partió el alma pero la dejé hacer, porque llorar no es malo. Lo malo es guardárnoslo dentro y dejar que se enquisté. Eso también me lo enseñó ella, aunque ambos sabemos que no lo he aplicado en mi vida tanto como debería.

La cuestión es que al contárselo a ella la relación con Paula se convirtió, por fin, en algo totalmente real, y aunque me da miedo la

mayor parte del tiempo también me hace ser feliz porque, muchas veces, el miedo es lo que nos hace ser valientes y seguir adelante.

Llegamos a casa de Marcos y las chicas están medio muertas en el comedor. Junior, seguido de su padre, entra corriendo y se tira encima de su madre para contarle, sin respirar, todo lo que ha vivido esta tarde. Marcos se acerca hasta su prometida y le dice confidencias en el oído, ruborizándola. Yo me acerco hasta la bolita que está tumbada en el sofá. Me pongo en cuclillas frente a su cara y le aparto un pelo rebelde que le tapa medio rostro. Me mira con ojitos de cordero degollado y el ceño fruncido.

Está realmente preciosa.

—Las odio.

—¿A quién?

—A ellas. —Señala con la cabeza por detrás de mi hombro. Aunque sé qué me voy a encontrar, aun así, me giro. Daniela nos mira poniendo los ojos en blanco y Eva está riéndose, aunque intenta ocultar la cara en el hombro de su chico.

—¿Quieres que les pegue?

—No estaría mal. —Se encoge de hombros mientras lo dice, aunque puedo ver sus ojos brillar por la diversión contenida.

—¿Qué te parece si nos vamos a casa?

—Me parece perfecto. Pero no esperes ningún mete saca. Me han dejado el chichi inservible para unos días.

—¡Paula!

—¡Paula!

Gritan Marcos y Pedro a la vez, mientras este último pone las manos en las orejas de su hijo. Las chicas comienzan a reír ya sin control, mientras Daniela le dice a su amiga que ya la llamará mañana para agradecerle lo que ha hecho. Paula les enseña el dedo corazón, se acerca a darle un beso a Junior en la cabeza y se engancha a mi cintura mientras la saco de ahí entre las carcajadas de algunas, los gruñidos de otros, las preguntas ingenuas del más pequeño, los murmullos inteligibles de la que tengo al lado y mi risa, porque todo lo que rodea siempre a Paula es una aventura.

Nos sentamos en el coche y conectamos el Spotify con la opción de aleatorio para que suene música de fondo, porque ambos odiamos conducir en completo silencio.

—¿Me vas a contar ya por qué tengo que liarme a tortas con tu cuñada y tu amiga, o tengo que esperar a adivinarlo?

—Porque son unas sádicas. Bueno, Daniela lo es. La otra es una cabrona sin corazón.

—¿Daniela?

—La misma. A ti también te tenía engañado.

—¿Qué ha hecho?

—¿No va la tía y me dice que sin pelo todo se ve mejor? ¡Que se corte el suyo y deje el mío tranquilo! Qué daño me ha hecho...

Ya casi hemos llegado. Estamos entrando en el garaje de mi finca. No hay mucha luz, pero mientras aparco le echo un vistazo a la cabeza de Paula para ver a qué se refiere con lo de cortarse el pelo.

—Nena, no quiero que te enfades porque ya sabes que los hombres, por norma general, no nos enteramos de estas cosas, pero... yo te veo igual que esta mañana.

—¡Ese no!

Aparcamos y apago el motor. Me quito el cinturón y me coloco de lado para poder verla bien. Ella me mira exasperada y suspira. Después, baja la cabeza y con las manos se señala la entrepierna. La miro sin entender hasta que una lucecita se me ilumina.

—¡¿Te has depilado ahí abajo?!

—Grita un poco más. Creo que el anciano del último piso te ha escuchado perfectamente sin sonotone.

—Perdona. ¿Te has depilado ahí abajo? —pregunto de nuevo, esta vez susurrando.

Paula me golpea el hombro y sale del coche. Cuando salgo y la alcanzo está de brazos cruzados esperando el ascensor.

—¿Por qué te enfadas?

—No me enfado. Es solo que... da igual. Déjalo.

—No da igual. ¿Qué ocurre?

El ascensor llega pero no entramos. La cojo de los hombros y la obligo a mirarme.

—Si no querías hacerlo. ¿Por qué lo has hecho?

—Eso no es lo que parecía hace un momento.

—¿Qué?

—Que eso no es lo que parecía hace un momento.

—Nena, no entiendo nada de lo que me estás diciendo.

—Pues que cuando te lo he dicho te has alegrado un montón.

—Y eso es malo, ¿por qué...?

—No es malo. Solo es que si querías que lo hiciera me lo podrías haber dicho y ya está.

—Pero es que a mí me da igual.

—¿Y por qué te has alegrado tanto?

—Lo siento, Paula, te lo juro, pero estoy muy perdido.

—Pues que nunca te habías quejado ni me habías dicho nada cuando... ya sabes.

—¿Cuándo te como el coño?

—¡Joder, Alejandro! —Aunque me lo dice enfadada puedo ver un atisbo de diversión en un rostro. Coloco sus manos en su cintura y la empujo hasta apoyarla en la pared.

—Sigo sin ver el problema.

—Pues que si querías que me lo depilara podrías habérmelo dicho.

—Vamos a dejar las cartas sobre la mesa, ¿de acuerdo?

La cojo por las mejillas y la obligo a mirarme fijamente a los ojos.

—Eres la mujer más jodidamente sexy que he conocido en mi vida. Me gustas de todas las maneras, Paula, y no tengo ninguna queja sobre ti. Ni en el plano sentimental y, te puedo jurar, que en el sexual tampoco. —Se sonroja. Dejo un pequeño beso sobre su nariz —. Puedes llevar tu cuerpo como te dé la gana porque es tuyo y de nadie más, aunque me encanta que lo compartas conmigo. Nunca te diría que hicieras nada con él que no quisieras porque, bueno, ya te he dicho que no es mío y yo no mando sobre él. Que lo lleves depilado o sin depilar te puedo asegurar que me da exactamente igual, porque me va a encantar comértelo, tocártelo y disfrutarlo de la misma manera. ¿Lo tienes claro?

—Aja. —Me encanta dejarla sin palabras porque cualquiera que la conozca sabe que eso es imposible. Le doy un beso en un lado del cuello y después en el otro.

—Ahora, si has decidido depilártelo, también te aseguro que me encantará verlo.

—Eso hoy no va a poder ser.

—¿Por qué?

Se pinza el labio y mira al suelo.

—Porque está hinchado.

—¿Te duele?

—Antes, sí. Ahora, no mucho. Aunque tengo una ligera molestia.

—De acuerdo.

Me lanzo sobre su boca abriéndome paso con la lengua y besándola con fuerza. Por un momento pienso si no me habré lanzado con demasiado ímpetu, pero cuando me rodea el cuello con los brazos y me responde de la misma manera sé que Paula está tan excitada como yo. Intento no restregarme contra ella por no hacerle daño, pero lo que sí que no puedo evitar es colar una mano bajo su sudadera y alcanzar un pecho, estrujándolo. Su gemido impacta de pleno contra mi entrepierna y estoy a punto de ponerme a suplicar. Pero no lo hago. Lo que sí hago es apartarme apenas y, sin dejar de mirarla, bajar las manos hasta colocarlas sobre el botón de su vaquero y soltarlo.

—¿Qué... qué haces?

—No tienes ni idea de lo que tu tartamudeo me provoca.

No hace falta que le conteste, pues sabe de sobra cuáles son mis intenciones. Me pongo de rodillas lentamente, llevándome su pantalón y su ropa interior conmigo en el proceso.

—Me cago en la puta.

—Eso digo yo. Me cago en la puta.

Su sexo depilado y, sí, un poco rojo e hinchado me da la bienvenida. Mi instinto es abalanzarme sobre él sin contemplaciones, pero quiero que disfrute desde el principio hasta el final, además de que quiero que sea algo que goce y no hacerle daño. Quiero que entienda lo que me gusta con mis caricias. Quiero que grite hasta que nos escuche la finca entera.

Paula aprieta los puños a los lados y echa la cabeza hacia atrás, señal que necesito para acercarme y pasar mi lengua por toda su hendidura. El primer jadeo llega, pero no será el último. Juego solo con mi lengua, lamiendo y soplando cada poco tiempo, asegurándome, con sus gemidos de que disfruta tanto o más que yo, porque esto es de lo mejor que he hecho en mi vida.

Paula se deshace entre mis labios mientras me agarra del pelo y me pide un poquito más de presión, que yo le ofrezco gustosamente. Cuando el orgasmo remite, repto despacio por su cuerpo dejando un ligero beso sobre su corazón que late rápido, hasta llegar a su frente y besarla. Continúa con los ojos cerrados, la respiración un tanto acelerada y las piernas temblorosas, así que la ayudo a vestirse. Cuando está más o menos presentable la cojo en brazos y entro con ella en el ascensor. Apoya la cabeza sobre mi hombro y me abraza fuerte por el cuello. Pulso el número de mi planta y me apoyo en la pared del fondo a esperar a que lleguemos.

—Ha sido increíble.

—Tú eres increíble.

—¿Sabes lo que me fastidia de todo esto? Que ahora tengo que invitar a Daniela a una cena.

Capítulo 32

Paula

Como estamos ya en plena campaña navideña le estoy haciendo a Alejandro una maratón de películas ambientadas en esta época, y nada mejor que Netflix para ello. Esta noche le ha tocado el turno a *Love Actually*, un clásico donde los haya. ¿Quién no se ha enamorado del pequeño Sam, el que hace de hijastro del gran Liam Neeson, cuando va corriendo por todo el aeropuerto para decirle a la chica de sus sueños que la quiere? ¿Quién no ha querido ser la gran Natalie y entrar a trabajar para el Primer Ministro? ¿Quién no ha suspirado de amor cuando Andrew Lincoln se presenta en la puerta de la casa de [Keira Knightley](#), carteles y villancicos en mano, para profesarle su amor eterno? Hay tantas escenas que no sabría por dónde empezar.

—Voy a por una cerveza. —Alejandro se levanta del sofá y se marcha a la cocina. No me mira cuando lo dice, ni siquiera me pregunta si quiero una. La verdad es que esta es la cuarta vez desde que hemos puesto la película que se ha levantado a por algo a cualquier otro sitio de la casa.

Está muy raro y no tengo ni idea de porqué. Ha sido de repente, porque mientras cenábamos todo han sido risas y bromas. Incluso el sexo de antes ha sido una pasada, por lo que algo ha tenido que pasar entre la cena y la proyección de la película para que se ponga así.

Las dudas y la incertidumbre no me dejan disfrutar de la película. Aprieto el botón de la pausa y voy en su búsqueda. Cuando entro en la cocina lo encuentro sentado en una silla con las piernas abiertas, los codos apoyados en ellas, la cabeza hundida y un botellín de cerveza entre las manos. Me acerco hasta él y me coloco de cuclillas.

—Eh. ¿Qué ocurre?

Levanta la cabeza con brusquedad. Por el asombro con el que me mira diría que no me ha escuchado llegar. Mira hacia la puerta y después vuelve a dirigirse a mí.

—¿No estabas viendo la película?

—Sí, pero sé que te pasa algo y quiero saber qué es.

—No es nada.

—Ese nada ha sonado a mucho. ¿Qué pasa?

Da un trago a la cerveza, la deja sobre la mesa y me coge de las manos hasta ponerme en pie y sentarme en su regazo.

—Es una tontería.

—Genial. Pues cuéntamela.

Se ríe. Pero es una risa vacía, sin gracia.

Le aparto con suavidad unos mechones de pelo que tiene en la cara y lo obligo a mirarme.

—Sabes que soy muy terca, ¿verdad? Porque podemos hacer un pulso a ver cuál de los dos se cansa antes. Si tú de negar lo evidente o yo de hacer preguntas, y ya te digo yo que voy a ganar.

—De acuerdo, es solo que... joder, qué difícil es esto.

—¿Tengo que asustarme? Porque te juro que es lo que está empezando a pasar.

—¡No, no! Mira, mejor vamos al comedor, que aquí estoy incómodo y me duele el culo.

Finjo una sonrisa, pero en realidad estoy muerta de miedo. Tiene la misma expresión en el rostro que usaría cualquiera que va a dar una mala noticia. Necesito un vaso de agua que me ayude a pasar el nudo que se me está formando en la garganta.

La película continúa en pausa, justo en la escena en la que Mr. Bean —da igual el papel que haga, Rowan Atkinson siempre será Mr. Bean— le está envolviendo el regalo a un infiel [Alan Rickman](#). Alejandro se queda mirándola durante unos segundos, después se sienta y me anima a hacerlo yo también.

—Verás. La cuestión es que odio esta película.

—Pues la quitamos. ¿Sabes el susto que me has dado?

—No es eso. Escúchame un segundo. —Se coloca de lado y me agarra las dos manos—. Odio la película porque yo soy ese. En realidad, yo soy el protagonista de esas historias. Sé que no entiendes nada de lo que te digo... Vale. Mira. Yo soy Colin Firth llegando a casa y pillando a su hermano con su mujer. Yo soy el marido gilipollas de Keira Knightley que está tumbado en el sofá viendo una película mientras mi mejor amigo está abajo diciéndole a mi mujer con cartelitos lo que siente por ella. Yo soy ellos, y no me

había dado cuenta hasta que la has puesto y no he podido evitar que las tripas se me retorcieran y..., joder, lo siento, Paula.

—Vale, vale. Tranquilo. No pasa nada.

Me acerco hasta poder abrazarlo.

—Sí que pasa porque, ¿ves? Acabo de estropear la noche.

—No has estropeado nada. ¿Qué tonterías estás diciendo? No hemos caído en ello ninguno de los dos y ya está. La quitamos y a otra cosa.

—Pero es que yo no quiero quitarla. Yo lo que quiero es que no duela.

¿Qué narices le digo yo a eso? No tengo ni idea, así que opto por quedarme callada, abrazándolo.

Una pregunta ronda mi mente y lo lleva haciendo desde el mismo momento en el que me lo contó todo. Hasta ahora no me he sentido con fuerzas para preguntárselo y ahora tampoco, la verdad, porque sé que me da miedo la respuesta, pero, a veces, mi boca va más rápido que mi cabeza y cuando quiero darme cuenta le estoy haciendo la pregunta.

—¿Sigues enamorado de tu exmujer?

Por cómo se tensa sé que mi pregunta le ha pillado por sorpresa. Va a apartarse, pero no lo dejo. No quiero que me mire a la cara.

—Lo siento. No tendría que haber preguntado eso, no sé en qué estaba pensando...

—Shh. Calla, por favor.

Percibo un tono bromista en su voz y eso me cabrea un poco. Consigue soltarse de mi agarre. Me mira buscando mis ojos, pero yo miro a todas partes menos a él.

—Mírame.

—No quiero.

—Venga.

—No entiendo por qué te hace tanta gracia. No tendría que haberlo preguntado y punto, pero no es para que te rías.

—No me río porque me esté burlando de ti. Eso es lo último que haría en estos momentos, te lo juro. Mírame y te lo explico.

Bufo y lo miro, como no.

—¿Sabes por qué odio esta película? —No espera a que conteste—. Porque odio al hermano de Colin Firth y también odio a Andrew Lincoln, porque los dos me recuerdan a mi hermano y porque los dos me han hecho darme cuenta de que con quien estoy enfadado, el que me ha traicionado, es Víctor, no Sandra.

—No te sigo...

—Estoy enfadado con ella, vaya si lo estoy, pero aunque suene horrible lo que voy a decir, ahora pienso en ella y me siento liberado, porque me doy cuenta de que no la quise. No la quise como se debería de querer a la persona con la que compartes tu vida y creo que ella también lo sabía, pero en vez de decírmelo decidió usar otros medios. Por eso estoy enfadado con ella, pero con el que estoy dolido es con Víctor.

Necesito una copa de vino. O un par.

—Y, ¿quieres saber cómo también me he dado cuenta de que nunca la quise? —Hago una especie de afirmación–negación con la cabeza y él se ríe. Me recoge un mechón de pelo y me lo coloca tras la oreja—. Porque estoy tan enamorado de ti, señorita Baró, que me ha hecho darme cuenta de que nunca lo estuve de ella. Porque me da tanto miedo quererte que a veces creo que voy a volverme loco.

∞

Alejandro

La cara de Paula es todo un poema. Tiene los ojos abiertos como platos y creo que está empezando a ponerse pálida, como si fuese un dibujo animado.

Esta mañana cuando he hablado con mi madre y no he podido evitar preguntarle por Víctor, ha sido la primera vez que lo he hecho sin dolor. Bueno, más bien, con menos dolor, porque eso está ahí y es difícil que se marche del todo, porque la traición es lo más difícil de perdonar, y eso es lo que siento cuando pienso en mi hermano. Pero no es lo que siento cuando pienso en Sandra, y ahí es cuando me ha asaltado la primera alarma. La segunda ha sido con la película de las narices, porque me he visto reflejado en esos dos personajes y me he dado cuenta de que me enfadaba con ellos, no

con ellas. No me enfadaba con la mujer que le pone los cuernos a su marido, ni con la chica que le reía las gracias y le daba un pico al mejor amigo de su marido para hacerlo sentir bien. Me enfadaba con ellos por traicionar.

Lo dicho. La traición es muy mala compañera.

Sé que todo lo que he dicho suena enrevesado y no tengo ni idea de cuál ha sido, en realidad, el indicativo o el factor que ha hecho darme cuenta de que estoy enamorado de Paula. Puede que haya sido el dolor que se me ha puesto en el pecho cuando he pensado en no estar con ella. En que, en vez de Sandra, pudiera haber sido ella. En que un día salga de mi vida y no regrese. No tengo la menor idea. Solo sé que a la pregunta que me ha hecho antes de si sigo enamorado de Sandra la respuesta es clara. No. No puedo estar enamorado de alguien en el que pienso y no siento nada. En alguien al que me da igual no volver a ver.

Paula baja la cabeza y evita mi mirada. En un primer momento me ha hecho gracia su reacción. Ahora no me hace ninguna. Solo está consiguiendo ponerme un poco nervioso.

—¿Paula? —la llamo. No alza la cabeza. Solo levanta el dedo índice frente a mi cara como pidiéndome un minuto.

Es el minuto más largo de toda mi vida.

—¿Me quieres? —suelta. Entrecierro los ojos y frunzo el ceño.

—Eso he dicho. Pero te juro que no ha sido con ninguna intención. No es en plan de: tú me lo has dicho, yo te lo tengo que decir a ti. Solo es que he sentido la necesidad de comentarlo contigo y ya está.

—Comentarlo conmigo.

—Sí. Eso he dicho.

—Has sentido la necesidad de pasar de no comentar nuestra relación y de no admitir que somos pareja, a decirme que estás enamorado de mí.

—¿Sí?

Si lo pienso, tiene razón. Hace unas semanas nos reíamos o huíamos de su familia si nos preguntaban sobre el tema, asegurando que solo nos dejábamos llevar. Quien dice semanas dice unos pocos días. Sin embargo, ahora estoy aquí sentado diciéndole, directamente, que la quiero.

—Me parece bien.

—¿Eh? —La confusión es patente tanto en mi cara como en mi voz. Paula deja de estar seria. Sus labios comienzan a temblar sin control y una sonrisa enorme ilumina su cara.

—Quiero escuchártelo decir otra vez.

—¿El qué?

—Eso de que me quieres y tal.

—¿Por qué? No ha salido muy bien la primera vez y creo que no quiero repetir.

Se levanta del sofá y se abalanza sobre mí cogiéndome de improviso. Comienza a besarme por toda la cara borrando cualquier atisbo de duda e incertidumbre de mi persona. Antes de besarme en los labios me mira.

—Porque yo también te quiero, doctor.

—¿Estás segura?

—No he estado más segura de algo en toda mi vida.

—Menos mal, porque te juro que estaba empezando a pillar unos rollos muy raros.

Nos sonreímos y deajo que me bese en la boca. No sé si ella quería que fuese algo suave, pero a mí mi cuerpo no me deja. Como puedo la tumbo conmigo encima y me deshago de su pijama y su ropa interior. Ella me quita a mí el mío, cuela una mano entre los dos y baja hasta tocar mi erección que se alegra mucho de verla. Pasa el pulgar por la punta y entierro la cabeza en su cuello intentando tranquilizarme. Intentando no parecer alguien con un problema de eyaculación precoz.

Jugamos un rato. Me toca y yo la toco a ella. A veces, de forma suave. Otras, con tanta fuerza y tan rápido, que tenemos que parar para no terminar. Nos vamos del comedor y nos dirigimos al dormitorio sin dejar de besarnos. Una vez en la cama cojo un condón de la mesita y me lo pongo mientras veo cómo se coloca a cuatro patas, dándome la espalda. Una vez estoy dentro nos movemos, nos tocamos, nos abrazamos, nos besamos y nos decimos te quiero mientras el orgasmo nos alcanza primero a ella y después a mí.

Al terminar se tumba sobre mi pecho. Su pelo me hace cosquillas. Dejo un beso sobre su cabeza.

—Me da miedo quererte.

Alza la cabeza y me mira.

—Me da un miedo que te cagas porque eso significa que puedes hundirme, y nunca creí que esto pudiera pasarme a mí.

Acaricio su mejilla con suavidad y me permito perderme un momento en sus ojos antes de contestar.

—A mí también me da miedo quererte, Paula. Pero aún me da más miedo no hacerlo.

Se inclina de nuevo hasta dejar, esta vez, un beso sobre mi pecho, justo a la altura del corazón.

Capítulo 33
Paula

La vida es maravillosa; el cielo es azul, los pájaros cantan y el surtido de turrón que hay en el supermercado es digno de provocarte un colapso en las venas, pero está buenísimo. Alejandro y yo nos hemos dicho que nos queremos y quedan apenas unos días para Nochebuena. No sé si tengo más ganas de abrir mis regalos o de que los demás abran los míos.

Qué coño. De lo primero. Pero lo segundo también me hace ilusión.

Hoy he salido antes del trabajo y me he venido a casa; esa que solo piso para coger algo de ropa y asegurarme de que no han entrado ocupas en ella, que tal y como está el gobierno con ese tema hoy en día, lo mismo llego una tarde y me encuentro a una familia de siete u ocho miembros durmiendo a pierna suelta en mi cama.

Le he enviado un mensaje a mi novio —ay, joder, qué bien suena esa palabra—, y le he dicho que cuando salga del hospital se venga directo aquí, aunque sea a medianoche. Ya ha empezado a compaginar su trabajo en la clínica con el hospital y nos vemos un poco menos, pues hay muchos días en que solo nos vemos al llegar a casa, pero las noches son sagradas para nosotros.

Me he bajado al supermercado porque voy a preparar un trozo de pez de ternera asado con puré de manzana de acompañamiento. De postre *panna cotta* con té verde. Me he venido un poco arriba con esto último porque no lo he hecho en mi vida, pero la receta parece sencilla. Quiero celebrar mi felicidad y mi vida en pareja. Además, que dispongo de toda la tarde para mí, por lo que puedo prepararlo todo tranquilamente e ir pasito a pasito como los bebés cuando empiezan a caminar.

Estoy eligiendo el trozo de ternera que tiene mejor pinta cuando alguien me pellizca el culo, haciéndome pegar un bote. Me giro con la bandeja de carne en alto y lista para pegarle con ella al imbécil

que ha osado tocarme sin mi permiso cuando la boca se me abre de par en par, como en la escena esa de *La máscara*, con Jim Carrey.

Bajo el brazo y parpadeo, asegurándome de que la persona que tengo delante es real y no producto de mi imaginación. De que está aquí delante de mí y no a través de la pantalla del ordenador, y de que me está sonriendo.

—Hola, renacuaja.

Su voz parece tan distinta, tan ronca y varonil, que arrugo el entrecejo sin terminar de creérmelo. Mi reacción le hace gracia y rompe a reír. Y ahora sí. Esa risa es suya. Es el único que emite un leve ronquido al final. Javier ha vuelto y lo tengo plantado frente a mí en el pasillo de las carnes de Mercadona.

Suelto el carro y tiro la bandeja al suelo mientras grito y me lanzo a sus brazos, agarrándome como si fuese un koala.

—¡¡¡Eres tú!!! ¡¡¡Eres tú!!!

—Soy yo.

Me agarra fuerte por la cintura mientras damos vueltas hasta marearnos.

Debemos ser el centro de atención, pero me importa un pepino. Mi hermano ha vuelto a casa y eso se merece toda la celebración del mundo.

No puedo parar de reír y de llorar al mismo tiempo. Javier me deja en el suelo y me seca las lágrimas con los pulgares.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto? ¿Por qué no me has avisado? ¿Cómo sabías que estaba aquí? Seguro que Marcos sí lo sabía. Joder, siempre hacéis lo mismo. Porque los dos tengáis pito no os hace una piña, ¿sabes? Yo tengo vagina y soy más fuerte que vosotros dos. Me siento muy desplazada, Javi, y no me gusta.

Mi hermano se ríe de mi verborrea mientras niega con la cabeza y me sacude el pelo, algo que hace desde que tengo uso de razón y siempre me ha puesto un poco de los nervios, porque es el mismo gesto que haces cuando quieres felicitar a un perro por un trabajo bien hecho y le palmeas la cabeza. Pero hoy no me quejo. Ya lo haré mañana.

Se agacha a por la bandeja que he dejado antes caer y me insta a terminar la compra e ir a su casa. Lo observo un momento más

detenidamente y me doy cuenta de que, aunque es él, no es él. Se da cuenta de mi escrutinio y ladea la cabeza, sonriéndome.

—¿Qué?

—Pareces un vagabundo. —Sus carcajadas no se hacen esperar—. No te rías. ¿Desde cuando llevas barba y te has convertido en un melenas?

—¿No me ves guapo?

—Por lo menos hueles bien —afirmo, sin contestar a su pregunta directa. Javier es guapo, eso es un hecho y ni todo el pelo del mundo puede ocultarlo, pero cuando llevaba el pelo rapadito y sin barba, dejando a la vista esa piel aceitunada y suave, daban ganas de mirarlo durante horas. Sé que muchas amigas mías y de Eva maldicen su condición sexual cada vez que lo ven.

—Muchas gracias, hermanita. Pues yo a ti te veo muy bien. Supongo que algo tendrá que ver cierto doctor, ¿no?

Que Javi estuviera fuera no significa que no haya estado al tanto de mi historia con Alejandro. ¿He dicho alguna vez que somos una familia un tanto intensa y que nos lo contamos todo?

Llegamos a la caja y entre los dos vamos dejando la comida en la cinta.

—¿Piensas montar una fiesta en casa?

—No. Para tu información, esto era para Alejandro y para mí.

—Porque Alejandro y tú coméis por diez.

—No seas tonto. Además, deja de hacerme preguntas y contesta a las mías.

—Eran muchas. Déjame que piense. —Se golpea la barbilla con el índice, como si estuviese pensando. Pago, lo guardamos todo en las bolsas y salimos—. Estoy aquí porque tenía ya ganas de estar en casa. Me ha encantado esta experiencia y de verdad creo que es algo que debería experimentar todo el mundo: visitar otros países, conocer otras culturas, ver cómo viven otras personas que tienen menos que tú y, sin embargo, son mil veces más felices... Es una experiencia alucinante. Pero tenía ganas de veros. Tenía morriña.

Me río, porque para que Javi admita algo así es que debía echarnos terriblemente de menos. Apoyo la cabeza en su pecho a modo de abrazo porque tengo las manos ocupadas, y él me besa en lo alto de la cabeza.

—He vuelto hace, exactamente, una hora. Y he venido aquí porque te he visto a lo lejos entrar.

—¿Y has venido a verme a mí primero?

—He venido a verte a ti primero.

—¡Sabía que era tu favorita! ¡Siempre lo he sabido! ¿Se lo puedo contar yo a Marcos? Seguro que llora.

Me golpea en el hombro tan fuerte que casi me hace caer.

—Eh, chaval, controla esa fuerza. ¿Has cogido músculo?

—Y peso. No veas cómo se come en esos sitios. Y eso que iba con el dinero justo. Pero por muy poco te pegas unas comidas de campeonato.

—Quiero saberlo todo.

—¿Paramos ahí y nos tomamos un café? —Señala con la cabeza una cafetería tipo boutique que ha abierto hace escasos meses y que siempre desprende un olor increíble a café. Miro las bolsas donde tengo toda la comida y pienso que por un rato no se va a poner mala.

Entramos y nos sentamos en una mesa junto a la barra y de espaldas a la ventana. Tienen el local decorado con luces amarillas por el mostrador y colgando de las paredes en forma de guirnaldas, un pequeño árbol de navidad en una esquina y al fondo, rodeado de figuras navideñas y regalos, y un gran surtido de pasteles y galletas que representan esta época del año. Nos pedimos un café cada uno, el suyo con un toque de menta y el mío con caramelo. Pedimos un trozo de tarta de zanahoria y comenzamos a hablar. Él habla de su viaje, de las ciudades y de todo lo que ha visitado. Habla con tanta pasión y entusiasmo que no puedo más que apoyar la barbilla en la mano y escucharlo embobada. Me habla de la gente que ha conocido y no me pasa desapercibido el brillo que he visto en sus ojos cuando nombra a un tal Khalan que conoció en Tailandia. No entra en demasiados detalles y yo tampoco insisto. Cada cosa a su tiempo, y todos sabemos que Javier es algo lento y reservado para hablar de sentimientos.

Es mi turno y, como no, me pregunta por él. Me entra la risa floja y se burla de mí. Le cuento la situación que vive con su hermano, porque Javi siempre ha sido esa voz lógica que buscas cuando estás en una pequeña encrucijada y no sabes por dónde tirar. Sé

que dije que era algo de Alejandro y que no tenía ningún derecho a hablar sobre ellos, pero después de la conversación que tuvimos anoche necesito sus consejos. Su guía. Y Javier es la persona más fiable de este mundo.

—Joder... —La expresión de su cara al terminar el relato es la misma que la mía cuando Alejandro me la contó.

—Sigue sin poner en marcha el tocadiscos, aunque sé que se muere por hacerlo. Lo he pillado alguna vez en mitad de la noche sentado en el sofá con una fotografía entre las manos. Nunca he visto quién sale en ella, pero puedo hacerme una idea.

—¿Le comentaste algo de esto anoche?

—¡No! Qué va. Desde que me lo contó no había vuelto a sacar el tema y me pareció violento hacerlo justamente anoche. Además, luego nos dijimos te quiero, vino el sexo y... vamos, que no era el momento.

—Y, ¿por qué quieres hablar ahora de eso con él?

—No es que quiera hablar con él, lo estoy hablando contigo porque quiero ayudarlo y no tengo ni idea de cómo hacerlo. Es feliz, él me lo ha dicho y, además, lo sé. Pero le falta algo.

—Claro que le falta algo, Paula. Tú le complementas una parte de su vida, pero no toda. —Deja la taza sobre la mesa y estira el brazo hasta cogerme la mano—. Lo que le ha pasado es una mierda. Sinceramente, creo que es de las peores cosas que te pueden pasar. Ha sido traicionado por la persona en la que más confiaba. Eso es lo que te intentaba decir ayer, ¿no?

—Sí.

—Pues no puedes hacer nada más que estar a su lado. Por lo menos, por ahora. Tiene que ser jodidamente duro de digerir algo así, no puedes forzarlo a hacer algo. Tiene que ser él quien lo gestione a su manera.

—No lo fuerzo. Es solo que... no sé. A veces pienso que lo necesita. Sentarse con él y hablar. No lo han hecho. Desde que los encontró sentados en su sofá y salió por esa puerta no los ha vuelto a ver, ni ha hablado con ellos. Lo poco que sabe es a través de su madre y creo que eso lo está matando.

—Pero tú no eres quién para meterte, Paula.

—Lo sé, lo sé. Pero me duele.

—Mas le dolerá a él.

Doy un último sorbo al café y miro a Javi a los ojos. Ahora que lo tengo aquí conmigo soy consciente de cuánto lo he echado de menos, y que no sé qué sería de mí si no volviera a verlo. Si no pudiese llamarlo cuando me pasa algo, ya sea bueno o malo. Si no participase día a día en mi vida. Tanto él como Marcos.

—Renacuaja, mírame. —Vuelve a cogerme la mano y me la aprieta con cariño—. Estar al lado de la persona que quieres, sosteniéndole la mano para que no caiga, es la mayor prueba de cariño y apoyo que se le puede brindar.

—¿A pesar de que sabes que le falta algo para terminar de ser feliz?

—¿Tú eres feliz, enana?

—Mucho.

—¿Él te hace feliz?

—Sí —contesto sin vacilar. Javi sonrío y niega con la cabeza.

—Ver para creer...

—No te pases, ¿eh?. Que aunque hayas cogido músculo sigo pudiendo contigo. —Levanta las manos en señal de rendición, pero después vuelve a adoptar el tono serio de antes.

—Sobre lo que has dicho antes, aquí no hay un «a pesar de». Si todos supiéramos el secreto de la felicidad eterna sería una pasada, pero no lo hay. Aunque no te lo creas, Alejandro sabe qué es lo que le falta a la suya para ser plena, como también sabe que llegará un día en el que descuelgue el teléfono y lo llame, o en la que se plante en su casa para verlo. Algo lo hará llegar hasta allí. ¿El qué? Solo él lo sabe, pero tú no puedes forzarlo. Cada uno gestiona sus problemas a su manera, Paula. Tu papel es ser su apoyo para cuando él gestione los suyos.

—Eso puedo hacerlo. Puedo ser su sostén.

—Ser su sostén, no quitarte el sostén.

—¡Serás idiota! —Hago una bolita con un trozo de servilleta de papel y se lo lanzo entre risas.

Nos terminamos el café, pagamos y salimos a la calle. Enfilamos hacia mi casa que está a una manzana de distancia, andando con esfuerzo, pues se ha levantado tal viento que te hace

bajar la cabeza y mirar al suelo si no quieres que algo se te meta en los ojos.

Llegamos al semáforo y miro hacia la derecha mientras cruzo, asegurándome de que no viene ningún coche en esa dirección.

No miro hacia la izquierda.

No veo la furgoneta que viene directa hacia mí.

No veo a su conductor que está pendiente del móvil en vez de la carretera.

No escucho el grito.

El grito de Javi llamándome.

Sí noto el empujón.

Sí noto cómo mi hombro y luego mi cabeza, golpean contra el suelo.

Creo que esta vez sí soy consciente de los gritos de la gente.

Del frenazo.

Creo que sí soy consciente de ver un cuerpo al lado del mío, bocabajo. Pero no estoy del todo segura porque los ojos se me cierran y todo se vuelve oscuro.

Capítulo 34

Alejandro

Llevo sentado en esta puta silla lo que me parece una eternidad. Me he alimentado a base de cafés durante las últimas horas y ni siquiera me he quitado todavía la bata de hospital. En realidad, ni siquiera he salido de entre estas cuatro paredes.

Levanto la cabeza y el mismo escenario: Pedro parece un león enjaulado dando vueltas por la habitación sin parar. Daniela ha intentado tranquilizarlo sin éxito alguno, así que ha desistido. Se limita a permanecer sentada llorando en silencio. Eva está sentada en la silla que hay junto a la cama con la cabeza apoyada sobre la misma mientras le sostiene con fuerza la mano. No tengo ni idea de si está dormida, pero tampoco voy a averiguarlo.

Y lo que peor llevo: ese sonido. El sonido de la máquina pitando. Ese que nos dice que su corazón sigue latiendo.

Pero no abre los ojos. No los abre y yo no puedo soportarlo más.

Apoyo la espalda contra el respaldo, echo la cabeza hacia atrás hasta que hace contacto con la pared, estiro las piernas y cierro los ojos. Sé que es un error porque, como siempre me pasa cuando lo hago, la imagen de la ambulancia llegando y la camilla pasando veloz por mi lado de camino a rayos me atormenta. Ese cartel luminoso que me indicaba que mirara. Que echara un vistazo a la persona que iba ahí tumbada. Y yo haciéndolo. Fijándome primero en su mano, con esa pulsera que se compró hacía unas semanas conmigo en un puesto artesanal junto al Mercado Central, para ir subiendo hasta su cara, hasta su cabeza, hasta esa enfermera que apoyaba algo blanco en ella. Algo manchado de sangre.

Y es que, ¿cómo es posible que unos segundos den para tanto? ¿Cómo es posible que, en apenas unos segundos de nada, me diera tiempo a reconocerla? A sentir cómo mi alma abandonaba mi cuerpo. A reaccionar y salir corriendo tras esa camilla rezando para estar equivocado. Rezando para que no fuera Paula la que iba en ella.

No me fijé en nada más.

No contesté a las preguntas que me hacía la gente cuando pasaba por su lado dando más de un empujón. No me di cuenta de que los gritos que escuchaba eran, en realidad, míos. Pidiendo que me dejaran verla. Pidiendo entrar con ella.

No me fijé en nada más.

No vi la camilla que venía detrás.

No me di cuenta de que se dirigía veloz al quirófano.

No presté atención al chico que iba tumbado en ella.

No fui consciente del tiempo que llevaba sentado en esa maldita sala de espera. Sin noticias. Sin saber qué hacer. Sin tener un teléfono a mano para poder llamar a alguien. A quien fuera. Todo por mi manía de querer vivir desconectado del mundo. Por no querer ser un esclavo más de la tecnología.

Vaya puta mierda y qué gilipollez más grande.

No me enteré de cuándo llegaron.

Sí me di cuenta de que me tocaban el hombro. De que al levantar la cabeza los vi. Todos juntos, como siempre. Cogidos de la mano. Sí me fijé en que había tres personas más, dos mujeres y un hombre. Sí que fui consciente de que una de esas mujeres era idéntica a ella, que tenía sus mismos ojos, aunque ahora estos estaban rojos e hinchados.

Sí vimos que la puerta se abría y que aparecía un doctor. Lo había visto por los pasillos, pero no tenía ni idea de que se apellidaba Espinosa hasta que lo leí en su placa identificativa. Sí fui consciente de que abría la boca y que por ella salían palabras. Muchas.

Sí me di cuenta de que suspiré aliviado cuando nos dijeron que se había dado un golpe en la cabeza y que estaba inconsciente. Que había perdido sangre pero que el tac no revelaba traumatismos mayores. Que había sufrido una pequeña hemorragia y la habían tenido que llevar a quirófano, pero que la habían localizado y detenido. Aun así, debíamos esperar. Esperar a que despertara. Que las próximas horas eran decisivas.

Sí fui consciente de la sonrisa que luchaba por salir a la superficie pero que se esfumó en cuanto analicé las siguientes del doctor.

—En cuanto a él... Lo siento muchísimo. Hemos intentado hacer todo lo que estaba en nuestras manos, pero no hemos podido salvarlo. Ya ha llegado muerto al hospital.

Él.

El chico de la otra camilla.

El chico al que han llevado corriendo a otro quirófano.

El chico que ha empujado a su hermana fuera de la trayectoria de la furgoneta para recibir él el impacto.

Me fijé en ellos. Todos juntos, como siempre. Cogidos de la mano. Abrazos. Llorando.

Llorando porque ella, Paula, estaba viva.

Llorando porque él, Javier, ese chico que apenas hacía unas horas que había regresado a casa se había marchado. Solo que, esta vez, para siempre.

Porque Javier estaba muerto.

Había muerto salvando a su hermana.

Capítulo 35

Paula

Recuerdo la primera vez que me metí en una pelea de las gordas. De esas en la que vuelan puñetazos y sangran narices y labios. Tenía diecisiete años y solo lo hice porque la tía más imbécil de toda la clase me había tocado la moral.

Un dato importante: da igual lo joven que seas, puedes ser imbécil a cualquier edad.

La cuestión es que estábamos en clase de gimnasia y por aquel entonces teníamos que saltar el potro, hacer escalada, subir la cuerda... Una serie de actividades un tanto estúpidas que no te sirven de nada si no quieres ser bombero, policía o alguna cosa parecida, pero que la profesora decía que eran esenciales y que puntuaban. Fin.

Yo era mala en el deporte. Eva era nefasta. Una lástima.

María, la imbécil, era una máquina.

Le tocó el turno a mi amiga de saltar el potro. Habíamos ensayado en el jardín de su casa, algunas veces usando a nuestros hermanos como potro, y sabía hacerlo. Solo era cuestión de correr, coger impulso y saltar.

Eva lo hizo: corrió, cogió impulso y se pegó la hostia del siglo.

Se golpeó la nariz contra la máquina y esta empezó a sangrar como si no hubiera un mañana. Menudo susto me dio. Ese día no hice el examen. Me fui con ella a la enfermería a que le cortaran la hemorragia y me pasé el resto de la mañana intentando convencerla de que nadie le diría nada y de que estaba igual de guapa con esa nariz a lo gorila.

Todos cumplieron.

Nadie se burló. Toda la clase se interesó por ella, por ver si estaba bien y por si le dolía.

Todos menos ella, claro está. Pero no lo hizo delante de los demás. Ese no era su estilo. Si se metía contigo lo hacía de dos maneras: o a tus espaldas, o en un lugar donde nadie podía verla.

Así que nos esperó en la puerta de mi casa. Vivía cerca del colegio y creo que, por aquella época, todos sabíamos dónde vivía

el resto.

Lo sabía. Cuando la vi a lo lejos apoyada en la pared supe que tendríamos problemas. Y Eva también.

Nunca le han gustado los enfrentamientos. A mí si es con gente que me importa un pimiento me da igual. Así que agarré con fuerza la mano de mi amiga y enfilamos recto.

Sus risitas nos hicieron el paseíllo.

Sus burlas y palabras despectivas hacían el coro.

Eva me sujetaba con fuerza. Yo respiraba hondo y contaba hasta cien.

Hasta que dijo las palabras mágicas.

O, más bien, hasta que abrió la mano, la puso delante de nosotras y dejó que viéramos la cadena de cuero que descansaba entre sus dedos. Esa cadena que Marcos se compró con Eva hacía unos meses y que llevaban la inicial de mi amiga.

Porque, había otra cosa, y es que mucha gente era conocedora del enamoramiento de mi amiga por mi hermano. Y María no podía ser menos. Marcos no tenía ni idea, pero María tenía que saberlo y su obsesión por él o por Pedro crecía conforme los días pasaban. Hasta que lo probó. Hasta que lo tuvo entre sus brazos la nochevieja pasada. Hasta que Eva los pilló saliendo de ese cuarto de baño.

—Para que veas que soy buena persona vengo a ver si quieres esto. Marcos se lo quitó de un tirón mientras nos enrollábamos y lo tiró al suelo. Yo lo recogí cuando me di cuenta de que llevaba una E y pensé que, como tú te llamas Eva, podrías quererlo, ya que ninguno de nosotros lo quiere. Aunque te advierto que, del tirón, la cadena se ha roto. Es que hay que ver la pasión que le ponen algunos a las cosas.

No lo pensé. Ese es uno de mis problemas, que no pienso antes de actuar.

Me solté de mi amiga, me giré y le di un puñetazo en toda su nariz.

Yo me hice un daño de cojones, pero ella se llevó una buena fractura.

Ella gritó zorra y todos sus derivados mientras se tapaba la cara y veía cómo le sangraba la nariz. Eva cogía mi mano con fuerza y

me examinaba los nudillos. Yo, sonría. Sonreía tanto que me dolían las mejillas.

De repente, una sombra se cernió sobre nosotros. Me giré y pude ver a mi hermano Javier de brazos cruzados mirándonos. Y sí, nos estaba juzgando.

Era el pacifista de la familia. El «no pegues, no te metas en líos, no amenazas. No le hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti». El mediador y el que intentaba llevarnos por el buen camino.

Si hubiese sido Marcos quien me hubiese pillado estaría aplaudiendo y llevándome a hombros. Javi no. Y yo no le debía nada, lo sabía. No era mi padre. Era mi hermano. Pero decepcionarlo no entraba en mis planes.

No abrió la boca. Con un gesto nos mandó a casa y se ocupó de María. Cuando subió después de una eternidad lo hizo entrando en mi cuarto sin llamar, con una bolsa de guisantes en una mano y una crema en la otra. Se sentó conmigo en la cama, me examinó los nudillos, me puso la bolsa, me curó con crema y, cuando esperaba la charla, me animó a tumbarnos en mi cama los dos solos para ver una película de esa que tanto nos gustaban a los dos y que Marcos odiaba. Creo que fue una de El diario de Bridget Jones, pero tampoco estoy muy segura.

Lo que sí recuerdo es quedarme dormida apoyada en su hombro. Recuerdo que me recostó en la cama y me tapó con una manta justo antes de acercarse a mi oído y susurrarme:

—Eres la chica más valiente que conozco. Nunca dejes de dar puñetazos por la gente que quieres. Estoy muy orgulloso de ti, renacuaja.

María nunca más nos dijo nada. Ni para bien, ni para mal. Con los años, una vez le pregunté a Javier por simple curiosidad si le había dicho algo cuando se quedaron los dos a solas. Él se limitó a encogerse de hombros y a guiñarme un ojo. Justo antes de salir de la cocina se giró y, mirándome a los ojos, me dijo:

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

—No lo dices mucho, pero no importa. Ya lo digo yo por los dos.

—Pues te quiero.

—¿Tanto como para matar un león por mí?

—Tanto como para arrojarme contra un coche por ti.

—Me vale.

Sonrió y desapareció poco después en su cuarto.

Ahora, tantos años después de esa frase, solo pido que no me quiera tanto. Que no lo necesito.

Lo único que necesito es tenerlo aquí. Conmigo.

Capítulo 36

Paula

Sé que hay gente a mi alrededor. Escucho voces, veo sombras, las baldosas de la cocina crujen cuando alguien las pisa y la puerta de casa no para de abrirse y cerrarse. Pero me da exactamente igual.

No quiero ver a nadie.

Quiero que se marche todo el mundo y que me dejen sola. Lo he dicho por activa y por pasiva. He suplicado, he llorado e incluso lo he chillado, y lo he hecho tan alto que después me ha dolido la garganta durante horas.

Pero deben estar sordos porque nadie me hace ni puto caso.

He optado por encerrarme en casa y no aparecer ni por el trabajo. ¿Para ver? ¿Para ver la cara de lástima de mis compañeros? ¿Para soportar que me miren con pena, que me miren de reojo? Que cuchicheen a mis espaldas: pobrecita, ¿es la que mató a su hermano?

Paso. Quiero me dejen tranquila. Que se vayan con su lástima a otra parte y me dejen a mí con mi pena. Se supone que cada uno pasa su duelo a su manera, ¿no? Pues esta es la mía.

A tomar por culo.

A tomar por culo ellos y todo el mundo.

A tomar por culo Javier por apartarme, por ocupar mi lugar, por lanzarse sobre esa furgoneta. Por morir. ¿Por qué cojones ha tenido que hacerlo? ¿No ha tenido bastante con un año dando vueltas por el mundo que ahora ha tenido que irse para siempre? ¿Al destino le gusta gastar bromas?

Es como si ese día me hubiese dicho: «¿No lo echabas de menos? Pues míralo un rato porque esta será la última vez que lo hagas». Porque se puede meter la gracia por el culo.

—Hola, nena. —Noto cómo alguien me acaricia las mejillas. Las manos están tan frías que me hacen tener un escalofrío. Las aparto, no sé bien si con suavidad o con brusquedad, y me subo la sábana hasta la nariz. Quien sea que me ha tocado suelta un suspiro, pero sé que no se ha marchado porque el colchón se mueve, y eso es porque se está sentando.

Podría replicar, exigir que salga de mi habitación, pero también sé que no serviría de nada y tampoco tengo fuerzas.

—Paula... —Vuelven a llamarme, pero yo sigo sin contestar. Necesito otra manta. ¿Por qué hace tanto frío aquí dentro?—. Paula, nena. Han venido a verte.

—He dicho que no quiero ver a nadie. —Llevo tanto tiempo sin hablar que la voz me sale ronca y me raspa la garganta.

—Llega un momento en el que no es si quieres o no, es que debes hacerlo.

—A mí no me digas lo que debo o no debo hacer. ¿Te queda claro?

Otro suspiro.

Subo el brazo hasta taparme los ojos con él y espero a que se marche.

Se levanta de la cama y escucho sus pasos alejándose en dirección a la puerta. Creo que va a salir y cerrar, cuando lo escucho hablar:

—Lo siento, no he conseguido hacer que se levante de la cama, pero seguro que vosotros podéis.

Una rabia me recorre desde los pies hasta el último pelo de la cabeza. Me quito las sábanas de encima de un manotazo y me incorporo echando chispas por los ojos y queriendo taladrar a Alejandro con ellos.

—¡¡No te he dicho que no quiero ver a nadie!! Pero ¡¿quién cojones te crees que... —Los gritos, los insultos, la furia y la rabia se desvanecen tan pronto como mis ojos reconocen a las dos personas que me miran con una mezcla de tristeza y amor infinito que solo consigue romperme en más pedazos. Me llevo las manos a la boca para sofocar el sollozo que lucha por salir, pero es inútil.

Al final, gana la batalla.

Cuando venían al hospital a verme me hacía la dormida. Aunque estuviesen horas y horas sentados en esas sillas, a mi lado. Me daba pánico mirarlos a la cara. Cuando fue su funeral. Cuando lo enterramos... No los vi. No lo hice porque yo no fui. Mi ingreso en el hospital me lo impidió, aunque en el fondo sé que de haber podido no habría ido. Desde que me dieron el alta los he estado evitando. A pesar de su dolor han sido respetuosos con el mío. Los he oído

llegar todas las veces que lo han hecho, aunque he fingido no darme cuenta. He escuchado a Eva hablar con ellos por teléfono, incluso a Alejandro. Yo no lo he hecho. Ni cuando Marcos me gritó y me suplicó con lágrimas en los ojos que lo hiciera. La verdad es que a él tampoco quería verlo, pero se pasó mis deseos por el forro de los cojones, como hace siempre.

Pero está claro que están cansados de tanto distanciamiento y tanto rechazo, y de que no puedo evitarlos más.

Se acercan hasta la cama, se sientan en ella y sin decir nada, uno por cada lado, me rodean el cuerpo envolviéndome con su calor. Mi padre me acaricia el pelo mientras mi madre apoya mi cabeza en su pecho y me acaricia la espalda. Yo lloro, lloro tanto que me pregunto cómo puedo ser capaz de generar tantas lágrimas.

No tengo ni idea de cuánto tiempo estamos así. He perdido la noción de todo. No sé si es por la mañana, por la tarde o por la noche. Ellos no se mueven y yo tampoco lo hago. No quiero que se alejen de mí. No soportaría que lo hicieran.

Mi madre me suelta de su agarre y, aunque al principio protesto, al final dejo que lo haga. Me sostiene por las mejillas y me mira a la cara.

Dios, lo que veo me parte el alma. ¿Cuándo ha envejecido tanto?

No me atrevo a mirar a mi padre.

Cierro los ojos y niego. Niego porque no lo soporto. Yo les he hecho esto. Javi está muerto por mi culpa. Mi hermano Marcos se ha quedado solo por mi culpa. Mis padres han muerto en vida por mi culpa.

Grito. Grito tanto que comienza a dolerme el pecho. Me estoy quedando sin aire. Dios, me estoy ahogando.

Alguien me dice que respire. Alguien me pone una mano en el pecho y me pide que me tranquilice. Piden que me traigan agua, pero no llego ni a bebémela. Creo que le he dado un manotazo al vaso y este ha salido volando. Alguien me coge de las manos y me las aprieta. Pero yo no quiero que nadie me toque.

Quiero dormir.

Javi... ¿por qué? ¿por qué me has hecho esto? ¿Cómo has podido ser tan egoísta?

Llevo diez días sin ti y no voy a poder soportarlo. No puedo.
No quiero.

Capítulo 37

Alejandro

El mes de enero pasa tan rápido como llegó. Mi *planning* diario consiste en ir del hospital a la clínica, de la clínica al hospital y, cuando tengo tiempo libre, pasarme por casa de Paula. Hace tantos días que no piso la mía que lo mismo ha sido invadida y yo sin enterarme. Ni siquiera he pasado por ella para coger ropa. Sobrevivo con unas cuantas prendas que me compré en una tienda que hay cerca de casa de Paula. ¿Por qué no he ido? Porque no quiero separarme de ella más de lo necesario, y eso es el trabajo. Lo demás es secundario.

Es una locura. Lo sé. Me lo dicen todos, sus padres incluidos, pero no puedo hacerlo. No quiero hacerlo. Tengo la sensación de que debo estar aquí. Paula se derrumba cada día un poquito más y sé que no puede hacerlo en condiciones cuando tiene a los suyos cerca, así que ahí estoy yo para sostenerla cuando veo que va a caer. Para asegurarme de que sobreviva.

Aunque en ocasiones sienta que estoy de más. Pero no quiero pensar en eso. No puedo pensar en eso.

Está pasando un duelo y mi papel con ella es acompañarla.

Estoy contento porque ya he conseguido que se duche de forma bastante regular y salga de casa, aunque sea a dar una vuelta a la manzana o para sentarnos un rato en un banco del parque que hay a unas calles de distancia. Para muchos puede parecer algo banal, sin demasiada importancia. Para mí es un mundo, porque desde que habíamos vuelto del hospital se había limitado a sobrevivir entre las cuatro paredes que forman su habitación.

Pero también sé que no es suficiente, y eso solo provoca que tenga ganas de estirarme de los pelos y gritar tan fuerte que termine por quedarme afónico. Me estoy volviendo loco y lo que peor llevo es que no tengo ni idea de cómo hacerlo. Y no puedo hablarlo con nadie. Cuando ocurrió el accidente mi madre abandonó su Madrid natal y se vino aquí conmigo. Solo fue una noche, pero fue más que suficiente y justo lo que necesitaba en esos momentos. Ni siquiera sé si Paula fue consciente de ello, pues sucedió en la época en la

que no salía del dormitorio para nada. Mi madre ni lo comentó. Se limitó a venir, dejarnos la nevera lo suficientemente llena, abrazarme mucho y luego marcharse. Después de eso me compré un teléfono móvil. Me llama todas las noches, no falla. Pero ese es el único contacto que tengo con la «realidad» que, en ocasiones, necesito. No hay nadie más. Nadie que pueda orientarme sobre qué hacer, qué camino coger. Cómo puedo hacer para sacar a Paula del pozo en el que está cayendo en picado, sin paracaídas.

Y estoy cabreado.

Cabreado con ella por estar así.

Cabreado con Eva, Marcos, Pedro y Daniela por no saber decirme qué hacer.

Cabreado conmigo por no saber una puta mierda.

Me estoy volviendo loco.

Hago a un lado todos estos pensamientos y me centro en el trabajo, que se ha convertido en mi vía de escape. Es lo que me hace estar medianamente cuerdo; mirar las caras de los niños, sus sonrisas, sus carcajadas, su inocencia... son lo único que me permite no acompañar a Paula en ese pozo en el que se está sumergiendo.

Al llegar a casa me sorprende al encontrarla más concurrida de lo que suele estar. No es que siempre estemos Paula y yo solos, porque esto se ha convertido en un ir y venir de gente, pero sí es cierto que lo han hecho de forma progresiva, nunca todos a la vez. El que más tiempo ha estado aquí ha sido Marcos. Incluso se ha quedado a dormir con su hermana en más de una ocasión. Hace un par de noches, sin ir más lejos, cuando me acerqué a la habitación, ya no me acuerdo para qué, me los encontré a los dos dormidos. Estaban tumbados sobre la colcha, vestidos, de cara, con las manos unidas y las frentes pegadas. Al ver esa escena se me formó tal nudo en la garganta que luego costó muchísimo que desapareciera.

Tras saludar a Pedro, que está tumbado en el sofá viendo un partido de baloncesto, me acerco a la cocina y dejo un beso en la mejilla de Eva y otro en la de Daniela. Están preparando la cena. No sé qué es, pero huele de maravilla. Junior se ha quedado con sus abuelos en casa. Se muere por ver a su tía. Pregunta por ella sin cesar y no entiende por qué no puede venir a su casa como hacía

siempre, pero tanto Pedro como Daniela piensan que es mejor dejar pasar un tiempo y esperar a que Paula se encuentre mejor y vuelva a ser ella. Están convencidos de que será dentro de poco.

Yo prefiero mantenerme al margen y no opinar porque, ¿quién soy yo para contradecir lo que quieren sus padres? ¿Quién soy yo para decirles que esa Paula, la del treinta de noviembre, la que reía a carcajadas viendo el encendido de luces en la plaza del ayuntamiento murió junto a su hermano en la acera bajo esa furgoneta?

Llego al dormitorio y voy a empujar la puerta para entrar, que está entreabierta, cuando la escena que me encuentro dentro me lo impide. Ambos hermanos están tumbados al revés, con la cabeza en los pies y las piernas en alto apoyadas en la pared. Desde aquí puedo ver sus manos entrelazadas sobre la colcha. Están casi en penumbra, a excepción de una pequeña lamparita que hay en la mesita de noche.

Sé que escuchar tras las puertas conversaciones ajenas está mal, pero cuando escuchas por primera vez a tu novia hablar sin llorar, sollozar o tartamudear, no puedes hacer otra cosa.

—¿Tú crees que nos está viendo? Sé que eres ateo, pero... ¿crees que nos observa?

—He llegado a la conclusión de que tengo que creerlo, porque si no lo hago acabaré volviéndome loco. No puede ser que al morir nos convirtamos en, no sé, ¿polvo? Eso es muy triste.

—Ya, si yo creo lo mismo, pero luego pienso que si es verdad que nos está viendo... ¿por qué no me manda una señal?

—Mira, yo estoy ahora aquí tumbado, me giro y veo a Javi a mi lado, y te juro que me da un puto infarto.

Paula ríe. Ríe. No es una gran carcajada, ni siquiera es una media sonrisa, es un sucedáneo, pero es el mejor sonido que he escuchado en semanas.

—No seas idiota.

—Echaba de menos oírte reír. Aunque se pareciese a la risa de un cerdo, que quede claro.

—Yo también. No lo del cerdo, si no lo otro.

—Y, ¿por qué no la sacas más a relucir?

—Porque no puedo.

—Paula...

—Sé lo que me vas a decir, ¿vale? Así que, por favor, ahórratelo.

Todos lo sabemos. Paula se culpa y eso es lo que la llevó a rechazar a sus padres al principio, a encerrarse en sí misma y a no querer saber nada de nadie. Le hemos intentado hacer entender que eso no es verdad, pero hay algo que el accidente no le quitó y es la cabezonería y la terquedad. Aunque vamos mejorando en ese tema aún tiene bajones.

Escucho a Marcos suspirar y tirarse de los pelos con la mano que tiene libre. En un principio creo que va a hacer caso a su hermana y cerrar el pico, pero si lo hiciera no sería él.

—¿Sabes? No pienso callarme.

—Marcos...

—Marcos, no. Me vas a escuchar. —Se sienta en la cama y tira de su hermana hasta incorporarla. Doy un paso atrás para esconderme mejor, pero no para dejar de escucharlos—. He perdido a mi hermano, ¿vale? Es una mierda, una putada y estoy enfadado. Estoy cabreado y solo tengo ganas de pegarme con alguien o de golpear cosas. De gritar tan fuerte que me duela la garganta. Estoy terriblemente enfadado con él por haberse ido y haberme dejado solo. Pero, a pesar de todo, ¿sabes una cosa? Que no puedo quererlo más y que estoy tan orgulloso de él que sería capaz de tatuármelo en el corazón para no olvidarlo jamás. En ese trozo de corazón que se ha ido con él y que no voy a recuperar jamás porque siempre le ha pertenecido, como a ti te pertenece la otra mitad.

Escucho a Paula llorar y las ganas de irrumpir en esa habitación son tan grandes que tengo que apretar las manos en dos puños para controlarme.

—Llora, Paula. Llórale todo lo que quieras porque tienes ese poder. Pero también ríele mucho, alto y claro, como él siempre nos enseñó a hacerlo y, ante todo, métete en esa cabeza tuya que tú no tienes la culpa de nada. Nada. Porque ambos estamos seguros de que si pudiéramos hablar con él, si pudiéramos preguntarle, nos diría que volvería a hacerlo una y mil veces. No dejes que ese conductor me quite a mis dos hermanos, te lo suplico. No dejes que se lleve mis dos mitades.

No sé qué le contesta Paula ni si lo hace. Doy media vuelta y me encierro en el baño. Al mirarme en el espejo descubro que tengo los ojos rojos a consecuencia de las lágrimas que luchan por salir. Agarro con fuerza el teléfono y repito en mi cabeza las palabras de Marcos. También recreo las imágenes de los dos juntos, tanto las de ahora mismo como las de antes y después del accidente.

Me llevo una mano al pecho y aprieto fuerte. Me duele mucho. La verdad es que lleva doliéndome varios días.

Sin pararme a pensarlo demasiado saco el móvil del bolsillo, apoyo la espalda en la puerta y me deslizo por ella hasta quedar sentado en el suelo. Lo desbloqueo y me quedo mirando la pantalla un rato hasta que tecleo ese número que durante tanto tiempo he rechazado.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos.

Estoy a punto de colgar cuando su voz al otro lado me lo impide.

—¿Diga?

De la impresión, el teléfono está a punto de escurrírseme de las manos. Lo agarro tan fuerte que los nudillos deben haberseme puesto blancos.

—Alejandro...

No le contesto a Víctor. No puedo.

Pero tampoco puedo colgar.

—Eres tú, ¿verdad? No importa... Dios... Al... —La voz se le quiebra al pronunciar mi diminutivo, ese que siempre he odiado pero que solo le he dejado a él utilizar—. No cuelgues, ¿vale? Solo... solo estate ahí. Yo estoy aquí... Mamá me ha contado... Dios, no hables, no hace falta. Yo estoy aquí... ¿de acuerdo? Estoy aquí, Al. Siempre. Siempre estoy aquí.

Capítulo 38

Alejandro

Hoy es un día de mierda. Paula y yo nos gritamos anoche. No nos habíamos gritado nunca. Todo empezó por una pizza y terminó conmigo marchándome a mi casa a dormir por primera vez después de tanto tiempo. Me hizo sentir egoísta, pero lo necesitaba. Tenía que salir de allí.

Con Paula vamos un paso hacia delante y cincuenta hacia atrás. Lo más triste de todo es que creo que solo le pasa conmigo. Ha ido a comer con sus padres a su casa en más de una ocasión, y lo ha hecho feliz y serena. Incluso se marchó al cine con Junior una tarde, los dos solos. La he visto sonreírle a Eva mientras esta le contaba cosas sobre la boda un domingo en el que vino a pasar el día, y la he oído reír a carcajadas con su hermano por teléfono.

Conmigo no hay nada de eso. Incluso me aventuraría a afirmar que le molesta que la toque, así que algunas noches me he ido a dormir al sofá. Aún estoy esperando que alguna de esas noches me pida que vuelva a la cama, pero no he tenido esa suerte.

Cojo el teléfono y marco el de Víctor, algo que se ha convertido en costumbre desde que vi a Marcos y a Paula tumbados en la cama hablando la otra noche. Ya llevaba varios días con la sensación de que necesitaba hacer algo, de que me faltaba algo, aunque no sabía el qué. Esa noche me di cuenta de qué era lo que me pasaba, y es que necesitaba a mi hermano conmigo. Aunque no me sentí con las fuerzas necesarias para abrir la boca no hizo falta. Con escuchar su respiración y sus frases cortas de vez en cuando tenía suficiente. Me hacía sentir menos solo.

—Hola. ¿Qué tal? —pregunta, como siempre cuando descuelga, aunque ambos sabemos que no voy a contestar. Porque, aunque siento que lo necesito, sigo sin poder comunicarme verbalmente con él. Sin embargo, eso no es impedimento para que me siga contando cosas de Olivia. Un día, tras uno de nuestros

silencios, comenzó a describirme cómo era, qué cosas le gustan o cómo se defiende como padre. Lo que nunca hace es nombrar a Sandra.

Tras diez minutos de conversación y sabiendo lo que viene a continuación, me susurra:

—Siempre estoy aquí.

Al colgar miro la hora y veo que son apenas las siete de la mañana. Todavía es temprano. Puedo quedarme un rato más tumbado.

∞

Paula

He vuelto a discutir con Alejandro. No quiero pensar en que se está convirtiendo en una costumbre, pero es lo que parece. Hoy ha sido porque hace un rato me ha comentado mientras cenábamos, cuándo tenía pensado volver al trabajo.

—¿Te molesto aquí?

—¿Qué?

—Pregunto si te molesto aquí, aunque no sé por qué tendría que ser así si pasas más tiempo fuera que dentro.

—Déjalo.

—No. Si no importa. Prefiero que me contestes.

—Me he limitado a hacer una consulta. En la clínica preguntan por ti y me ha parecido que te gustaría saberlo. Eso es todo.

—¿Preguntan por la pobre chica que mató a su hermano?

—No voy a entrar en eso, Paula. He hecho una pregunta, eres libre o no de contestarla. De todas formas...

—Ya sabía yo que había un «pero» por ahí.

—De todas formas... —ha continuado, ignorando mis pullas—. Creo que te vendría bien salir de casa. Me encanta que hayas empezado a ir por más sitios que no sean solo el parque de la esquina o dar una vuelta a la manzana, así que creo que la clínica sería una buena distracción.

—No quiero una distracción. Quiero que mi hermano vuelva a casa.

Después de esa frase me miró, se levantó y se marchó de la cocina dejándome sola. Por lo menos, esta vez se encerró en la habitación y no se marchó a su casa.

En cuanto me quedo sola me doy cuenta de que me he pasado. Muchísimo. De que estoy a la defensiva, de que salto a la mínima y de que parece que tengo las uñas listas para atacar en cuanto sea necesario.

Me paso las manos por la cara, cansada y frustrada. Lo limpio todo antes de entrar en el dormitorio. Son apenas las nueve de la noche, pero Alejandro ya está durmiendo. Me cambio de ropa y me meto en la cama a su lado, dándole la espalda.

Justo antes de quedarme dormida pienso en cuándo fue la última vez que nos acostamos o que dormimos abrazos, y no puedo acordarme. Ni de una cosa, ni de la otra.

∞

Alejandro

Marzo. Las fallas, los petardos y las tracas llegan como un huracán, tal y como está mi vida ahora mismo.

Hoy ha sido Paula quien ha cogido la puerta y se ha marchado a casa de su hermano a pasar la noche. ¿Es posible que eso me haga sentir aliviado?

Ese pensamiento me hace sentir miserable, pero no puedo evitarlo.

Estoy cansado. Tan cansado que a veces olvido hasta en que día, mes o incluso año estamos. La vida con Paula es tan intensa que me abruma. El problema es que no es una intensidad de las buenas, si no de las malas, de las que te consumen.

Me siento en el sofá, me froto la cara y me estiro del pelo, abatido y asqueado de todo. Busco su teléfono en la guía, tentado a llamarla, pero no lo hago. Busco nuestra conversación del WhatsApp y veo que está en línea. Rezo. Rezo para que salgan las palabras mágicas de «escribiendo» y me diga algo, lo que sea. No pido un perdón. Solo quiero que me diga que está bien. Que estamos bien. Que esto es un bache y que lo superaremos juntos. Porque

seguimos juntos, uno al lado del otro, y que me quiere igual que el día antes del accidente, aunque no me lo haya dicho en todo este tiempo. Pero ¿cómo tenérselo en cuenta?

Pasan los segundos y ese mensaje no llega. Pasan los minutos y deja de estar en línea. Pasan las horas y el cielo está demasiado oscuro, como ella. Como yo.

El timbre suena dándome un susto de muerte. Miro la hora y veo que son pasadas las diez de la noche. Corro como alma que lleva el diablo y abro sin preguntar quién es. Espero que sea ella que se ha dejado las llaves.

Cuando el ascensor llega la puerta se abre y veo aparecer a Pedro, se me cae el alma a los pies.

—No esperaba confeti al llegar, pero esa cara tampoco.

—Lo siento. —Niego con la cabeza y frunzo el ceño cuando veo que va con un paquete de seis cervezas en la mano—. ¿Has venido a ver a Paula? Verás, ahora mismo...

—No está. Lo sé. Está en casa de mi hermana.

—Ah...

—He venido a tomarme unas cervezas. ¿Te animas?

Levanta el paquete y lo mueve en el aire. Estoy a punto de decirle que no pero luego recuerdo que mis planes de futuro más inmediato son irme a dormir y comerme la cabeza, así que un poco de alcohol no creo que le haga mal a nadie. Me hago a un lado dejándolo pasar.

Después de la segunda cerveza empiezo a plantearme si de verdad ha sido buena idea dejarlo entrar en casa. Echo la cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo y cierro los ojos. Estamos sentados en el sofá con la luz de la televisión como acompañamiento, aunque está sin volumen.

—Necesito que el techo deje de dar vueltas.

—¿Has comido algo?

Hago memoria y me doy cuenta de que he estado tan ocupado llegando a casa y discutiendo con Paula que se me ha olvidado hasta cenar, y la última comida fue una barrita energética en la clínica al mediodía. Niego con la cabeza y escucho cómo chasquea la lengua contra el paladar. Se levanta, lo oigo trastear por la cocina

y al rato deja algo sobre mis rodillas. Al abrir un ojo me encuentro con un sándwich de jamón york y queso delante.

—Eso es lo más sofisticado que sé hacer. Las cocinitas son las chicas. Pero, por lo menos, está calentito.

—Gracias.

La verdad es que me da igual lo que sea. Me he dado cuenta de que tengo tanta hambre que sería capaz de comerme una tortilla de clavos.

Pedro vuelve a sentarse a mi lado y observa la tele mientras yo devoro el sándwich como si fuese el mejor manjar del mundo. Cuando termino lo dejo sobre la mesita de centro y vuelvo a mi botellín.

—La estoy perdiendo.

Me sorprendo por mis palabras. Pretendía darle de nuevo las gracias por la cena. No sabía que me saldría algo así. Pedro me mira un segundo antes de levantarse, encender una lamparita que hay, apagar la tele y volver a sentarse, esta vez de medio lado para poder mirarnos a la cara.

—Decías que la estabas perdiendo.

No lo dice cómo burla ni como nada raro. Solo está repitiendo las palabras que yo acabo de decir.

Frunzo el ceño. Debería pedirle que se marchara. No es mi amigo. No es mi confidente. Es el amigo y el confidente de Paula y esto está mal.

Pero también necesito hablar con alguien. No sé si será una buena o una mala idea, solo sé que es una oportunidad y que voy a aprovecharla.

—La estoy perdiendo. Es un hecho y debo empezar a admitirlo. Quiero estar con ella. Quiero ser el hombro sobre el que llore, quiero ser la persona a la que recurra cuando esté triste, cuando tenga ganas de gritar o, simplemente, cuando lo necesite. Pero no lo hace. Se refugia en todos vosotros menos en mí. No me malinterpretes porque lo entiendo, ¿vale? Vosotros sois su familia. Pero...

—Te duele. —No lo pregunta. Lo afirma. Asiento.

—A veces tengo la sensación de que solo soy para ella un saco de boxeo. Ese saco al que golpeas cuando estás enfadado con el mundo y necesitas pagarlo con alguien. Ese al que recurres cuando

lo que quieres es esconderte de la realidad. Al principio me daba igual, o eso me decía a mí mismo. Joder, acababa de perder a su hermano y no quería ni imaginar el dolor tan profundo que debía de sentir. Además, entendía que necesitaba desahogarse con alguien que estuviera fuera del círculo familiar. Mirar a la cara a sus padres o a Marcos se le hacía un mundo. Le he visto fingir más sonrisas en todo este tiempo que a nadie en toda mi vida. Incluso contigo o con Eva ha tenido que fingir. Con el único que no lo ha hecho ni una sola vez ha sido conmigo, y ha llegado un momento en el que eso duele tanto que se ha hecho insoportable seguir hacia delante. —Me pinzo el puente de la nariz, abatido—. No debería haber dicho eso. Olvídalo, ¿vale? Lo siento, de verdad. Estoy siendo injusto con ella. Ha perdido a su hermano y yo estoy aquí diciendo estas cosas, y...

—Tú estás aquí —me corta—, diciendo estas cosas porque estás vivo, Alejandro. Eres humano y tienes sentimientos, y nunca debes sentirte mal por vivirlos. —Al mirarlo no veo enfado o disgusto en su mirada. Todo lo contrario. Veo aceptación y comprensión—. No soy nadie para malinterpretarte. Ni mucho menos para juzgarte. No he venido a eso. Te entiendo, ¿sabes?

Lo miro sin comprender. Sonríe, se levanta la manga de la camiseta y me enseña una cicatriz que le recorre la muñeca.

—No me acuerdo bien de la edad que tendría. Trece, catorce... por ahí. La cuestión es que estábamos jugando a pillar. Paula era la que más corría de todos. Siempre dice que Eva es competitiva. Sí, en los juegos de mesa. En la vida no hay otra como ella. Y a nosotros, por aquella época, nos gustaba demasiado burlarnos de ella. Ese día le tocaba pillar a Paula. Los encontré a todos menos a mí y te puedes imaginar cómo estaba. La oía gritar diciendo que abandonara mi escondite. Llamó a nuestras madres para decirles que me había escapado de casa. Todo para hacerme salir. Cuando pasó no sé cuánto tiempo decidí apiadarme de ella. Cuando me vio... cogió tal cabreo que *Wonder Woman* a su lado es un gato persa. Ella iba delante. Yo detrás. Abrió la puerta de casa, yo estiré el brazo para llamarla, pero cerró la puerta dando un portazo y me pilló la muñeca. Grité, pero creo que ella gritó mucho más cuando se giró y me vio. No me quitó la mano de milagro, pero se me quedó colgando. Tuve que hacer rehabilitación. Paula estuvo un tiempo sin

mirarme a la cara. Venían al hospital a verme, ella tenía un compromiso. Cuando me dieron el alta, ella se había ido a no sé dónde. Todo eran excusas para no verme. Ella lo sabía y yo también. Pero no se lo tuve en cuenta. ¿Sabes por qué? —Niego con la cabeza—. Porque Paula es la peor gestionando sentimientos, sobre todo si son de los malos. Dios, es pésima. Le encanta dar consejos. Decirte lo que debes o no debes hacer. Lo que está bien o lo que está mal. Pero cuando le toca a ella se convierte en esa niña que busca excusas y pretextos para no enfrentarse a ellos, porque está tan asustada y tiene tanto miedo que no se da ni cuenta.

Pedro se levanta, coge una nueva cerveza y me pregunta si quiero otra, pero niego. Aunque se me ha pasado aún siento un poco el mareo y prefiero estar sereno.

—No la estoy justificando ni diciendo que lo que está haciendo esté bien. Más bien creo que lo está haciendo como el culo. Lo que estoy intentando decirte es que la entiendas. No tienes ni idea lo que todos te agradecemos lo que haces por ella. Aunque no lo creas lo vemos y los padres de Paula los primeros. Paula es increíble. Es divertida, risueña, cariñosa y alocada. Pero también es temperamental e insegura. Es una montaña rusa de emociones y ahora está tan abajo que no encuentra la escalera para volver a subir. Eso no le da ningún derecho a hacer las cosas mal contigo. Ninguno. Y se dará cuenta, espero que más pronto que tarde, pero lo hará. Solo te pido que cuando ese momento llegue sepas perdonarla. No como pareja, porque eso no está en mi mano ni en la de nadie más que en la tuya. Ni siquiera como amigo, pero sí como persona. Solo quería que la conocieras mejor.

Cuando Pedro se marcha creo que mi cabeza está a punto de explotar. Sus palabras no me abandonan en toda la noche, por mucho que cierro los ojos e intento dormir. Ni al día siguiente, ni al otro. Ni al siguiente. Tres días en los que Paula no aparece, ni llama, ni manda un mensaje. Tres días en los que se refugia en casa de su hermano. Tres días en los que no tengo noticias suyas más que los mensajes que me envían Pedro, Marcos o incluso Eva.

Pedro no saca nuestra conversación en ninguno de ellos, los otros tampoco lo hacen. No soy idiota, sé que saben que vino y de lo que hablamos, pero agradezco que no hablen de ello. Entiendo a

Pedro y el porqué de su visita y lo agradezco, aunque el dolor sigue ahí, no se ha marchado.

Al cuarto día cojo una bolsa con las cosas que he ido trayendo y me marchó. Creo que mi papel aquí ha terminado y es hora de seguir hacia delante. De pasar página.

Nada más poner un pie en casa cojo el móvil, llamo a Víctor y antes incluso de que hable le pido que venga porque no quiero estar solo. Porque me he dado cuenta de que lo tengo y de que no quiero seguir enfadado con él.

Capítulo 39
Paula

Siempre me ha gustado esta casa. Me acuerdo del día en el que vine con Marcos a verla. Era de nueva construcción y estaba todo tan limpio y nuevo que daban ganas de sentarte en el suelo y comer en él. Yo me enamoré de las habitaciones tan grandes que tenía, acostumbrada a la mini en la que vivía en casa de mis padres. Marcos se enamoró del jardín y la piscina. Cuando le dieron las llaves, con Javi a un lado y yo al otro, lo primero que hizo fue tirarse a la piscina con el traje de chaqueta puesto y animarnos a nosotros a hacer lo mismo. No nos lo tuvimos que pensar demasiado.

Sonríó y me limpio las lágrimas del rostro, que ruedan sin control. Estoy ya cansada de tanto llanto, de que me escuezan los ojos, de tener la garganta seca y de que me duela el pecho.

Unos golpes en la puerta me sobresaltan. No esperan a que conteste. La puerta se abre y alguien entra en la habitación. Cierro los ojos y finjo que estoy dormida. No tengo ni idea de qué hora es, pero si me he venido de mi casa a aquí ha sido para estar sola y que me dejen en paz.

—Puedes fingir todo lo que te dé la gana, sé que no estás dormida.

Marcos, como no, pasa de mí y se cuelga en la cama conmigo. Hace frío, así que se pega todo lo que puede a mi espalda y cuelga sus pies entre los míos.

—¡Estás helado!

—Hace mucho frío.

—Pues ponte calcetines para dormir. No sé qué manía tienes, de verdad. En verano lo entiendo, pero cuando hace frío pues te abrigas, cojones.

—Prefiero el calorcito corporal.

Se arrima más todavía hundiendo la nariz en mi cuello, que también tiene fría, así como las manos, que me pasa por la cintura hasta encontrar las mías y entrelazar nuestros dedos.

—No soy Eva. Lo sabes, ¿verdad? Porque esto roza el incesto.

—No me seas quejica. Te encanta que te abrace.

—Uy, sí, mira. Estoy dando saltos de alegría.

—Tu sarcasmo me apasiona.

Prefiero no contestarle y seguir a lo mío. Él tampoco dice nada. Se queda quieto, abrazándome, sumido en esta oscuridad casi total. No tengo ni idea de qué hora es, pero de madrugada, seguro. Me encanta que me abracen y Marcos lo ha hecho mucho en este último tiempo, pero ahora me asfixia. Intento soltarme de su agarre pero él no me lo permite. Al tercer intento bufo.

—¿Tú no tienes una cama propia en la que dormir?

—Yo, sí. ¿Y tú?

—Yo estoy en ella, pero tú has venido a tocarme las narices. — Chasquea la lengua contra el paladar y noto como niega con la cabeza.

—Esta es mía. Me refiero a la tuya.

Sus palabras duelen porque los dos sabemos a qué «mía» se refiere. Un sentimiento de rabia comienza a crecer en mi interior.

—Si quieres que me vaya solo tienes que decirlo.

—¿Por qué voy a querer que hagas eso?

—Porque has dicho que esta es tu cama.

—Porque lo es. Pero de ahí a que quiera que te vayas... pues no sé, Paula, no lo entiendo.

Este tío cuando se pone en plan idiota es que es eso. Idiota.

Intento volver a soltarme de su agarre, pero él me sostiene con más fuerza.

—¿Quieres soltarme?

—No.

—Marcos, te lo juro, me duele la cabeza y no estoy para tus gilipolleces.

—Y yo tampoco. Solo quiero saber por qué mi hermana se presentó hace unos días en mi casa con una maleta en la mano y los ojos rojos. Y por qué razón y sin mediar palabra se subió aquí y se encerró en la habitación. He intentado esperar a que salieras, pero después de tanta espera he decidido entrar y preguntar.

—¿Y no podía venir Eva?

—Lo hemos echado a cara o cruz y ha perdido.

—Eva no te permitiría dejar una cosa así al azar.

—Es cierto. Le he dicho que entraba yo porque soy tu hermano mayor y he ganado. Iba a usar la baza del hermano muerto, pero no ha sido necesario.

—¡¡Eres gilipollas!! ¡¡No tiene ni puta gracia!!

Pataleo hasta que me suelto de su agarre, aunque él tampoco es que ahora estuviera ejerciendo mucha presión. Me levanto de la cama y enciendo la luz, cabreada y a punto de echar espuma por la boca. Está sentado en la cama, apoyado en el cabecero, con los brazos cruzados a la altura del pecho. No hay ni un atisbo de diversión en su rostro, sino que me observa serio. Yo diría que hasta taciturno. Pero eso no evita que lo señale con el dedo, hecha una furia.

—¡¡Me cago en ti y en tu puta vida!! Pero ¿de qué vas? ¿Te crees que es graciosa esa frase?

—No, ni un poquito.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No.

—Y, entonces, ¡¡¿por qué cojones has soltado una burrada así?!!

No contesta. Se encoge de hombros y me sigue observando.

Le partiría la cara. Iría hasta él y le partiría esa cara de niño bonito que tiene.

Parece leerme el pensamiento porque sonrío girando la cara, como invitándome a hacerlo.

—Si vas a hacerlo que sea aquí. —Se señala la mejilla izquierda —. El otro es mi lado bueno y le tengo más cariño.

Grito. Grito de rabia e impotencia y le lanzo un cojín que pillo a mano. Lo esquiva sin problemas. Eso parece ponerlo a él más contento y a mí más histérica. Miro hacia la puerta, no sé si esperando ver entrar a mi amiga para salvarnos a su prometido y a mí de esta situación, o si abrirla y salir corriendo.

No pasan ninguna de las dos cosas.

Lo que sí pasa es que me acerco hasta la cama, me siento en el borde y me pongo a llorar. Agacho la cabeza y me tapo la boca, intentando controlarme, pero es imposible. Y en cuanto siento los brazos de Marcos rodeando mi cuerpo peor todavía. Me acuna y se balancea conmigo, acariciándome el pelo. Le estoy poniendo el

pijama perdido de mocos y lágrimas, pero no parece importarle lo más mínimo.

Los llantos comienzan a remitir y solo queda un leve sollozo y muchos hipidos. Se levanta y me suelta, asegurándose de que no me voy a caer. Se acerca a la mesita que hay junto a la cama donde descansa un vaso de agua. Lo miro extrañada, o todo lo extrañada que mis ojos hinchados me permiten, mientras me lo tiende junto con un paquete de clínex que se saca del bolsillo.

—Sabía que los ibas a necesitar, así que he venido preparado.

—¿Sabías que iba a llorar?

—Vamos, Paula. Desde antes de Navidad no haces otra cosa.

—Eso es un golpe bajo.

—Eso es la realidad. Venga, bebe.

Le aparto la mano porque es capaz de darme de beber como a los niños, y me termino el vaso casi de un trago. Se lo tiendo, lo devuelve a su sitio y se sienta de nuevo a mi lado.

—¿Por qué, Marcos?

—¿Por qué he soltado esa burrada, o por qué se ha muerto?

Me encojo de hombros, porque supongo que es un por qué a las dos cosas. Él suspira, mira al suelo y se pasa una mano por el pelo.

—Sobre lo segundo... porque la vida es maravillosa, pero también es muy cabrona. Tiene el poder de darte la felicidad más absoluta y la mayor de las miserias, y a nosotros nos está tocando vivir esa segunda parte.

Lo miro de reojo. Él, por el contrario, tiene su atención fija en la pared de enfrente.

—Lo echo de menos. Lo echo de menos todos los días, a todas horas. Echo de menos su voz, su risa, sus ojos en blanco y sus lecciones de sabiondo, y nunca voy a dejar de hacerlo. Ni quiero. Pero se ha muerto, Paula. La parte cabrona de la vida se lo ha llevado y yo no puedo hacer nada por traerlo de vuelta, pero sí puedo hacer algo por él. Puedo vivir. Puedo vivir por él y por mí. Puedo sonreír, puedo soñar, puedo seguir enamorándome cada día de Eva, puedo ver crecer a Junior, puedo pasear, puedo ir al cine, puedo nadar desnudo en la playa si quiero. Puedo hacer todas esas

cosas. Pero, lo que no puedo... Lo que no puedo ni quiero, es verte morir. Y eso es lo que estoy haciendo.

Ahora sí, cuando lo miro me está mirando y lo hace con los ojos llenos de lágrimas que no se molesta en hacerlas desaparecer.

—¿Te crees que es una burrada lo que yo he dicho? Pues eso es porque no te ves a ti.

—Yo nunca he dicho eso ni...

—A veces, no hacen falta palabras.

—¿Te crees que estoy usando a mi hermano muerto para algo?

—Sí. Para esconderte, para aislarte y para apartarnos, sobre todo a Alejandro.

—¿Qué tiene que ver Alejandro en todo esto? ¿Os ha llamado?

—¿Llamarnos? —pregunta, en un tono un tanto sarcástico—. ¿Crees que Alejandro nos llamaría? Es demasiado elegante para eso. Es demasiado elegante para permitir ser tu saco de boxeo y no quejarse. Es demasiado elegante para abandonar su vida y centrarse solo en la tuya. Es demasiado elegante para sonreírnos y decirnos que todo está bien cuando le preguntamos, aunque sea la mentira más grande de todas.

—Yo no le he pedido nada de eso.

—Eso es cierto. Pero él lo ha hecho porque te quiere. Porque te quiere tanto que es capaz de dejar que uses la baza del hermano muerto para alejarlo de tu vida sin echártelo en cara ni una sola vez.

Las palabras de Marcos me duelen tanto que tengo que agarrarme el pecho porque creo que el corazón está a punto de salirse del sitio. Mi hermano lo sabe, por lo que me obliga a agacharme hasta poner la cabeza entre las rodillas mientras me pide que coja aire y lo expulse muy despacio. No escucho la puerta abrirse, no oigo a Eva hablar, pero sí siento sus manos frías y pequeñas sobre mis mejillas.

Cuando alzo la cabeza tengo a dos de mis personas favoritas en el mundo mirándome con amor y ternura.

—¿Está enfadado conmigo?

—No. Pero sí dolido.

—Soy horrible.

—No lo eres, cielo. Eres humana y estamos para equivocarnos. Para caernos y levantarnos. Para vivir segundas oportunidades,

nosotros que podemos.

—¿Y si ya es tarde? ¿Y si no quiere verme? ¿Y si llego a casa y se ha marchado?

—No lo ha hecho hasta ahora, ¿no? —Miro a Marcos y niego con la cabeza—. ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque la gente se cansa. Porque tienes razón. Porque lo he usado. Le he gritado tantas veces que he perdido la cuenta. No podía pagarlo con vosotros y supuse que, bueno, como era un extraño, como no era de la familia..., podía ser mi diana. Oh, Dios mío, soy muy mala persona.

Me llevo las manos a la cara, tapándomela. Pienso en la cara de Alejandro al llegar a casa con una bolsa de comida bajo el brazo pidiéndome que cenara con él y yo rechazándolo. Pienso en Alejandro acostándose en la cama y dándome un beso de buenas noches en la frente, en la mejilla o en los párpados, diciéndome que me quería sin esperar respuesta porque yo no se lo dije ni una sola vez. Pienso en Alejandro marchándose a su casa cansado, abatido, después de gritarle que él no tiene ni idea de lo que significa perder a un hermano, cuando el suyo no está muerto pero está lejos, muy lejos, y creo que eso es peor. Me acuerdo de las palabras de Javier, las que me dijo ese día: «Estar al lado de la persona que quieres sosteniéndole la mano para que no caiga es la mayor prueba de cariño y apoyo que se le puede brindar». Y eso es lo único que ha estado haciendo él todas estas semanas, sostenerme, a pesar de lo que me he empeñado en apartarlo de mí.

—Lo he perdido... Si llevamos más tiempo así que juntos... Qué mierda...

—Eh, mírame. —Marcos me coge de la barbilla y busca mi mirada—. Aquí no se pierde, ¿me oyes? Se lucha hasta el final por lo que se quiere y, bueno, si no sale es porque no debía ser así, pero se lucha y tú eres la mayor luchadora del mundo. Lo has sido siempre y no vas a dejar de serlo ahora.

Nos abrazamos, lloramos, hablamos, reímos y recordamos los tres juntos durante mucho rato. Pienso en Javier, en lo que lo he querido, lo quiero y lo querré. Pienso en la vida, en que, como dice Marcos, a veces es muy puta y se lleva aquello que más quieres. Pero también te da las herramientas que necesitas para ser feliz y yo

tengo muchas. Incluso lo tengo a él, aunque no vuelva a verlo. Porque tengo sus recuerdos y eso nada ni nadie me lo va a quitar. Y tengo a Alejandro que es mi futuro, o eso espero.

Me lo imagino en mi cama. Nuestra cama. Tumbado solo y, aunque suene egoísta, espero que pensando en mí. Pienso en nosotros antes, durante y después del accidente. Sobre todo en ese antes. En ese primer encuentro desastroso, en ese primer beso, en esa primera vez al principio algo accidentada y después tan perfecta. En nuestros días y nuestras noches. En nuestras risas los dos juntos y en ese te quiero que supo a tanto y que ahora sabe a tan poco.

Cierro los ojos y dejo que el sueño me venza, porque lo necesito. Necesito descansar, reponer fuerzas, ser más valiente y fuerte. Prepararme para pedirle perdón y pedirle que me quiera. Otra vez. Tanto o más como yo lo quiero a él.

Capítulo 40

Alejandro

La jornada de trabajo hoy en el hospital es caótica.

Y eso me encanta.

No porque haya urgencias médicas, sino porque es un ir y venir de gente por todas partes, lo que me permite distraerme, centrarme en el trabajo y no pensar que llevo casi un mes sin ver a Paula. Sé que ha vuelto a la clínica, sé que ha comenzado a sonreír y sé que continúa viviendo en casa de su hermano.

Lo primero lo sé por Irene, que me lo contó cuando me llamó para intentar convencerme de que volviera, aunque los dos sabíamos que eso era imposible. Puede parecer que la historia se repite, que dejo un trabajo por culpa de una mujer. Sí, es cierto, aunque esta vez no lo hago por mí, lo hago por Paula. Porque quiero que vuelva a ser ella, que ría y que se perdona, y algo me dice que si yo estoy en medio de toda esa ecuación no lo hará como debe.

Lo segundo lo sé porque Adriana me lo dijo. Me llamó un día por teléfono solo para decirme:

—Ha sonreído, Álex. La he visto sonreír. Y creo que, con esta, ya van tres veces en un día.

Lo último lo sé porque me lo ha dicho el propio Marcos. Después de mi conversación con Pedro, y a pesar de que me enviaron mensajes durante tres días, creí que mi relación con ellos estaba acabando. Breve pero intensa. Como son las mejores relaciones.

Me equivoqué.

No tengo ni idea de cómo averiguaron dónde vivía, no les pregunté, solo sé que un día Pedro y Marcos se presentaron en mi casa con pizzas y cervezas listos para ver un partido de baloncesto. Eso fue surrealista, pero lo fue más cuando entraron y se encontraron con mi hermano en el sofá. Por sus caras no pude adivinar si Paula les había hablado o no de él, solo sé que los presenté, se saludaron y los tres se sentaron frente a la televisión. Fue en uno de los descansos después de que Marcos le colgara a su chica al hablar por teléfono, cuando me miró y dijo:

—Te juro que mi hermana me está poniendo de los nervios. Ha invadido mi habitación. ¿No tiene suficiente con la de al lado?

Aunque quería sonar enfadado lo dijo divertido y sin apartar sus ojos de mí, consciente de que captaba el mensaje.

Sobre Víctor... sobre Víctor es todo tan locura que no sé ni por dónde empezar. La muerte de Javi me hizo darme cuenta de lo corta que es la vida. De cómo un día estás arriba y al siguiente abajo. De cómo en cuestión de segundos puede cambiar tanto. Me hizo darme cuenta de que Víctor me había hecho daño y de que seguía enfadado con él. No tengo ni idea de cuándo se me pasará, él lo sabe y yo también, pero lo que sí sé es que lo necesito. No quiero arrepentirme después de los «y si...» que no nos dijimos, que no vivimos. Así que voy a ser egoísta por una vez, voy a pensar en mí y a disfrutar de lo que tengo aquí y ahora. Aunque, eso sí, con pies de plomo porque la confianza se gana, y Víctor debe trabajar mucho ahora para recuperarla.

Alguien chasquea los dedos frente a mi cara haciendo que levante la cabeza de la carpeta del paciente que estaba ojeando.

El Doctor Gregori, pediatra también, me mira con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque llevo un rato llamándote.

—Perdona. Me he quedado absorto mirando este informe.

—No te preocupes. Te decía que hay un paciente en el box doce. Pregunta por ti.

—¿Por mí?

—Sí. He ido a atenderlo pero la mujer que lo acompaña me ha dicho que si estabas tú y podía llamarte lo agradecería.

No parece ofendido. De hecho, es algo bastante normal, sobre todo, cuando hablamos de pediatras. A los padres les gusta que a sus hijos les trate siempre el mismo médico. Les da seguridad.

Nos despedimos y me encamino directo al box correspondiente. Cuando entro con la sonrisa dibujando mi rostro, pues trabajo en una profesión en la que la amabilidad y la cordialidad deben ser primordiales, sobre todo si hablamos de niños, esta se me congela; tumbado en la camilla hecho un ovillo está Junior y a su lado Paula.

En cuanto me ve entrar se levanta de la silla en la que estaba sentada.

—Hola.

—Hola...

Debería centrarme en Junior, pero no puedo apartar mis ojos de ella; se ha vuelto a cortar el pelo. Lo lleva exactamente igual al día en el que la conocí, aunque esta vez se ha dejado un poco de flequillo que le cae por delante. No lleva nada de maquillaje, pero no le hace falta. Está preciosa. No se ven esas ojeras que se habían convertido en parte permanente de su rostro. Incluso se la ve con algún kilo de más. Darme cuenta de eso me lleva a entender que había perdido mucho peso. Lleva una mochila en las manos que entiendo debe de ser de Junior.

Junior. Mierda.

Me acerco a la cama, me coloco delante de él y me agacho hasta quedar a su altura.

—Eh, campeón. ¿Qué ocurre?

Cuando me mira lo hace con una sonrisa sospechosa. Lo observo de forma interrogativa mientras él desvía la vista de mí a su tía.

—¿Ya está?

—Sí, cielo.

—¿Me vas a dar los cinco pavos?

Paula resopla y saca la cartera del bolso.

—Cinco pavos. ¿Quién habla así? ¿Los barriobajeros?

—No sé qué es un barriobajero, pero mi padre habla así.

—Cómo no.

Se incorpora en la cama, le coge la mochila a su tía de las manos y se gira a mirarme.

—¿Puedo esperar en la sala esa que he visto ahí fuera? En la que hay una tele con dibujos.

Lo miro sin entender. Resopla, pone los ojos en blanco y mira a su tía.

—¿Puedo?

—Sí. Pero como te muevas... como salga y no te vea te juro que...

—Te corto en pedacitos y se los doy de comer a las vacas. ¿O era a los toros? Da igual. Lo he entendido.

Nos dice adiós con la mano y desaparece. Desaparece por la puerta mientras yo estoy ahí de pie sin entender absolutamente nada. Algo me toca el hombro y doy un respingo, llevándome la mano al pecho y dándole un susto de muerte a Paula, que es la que me había tocado.

—¿Qué acaba de pasar?

—Ah, eso... Verás. Tenía que hablar contigo.

—¿Qué?

—Que tenía que hablar contigo y sabía que por mucho que preguntara por ti en administración no me dejarían entrar porque, bueno, porque no soy una niña. Entonces me di cuenta de que necesitaba uno. Así que he ido al colegio de Junior, le he dicho a su profesora que teníamos médico y me lo he traído. Le he dicho que fingiera un pequeño dolor de barriga hasta que aparecieras y que si lo hacía bien le daba cinco euros. Hemos esperado casi una hora ahí fuera. Qué horror.

—¿Has sacado a tu sobrino del colegio?

—Bueno. Es el único niño que conozco. Mis opciones eran bastantes escasas, la verdad.

—¿Los padres de Junior lo saben?

—Les he enviado un audio. Pedro me ha contestado con otro, pero prefiero escucharlo cuando salga de aquí. O nunca, ya puestos. Es muy exagerado cuando quiere.

Me lo está contando tan seria y segura de lo que dice que por un momento yo también lo creo. Hasta que recapacito y me doy cuenta de que es el disparate más grande que he oído en mi vida.

—Creo que necesito sentarme.

—Claro.

Se hace a un lado ofreciéndome la silla en la que estaba sentada cuando llegué, pero me dejo caer en la cama. Paula parece dudar, pero al final es ella la que se sienta en esa silla.

—Esto es una locura. Si querías hablar conmigo, ¿por qué no has ido a mi casa? ¿O me has llamado por teléfono?

Mueve las manos. Las cierra en dos puños, las abre y las vuelve a cerrar. Hasta que las une y las deja sobre su regazo. También se

muerde el interior de la mejilla y mira en derredor. A cualquier sitio menos a mí.

—¿Paula?

—Sí. Sí. Un segundo. Es que estoy intentando buscar las palabras correctas. Te juro que viniendo hacia aquí tenía pensado hasta las comas y los puntos, pero ahora... jooopetas.

—¿Jopetas?

—Sí. Ya no digo palabrotas. O, al menos, lo intento.

—Es la conversación más surrealista que he tenido en mi vida. No sé si reír, llorar, o hacer un *mix*.

Paula se levanta y se sienta conmigo en la cama. La veo coger aire y cómo los ojos comienzan a llenársele de lágrimas. No lo puedo evitar. Alzo la mano y la coloco sobre su mejilla.

—No llores, por favor.

—Ya no lo hago. O no demasiado, al menos. Además, cuando ahora lloro ya no duele tanto.

—Eso es bueno.

—Sí que lo es. —Cierra los ojos y restriega su mejilla contra mi palma—. Lo siento tanto, Alejandro. Lo siento tanto que no tengo ni la menor idea de por dónde empezar a disculparme.

—No lo hagas. No hace falta.

—Siempre tan políticamente correcto. —Abre los ojos y sonrío—. Pero tengo que hacerlo. No espero nada con ello de tu parte. Lo hago por mí. Bueno, sí, por ti también, porque creo que te lo mereces. Pero también por mí, porque lo necesito. ¿Suena egoísta?

—Entiendo lo que quieres decir, tranquila. Soy yo, ¿vale? Conmigo puedes hablar de cualquier cosa.

—Precisamente porque eres tú, estoy cagada de miedo.

La sinceridad de sus palabras se me clava en el pecho como un puñal. Necesito acercarme más todavía y abrazarla. Estrecharla entre mis brazos, pegarla a mí y decirle que se calle, que todo irá bien y que deje de hablar. Pero no lo hago porque sé que estar aquí no está siendo fácil. Ahora entiendo mejor las palabras de Pedro. Esa montaña rusa. Esa chica frágil que le asusta tanto enfrentarse a las cosas malas y dolorosas de la vida, que no tiene ni idea de cómo gestionarlas.

Quito la mano de su rostro. No porque quiera, sino porque me he dado cuenta de que estoy empezando a temblar y no quiero que lo note. Sé que ella está nerviosa, pero yo estoy de los nervios.

Miro hacia la puerta cerrada y rezo para que no se le ocurra a ningún compañero aparecer ahora por aquí. Paula sigue mi mirada.

—¿Esperas a alguien?

—¡No! Es solo que...

—Estamos en tu lugar de trabajo.

—Sí.

—Ya. A lo mejor sí hubiera sido buena idea esperarte en tu casa. Y lo hubiera hecho, ¿sabes? De hecho, he ido hasta allí, pero entonces me ha abierto la puerta un chico. No tenía ni idea de quién era y por un momento te juro que he creído que te habías mudado, pero entonces me ha dicho que era Víctor y lo he reconocido. Tu hermano. —Levanta la mano frente a mi cara—. No digas nada. No estoy enfadada contigo. Dios, ¿cómo voy a estarlo? Lo estoy conmigo. Por no tener ni idea de que había vuelto a tu vida.

—No ha vuelto. O sí. Es solo que...

—He dicho que no digas nada, por favor. No pretendo que te justifiques. No estoy enfadada contigo. Lo estoy conmigo por no haber estado ahí contigo la primera vez que lo llamaste. O cuando le pediste que viniera.

—¿Cómo ibas a estarlo? Habías perdido a tu hermano.

—Lo sé. Ahora lo sé. —Suspira, se pasa una mano por la cara y vuelve a suspirar—. Déjame hablar de carrerilla, ¿de acuerdo? Porque si no lo hago así me pierdo y no me entiendo ni yo, imagínate tú.

Asiento y sonrío. Sonrío. Joder, cuánto echaba de menos esa sonrisa.

∞

Paula

Estoy de los puñeteros nervios. Creo que está a punto de darme un infarto. Empiezo a pensar que esto ha sido una idea muy mala.

¿Cómo se me ocurre presentarme en su trabajo? ¿Cómo se me ocurre traerme a Junior?

Soy mujer muerta. Daniela es más comprensible y dulce, pero Pedro me va a cortar a pedacitos. Sin contemplaciones.

Cuando he ido a casa de Alejandro, lo he hecho con la firme promesa de sentarme, hablar con él y disculparme. Mucho y muchas veces, porque se lo merece por aguantarme, por no enfadarse, por esperar, por ser una carga para él y no quejarse. Por sostenerme aunque yo no lo supiera. Por aguantar mi mano aunque yo no la pidiera o, peor aún, la rechazara. Por mantenerse a mi lado.

En un primer momento, tras la conversación con Marcos y Eva, estuve a punto de salir corriendo e ir a buscarlo, pero mi familia tenía razón. Antes de dar ese paso debía estar bien. Encontrarme mejor conmigo misma y tener fuerzas, o acabaría en desastre.

Y así estaba, fuerte y preparada. Hasta que he visto a su hermano. Hasta que me he dado cuenta del paso tan grande que ha dado acercándose a él, solo. Pasando por ese trago sin nadie a su lado. Sin que nadie lo escuchara o lo acompañara. Recordé la conversación que tuve con Javier en la que me dijo que debía esperar. Que ese día llegaría y yo solo debía estar a su lado apoyándolo. Que algo o alguien lo haría reaccionar e ir a buscarlo.

Ese día llegó, pero yo no estuve a su lado. Ni siquiera sé cómo fue o qué sintió, y eso solo ha hecho que me sienta peor conmigo misma porque no he podido ser más egoísta.

Solo espero que algún día se sienta con la suficiente fuerza de volver a confiar en mí y contármelo todo.

Ahora más que nunca sé que este chico se merece mil y una disculpas por mi parte.

Cojo aire y lo voy soltando poco a poco.

—Javi ha muerto. He empezado a decirlo en voz alta porque antes no podía. Si lo hacía se convertiría en algo tangible y eso me horrorizaba. Pero la realidad es que se ha ido para siempre y que no va a volver. Es algo que he aprendido a asumir, como también que no ha sido culpa mía y mucho menos tuya. —Noto que mi voz comienza a temblar. O termino pronto o me entrará la llorera del siglo y se acabó todo—. Te culpé. No lo hice conscientemente, eso quiero que lo tengas claro, pero lo hice porque enfrentarme a mi

familia me daba tanto pánico que recurrí a lo más fácil: tú. Usé la baza del hermano muerto para poder gritarte, no mirarte o rechazarte sin tener que justificarme por ellos. Y eso estuvo mal. Muy mal. Y lo siento muchísimo. Aunque me pase el resto de mi vida disculpándome creo que nunca será suficiente. —Mierda. Siento cómo las lágrimas comienzan a descender por mis mejillas. Me las limpio rápido, retrasándolas lo máximo posible—. No te he llamado por teléfono porque necesitaba verte y decírtelo en persona, y darte las gracias por estar ahí. Por aguantarme todo este tiempo y no mandarme a la mierda, como sé que me merecía. Y no digas que no. —Lo señalo con el dedo, amenazante. Sonríe y su sonrisa da directamente contra mi pecho. Dios, cómo la he echado de menos.

Se levanta, da un paso atrás y mira al techo mientras niega con la cabeza. Me pinzo el labio con tanta fuerza que estoy segura de que me he hecho sangre. El tiempo pasa y el silencio es lo único que se oye. Vale que le he dicho que me dejara terminar, pero... ¿No piensa decir nada?

Mira hacia arriba con tanta atención que miro yo también a ver si me he perdido algo. Pero no. Es un techo blanco sin nada. Frunzo el ceño. Últimamente lo hago tanto que me van a salir arrugas antes de tiempo.

Cuando bajo la cabeza y lo miro veo que sonrío. Pero con ganas. De esas que te iluminan la cara entera. De esas que son capaces de iluminar una habitación.

—¿Sabes que hemos estado más tiempo «separados» —hace el símbolo de las comillas en el aire—, que juntos?

—¿Eh?

—Si te paras a pensarlo, hemos estado más tiempo en esta época negra o como quieras llamarla, me da igual, que siendo una pareja tradicional. De esas que van al cine, a jugar a los bolos o a cenar. De hecho, ¿hemos llegado a ir al cine juntos?

Pienso y niego con la cabeza.

—Eso me temía.

Se sienta en la silla, apoya los codos sobre las rodillas, cruza las manos y roza los pulgares con su boca, pensativo. Quiero preguntarle. Quiero pedirle que hable. ¿Lo hago?

Miro hacia la puerta y pienso en Junior, solo, en la sala de espera. Por un momento hasta me había olvidado de él. Soy lo peor. Si es que, al final, Pedro va a tener motivos para matarme.

Me levanto llamando su atención. Me mira, aunque no se levanta.

—Debería irme. Ya sabes. Junior está ahí fuera y creo que va siendo hora de ejercer de adulta y cuidar de él.

Espero a que diga alguna cosa, pero no lo hace. Se limita a mirarme. Los ojos se me están empezando a llenar de lágrimas y no quiero que me vea otra vez llorar. Me agacho rápido, dejo un ligero beso sobre su frente que me sabe a poco y salgo de esa consulta todo lo rápido que puedo, secándome las lágrimas que ya ruedan sin control por mis mejillas.

Lo he hecho. Me he disculpado. Lo he visto y me he disculpado. Misión cumplida.

Entonces, ¿por qué siento este vacío en el pecho?

Al llegar a la sala de espera, Junior está sentado en una silla leyendo un libro del sistema solar. Debe intuir mi presencia porque levanta la cabeza y me mira. En cuanto lo hace frunce el ceño. Sin que tenga que decírselo, lo guarda todo en su mochila y viene hasta donde yo estoy. Cuando llega a mi altura me rodea la cintura con sus bracitos y apoya su mejilla en mi tripa.

—Te quiero, tía.

—Y yo a ti, campeón.

Lo abrazo tan fuerte que tengo miedo de hacerle daño. Pero él me responde de la misma manera. Cuando se separa sonrío. «La vida es maravillosa, pero también es muy cabrona. Tiene el poder de darte la felicidad más absoluta y la mayor de las miserias». La miseria ya sé cuál es. La felicidad son muchas cosas, y este niño es una de ellas.

Le doy un beso en lo alto la cabeza, lo cojo de la mano y nos giramos para salir de este hospital.

Pero ni siquiera soy capaz de dar un paso. Alejandro está ahí, parado frente a nosotros y con las manos en los bolsillos.

—Me has asustado —digo, con la mano en el pecho.

—Has dicho que lo quieres.

—¿Qué?

—A Junior. Le has dicho que lo quieres.

—Sí, claro.

—¿Y a mí? ¿Me quieres, Paula?

En dos zancadas acorta la distancia que nos separa. Está tan cerca que si inclino un pelín la cabeza mi nariz rozaría la suya.

—No entiendo. Yo...

—Es muy sencillo. ¿Tú me quieres? Porque a mí me da miedo quererte, pequeña. Me da pánico, pero lo hago. Te quiero tanto que me duele justo aquí. —Coge la mano que tengo libre y la coloca sobre su corazón, que late demasiado rápido—. Estoy enamorado de ti, señorita Baró. Me enamoró tu descaro, tu locura, tu lengua viperina, tu sonrisa y tu manía de decir que odias las películas de miedo cuando los dos sabemos que es mentira. Me enamoró la forma en la que quieres a los tuyos y me enamoró tu valentía, tu coraje y tu fuerza. Porque eso es lo que eres, Paula. Eres una valiente por levantarte cada día y luchar, aunque tú no seas consciente de ello. Tienes un coraje que muchos quisieran, por presentarte aquí y abrirme tu corazón como lo has hecho. Y eres la persona más fuerte que conozco por enfrentarte a tus miedos, plantarles cara y reconocerlos. —Apoya su frente sobre la mía y lo veo cerrar los ojos—. Te he escuchado. He escuchado cada una de esas palabras y sé que aún queda mucho por contarnos, que tenemos que sentarnos y hablar. Pero... ¿tú me quieres, Paula? Porque si es así el resto irá viniendo, porque somos nosotros. Tú y yo. Y podemos con todo, pequeña.

Suelto la mano de Junior y aparto la mano de su corazón para coger sus mejillas. Lo obligo a abrir los ojos y a mirarme.

—Podría darte un discurso como el tuyo, pero tengo tantas ganas de abrazarte, de besarte y de decirte sin parar cuánto te quiero que no puedo pensar en nada más.

Una risa ronca sale de su pecho justo antes de estrecharme entre sus brazos y estampar su boca contra la mía. Sus labios contra los míos. Cierro los ojos aspirando su aroma y dejándome llevar por todo lo que él me provoca y que tanto me he perdido estos últimos meses. Nos separamos, nos reímos y volvemos a besarnos. No tengo ni idea de las veces que lo hacemos. Supongo que para

asegurarnos de que esto es real. De que está frente a mí, de que me ha dicho que me quiere y de que yo lo quiero a él.

Alguien nos interrumpe. Alguien bajito que nos intenta mirar serios.

—¿Vais a seguir besándoos mucho rato? Además de que es bastante asqueroso, tengo hambre.

Alejandro rompe a reír y le revuelve el pelo.

—Aún me queda un rato más por aquí. ¿Qué te parece si llevas a tu tía a comer al bar de enfrente y me esperáis?

Suspira y pone los ojos en blanco.

—Si no hay más remedio...

Enfila a andar hacia la salida. Alejandro se gira hacia mí y me coge las dos manos, llevándoselas a la boca y besando mis nudillos.

—¿Estás seguro de esto?

—¿De que te quiero? —Me encojo de hombros. Suelta mis manos para ponerlas sobre mi cintura. Acerca sus labios a mi oído y me susurra—. Tanto como de que eres la mujer de mi vida.

∞ Epílogo ∞

Tres años y medio después

El silencio que hay es tal que parece hasta irreal. Hace unas horas esto era un ir y venir de gente, de voces y de risas. Ahora ya no queda nada de eso.

Voy hasta la habitación del fondo y me paro en la puerta, apoyándome en el quicio y sonriendo como una idiota, con los ojos brillantes de la emoción. ¿Puede ser más bonita? Yo creía que el color rosa era feo y demasiado pastel, pero qué equivocada estaba. Mientras decidía qué color utilizar para las paredes del cuarto leí en algún sitio que este tono simbolizaba el cariño, el amor y la protección, justo las tres cosas que yo quiero transmitirle a la persona que duerma aquí.

Entro dentro y la recorro despacio, admirando cada mueble y cada objeto que hay en ella. Acariciándolos y recordando a Pedro, a mi hermano y a Alejandro montándolos hace un rato mientras maldecían porque las instrucciones eran una mierda y no había quien se aclarase con ellas. La realidad es que mucho deporte para uno, mucha campaña de publicidad para otro y mucha medicina para el último, pero a la hora de demostrar habilidades como carpinteros dejan mucho que desear.

Voy hasta la cama y cojo el elefante de peluche que descansa sobre ella, lo abrazo y con él en la mano me siento en la mecedora que preside el centro de la estancia. Es la misma que tenía mi madre en su casa cuando éramos pequeños. Ya llevaba unos años cogiendo polvo en el altillo, por lo que cuando le pregunté si me la podía traer por poco no da saltos de alegría. Alejandro me propuso restaurarla, pero yo no quise. Paso la mano por el apoyabrazos y puedo notar a la perfección las líneas que en ellas dejamos mis hermanos y yo cuando siendo pequeños escribimos nuestros nombres con un cuchillo. A mí madre casi le da un infarto. Por aquel entonces yo contaba solo con tres años, y sé que es una edad muy mala sobre la que conservar recuerdos, pero yo creo que el grito de mi madre al verme con él en la mano sobre su mecedora no se me va a olvidar en la vida.

Un carraspeo me saca de mi recuerdo y me devuelve al presente. Alejandro está en la puerta vestido de calle, con sus pantalones caídos, su camiseta negra y los pies descalzos. Qué manía tiene este hombre de no llevar ni calcetines en pleno mes de diciembre. Miro estos últimos y frunzo el ceño.

—¿No tienes frío?

—Es la ventaja de tener el suelo con parqué.

—Como cojas un constipado como el del año pasado, esta vez sí que llamaré a tu madre y le diré que te cuide. Yo, paso.

El año pasado cogió tal resfriado que llegó a los cuarenta de fiebre. Me asusté, pero debo reconocer que estaba muy guapo y gracioso con sus mejillas encendidas y delirando. Cantando absurdos y profesándole amor eterno a todo aquel que pasaba por su lado, incluido al señor Morales, nuestro vecino cascarrabias del segundo, cuando nos lo encontramos en el ascensor.

—No voy a coger nada. —Se acerca hasta mí y me tiende la mano—. Anda, ven.

Lo miro dubitativa, pero entonces él me mira con esos ojitos de no haber roto un plato en su vida y sé que iría a dónde él me dijese con los ojos cerrados. Le doy la mano y tira de mí con suavidad, pues con esta barriga que tengo a punto de reventar, moverme se ha convertido en una misión casi imposible.

—No te rías.

—No lo hago.

—Estoy embarazada, no ciega. Ni sorda.

—Estás embarazada y más bonita que nunca.

—¿Eso quiere decir que antes estaba fea?

No me contesta, no entra en mi juego. Me da un beso en la frente y otro en la boca antes de agacharse y besar mi vientre abultado.

—Sal pronto, pequeña, tu mamá está un poquito insoportable y yo creo que es por las ganas que tiene de verte. Así que no te hagas mucho de rogar y ven ya.

Le da otro beso, lo acaricia y vuelve a cogerme de la mano para sacarme de la habitación y llevarme justo a la otra punta, donde está el salón. Cuando entro la boca se me desencaja y los ojos se me salen del sitio.

—Oh, Dios mío...

Mi comedor parece la Plaza Mayor de Madrid en plenas Navidades, a excepción de la gente, pero el ambiente, las luces y los villancicos están. El árbol está colocado en la esquina, decorado con miles de adornos que hemos comprado en estos tres años junto con los que yo he ido reuniendo a lo largo de toda mi vida, que no son pocos. Sobre la estantería que ocupa la pared del fondo hay guirnaldas de luces blancas, así como velas gordas de color rojo, verde y dorado. Me suelto de su agarre y avanzo hasta el centro. Me entra la risa cuando veo la pantalla del televisor retransmitiendo un vídeo de una chimenea encendida con el villancico *Campana sobre campana* saliendo del tocadiscos que le regaló Víctor a Alejandro.

Después de presentarme en el hospital con Junior decidimos estar juntos. ¿Cómo no íbamos a estarlo? Nos queríamos demasiado como para no intentarlo. Eso sí, Alejandro me pidió prudencia. Recuerdo que en cuanto lo dije lo miré extrañada y, bueno, sí, un poco molesta, pero luego me lo explicó. Habíamos pasado mucho en muy poco tiempo. Nos queríamos, en eso no había duda, pero meternos en una relación seria y formal de cabeza solo podía traernos cosas negativas. Nosotros no habíamos sido una pareja convencional. No nos gustaban esos rollos, pero también era cierto que a veces un poquito de sentido común y normalidad no vienen mal. Así que, ese día él durmió en su casa y yo, después de tanto tiempo haciéndolo en la de mi hermano, lo hice en la mía.

Al día siguiente me invitó a tomar un café. Al otro se atrevió con una comida. Después vino la cena, otro día el cine y otro incluso una partida al minigolf. Los besos llegaron el primer día, con el café, pero el sexo vino semanas después y fue maravilloso. Esa noche nos dijimos te quiero sin parar con abrazos, con caricias, con gestos, con miradas y con palabras.

Pero continuamos durmiendo, por norma general, cada uno en su casa. A veces nos dábamos el gusto de compartir cama, porque las ganas nos podían y los sentimientos también. Pero queríamos hacerlo bien.

Hasta que se cumplió un año. Trescientos sesenta y cinco días desde que me presenté en ese hospital. Ese día al despertar por la mañana sonó el timbre. Era Alejandro con una bolsa de *croissants*

de la cafetería de la esquina en una mano, una maleta en la otra y una carta en la boca. Sí, una carta. Fue lo primero que cogí. En ella solo había escrita una frase;

«¿Te quieres ir a vivir conmigo?»

No le contesté. Me lancé a sus brazos tirándonos los dos al suelo entre carcajadas y mucho dolor, porque nos salieron hasta moratones. Pero felices a rabiar.

—¿Qué hubieras dicho si llego a contestar que no? —le pregunté horas más tarde, tumbada sobre su pecho desnudo.

—Suplicar.

—¿De verdad?

—Pues claro. ¿No has visto la maleta que llevaba en la mano? Como para tener que volver a deshacerla en mi casa. Un horror.

Comenzamos una guerra de cosquillas tras su confesión con patadas voladoras incluidas, y es que seguía odiando las cosquillas y él seguía adorando hacerme reír y rabiar a partes iguales.

No nos fuimos a vivir a mi casa. Tampoco a la suya. Decidimos comprarnos una los dos juntos a las afueras, cerca de Marcos y Eva. Pero eso tampoco lo hicimos. Nos enamoramos de un ático que vimos en el centro. Era de un compañero de Alejandro del hospital que se separaba y lo vendían. Lo único que no me gustaba de esa casa es que no tenía chimenea. Y yo siempre había querido una, sobre todo en Navidad para poder asar castañas, colgar calcetines y sentarme al fuego a comer [Marshmallows](#), esas nubes típicas americanas.

Mirando ahora la televisión puede que no tenga una chimenea de verdad, pero Alejandro ha hecho que se le parezca bastante.

Lo escucho avanzar hasta colocarse a mi espalda y rodearme con sus brazos. Estoy tan gorda que no llega a tocarse las manos, pero parece que le da igual y tampoco hace comentarios al respecto. No como mi hermano Marcos que se pasa el día llamándome vaca. Y es que, claro, en comparación con Eva que parece que se haya tragado una aceituna, es normal. Y eso que la muy perra está de un par de semanas más que yo.

Niego con la cabeza y me dejo caer solo un poquito, no es cuestión de aplastarlo, hasta descansar la cabeza sobre su hombro.

—Esto es una pasada.

—No has visto lo mejor.

—¿Hay más? —Sonríe y me mordisquea la oreja, consiguiendo que gima. Sabe que es uno de mis puntos débiles y lo utiliza siempre que puede.

—¿Ves esa caja de ahí? —Señala con el dedo una caja un tanto grande que hay junto a la tele—. Está llena de calcetines, a cual más ridículo, para que los cuelgues en el mueble de la televisión junto con tu chimenea.

Chillo tan alto que creo que lo he dejado sordo. Me manda sentar en el sofá mientras él se acerca hasta la caja y la coloca frente a mí. Como me había dicho, hay un montón de calcetines. Él dice que ridículos. Para mí son preciosos.

Saco uno con el nombre de Junior, otro con mi nombre y otro con el suyo. También hay uno con el nombre de Pedro, de Eva, de Juan, en referencia al bebé que esperan que se llamará igual que el padre de Eva y Pedro, y de Daniela. Vamos, de toda la familia al completo. Incluso hay uno para su madre, otro para Olivia y otro para Víctor. Para Sandra no hay. Además de destruir un matrimonio y ayudar a destruir una relación de hermanos —y digo ayudar porque, el que se cargó la relación fue Víctor—, también destruyó una relación de madre e hija y otra relación de pareja, porque unos días antes de celebrar el primer cumpleaños de Olivia hizo la maleta y se marchó. La maternidad le había venido grande y no podía con ella. Esa fue la explicación que dio. Desde ese día no se han vuelto a tener noticias suyas. Ni siquiera se sabe en qué ciudad está.

Aunque lo sentí mucho por esa niña que no tenía culpa de nada, y yo sé lo importante que es tener a tu madre contigo siempre, lo agradecí, porque fue el empujón final que necesitaron Alejandro y su hermano para unirse. Aún hay algún fleco suelto. Supongo que siempre lo habrá. Pero que vengan este año con todos nosotros a celebrar la Nochebuena es un paso muy bueno y significativo.

Creo que he sacado todos los calcetines cuando veo que quedan tres al fondo como tapados con una especie de manta. Miro a Alejandro y veo que está nervioso. Quiero preguntarle si se

encuentra bien, cuando me coloca un dedo sobre los labios y me manda callar. Se agacha, coge todo lo que hay en la caja y se pone de pie. Extiende la manta y cuando veo bien lo que es, cuando reconozco las imágenes, tengo que taparme la boca para no echarme a llorar.

Son imágenes mías embarazada mezcladas con imágenes de Javi. Algunas él solo, otras conmigo y otras los dos con Marcos. No sé cuántas hay en total, pero son muchas. Es una pasada.

Me da los tres calcetines que faltan, que son un poquito más grandes que el resto y están unidos con una cuerda roja; en uno pone Javier, en otro Marcos y en el tercero Valeria, en referencia a como se llamará nuestra pequeña. En la cuerda que los une hay un cartelito que reza:

«Mis personas favoritas en el mundo»

Lo miro con lágrimas en los ojos:

—Faltas tú. Tú también eres una de mis personas favoritas en el mundo.

Se agacha quedando de cuclillas frente a mí. Me da un beso en una mejilla, en la otra, en la punta de la nariz y, finalmente, en los labios.

—Lo sé, pequeña. Que no esté aquí —dice, levantando los tres calcetines en el aire—, no significa que no lo sea. Significa que ahí están ellos y está bien. Muy bien. Porque nosotros tenemos muchas otras cosas que son solo nuestras. Pero esto... esto es tuyo y de vosotros, y cuando Valeria sea mayor y discuta con sus hermanos, porque, bueno, vamos a tener más hijos, lo sabes, ¿verdad? —sonrío y asiento. No hay otra cosa que los dos tengamos más clara —, le dirás que no discuta porque está bien que quiera a otras personas como a sus primos, sus amigos o a sus novios, pero le explicarás que a las personas que más tiene que querer en este mundo es a sus hermanos, porque ellos son los que aunque te enfades, discutas o te decepcionen... pase lo que pase, siempre van a estar a su lado cuando los necesite. Como tú tienes a los tuyos.

Lo abrazo fuerte por el cuello, sollozando, riendo, queriéndolo, amándolo. Todo a la vez. Porque tiene razón. Siempre la tiene.

Él es importante para mí. Es el amor de mi vida. Pero Marcos y Javi siempre serán mis dos mitades, y eso es algo que me encargará de enseñarle muy bien a mi hija y a todo el que venga después.

Porque el amor de tus padres, tu pareja o tus hijos está bien, pero el de tus hermanos es una pasada.

fin

Agradecimientos

Aunque cueste creerlo, hacer esta parte del libro es lo más difícil, porque quieres agradecer tanto y decir tantas cosas que temes terminar haciendo una novela paralela.

Crear una historia siempre da miedo. Te dicen que la primera es la más complicada. Que, conforme le vayas cogiendo el gusto y la práctica, será más fácil. Pero es totalmente falso. Cada vez es más difícil. Las expectativas, tanto la de los demás como las tuyas, son cada vez más elevadas, y el vértigo es mayor. Sin embargo, todo vale la pena cuando pones la palabra «fin», ves a tus chicos volar solos y recibes el cariño de la gente al leer sus historias.

Paula es, sin duda alguna, la protagonista que más me ha costado contar. Empezó como secundaria; ese personaje dicharachero y alocado que volvía loco a su hermano y que era la mejor compañera para su amiga. Al final, llegó el momento de enseñar su historia, y estaba muerta de miedo, porque era de un carácter tan fuerte y volátil que no sabía bien por dónde me iba a salir, pero, tras muchas vueltas, terminó enseñándome qué pasos dar, cómo entenderla y a quererla más de lo que ya lo hacía; porque Paula siempre será la mezcla de mis dos hermanas. Y eso, para mí, lo es todo.

Hay mucha gente a la que le tengo que agradecer cosas.

A la literatura, siempre, por traerme a personas como Marta Francés, con sus ánimos, sus audios, sus risas y su todo. Porque más que compañera, es amiga. A Elsa García, por querer leerme siempre, por apoyarme y por animarme cuando me bloqueo. A Adriana Rubens, por aguantar mis mensajes y mis socorro sobre maquetaciones, portadas y derivados. A Berta, por ser la mejor leyendo historias y comentándolas. A Helena, a Adriana y a Emma, por estar siempre disponibles para cuando os necesito y acompañarme en este mundo loco que es el bloguero.

Por encima de todas las cosas, a mi familia. A mis dos hermanas y a mi madre, por apoyarme, por guiarme y por ser las mejores lectoras cero del mundo. Por no decirme que sí a todo y por saber decirme que no a mucho, con elegancia y con una sonrisa, pero sin dejarme creer que algo está bien cuando es mentira. A mi

padre, por aguantarnos. Por vivir rodeado de mujeres y hacernos sentir a las cuatro que somos lo más valioso y bonito que tiene. A Dani, por ayudarme a salir adelante y por decirme que yo puedo. A Carles y a Alejandra, por dejarme usar vuestra inocencia. A Hugo y a Daniela, por enseñarme tantas cosas cada día y dejar que os quiera como lo hago. Sois mi mejor regalo, nunca lo dudéis.

Al mundo Bloguero y de autores en general, por dejarme participar, desde hace casi dos años, en los dos bandos, algo que me dijeron que era incompatible.

Y a ti, que estás leyendo esto, por darme la oportunidad de conocerme y, sobre todo, de conocerlos a todos ellos. Espero que te gusten y, si no es así, juro esforzarme más la próxima vez.

¡Nos leemos!

Sobre la autora

Natural de Valencia, crecí entre libros. Fue mi madre quien me introdujo en este mundo de la mano de Mary Higgins Clark. Me siguen gustando las historias de suspense y los *thrillers*, pero me atraen demasiado las historias románticas. Muchos dicen que desprendo purpurina y algodón de azúcar. No es algo que me preocupe demasiado; al contrario, me siento orgullosa.

Me encanta perderme entre las páginas de un libro, vivir grandes aventuras, conocer otras ciudades, otros mundos y fingir ser otras personas. El año dos mil dieciocho decidí dar el salto y ponerme al otro lado, ser yo la que contara esas historias, y le he cogido el gusto. Espero haceros sentir todas esas cosas y que, cuando terminéis de leer mis libros, lo hagáis con una sonrisa. Mi primer libro publicado es *Siempre hemos sido nosotros*, donde os cuento la historia de Marcos y Eva, esos secundarios que tanto han aportado a esta historia. Mi segunda novela publicada, y que nada tiene que ver con esta, es *Solo contigo, ¿recuerdas?*

Os dejo aquí mis redes sociales porque me encanta leer vuestros mensajes y comentarios. ¡No dudéis en dejarme alguno!

Me podéis seguir en las distintas redes sociales:

Facebook: Patricia Bonet Autora

Instagram: @lashermanastras_patriciabonet

Twitter: @lashermanastras

Blog: Las Hermanastras de Cenicienta

[1] Fallas: Fiesta popular valenciana.